

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 31
Octubre-Diciembre 2013

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

• Ensayo

Mito(s) en La Argentina, ¿Emma Zunz o Borges? Las (in)creíbles invenciones de la palabra y del pensamiento confeccionadas en el cuento 'Emma Zunz', por Demetrio Anzaldo

Horizontes desterritorializadores de ausencias en 'Foto de familia' de Martínez de Pisón, por Francisco Javier Higuero

Ficción e intrahistoria en 'Fabulosas narraciones por historias' de Antonio Orejudo (1996), por Eduardo Ruiz Tosaus

Notas sobre la poética de lo real maravilloso carpenteriana, por Alicia Esther Pereyra

• Relato

Igual, por Arnaldo Rosas

Ayer crucé la frontera, por Hugo Giovanetti Viola

Tarde en Puerto rojo, por Cecilia Romero

El semáforo, por Cristina Davó Rubí

El concurso, por Amparo Arróspide

Las cuerdas, por Luis Miguel Rubio Domingo

Crazy Jenna, por Emilio Chapí Verdú

La aguja imperdible, por José Vaccaro Ruiz

Mirada alternativa a la revolución del bonobús, por Carlos Aymí

Entrevista al autor de 'La lluvia bajo los rascacielos', por Fulgencio Martínez

Desamparo, por Patricia Nasello

Registro, por Luis Topogenario

El vals de las mariposas, por Carlos Zandundo Solsona

A lo lejos escuchó un ruido, por Ramón Araiza Quiroz

El regreso de Aníbal, por María Eugenia Caseiro

Psiquiátrico, por Eva María Medina Moreno

La cortesana, por Enrique García Díaz

• Novela

Un año de mi vida (Capítulo I), por María Dubón

• Narradores

Olga Bernad

• Aniversarios

'Réquiem por un campesino español', 60 años (Parábola social o moral), por Pedro M. Domene

• Miradas

Nostalgias de Machado, por José Vaccaro Ruiz

• Reseñas

"La ridícula idea de no volver a verte" de Rosa Montero, por Cristina Davó Rubí

"Disidencias" de Pedro M. Domene, por María Dubón

"El general y la musa" de Román Piña Valls, por María Dubón

"El anarquista que se llamaba como yo" de Pablo Martín Sánchez, por Javier Úbeda Ibáñez

"Club La Sorbona" de Luis Artigue, por José Luis Muñoz

"Massaua" de Arnaldo Rosas, por María Dubón

"El carrusel" de Gustavo Martín Tenza Aliaga, por José Luis Muñoz

"Catalonia Paradis" de José Vaccaro Ruiz, por María Dubón

"La señora Berta Garlan" de Arthur Schnitzler, por José Luis Muñoz

"Hagiografía de Narcisa La Bella" de Mireya Robles, por María Eugenia Caseiro

• Novedades editoriales

Narrativas es una revista electrónica que nace como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. Inicialmente editada en formato PDF, dada la similitud de este formato con las tradicionales revistas hechas en papel, hemos decidido también publicarla en formato ePub, de modo que sea perfectamente legible en el conjunto de dispositivos electrónicos de lectura cada vez más presentes en nuestra vida cotidiana.

Envío de colaboraciones:

La revista Narrativas versa sobre diversos aspectos de la narrativa en español. Está estructurada en tres bloques fundamentales: ensayo, relatos y reseñas literarias. En cualquiera de estos campos, toda colaboración es bien recibida. Las colaboraciones deberán enviarse por correo electrónico como archivo adjunto en formato DOC o RTF. En su momento, los órganos de selección de la revista decidirán sobre la publicación o no de los originales recibidos. No se fija ninguna extensión máxima ni mínima para las colaboraciones, aunque se valorará la concisión y el estilo. Se acusará recibo de cada envío y se informará de la aceptación o no del mismo. Los autores son siempre los titulares de la propiedad intelectual de cada texto; únicamente ceden a la revista Narrativas el derecho a publicar los textos en el número correspondiente.

SUMARIO - núm. 31

<i>Mito(s) en La Argentina, ¿Emma Zunz o Borges? Las (in)creíbles invenciones de la palabra y del pensamiento confeccionadas en el cuento 'Emma Zunz', por Demetrio Anzaldo</i>	3	<i>El regreso de Aníbal</i> , por María Eugenia Caseiro	116
<i>Horizontes desterritorializadores de ausencias en 'Foto de familia' de Martínez de Pisón</i> , por Francisco Javier Higuero	20	<i>Psiquiátrico</i> , por Eva María Medina Moreno	118
<i>Ficción e intrahistoria en 'Fabulosas narraciones por historias' de Antonio Orejudo (1996)</i> , por Eduardo Ruiz Tosaus	31	<i>La cortesana</i> , por Enrique García Díaz	120
<i>Notas sobre la poética de lo real maravilloso carpenteriano</i> , por Alicia Esther Pereyra	48	<i>Novela: Un año de mi vida (Capítulo I)</i> , por María Dubón	127
<i>Igual</i> , por Arnoldo Rosas	51	<i>Narradores: Olga Bernad</i>	133
<i>Ayer crucé la frontera</i> , por Hugo Giovanetti Viola ...	67	<i>'Réquiem por un campesino español', 60 años (Parábola social o moral)</i> , por Pedro M. Domene	139
<i>Tarde en Puerto rojo</i> , por Cecilia Romero	70	<i>Nostalgias de Machado</i> , por José Vaccaro Ruiz	143
<i>El semáforo</i> , por Cristina Davó Rubí	77	<i>"La ridícula idea de no volver a verte"</i> de Rosa Montero, por Cristina Davó Rubí	149
<i>El concurso</i> , por Amparo Arróspide	79	<i>"Disidencias"</i> de Pedro M. Domene, por María Dubón	150
<i>Las cuerdas</i> , por Luis Miguel Rubio Domingo	82	<i>"El general y la musa"</i> de Román Piña Valls, por María Dubón	150
<i>Crazy Jenna</i> , por Emilio Chapí Verdú	88	<i>"El anarquista que se llamaba como yo"</i> de Pablo Martín Sánchez, por Javier Úbeda Ibáñez	151
<i>La aguja imperdible</i> , por José Vaccaro Ruiz	93	<i>"Club La Sorbona"</i> de Luis Artigue, por José Luis Muñoz	154
<i>Mirada alternativa a la revolución del bonobús</i> , por Carlos Aymí	100	<i>"Massana"</i> de Arnoldo Rosas, por María Dubón	155
<i>Entrevista al autor de 'La lluvia bajo los rascacielos'</i> , por Fulgencio Martínez	105	<i>"El carrusel"</i> de Gustavo Martín Tenza Aliaga, por José Luis Muñoz	155
<i>Desamparo</i> , por Patricia Nasello	108	<i>"Catalonia Paradis"</i> de José Vaccaro Ruiz, por María Dubón	156
<i>Registro</i> , por Luis Topogenario	109	<i>"La señora Berta Garlan"</i> de Arthur Schnitzler, por José Luis Muñoz	157
<i>El vals de las mariposas</i> , por Carlos Zandundo	111	<i>"Hagiografía de Narcisa La Bella"</i> de Mireya Robles, por María Eugenia Caseiro	158
<i>A lo lejos escuchó un ruido</i> , por Ramón Araiza Quiroz	114	<i>Novedades editoriales</i>	159

MITO(S) EN LA ARGENTINA, ¿EMMA ZUNZ O BORGES? LAS (IN)CREÍBLES INVENCIONES DE LA PALABRA Y DEL PENSAMIENTO CONFECCIONADAS EN EL CUENTO “EMMA ZUNZ”

por Demetrio Anzaldo

Al vivir atrapada en un centro sagrado y consagrado por la ajena voluntad, la mujer es quien realmente conoce su entorno y la que lo siente en carne propia. Esta misma experiencia le ayuda a desarrollar una filosofía de la vida que, desafortunadamente, queda al margen o es eliminada oficialmente.

"Mujeres en la historia: espacios divergentes y convergentes al interior de la ciudad moderna". DA

Hoy, al releerse algunas de las creaciones literarias y filosóficas de América Latina, sucede lo mismo que aconteciera, asumimos introspectiva e individualmente, en aquellas pasadas épocas al leerlas la *alétheia*; es decir, que al fijar atención en las invenciones de poetas y pensadores se develen distintas realidades o se descubran diferentes conocimientos que, quizás, se pasasen por alto en aquella primera ocasión por diversas problemáticas existenciales siempre venidas al caso; como en el caso protagonizado por Emma Zunz en la que la verdad de lo acontecido sigue disfrazada por lo que se dice y por lo que argumentan los que la han leído. Al igual que sucede cuando no se dicen las cosas, cuando no se sabe lo que se declara o cuando se ignora y se renuncia a mirar lo que acontece verdaderamente. Lo mismo pasa al visualizar esos recorridos históricos de Emma que no son como los de las demás mujeres; pero que simbólicamente sí lo son, puesto que a lo largo de cada uno de ellos se perciben las presencias y sentimientos de los demás habitantes de esa otra ciudad, la Buenos Aires histórica contraparte y origen de ésta que Emma tanto conoce y de la que no puede escapar por ser/estar condicionada por el poder (i)rracional de los hombres.

De tal forma ha cambiado la interpretación de esas realidades y esos pensamientos rodeando a Emma que, al visualizarlas y conocerlos más poética y filosóficamente, vuelven a sacudir y alterar esa primaria conceptualización y discurrimento que sobre esas mismas palabras y esos mismos pensamientos escritos se hubiesen planteado al estudiar este cuento que lleva el nombre de esa singular protagonista que continúa apareciéndose en la ciudad y hablando, literalmente a pesar de las concomitantes impuestas por su creador, de la mujer de carne y hueso, de la ciudad, de todo «lo que se ha perdido y lo que será, (Buenos Aires) es lo ulterior, lo ajeno, lo lateral» (Citado por Sergio Waisman, 7).

La escritura derivada de esa interpretación, o re-visión ontológico-poética al cuento «Emma Zunz» (Buenos Aires Argentina, *Revista Sur*, 1948), tiene como meta primordial compartir esas visiones marginalizadas/encontradas en la literatura filosófica de su creador, el escritor argentino Jorge Luis Borges (Buenos Aires, 1899-1986) para que en vuestro interior se proyecten también otras ideas, palabras e imágenes que alimenten potencialmente a las memorias, mitos e imágenes que sobre la mujer, la ciudad y el habla se tengan o mantengan a fin de revolucionarlas; es decir, se espera que emerja de esta lectura compartida no sólo algo de lo que ya se había expuesto por el sentimiento crítico sino también todo aquello otro que ha quedado rezagado, inmerso disfrazado en lo genérico —marginalizado por el silencio, la censura debido a los innumerables obstáculos políticos, enfrentados a los cúmulos culturales socialmente difusos y a las consabidas dudas estético-existenciales suscitadas dentro de cada persona al hablar en torno a la literatura y al conocimiento dialéctico a

instancias todas dependientes de los poderes de los hombres— en la producción cultural de una Argentina que, al parecer, vuelve a retomar los caminos de las vanguardias artísticas e intelectuales al dejar hacer y colaborar con las mujeres.

Si bien hace ciento sesenta y cinco años desde el viejo continente se propagaban los pensamientos de Karl Marx abriendo cambios y caminos insólitos en el pensar del gran público al compartir aquello de que «Un fantasma recorre Europa, el fantasma del Comunismo», se seguían ignorando las voces y presencias protagónicas de las mujeres en el mundo; es a partir de 1948 con Emma Zunz, recreación femenina de Jorge Luis Borges, como indirectamente la siempre presencia infaltable de la mujer en la vida social argentina llega a la literatura de este otro gran pensador quien se hará copartícipe, sin quererlo propiamente dicho, del reflejo de las acciones de una Emma que va recorriendo Buenos Aires y que develará lo que les pasa y sufren las mujeres en una ciudad también cambiante, desafiante, revolucionante; puesto que es el doble de «una mujer ahora de 109 años afantasmándose en la Buenos Aires en el presente». Aunque no pueda entenderse una relación clara entre lo anteriormente dicho o entre la simbiosis que existe entre las ideas socialistas y las ideas feministas, puesto que ninguna de las revoluciones socialistas ha dado lugar a una revolución feminista, sí puede establecerse el gran impacto que tienen ambos escritores para el mundo histórico y para el mundo de la literatura, tanto los artificios filosóficos como los literarios de Marx y Borges cambian al mundo usando a la palabra, a la poesía filosófica o cosmomemoria. Ambos, el filósofo y el poeta, hacen más evidente la importancia suprema del hablar y del pensar humanos cuando se trata de describir y descubrir la verdad de lo que pasa en los espacios urbanos independientemente de los diferentes tiempos, espacios, lenguas y géneros sexuales. En este último aspecto, se vislumbran en su labor y existencia las agueridas e injustas realidades sufridas por las mujeres en la Historia y en su escritura; puesto que viven y conviven con ellas, no pudieron dejar de pensar en ello. Por lo que las mujeres en el mundo hacen eco sin desearlo ellos en su escritura. La voz femenina suprimida o censurada durante tanto tiempo resuena entrelíneas como el verdadero fantasma y no el Comunismo no el Cosmopolitismo tan solos; esa presencia/ausencia de la escritura es retransmitida inconscientemente por intermedio de la creación de un hombre atormentándose por ciegas acciones inverosímiles a las que le ha obligado una sociedad que reniega de la mujer y la oprime sin razón. Esa presencia fuertemente afantasmada y victimizada de Emma Zunz se ha convertido en una de las piedras angulares en la obra de Borges, porque los encubrimientos de cada una de las confesiones con las que Emma reviste sus acciones y pensamientos son paradojas que permiten ver el trasfondo de lo que las mujeres viven junto con Jorge Luis Borges, *un hombre que son todos los hombres*, en la Buenos Aires del año 1922.

Emma Zunz en esta narración presenta, de manera sucinta pero esclarecedora, a las diferentes mujeres que toca y a las relaciones que mantiene con ellas, mismas que son intuitas al mostrar sus sentimientos y entender cómo convivió en la ciudad junto a sus familiares, amigas, compañeras, vecinas, conocidas, camaradas, obreras y trabajadoras por medio de ella y las voces narrando lo que pasa en su existencia. Por medio del habla y pensamiento de esta mujer fuerte, protagonista y superviviente en una ciudad literaturizada llena de nombres y dominada por los hombres, se sustentan las presentes imágenes y dicciones que intentan responder a la pregunta inicial y suscitar, con la venia del lector, muchas otras más. Puesto que también lo que Emma reaviva con su historia, es la luz y sombra en la vida del hombre Borges, del Borges mítico afantasmado sus silencios y perseguido angustiosamente por los intensos dramas y vacíos que colman su larga existencia.

Es precisamente al mencionar el eterno dilema de la existencia y de lo existente en relación a la mítica idea del creador omnímodo poderoso y su duplicación en su creación, la manera más pronto de suscitar una gran inquietud y controversia entre propios y extraños; puesto que persisten incertidumbres y silencios en torno a la idea de ese creador borgeano que crea a su imagen y semejanza. Constantemente se ha dicho,

«Si no veneramos debidamente a nuestros dioses, ellos nos desamparán. No podemos renegar de ellos, sería como negar nuestra índole. Sus imágenes nos habitan, sus historias pueblan nuestro pensamiento. No podemos dejar de referirnos a ellos, de narrar sus hazañas, de comprobar su influencia, de parangonarnos con ellos. El dios imperial nos es ajeno; más que inalcanzable, nos resulta inimaginable. ¿Cómo allegarnos a ese riguroso juez, tan dis-

tante de todo lo que nos aflige y apetece?». (Yurkievich, *A imagen y semejanza*, 115).

En muchas ocasiones, simplemente, se da por sentado, se cree en ello; «somos como nuestros queridos dioses». (Yurkievich, *A imagen...* 114)

En torno hacia esa controversia existencial de un Dios único, justiciero o amoroso y de la presencia o proceder de la mujer en la historia del mundo occidental, persisten las voces puntillosas como las de Jorge Luis Borges que comparten y comentan al respecto esa humana ambigüedad que nos dan las ideas, las dudas; «Esas antiguas fuentes (que) surten de mitos, símbolos y alegorías a todo el mundo civilizado. El sitio de Troya y el sacrificio de Cristo —Helena y la Cruz— son los incesantes manantiales donde bebemos.» (Mastronardi, 94). Reiterando también que: «Dos agonías inmortales —la agonía de un Dios humanizado y la de una ciudad largamente sitiada por el hierro y el fuego— viven en la memoria de los hombres y renuevan sin cesar las posibilidades del arte». (*Borges* por Mastronardi, 94). Por lo tanto, haciendo uso artístico y existencial de esas mismas *agonías o fuentes*, Borges alude de la manera siguiente a nuestro origen divino:

«Yo entiendo a Dios como una hipótesis que raya en lo fantástico, pero no es una hipótesis desechable. Inconcebible incluso para la Teología, pero hipótesis igualmente. Por eso es que me resultan inexplicables los credos estructurados en torno a la idea de Dios, como si fuese un hecho concreto y probado definitivamente. (Verdugo-Fuentes, 41).

Equiparándose ante esas ideas y pensamientos borgeanos, el razonamiento científico, lleno de hipótesis y teorías, tampoco confía/cree en lo que no se ve ni en los seres ni en los mundos supraterráneos. No se fía de la palabra ni de la realidad así gestada y codificada por medio de ella; puesto que, por medio de ésta, se encubren las identidades y personalidades múltiples que nos habitan y que difícilmente logramos descubrir al emplear a las ciencias y artes del pensamiento humano, en aras de entender lo humano. Sin embargo son las palabras, al igual que las ideas y creencias las que forman y deforman nuestras realidades, nuestras irrealidades y también nuestras creaciones artístico-culturales en las que recreamos o pensamos haberlas recreado entre las infinitas incertidumbres y relatividades que alteran nuestra existencia son falibles y, por lo tanto, ficcionales de la misma naturaleza que el habla humana en su máxima expresión: la poesía.

Es precisamente dentro del arte literario donde esa alteridad/arbitrariedad/propiedad sentada por lo masculino se intensifica y problematiza en la vida social y cultural de todos los seres humanos; porque, no sólo se ha impuesto y continúa repitiéndose, desafortunadamente, en nuestra ya largamente conocida existencia donde se sufre sino también en toda comunicación subsecuente con las y los demás y, por ende, con las creaciones y comentarios derivados de ellas. «Emma Zunz» es un ejemplo representativo de un lenguaje literario *increíble* sobre una mujer y, acaso calculadoramente masculino, un doble juego de comunicación/ incomunicación humana en la que todo entra en una vorágine de imágenes/palabras en las que al parecer se dice o no dice, se ve o no se ve, lo que se ha intentado decir/mostrar. Porque:

La historia era increíble, en efecto, pero se impuso a todos, porque sustancialmente era cierta. Verdadero era el tono de Emma Zunz, verdadero el pudor, verdadero el odio. Verdadero también era el ultraje que había padecido; sólo eran falsos las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios.

No obstante y pese a los diferentes disfraces, enmascaramientos y declaraciones que hace Emma Zunz, la protagonista principal de la historia, nunca logramos ver ni saber realmente que fue lo que le sucedió en su historia-vida codificada por ella misma; puesto que ella también sigue inmersa en la compleja realidad cultural, ficcional e histórica presentada asimismo por otro de los narradores quien expone algunos de los dilemas sobre la verdad ya previstos cuestionándole el: «¿Cómo hacer verosímil una acción en la que casi no creyó quien la ejecutaba, cómo recuperar ese breve caos que hoy la memoria de Emma Zunz repudia y confunde?». Lo cierto es que esta es una historia perfilándose intermitentemente entre la verdad/falsedad de su propia dicción y confección envuelta en los silencios y vacíos que la decoran. Es la increíble historia en la que también hemos quedamos atrapados /cubiertos con sus texturas, entre los pliegues de los múltiples disfraces, e increíbles enmascaramientos míticos de los que no podemos sustraernos; puesto que esta historia protagonizada por una mujer recreada por un hombre que no supo conocerla y que, sin embargo, confiesa con sus ac-

ciones y declaraciones que sí existe y es parte intrínseca de la totalidad de su ser; ambos son el uno.

Esa atracción por conocer más de autor y personaje, se intensifica al conceptualizar al interior de nuestro ser pensante esas imágenes, los subsecuentes mitos idealizados, las procedentes ideas presentes/ausentes que se problematizan a través de este acercamiento/escritura en torno a la figura y acciones de la Emma judeo-argentina que se prestan para hacer de ellas presupuestos filosóficos; porque en «Emma Zunz» subsiste la pugna entre lo literario e histórico, la imbricación entre mito y memoria, la duda entre verdad y mentira y la agónica lucha entre palabra e imagen al mostrar el proceder de *una mujer de rasgos singulares* (Borges) enfrentada a sí misma y a los mundos presentes y pasados de sus congéneres. Debido a que en el cuento,

«La acción que se narra es enteramente rechazable desde un punto de vista ético, digamos, universal, está regida por una astucia casi puramente animal, aunque a primera vista pueda pensarse que hay una primacía de la conciencia moral, una subjetivización, de raíz cristiana, sobrenatural. No hay nada de eso, entre otras cosas porque el Dios aludido nada tiene que ver con un Dios del perdón, es un Dios fatal, como podría decir Borges.» (González Quirós, 5).

Por lo tanto, esta Emma que crea un hombre, Borges, es asimismo una mujer fuerte pero marginal dentro del cuerpo social de los mismos hombres que vive aislada en el silencio impuesto sin ser libre de vivir con libertad y justicia; pero que como se ve deja de ser un simple ente ficcional/marginal para entrar de lleno en la historia vía lo literario y triunfar ante el olvido de los que la condenaron.

Emma, un ser ficcional, existe engañado/disfrazado de mujer sufriende para hacerse justicia o al menos era ése, su ideal que deviene en una venganza que se hace histórica. Con ese accionar que sigue perfilado en el tiempo, Emma intenta poseer y ser parte de una obra y correlación divina pura, inmaterial/inmortal entre los hombres; por lo menos ella quiere también tener la última palabra. Sin embargo, Emma, como las mujeres en general, las mujeres de Buenos Aires sin objeción alguna, son «rather than being seen as the symbols of change, women are constructed in the role of the “carriers of tradition”» (Yuval-Davis, 61). A pesar de las diferentes clases sociales y que son mayoría en la población mundial la mujer es vista como inferior y menos que el hombre; sin embargo, históricamente, siempre ha estado a la par del hombre y le ha rodeado/afectado siempre. La señera presencia de lo femenino que altera la vida de Borges, y en general de todos los hombres, es destacada también dentro de las páginas del libro de Edwin Williamson que al estudiar la vida del escritor observa que:

«The fact that “Emma Zunz” was published in September 1949, while the essay on Dante’s last vision of Beatrice in Paradise came out on October 3, indicates, I believe, Borges’s recognition that his whole Dantean project of being saved by a woman’s love would remain an idle fancy so long as he failed to come to terms with the woman’s sexual nature as well as with his own. Though dedicated to Cecilia Ingenieros, “Emma Zunz” could only have been written after his experience with Estela Canto. Estela had abused Borges’s trust, but, by demanding sex of him, she had set him on the road to demystifying his tendency to regard women as angelic “saviors”.» (304)

Borges, usando a Emma Zunz, manifiesta, desde el principio de su historia, esas mismas interrogantes y dudas en torno al sexo y a la vida; traumas que lleva adentro de los mundos hechos y condicionados por ésta, su palabra literaria. Su misma palabra que le posibilita fábulas e hipótesis llenas de increíbles imágenes que hablan de vidas y situaciones sociales muy parecidas a las de la realidad material y cultural y a las de su entrañable Argentina. Son éstas, sus potencialidades narrativas o re-mitificaciones las que desestabilizan y subvierten las nociones de identidad y del pensamiento ontológico en la búsqueda eterna del yo y de ese otro yo casado con la historia pero no con la mujer. Borges se ha despojado de la creencia idílica de la Beatriz de Dante, de la mítica fuente de Helena de Troya y de la Elena Canto de la ciudad de Buenos Aires junto con las demás porteñas de su juventud a las que amó y que no le co-respondieron porque él estaba predispuesto. Son éstas también las problemáticas que surgen de la vida y obra de Jorge Luis Borges; las mismas que han seguido replanteándose en los círculos intelectuales al hablar de su relación con las mujeres y en especial con la no tan secreta situación que mantiene con la misma Emma Zunz.

Borges lleva al extremo la ironía y argumentación ante las diferentes opiniones que «Emma Zunz» ha desatado y las sombras en cuanto a la idea original del cuento; esto, es algo que podría ser otro guiño al lector que se adentre profundamente en el cuento:

«De Emma Zunz básteme, ahora, repetir que su argumento es obra de Cecilia Ingenieros. Alguna vez ensayaré otra versión, menos trágica que patética, escrita no desde la mujer que injusticia sino desde el varón que es ajusticiado. Emma Zunz está redactada con palabras opacas, in a style of scrupulous meanness, como dijo Joyce de sus Dubliners. (Prólogo, *La muerte*, 11-12)

Conformes a esta otra información se sobreentiende esa velada opacidad escenográfica del relato y de sus orígenes con la que Emma Zunz narra los hechos sucedidos en su vida. Aquí, descubrimos las diferentes actitudes y caracterizaciones que ella va adoptando hasta lograr asesinar a su odiado empleador. Las continuadas y dispares reescenificaciones de Emma, llenas del sentir y actitud del hombre, hacen mella en el estereotipo tradicional dado a la mujer. Sus acciones ponen en entredicho al cuento mismo y a que estemos solamente viendo a una mujer singular; porque pareciera que realmente siempre han existido mujeres fuertes en la historia y en la literatura; es decir la mujer no es lo que parece o lo que se le ha hecho parecer. La voz, el arte de la mujer es diferente, intuimos llanamente, pero a ella no se le ha dejado hablar ni hacer libremente; puesto que siempre está sujeta al poder patriarcal que la silencia. Porque eso es también lo que se ve más allá que las propias acciones o los hechos descritos en la celebrada sinopsis lograda por Ricardo Piglia en su lectura a «Emma Zunz»:

«Emma Zunz usa su cuerpo como materia de ficción: lo somete a las transformaciones, los disfraces, los desplazamientos que rigen la producción del texto. Hace de prostituta, hace de virgen violada, hace de delatora, y de ese modo sostiene la verdad de la ficción en un uso ficticio de los cuerpos. Hace de virgen violada para que Loewenthal se convierta en un violador; hace de prostituta para que el marinero sueco se convierta en un “instrumento de la justicia”. Las funciones narrativas que acreditan la verdad de la ficción son llenadas por los cuerpos. El violador, la virgen; el marinero, la prostituta; el asesino, la víctima; el patrón, la delatora: teatro de máscaras, el relato traslada los cuerpos de un escenario a otro a partir de una lógica fundada en la semejanza y en la sustitución.» (109)

De ahí que de entre todas las paradójicas simulaciones y diferentes enmascaramientos que se muestran en el cuento «Emma Zunz», hay una en particular que llama la atención: la que sea la misma protagonista quien recree y de vida a su antagonista o doble exhibiéndole. Ella es un ser que ve y que sabe lo ve pero que se mantiene envuelta en esa opacidad que le ha dado origen/alteridad y que bien podría ser también una referencia más al Cristo sacrificado o aquel otro Dios vengativo disfrazado en el cuerpo de una mujer llevada al sacrificio en aras de una torpe pero obnubilada venganza donde intenta ser como el creador o, mejor aún, como la creadora: una diosa. Con lo que hace recordar que en la historia también hay alteridad y desafío a lo versado por el poder del Padre y por los mismos hombres; puesto que:

«Entre los judíos y los cristianos había una creencia que decía que Dios no sólo era hombre. También tenía un lado femenino o una “naturaleza materna”. En griego este lado femenino se llama Sophía. “Sophia” o “Sofía” significa “sabiduría”.» (Gaerner, 227)

Con esta equiparación a la figura omnipotente/omnipresente de Dios/a se recuerdan aquellas referencias históricas a las que casi nadie les pone atención; que bien pueden ser parte del origen y existencia tormentosa entre los varones de una Diosa Emma.

Esas problemáticas y demás dilemas existenciales que surgen de la vida y obra de Borges han seguido replanteándose en los círculos intelectuales al estudiar detenidamente la escritura y decires del propio Jorge Luis Borges y reconocer en su labor poética-filosófica, al otro *yo*, al *poderoso mito literario* (Sarlo), que revive constantemente y toma forma en creaciones que, como las de la propia Emma Zunz está hecha a imagen y semejanza de él mismo; es decir Borges vive, ahora, en los límites que su propia mitificación y desmitificación en torno a su existir le dictan o innumerables dichos que se argumentan al ironizar reiteradamente con su obra; porque:

«Desde principios de la historia, el hombre inventó la poesía como una forma de homenaje, alivio, catarsis o traducción de ideas y sentimientos, como instrumento de exorcismo y de lucha contra la muerte. También como una máscara autobiográfica. Borges llevó este autoocultamiento a buena parte de su obra; acaso no imaginó que en el futuro un aluvión de chismosos eruditos dedicarían sus afanes a descubrir sus más recónditas entretelas y pudores, o las secretas u ostensibles destinatarias de sus textos. Existe otra posibilidad: acaso el método constituía sólo otro guiño de un tímido que jugaba una vez más con sus posibles lectores, incluso con aquellos que aún no habían nacido, y de paso daba trabajo al creciente ejército de críticos de todo el mundo dedicados a diseccionar su obra.» (Salas, 5).

Émulo de las controversias creacionales con su palabra, el yo creador del escritor Jorge Luis Borges da vida a entes ficcionales que como la multicitada y confundida Emma Zunz manifiestan esas mismas interrogantes y dudas en torno al sexo, a la vida que lleva dentro de mundos hechos y condicionados por ésta, su palabra literaria que posibilita fábulas e hipótesis llenas de increíbles imágenes que nos hablan de vidas y situaciones sociales muy parecidas a las de su/nuestra realidad material y cultural y a las de su entrañable Argentina. Tal y como hace con las mujeres ante las que se inhibe y evita. Como han sabido reconocer Edwin Williamson, Carlos Mastronardi, Nelson González Ortega, Beatriz Sarlo, Enrique Lihn, Pedro Lastra, Sylvia Molloy, Robin Lefere, María del Carmen Rodríguez Martín, entre muchos otros escritores que han destacado la íntima relación entre el Jorge Luis Borges «hombre de letras» y el Jorge Luis Borges hombre de carne y hueso; quien, coincidentemente, comparte esa misma personal proyección con su amigo Mastronardi: «somos las huellas de nosotros mismos» (Borges). Algo también muy parecido, por cierto, aparece en el libro, *Borges, entre autorretrato y automitografía*, donde Robin Lefere destaca y enfatiza en su lectura que:

«En todos los géneros frecuentados por él, en especial la poesía, los ensayos, los cuentos, Borges integra, desde el principio pero de manera creciente, datos explícita o implícitamente autobiográficos (ciertos o ficticios), trátase de su propia vida o de circunstancias familiares.» (183).

Sucede igual en cuanto a la omnipresencia borgueana en sus escritos y que también observan su congéneres en el genio interno de Borges, descrito brevemente por su amigo Carlos Mastronardi es que éste, es: «esencialmente especulativo, Borges mira con recelo el orbe de las apariencias, el reino mudadizo de las pasiones. No quiere usufructuar el mundo sino pensarlo» (74); pero pensándolo siendo él mismo el creador y hacedor de todas esas creaciones/recreaciones de las que ha llegado a formar ya parte; aunque lo haya negado anteriormente, la textura con las que las ha investido lo evidencian. Por lo tanto, «“Emma Zunz” es una instancia especular donde el lector observa la labor constructora de un narrador quien imagina un espectacular personaje femenino que a su vez teje su propia “realidad”». (Pérez Bernal, 97)

Siendo juez y parte de su obra, Borges inserta a su personaje Emma Zunz en la literatura universal, en la vida literalmente del canon literario de una manera encubierta, aunque develada por la palabra misma; dado que «in Borges, language can never escape its own web to place the subject in contact with the world». (Acquarone, 51). De todas maneras, Borges nos orienta hacia otras literaturas en donde viven otras Emmas tan sorprendentes y controversiales como las de Gustave Flaubert y de Jane Austen (Stavans); mujeres que como Emma Zunz ya han hecho historia. Asimismo, nos lleva hacia la Historia Occidental porque en su gestación narrativa, resulta altamente probable que haya tomado en cuenta también a Clío, a la musa de la historia, y revisara algunas semblanzas con aquellas otras mujeres fuertes paganas, religiosas, míticas; como la mitad divina llamada Shejiná (Aizenberg) o con las historias de Judith (Rivera-Taupier).

Por otra parte, entre la literatura y la historia que se junta en «Emma Zunz» se insertan también elementos de la vida literaria y de la realidad misma; puesto que tanto Pedro Lastra como Enrique Lihn y Afred MacAdam al visitar la misma narración, han visto el hilo que comunica/ata a «Emma Zunz» con «el marinero de Amsterdam» de Guillaume Apollinaire. Por lo que en su creación, Emma Zunz bien puede ser vista como una alteración intertextual e inhumana dentro de una existencia predestinada llena de dobles y repeticiones que comparte con su mismo creador. Es decir, retomando el estudio que habla sobre la libertad y Emma Zunz de González Quirós, al parecer todo es-

taba ya escrito o al parecer predeterminado; porque el mismo autor dice:

«Creo que con independencia de las peripecias que la polémica del determinismo haya experimentado en la historia de la ciencia natural, es conveniente recordar que su fundamento último está fuera de ella, se encuentra en ese gozne inasible en el que se articulan paradójicamente dos visiones de la realidad, una supuestamente subjetiva e interna, y otra pretendidamente objetiva y externa. En ese límite inestable y siempre impreciso, el determinismo es, como he dicho, una historia fuera de lugar, una narración pretenciosa que sustituye lo que realmente pasó por lo que debiera pasar *velis nolis*, aunque como en el caso de Emma Zunz, solo ocurre si no se es ni reflexivo, ni modesto, ni prudente, ni justo, ni por supuesto, piadoso, y eso es algo que siempre podemos ser, o intentar porque, por decirlo de algún modo, está en nuestra naturaleza que podamos serlo.» (11).

«Somos las huellas de nosotros mismos», ha dicho, constantemente por cierto, el mismo Borges y las pistas dadas por Emma Zunz la señalan como esa doble del creador; como simbiótica aparición del espectro lingüístico/ genérico sexual en donde ambos, unidos por la palabra, se perfilan paralelamente entre los universos ficcionales/materiales conviviendo, a su manera, con todos esos otros personajes arropados y disfrazados con múltiples personalidades genéricas y enhebrando las diversas temporalidades/travesías por las que discurren las largas vidas literarias de Emma Zunz, Jorge Luis Borges y los demás personajes histórico-literarios. De nueva cuenta se presenta otra coincidencia al encontrar que algunos de estos disfraces literarios e históricos, hayan sido también resaltados ya por Horacio Salas al comentar sobre el sendero literario dejado por el ahora también mitificado/multicitado Jorge Luis Borges quien:

«Tras la muralla de datos reales de las biografías de los retratados, Borges deslizaba en los intersticios, fragmentos de su propia imagen. Se había acostumbrado desde muy joven al manejo sutil de la metáfora y el símbolo y ahora echaba mano de una nueva relación con el revés de las palabras, con sus brillos ocultos: la máscara.» (4)

Las complejidades latentes en las diferentes máscaras de Emma Zunz apuntan directamente a las máscaras de su propio hacedor. El infaltable recuerdo a la madre, la afrenta del poder al padre, la mascarada infernal del sexo, la voluntaria/involuntaria prostitución dentro del cuento de Emma, son tretas magistralmente utilizadas ante las agudas observaciones sobre la personalidad, sexualidad y actitudes honradas por el mismo Borges; así como la repetición de nombres y de los muchos datos biográficos que aparecen en el texto y que son apercibidos por la crítica especializada (Balderston, Mastronardi, Lefere, Olea Franco, Salas, Williamson). Ante esa relatividad de lo acontecido en toda su literatura gran parte de la crítica literaria y de los estudios ensayísticos sobre «Emma Zunz», ha tendido a enfocarse en los aspectos de la conducta y de la manera de pensar y ser de Emma la protagonista principal (Latella, Piglia, Porinsky). Muchos otros críticos se han abocado al aspecto estético y a las características reales o fantásticas del texto, (León González) y los menos a las complejidades latentes en las diferentes máscaras que porta Emma Zunz que apuntan directamente a la máscara de su propio creador.

Las imágenes y palabras enmascaradas de Borges, esos retratos disfrazados y sus demás formaciones todas de personajes hechos por la pluma y el parecer de ese otro hacedor también están llenas de mundos *inventados e inciertas* historias humanas. No es posible discernir entre los mundos ficcionales y los mundos históricos vividos por Jorge Luis Borges; tampoco saber si lo que vivió o contó fue cierto. El peso de la tradición y de las costumbres bonaerenses salta por doquiera que se lea o se hable de la vida del escritor, en especial de la mitificación que se ha hecho de su vida como de su obra por cuenta propia y de sus pares:

«En los espejos que nos duplican advierte nuestra condición ilusoria; toda imagen, con arreglo a su sentir, nos remite al problema del ser. Construye laberintos ideales que se parecen al tejido intrincado del cosmos; en sus corredores inacabables y oscuros, la humanidad está perdida en la infinitud del tiempo y del espacio. Sus preguntas son las fundamentales: qué somos y dónde estamos. Zenón Eleático, Nicolás De Cusa, David Hume y el grabador Piranesi lo respaldan y estimulan. Conviene poner en luz que Borges se limita a formular interrogaciones que toman su origen en la perplejidad y el asombro. Ni define personales creen-

cias ni se propone formular alegatos: su fin es rigurosamente estético.» (Mastronardi, 113).

Esas ideas acerca del estilo literario y de la personalidad del bate argentino, junto a las anteriores observaciones, también describen una gran parte de los dilemas existenciales que le acompañan durante toda su vida, en ése su vivir tan lleno de interrogantes y dudas que forman y deforman a los múltiples *yos* de Jorge Luis Borges.

En particular sus obsesiones cosmogónicas en torno a los orígenes y a la idea de un creador que como él pudo hacer y deshacerlo todo; por otra parte, sobre su dubitativa y ahora no secreta sexualidad o su atracción/repulsión hacia las mujeres nunca resueltas del todo y, además, la inapresable realidad fantástica que habitamos al incursionar en toda su obra literaria en la que nos posicionamos dentro de este poder omnímodo y con distintos personajes nunca conocidos por completo. Son situaciones que han sido ampliamente comentadas también por sus contemporáneos y los que *a imagen y semejanza* del autor disfrutaron de sus míticas/magistrales mascaradas:

«Con razón dice Gérard Genette que el mito admirable que nos propone Borges es considerar la literatura como un campo de plasticidad siempre en movimiento y siempre totalmente presente así mismo, donde los *rappports* más inesperados y los encuentros más paradójales son posibles a cada instante.» (Barili, 194).

De nueva cuenta, es en el medio literario donde se comentan esos *mitos* y encrucijadas intelectuales de Jorge Luis Borges que son tan complejas. La crítica especializada llena de dudas ante su obra sigue comentándola; es el caso de la conversación y agudas observaciones hechas por Enrique Lihn con las cuales Pedro Lastra repica nuevamente sobre el mismo tema, al constatar que: «sea cual sea la categoría en que se incluyan las figuraciones de Borges, siempre dan cuenta de lo que a mí me parece su tema inquietante: la incertidumbre de lo real» (5). Algo semejante ha observado en su estudio, al utilizar a «Emma Zunz», González Quirós, quien comparte una atrayente aproximación a la verdad/realidad de Borges o quizás también de nuestra realidad/verdad de nosotros mismos: «No en vano el hombre que vive en el tiempo de manera consciente, su conciencia coexiste con la temporalidad, pasará a no ser nada que ya no estuviese en el principio en el espacio y antes de cualquier tiempo de la experiencia.» (9). Como en estas figuraciones también las ambigüedades reales del pensamiento y desarrollo humanos entran a debate. Porque al estudiar, criticar y opinar sobre lo literario-histórico bien se sabe que aunque «las ideas sean de todos» el aceptarlo no es una tarea tan fácil de realizarse; puesto que ésa, es una aseveración que conlleva a retomar señalamientos tales como los de que ni están todas las ideas ni son reales todos los que manifiestan tal posesión; puesto que tanto las ideas —entidades abstractas— como la humana colectividad contenida en los todos, nos señalan al conflicto entre una especie de idealismo-materialismo, entre la idea, el ser, el otro: la identidad y la máscara que la cubre o descubre infinitamente. Es decir, se apunta hacia los espacios ideales/reales con los que se formula la realidad de la ficción, hacia las particularidades de un lenguaje literario en el cual confiar o no según el propio arbitrio.

La ambigüedad en la palabra borgeana, cargada de significados y significantes, es la misma con los que planteamos nuestro entorno y posición dentro de las comunidades y sociedades humanas. Por lo que podemos, inclusive, señalar enfáticamente la manera en la que se efectúa la transformación de la palabra literaria propuesta por el escritor argentino. Sin lugar a dudas estamos ante el mito del mito. Borgeesse ha convertido en su propio dicho, en su anhelado mito. Así lo vemos aparecer y desaparecer en su obra toda regodeándose en sí mismo y jugando con nosotros y con nuestro pensamiento. Bajo esta tesitura/perspectiva acerca del yo autobiográfico dominante y despótico que se impone en la obra borgeana que, a la misma vez, nos sujeta y rechaza, también nos brinda la oportunidad de acercarnos a él. Por ello resulta muy importante traer a colación otras de las agudas observaciones del *Borges, entre autorretrato y automitografía*, texto de Robin Lefere en las que se señala:

«La escritura no está orientada hacia la confesión de la vida, sino más bien hacia la representación de esta supuesta confesión, y en todo caso hacia una transfiguración ensoñadora. El hombre se subordina al autor efectivo, que en la escritura se inventa a través de las multiplicaciones de sus enunciadores y de sus personajes; para sí mismo, y de cara al lector. La gran libertad de esta autorrepresentación radica en esa otra convicción de que, por muy imaginativo y ficticio que sea, un texto escrito con sinceridad constituye, *ipso facto*, un autorre-

trato. Por ello Borges se complacía en destacar el doble sentido del verbo “inventar”, cuya etimología latina apunta a un descubrimiento.» (182)

Es esta misma prerrogativa borgeana la que propone e impone una siempre latente automitificación y remitificación de lo escrito por él mismo o en palabras del mismo Robin Lefere «el mito personal culmina y se supera en una perspectiva propiamente mítica» (184). La suya la de Borges *per se*, es una palabra literaria que reconfigura cuestiones pasadas y presentes en las cuales creer o no creer y que además problematizan el aceptar lo que él dice o en lo que él mismo dirá más tarde:

«Yo he escrito todo sobre la urgencia de una necesidad de escribir. Todo lo que he escrito es intimidad, aunque yo mismo pueda al fin olvidar las circunstancias que me llevaron a escribir y quedó solamente la fábula ahora, si la fábula persiste. Y no debemos olvidar que la literatura empezó por la fábula, por la cosmogonía fabulosa, como epopeya, pero todo eso debe corresponder a una realidad emocional íntima, porque si no, la literatura sería un artificio verbal, ya que está obligada a trabar, manejar y jugar con las palabras. Pero si solamente se quedara en el juego verbal, no tendría trascendencia ni importancia, puesto que sólo se reduciría a ciertas técnicas, a ciertas aptitudes y artilugios. La literatura debe y tiene que ser algo más.» (Verdugo-Fuentes, *En voz de Borges*, 137-138).

En el Borges histórico y el literario se reitera una y otra vez aquello citado inicialmente: ambos están hechos «a imagen y semejanza» el hombre y Dios. Si cada uno de sus personajes encubre, oculta, disimula; también, descubre, revela e identifica espacios y existencias provocando un entrecruzamiento de palabras, imágenes memorias y mitos en la conciencia del lector y de sus congéneres. Eso, es lo que se reitera en la obra toda de Borges, una percepción ambigua, irónica, retadora que juega con todo lo que queda oculto, con las posibilidades de lo no escrito, del silencio que, a pesar de todo, deja ver los cambios en la estética del escritor porteño.

Por todo lo anterior, se logra entender que la relación simbiótica entre el autor y su obra se da plena y de manera recíproca sin cortapisas. Ésta se efectúa no solo en el aspecto de la idea germinal o en la gestación de cada una de sus obras escritas sino a lo largo del proceso creador y sobre todo, en el resultado final. Cada una de sus creaciones, cada uno de sus personajes, y Emma Zunz no es la excepción, son Jorge Luis Borges; algo que señala ya Nelson González Ortega en su trabajo: «Pasando de la ojeada superficial a la lectura atenta de los cuentos y ensayos que componen la obra de Borges, se nota que el autor se vale de la invención literaria para plasmar su personalidad intelectual en su discurso». (245). Rafael Olea Franco remarca esa tendencia o *descubrimiento/invención* del autor desde el principio de su obra en la que destaca un hecho importante para el mejor conocimiento del escritor y su célebre obra:

«Así pues, hacia la década de 1940 Borges posee una estética perfectamente estructurada. Por un lado, ella se basa en la eficacia y economía literarias en que debe fundarse la escritura: condensar la mayor cantidad de significados, incluso opuestos, en el menor número posible de palabras; esta es la lección de estilo del escritor. Por otro lado, implica la imprescindible necesidad de que el lector participe en la producción del “hecho estético”, puesto que la literatura sólo se completa y hace efectiva, sugiere, en el momento de la lectura. Es ésta la concepción de la literatura que subyace en los mejores textos de Borges —ya sea en su poesía, en su narrativa o en su ensayística.» (286).

Todas estas anotaciones a su arte literario arrastran también a la literatura y a la crítica literaria Argentina a reconocer en Borges a uno de los creadores que cambió la manera de ver y pensar a La Argentina dentro del contexto de la literatura universal. Asimismo, estos cambios se manifestaron en la vida del escritor argentino revisitado por la crítica y sus lectores que nos recuerdan esos cambios constantes efectuados dentro de su creación literaria:

«A partir de los años treinta y cuarenta, Borges transforma de manera cada vez más abstracta sus vivencias personales en obras artísticas; de allí los múltiples enmascaramientos que reconoce Sylvia Molloy en *Las letras de Borges*. De allí las estrategias imaginativas que, como dice Beatriz Sarlo, hacen que sus cuentos sean *mise en forme* de cuestiones que no se plantean abiertamente sino que son presentadas en la ficción a través del desarrollo del argumento.» (Barili, 172-173).

Compartir su palabra, la palabra literaria escrita por Borges, es comunicarnos con él y con los demás lectores y, por supuesto, lectoras para iniciar una de las conversaciones que nos ayuden a entender no sólo la comparación/duplicidad con Emma Zunz sino también comprender mejor cómo somos y por qué somos así. Tal vez entender el por qué es tan importante no sólo hablar de esta mujer sino hablar de la mujer, con la mujer, con todas las mujeres. Es poder hacer uso de un lenguaje concebido mentalmente que se apropia del espacio exterior convirtiéndose en un espectacular juego de idénticas identidades, que al igual que en la literatura también se apropia de nuestro ser y de ese otro que nos escucha, que nos recrea; es una práctica en la que a medida que dialogamos/avanzamos caemos constantemente enredándonos con lo dicho con esa, nuestra otra voz llena también de infinitas imágenes enmascaradas, cifradas por un lenguaje al que creemos dominar y en que faltan los diálogos con nuestros semejantes, las mujeres.

Emma Zunz es también Jorge Luis Borges

Borges no particulariza, no individualiza, no singulariza. Borges afantasma, relativiza, anula la identidad personal por desdoblamiento, multiplicación o reversibilidad. Ejercitado en la desestima de sí mismo, considera al yo ilusorio juego de reflejos, juzga toda diferencia individual como trivial y fortuita. Todo hombre es otro (todo hombre, en el momento de leer a Jorge Luis Borges, es Jorge Luis Borges), todo hombre es todos los hombres, que es lo mismo que decir ninguno. O todo hombre es único y, por ende, insondable, impensable. Ante la imposibilidad de conocer lo singular, opta por lo genérico desprovisto de realidad. Despoja a sus personajes de espesor carnal y espesura psicológica; sus señas, sus afectos, sus móviles, sus proceder son los de cualquiera, o sea, de alguien que es todos y nadie.

Saul Yurkievich. *Mundos y modos de la ficción fantástica*, 157

Los relatos de Borges cuentan y juegan con su forma y con su fondo y de entre las voces que los representan, existe toda una mirada que prolonga la necesidad imperiosa de continuar dialogando con ellas y sus ficciones/aflicciones. La presencia fantasmal y relativizada del habla de la lengua borgeana nos conlleva a visitar sus distintos universos narrativos y a adoptar las diferentes caracterizaciones que las pueblan. Avanzamos así, apoyados en las valiosas aportaciones/re-visitaciones que Saúl Yurkievich ha llevado a cabo en su ensayo: «Borges/Cortázar: Mundos y modos de la ficción fantástica», en donde continúa argumentando someramente que:

«Borges es deliberadamente arcaizante; todo lo remite a los modelos canónicos, a los universales fantásticos, a la imaginación ancestral. Manipula a la par las gnosis, de las remotas a las recientes, para inventar sus ingeniosas, sus impresionantes confrontaciones, intersecciones e imbricaciones. Lo fantástico en Borges resulta del cruce de las mitomaquias con las logomaquias. Es un arte combinatoria que acopla las cosmogonías memorables con las filosofías ilustres para instaurar ese ámbito desconcertante, ese vacío provocado por manifestaciones que remiten a un manifestante indiscernible, ignoto.» («Borges/Cortázar», 159)

Al hacer nuestra a esa palabra literaria que da vida a los lugares y seres de ficción investidos con tan complejas personalidades y llena de las múltiples tribulaciones y desafíos que enfrentamos todos los seres humanos a lo largo de nuestra existencia, aprendemos que esa voz que los va describiendo/recreando, también enmascara a esa otra del ser humano que la originó; es decir, Borges también vuelve a ser uno de nuestros semejantes que nos comparte y comunica su arte literario creado en las márgenes de la memoria del mundo, de sus imaginados mundos. Entrelazando historia y literatura nos apropiamos de esa voz proteica y porteña para conformarnos a una manera de hablar acorde con lo que se nos comunica en ésta, su escritura creada, estableciendo el contacto con su mundo literario y descubriendo que, al dialogar con él sus imágenes, máscaras y disfraces con las que encubre a los seres de ficción, proyectan muchas de las mismas formas, situaciones y semejanzas que encontramos en la vida del propio Borges y, consecuentemente, en la vida de todos nosotros los seres humanos testigos y jueces de un propio destino; puesto que: «Así como el amante busca su realidad por la vía del amor, así Borges escribe para alcanzar certeza y entender su destino» (Mas-

tronardi, 70), o al fracaso al que le llevó su amor/odio hacia la sexualidad femenina y su dramática relación con las mujeres aunque, paradójicamente, haya sido otra mujer, Emma Zunz, quien le lleve a hablar del sexo.(Williamson)

Así como en el diario acontecer de la vida humana se nos dan respuestas a muchas de sus incógnitas e interrogantes, así también en la constante relectura de su vida literaria se perfilan constantemente contestaciones y afirmaciones develando orígenes y comunicando objetivos que permanecían resguardados. Si bien no hay fórmulas exactas para conocer la exacta realidad de las cosas, sí existen las obras y hechos de una realidad tanto histórica como ficcional en la cual podemos vislumbrarla, podemos leerla, podemos comunicarnos con ella con él. Como en el íntimo recuento peripatético de Carlos Mastronardi que nos comparte resabios e impresiones de aquella vida en estos apuntes que ahora compartimos:

«La multitud de rumbos y posibilidades que atribuye a la literatura corresponde naturalmente a su posición estética y coincide con el carácter abarcante de su curiosidad. Busca el noble asombro por todos los caminos; posee la vertiginosa movilidad interna de una mómada. Las preocupaciones que están en su obra alientan también en sus días, en sus horas de aparente reposo, en lo que podríamos llamar su vida extraliteraria. Mientras otros cumplen con rigor un tanto burocrático las tareas intelectuales en que se hallan empeñados y luego, al término del cotidiano deber, buscan descanso en el cinematógrafo, en la tertulia o en la novela trivial, Borges mantiene activo el espíritu en todas las circunstancias. Prolonga en el plano del diálogo ameno las operaciones mentales que lo llevaron a escribir un poema o a examinar los méritos de un libro. No es dable señalar distingos entre su quehacer literario y el tono general de su vida.» (41, *Borges*).

Al igual que en todo proceso de creación el origen puede ser o no ser tan evidente, pero sí hay un comienzo y punto de partida; el de que «Borges trata la realidad como si fuera una composición literaria» (Mastronardi, 83). En todo caso podrá comprobarse que habrá imágenes y palabras, realidades y fantasías en su pensamiento y obra que no pertenezcan a la realidad. Así también serán otras imágenes y otras palabras las que repercutirán a lo largo de ese otro relato que habla de las entidades deféticas-simulaciones enmascaradas en «Emma Zunz». El relato/cuento que también sigue siendo «propiedad del lenguaje o de la tradición» (Verdugo-Fuentes, 88); y que sin dudar es una de las máscaras más sofisticadas de la literatura que Borges porta; puesto que juega tanto con su propia vida, con sus palabras así como con la tradición literaria en la que se convierte perennemente en un yo proteico/problemático que reaparecerá constantemente a lo largo del cuento, de sus cuentos y, por lo consiguiente, dentro de toda su literatura. Como lo ha señalado Lefere:

«... Con respecto a los demás cuentos del Aleph, está claro que por influencia de los mencionados la identificación entre el narrador y el autor Borges propende a efectuarse cada vez que nada lo impide (“El muerto”, “Los teólogos”, “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz”, “Emma Zunz”, “La busca de Averroes”». (Lefere, 91).

Pero es en este personaje excepcional (Lastra) llamado simplemente por él «Emma Zunz», una mujer fuerte donde se reconcentra y enmascara a un nutrido grupo de personalidades femeninas con las que convivió y a quien amó el propio Jorge Luis Borges. Borges no sólo rehusó o huyó de las mujeres sino que, a su manera, convivió con ellas y a algunas de ellas también las amó a pesar del conservadurismo y en el límite de sus fuerzas como en las de su creación espectacular: Emma Zunz. Es ahí mismo durante, el accionar y en el pensar de la protagonista/agonista, en donde sin trabas se efectúa la identificación entre Jorge Luis Borges y Emma Zunz literalmente. Desde el ángulo de la historia, la ficción lo inserta sin ninguna complicación porque se vive literalmente en la sociedad de la Buenos Aires de las primeras décadas del siglo XX. Puesto que entre los límites narrativos, las fechas coinciden (1922), los lugares también (Almagro, Paseo de Julio, Liniers, Warnes, Buenos Aires, Gualagua, Lanús, Río Grande), los nombres de los personajes y situaciones históricas (la ilusión/desolación de ambos jovencitos y esos intentos homicidas/suicidas) leídas en el cuento, coinciden de manera increíble con la vida personal del autor aportando cuasi-testimonios a una crítica literaria que continúa girando en torno al Borges de carne y hueso. Dentro del cuento se percibe también la misógina actitud y el machismo acendrados de la sociedad patriarcal de la Argentina de

todos los siglos y del uso y maltrato que se le da a las mujeres, en especial a las que pertenecen a las llamadas minorías. Así conocemos del amor juvenil dado a Concepción Guerrero en 1922 y que acaba infructuosamente por voluntad de los padres del escritor; las reticencias para hablar del sexo, esa, «oscura ceremonia animal» (Mastronardi); la similitud entre buques y prisiones; de los paseos por Palermo y el barrio sur; de la propia confección de cuento «Emma Zunz» que nace debido a las pugna con S. O., «anuncia que piensa escribir un cuento donde varias personas que se profesan enemistad, acaban por reunirse y confabularse en la escena final. Como desea que una de ellas se reconozca —la zurcidora de voluntades— (Emma Zunz también es costurera en el cuento) no se propone ninguna oscuridad, ningún disimulo». (Mastronardi, 83); además de la larga lista de mujeres descrita por Carlos Mastronardi entre las que están Estela Canto, la misma Silvina Ocampo, Cecilia Ingenieros y Emma Risso Platero y muchas otras jóvenes porteñas de la época. Bajo esta misma temática, el propio Carlos Mastronardi entiende que,

«No es fácil definir el carácter ni apreciar la naturaleza de los vínculos que lo unen a las mujeres que regularmente cultiva y ensalza. También la ambigüedad debe asumir una forma precisa y clara, pero lo cierto es que el lenguaje se aviene a su esfuerzo a las situaciones insólitas o en exceso singulares. Podríamos hablar de amistades amorosas, de juegos galantes, de estados imaginativos que se disipan con la celeridad de los sueños. Sin embargo, ninguno de esos vocablos corresponde exactamente a la esquiva realidad que asediamos.» (79)

Y mediante este artilugio literario llamado «Emma Zunz» se produce una especie de expiación del escritor que re-explota una juventud sombría/solitaria y deja entrever algo de lo que le aquejaba en su edad madura al casi llegar a los cincuenta años de edad. Los hechos que le suceden al joven Borges en la vida real, coinciden con los años y pormenores en los que se gestan los de la jovencita Emma Zunz en el cuento; porque Emma es una aislada joven huérfana, inteligente y virgen; una persona doliente, rebelde, fuerte especial, la cual además finge ser una adolescente introvertida, una mujer apocada y apolítica, una obrera delatora y que se hace pasar por una mujer de la calle para lograr su cometido.

Ella es también un ser humano vengativo, inteligente, deslumbrado, conflictivo, confundido y caótico; es decir, muy parecida al Jorge Luis Borges puritano, cosmopolita, controversial, conservador aislado, brillante polémico y burlón despiadado dentro de una Buenos Aires cambiante en la que busca hacerse parte de su historia y tradición literaria denostando a sus opositores, jugando con sus lectores, denigrando a sus enemigos, engañándolos a todos de la misma manera con la que Emma Zunz mediante engaños, máscaras y disfraces, realiza el crimen perfecto al eliminar, literal y metafóricamente, a sus adversarios. Haciendo un juego con sus obras y palabras en las que ella/él misma apuesta a ganar, a ganarse; pero que al final, pese a sus constantes logros, no está satisfecha/o con los resultados ni los mismos son claros para ella/él; porque como se preguntaba anteriormente: «¿Cómo hacer verosímil una acción en la que casi no creyó quien la ejecutaba, cómo recuperar ese breve caos que hoy la memoria de Emma Zunz repudia y confunde?».

A lo largo de la narración las diferentes acciones y pensamientos que manifiesta Emma, si bien van encubriendo los motivos y razones que le llevan a actuar frente a los demás de tal o cual manera, son tan sólo disfraces que develan a una fuerte mujer increíble, laberíntica y contradictoria. A la mujer no le cuesta trabajo usar los distintos disfraces, sobre todo, los que la señalan como la víctima de una historia en la que ella va tejiendo un manto lleno de soledad y sufrimiento que convence a sus congéneres; ¿quizás, será ésta, una más de las sombrías/semblanzas de Borges? O acaso ¿es solamente una estrategia discursiva singular que se hace increíble por nuestra misma dubitativa visión al *inventar/descubrir* en el cuento las facetas históricas de mismo Borges? Estas son preguntas que se hacen y quedan en nuestro ser pensante cintilantemente al recordar que:

«No hay intervalos ni transiciones entre Borges y sus obras. Un tanto ajeno a la realidad cotidiana y sensible, escribe para registrar las etapas de su historia mental, para confiarnos los matices y vaivenes de sus procesos internos. [...] No sólo deja atrás la consabida estampa realista, sino que se despide del sujeto psicológico para presentarnos seres simbólicos o puramente imaginarios. Esta inclinación —ahora visible en gran parte de las letras contemporáneas— confronta al hombre con lo absoluto y recurre al arquetipo para alcanzar sus fines.

No más conflictos entre individuos, sino conflictos en función del tiempo inagotable, de la misteriosa realidad o de los supuestos planes divinos. Ciertamente es que Borges suele trazar caracteres o rasgos individuales, como en el caso de «Emma Zunz», pero de manera más constante, baraja categorías y postulados metafísicos.» (112-113, Mastronardi).

Sin embargo, la particular ambigüedad de los hechos y dichos personalizados por Emma Zunz y Jorge Luis Borges, difuman y exhiben otros de los aspectos reales e irreales con los que se construye y reconstruye también ese relato increíble llamado «Emma Zunz». Es decir, todo lo que ella y el narrador han dicho, ha quedado en duda y perdido credibilidad al sopesar y pensar lo versado en la narración por un agudo lector que no tiene tampoco ninguna seguridad en afirmar lo que realmente pasa. Porque si bien hay una narración única y final, aquí no existe una sola versión de lo escrito/leído que no caiga en cuestionamientos tanto por parte del narrador como por parte de los personajes, a los que se les ha unido ese primer lector; porque también «esta aparente sinrazón de un cuento que siempre narra lo mismo, deja de ser tal en cuanto la confrontamos con las series que aparecen en la obra “madre” y con otras de la narrativa borgeana» (Guerrero Alonso, 1). Nuevamente, son las agudas observaciones de Robin Leferelas que arrojan luz en esta nubosidad al reafirmar esa recurrente práctica borgeana bio-mítica que él ha investigado exhaustivamente y que nos revela, ahora:

«De esta manera, la escritura borgeana acaba ilustrando todos los tipos de la literatura autobiográfica, incluso los pocos transitados de la autobiografía literaria (a lo Coleridge) y de la (seudo) autoficción (innominada aún), y crea unos nuevos (piénsese en la autoficción fantástica de “El otro”, o en el epílogo de las *Obras completas*). Asimismo, destacan procedimientos como, en la poesía, la enumeración “caótica” aplicada a la vida del autor: en el ensayo, el fragmento autobiográfico con el fin persuasivo; en los cuentos, las distintas metalepsis.» (183).

De tal suerte que Jorge Luis Borges crea narraciones de corte fantasmal o real tanto o más complejas que las de su reconocida creación fantástica entre las que se cuela «Emma Zunz»; porque al tratar de aprehender y comprender la vida presentada por Emma se entra a «un complejo juego de máscaras y duplicidades» (Aedo Fuentes), a una realidad literaria reconstruida con un lenguaje muy particular lleno de entidades deícticas y simulaciones enmascaradas que señalan indefectiblemente al autor; como lo anuncia también su amigo Carlos Mastronardi:

«Si bien hemos invocado algunos ejemplos estrictamente literarios, el símbolo es en Borges mucho más que un apoyado gusto retórico. Nos hallamos ante una tendencia que también aparece cuando dice sus impresiones acerca de las mujeres con las que traba amistad. Como es natural en él, las define con arreglo a lo que sugieren o evocan. Dicho en otras palabras: dilata su ámbito personal y las identifica con provincias, imperios, medios culturales, periodos históricos, estilos literarios o doctrinas filosóficas, según las resonancias y las analogías que despiertan en su intimidad. Desbordan o trascienden lo inmediato para convertirse en emblemas.» (77).

Borges crea a una Emma y Emma recrea a un Borges *a imagen y semejanza*. Esta comunicación/corporalización de personaje-autor-personaje es una de las aportaciones que trae aparejadas el cuento «Emma Zunz». La idea de saber que tanto en la vida social de La Argentina como en cualquier otra sociedad, existen mujeres iguales o mejores que los hombres; es decir, toda mujer es una mujer que vive conforme a los lineamientos sociales pero que también tiene el poder y la voluntad de ejercer su derecho a la vida misma no menos no más que los hombres. Así que en muchas ocasiones como en la eterna lucha de contrarios y en el etéreo desafío de las palabras y pensamientos al disfrazarse los verdaderos motivos y/o mensajes en toda obra de creación se encuentran insospechadas/increíbles sorpresas. En Borges en su cuento se ve este doble juego entre «inventar» y «jugar» con las voluntades todas, las de ellos, los personajes de ficción y las de las personas/personajes de la no ficción. De tal manera que la verdad de lo que se enuncia queda encubierta en la palabra literaria y en los múltiples enmascaramientos que ella misma suscita. En este caso, los enmascaramientos o simulacros de los diferentes personajes ante los acontecimientos y hechos existenciales vividos y revividos, a lo largo de «Emma Zunz», hacen que la realidad de ese mundo ficcional adquiera un

insospechado verismo fantástico que seduce al lector y, al mismo tiempo, lo conduce al cuestionamiento infinito de esa misma veracidad histórico-literaria vivida por Jorge Luis Borges y Emma Zunz y que, como en el caso presente, obliga, una vez más, a una nueva reinterpretación de los increíbles enmascaramientos de Jorge Luis Zunz y Emma Borges.

Para el yo mítico, la mítica Emma Zunz a imagen y semejanza...

*La diosa Palabra, o búfala, o leona,
sólo visita a los que ama.
Ahí desviste su imposible belleza
que no se puede tocar. Fugaz
y siempre huyendo, no
roza la mano de nadie, come
de su silencio y entra
en abismos donde
pasa en una carreta el adiós.
Ah, diosa que así mostrás la muerte
a tu esposo perpetuo.
Sabén los que te roban
que crujís triste.*

Juan Gelman. *La diosa*

Es esta palabra borgeana recreada en la lectura de «Emma Zunz», una diosa contestataria, la que envuelve, quiebra y provoca a todo un cúmulo de ideas y miríadas de personajes increíbles como el de la misma protagonista: Emma Zunz. Dando paso a esa otra en la que enuncia su presente intimidad individual y colectiva mediante universos narrativos inabarcables llenos de personajes creados/hechos «a imagen y semejanza» de éste, su creador que los desdice y que contradice ante las normas y las conductas anquilosadas de lo literario; un creador escritural al que nunca jamás conocerán ni negarán sus creaciones todas; pero que con sus mismas acciones y existencias, sus propios personajes, develarán esos pensamientos, esas historias, y esos orígenes novedosos en los que habitaron dentro de la memoria del insigne bardo argentino.

Porque más que una mujer violentada o violenta, Emma Zunz es un personaje paradigmático que le ayuda al narrador a confundir o difuminar el umbral entre ficción y realidad, subvirtiendo los códigos y conductas personales: ambos los de ella y los de él. La visión obnubilada del narrador-escritor es también otro rasgo más que nos ofrece para envolvernos en ese profundo universo lleno de sombras del que tanto él como nosotros usamos para arropar nuestros pensamientos y acciones. Al enmascarar a esta mujer con las diferentes facetas, tan reconocidas por la crítica literaria, se confunden los juicios de valor, propios y ajenos, hechos nudo/silencio en el relato. Emma misma rebasa y es rebasada por su manera de ser, de pensar y de hacerse justicia; puesto que los límites entre lo que es verdadero en el personaje y lo que se queda fuera de ella, de esa misma verdad subjetiva, nunca logran fijarse del todo; puesto que ella se ha valido de herramientas tan complejas y potenciales como lo han sido, sus pensamientos, sus palabras y su propio cuerpo al que sacrifica en aras de una justicia que no ha sido lo que ella había fraguado. Emma, al igual que Jorge Luis, es rebasada por su propia naturaleza, por su drama, y por la increíble trama que continúa su vía crucis literario y existencial. La venda de la misma diosa justicia ha sido trasplantada a nuestra mirada; pero, la diosa palabra la ciega también a ella puesto que nunca logra ver ni definir realmente todo lo que pensó, lo que pasó. Emma Zunz se desconoce a sí misma y esta confusión es eterna porque no tendrá ni principio ni final. Al igual que en el mito de la creación el caos original será siempre un eterno retorno.

Las cambiantes duplicidades que Emma adopta al llevar a cabo lo que «repudia y rechaza» quedan señaladas como parte de ese caos manifiesto en el que nada es lo que parece, sólo son imágenes y semejanzas borrosas y distorsionadas. Las imágenes de la protagonista y sus duplicaciones exacerbaban sus comportamientos, sus gestos y quedan atrapadas en un mundo también incompleto, imper-

fecto que no terminará. Porque realmente nunca se conocerá ni rostro ni rastro verdaderos de Emma. Sus máscaras ya no serán tan sólo las actitudes que muestra ni los pensamientos compartidos con el propio narrador ni sus declaraciones, testimonios y lamentaciones en las que creemos reconocerle sino también lo que nunca dirá, lo que nunca oiremos los lectores. Ningún silencio ninguna palabra revelará la verdadera personalidad y carácter de Emma Zunz. Ella misma logra un mayor enmascaramiento al cubrirse con las mismas palabras que la han creado, porque son palabras que ponen en evidencia lo sucedido. Es un mismo lenguaje que aunado a las estrategias discursivas y performativas del cuento y del autor, enmascara al pasado y al futuro; increíble escritura borgeana que como tal oculta «el fondo y el fin» de lo que asalta y salta a la vista. Porque si bien es cierto que vemos a una mujer sufrir paradójicamente ella misma es la que se infringe tal sufrimiento para cifrar y problematizar una vana idea de otredad y, por ende, la de la su identidad que entre la bruma no puede ser otra que la de Borges. A ambos los acontecimientos y percances que sufren los igualan y asemejan porque hablan y viven con el mismo lenguaje.

Re-velada la cuasi-razonada, dura y fría índole violenta de «Emma Zunz», Borges, personificado en este otro doble llamado Emma Zunz, nos comparte un universo inabarcable y una narración infinita en la que su vida y las de sus congéneres se encadenan a toda una serie de paradójicas situaciones, simulaciones, memorias, mitos e imágenes, revelándonos y, a la vez, ocultándonos las infinitas transformaciones contradictorias de este cuento que queda fuera de alcance. En este mismo tinglado histórico-literario, en este juego de duplicidades y en estas identidades enmascaradas llamada «Emma Zunz», el mismo lenguaje cubre y descubre el impecable disfraz de un Jorge Luis Borges que como en la historia y en la literatura acaba portando, inexorablemente, la singular máscara, el rostro, la cara, la imagen de otra mujer que le oculta/desoculta por igual bajo el inmenso manto de la palabra y del pensamiento memorables. No hay ninguna duda de que las palabras, los pensamientos y las imágenes de Emma Borges, emanadas desde la capital argentina seguirán caminando, cambiando, cuestionando y criticando los porqués de la violencia en contra de la mujer y su maltrato y omisión por parte de los hombres, creo yo; éstos (pensamientos) y éstas (voces), no quedan sólo en citadas y complejas espirales de creencias o descreencias acerca de la construcción literaria ni de las propuestas convoluciones naturales del conocimiento filosófico, sino que, a la misma vez, dentro de nuestros mismos pensamientos escudriñados y sopesando las distintas resonancias de nuestras palabras aquí emitidas, las mismas allanen y recorran otros caminos llenando mentes y bocas de nuevas ideas para dibujar esas nuevas rutas interrogativas, senderos existenciales llenos de disímbolos diálogos subjetivos con los otros y otras; es decir, hagamos respuestas comunicativas que ayuden a aprehender, a comprender y a saber lo que está verdaderamente en la memoria del hombre y de la mujer que es lo importante. ¿No es cierto?

© Demetrio Anzaldo

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Acquarone, Cecilia R. *Textuality and Ideology*. A comparative Study of Edgar Allan Poe's "The Murder in the Rue Morgue" and Jorge Luis Borges' "Emma Zunz". Rosario: Universidad del Centro Educativo Latinoamericano
- Aedo Fuentes, María Teresa. "Borges y Emma Zunz postulando realidades". *Acta Literaria*, 25 Universidad de Concepción Concepción, Chile, 2000
- Anzaldo González, Demetrio. "Mujeres en la historia: espacios divergentes y convergentes al interior de la ciudad moderna". *Género y ciudad en la novela mexicana*. México: UACJ, 2003
- Arsac, Silvia Elsa y Pérez Iglesias, Sergio Fernando. "Emma Zunz (de Borges): de la cobardía moral al amor hereje más allá del padre"
- Balderston, Daniel. *Borges: realidades y simulacros*. Buenos Aires: Biblos, 2000.

- Barili, Amelia. *Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes: la cuestión de la identidad del escritor latinoamericano*. México: FCE, 1999.
- Barthes, Roland. *El placer del texto y lección inaugural*. México: Siglo XXI, 1996
- Borges, Jorge Luis. “Emma Zunz” en *La muerte y la brújula*. Buenos Aires: Emecé Editores, S. A., 1951
- “Prólogo” en *La muerte y la brújula*. Buenos Aires: Emecé Editores, S. A., 1951.
- Bosteels, Bruno. “Breve teoría del sujeto en Borges” Olea Franco, Rafael. Editor *In Memoriam Jorge Luis Borges* México: El Colegio de México, 2008 265-291
- Butler, Judith. “Psychic Inceptions. *Melancholy, Ambivalence, Rage*” en *The Psychic Life of Power*. California, USA: Stanford University Press, 1997
- Caballari, Héctor Mario. “Jorge Luis Borges y la estética del Simulacro” Mills College <http://sololiteratura.com/bor/borylaestetica.htm>
- Ceballos, René. “Jorge Luis Borges y el problema de la interpretación” Herbst 1995. <http://www.quetzal-leipzig.de/spanische-literatur/jorge-luis-borges-y-el-problema-de-la-interpretacion-19093.html>
- FeldhayBrenner, Rachel. “La trascendente toma de conciencia del otro” en *Resistencia ante el Holocausto*. Madrid, España: Narcea S. A de Ediciones, 2005.
- Frisch, Mark. “Women, Feminism, Postmodernity” and Borges. *You Might Be Able To Get There from Here.Reconsidering Borges and the Postmodern*. USA: Madison Teaneck-Fairleigh Dickinson University Press, 2004
- Gaarder, Jostein. *El mundo de Sofía*. Argentina: Siruela, 2012.
- Gelman, Juan. “La diosa”. *Mundar*. Mexico: Era, 2008.
- González Ortega, Nelson. “Estrategias textuales de Borges y su literaturización en la narrativa hispanoamericana”. *Studia Neophilologica* 68 2 (1996): 245-255.
- González Quirós, José Luis. “El drama de la libertad, entre la metafísica, la ética y la política”. Universidad Rey Juan Carlos, Madrid <http://jlgonzalezquiros.es/2012%20EI%20drama%20de%20la%20libertad.pdf>
- Guerrero Lorenzo, Daniel. “Emma Zunz”, un Aleph” *El psicoanálisis.net* 41. http://www.elpsicoanálisis.net/index.php?option=com_content&view=article&id=250:emma-zunz-un-aleph-por-daniel-guerrero-lorenzo&catid=61:numero-41&Itemid=181
- Latella, Graciela. *Metodología y teoría semiótica*. Argentina: Hachete, 1985.
- Lefere, Robin. *Borges. Entre Autorretrato y Automitografía*. Madrid, España: Editorial Gredos, 2005.
- León González, Libertad. “Lo fantástico y la muerte en Emma Zunz, de Jorge Luis Borges”. León González - [cetus.saber.ula.ve](http://www.saber.ula.ve) <http://www.saber.ula.ve/handle/123456789/26819>
- Linh, Enrique y Lastra Pedro. “Borges, gran poeta y mediocre versificador”. *Inti. Revista de literatura hispánica*: 8, artículo 6 <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss8/6>
- MacAdam, Alfred. “Emma Zunz’ Revisited”. *Romanic Review*. New York: Mar-May 2007 98 2/3 pg 237, 13 pgs.
- Mastronardi, Carlos. *Borges*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 2007.
- Moloy Sylvia. *Las letras de Borges*. Editorial Sudamericana, 1979.
- Olea Franco, Rafael. *El otro Borges. El primer Borges*. México: FCE/CM, 1993.
- Pérez Bernal, Angeles Ma.del Rosario. “La filosofía de Schopenhauer y la Cábala en la configuración de “Emma Zunz” de Jorge Luis Borges”. *Estudios sobre las Culturas Contem-*

- poráneas. XIII 26 diciembre, 2007 77-102
http://cenedic2.ucol.mx/culturascontemporaneas/contenidos/filosofia_de_schoenhauer.pdf
- Piglia, Ricardo. "Una lectura del cuento de Borges- Emma Zunz" Anexo VIII.
<http://www.ucm.es/info/especulo/numero21/e-zunz.html>
- Porinsky, Rebecca. "True Lies: Metaphysical games in Borges' "Emma Zunz". *CHARIS Institute of Wisconsin Lutheran College*, 2002
http://www.charis.wlc.edu/publications/symposium_spring02/porinsky.pdf
- Rivera-Taupier, Miguel. "Emma Zunz y sus precursoras". *Hispanofila* 2012
https://library.villanova.edu/Find/Summon/Record?id=FETCH-cross-ref_primary_10_1353_hsf_2012_00031
- Rodríguez Martín, María del Carmen. "Oxímoron e identidad en Borges: duplicidad y unidad de contrarios". <http://www.hispanista.com.br/revista/oximoron.pdf>
- Salas Horacio. "Otra vuelta de tuerca". Jorge Luis Borges. Para La nación.
<http://lacantonal.com.ar/Talleres/Oralidad/Una%20misteriosa%20lealtad%20-%20Borges.htm>
- Sarlo, Beatriz. "La imaginación histórica". *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920-1930*. Buenos Aires: Nueva vision, 1988 206-246
- Stavans, Ilan. "Yo, Judío". *Borges and the Jews. Jewish Quarterly* 212 2008
<http://www.jewishquarterly.org/issuearchive/articleeb7f.html?articleid=469>
- Verdugo-Fuentes, Waldemar. *En voz de Borges*. México: Editorial Offset, 1986
- Waisman, Sergio. "De la ciudad futura a la ciudad ausente: la textualización de Buenos Aires". <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v09/waisman.html>
- Williamson, Edwin. *Borges; A life*. New York: Viking, 2004
- Yates, Donald A., & James E. Irby. *Jorge Luis Borges Labyrinths* (1962) New York: New Directions, 2007
- Yurkievick, Saúl. *A imagen y semejanza*. España: Anaya & Mario Muchnik, 1992.
- *Borges/ Cortazar: mundos y modos de la ficción fantástica*. Université de Paris, Vincennes, Paris.
- Yuval-Davis, Nira. *Gender & Nation*. London: Sage Publications, 1997.

Demetrio Anzaldo. University of Missouri-Columbia. Ha publicado el libro *Género y ciudad en la novela mexicana*. Ciudad Juárez, México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez UACJ, 2003. Ha publicado diversos estudios y ensayos, entre ellos: "Las púberes canéforas, la sensibilidad social y sexual en la nocturna ciudad de México". *CIBERLETRAS* #11, <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v11/anzaldo.html>; "De piel de víbora de Patricia Rodríguez Saravia o transfiguración de la violencia urbana". *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea* 23. El Paso, Texas. 2004; "Por qué no estudié para millonario o cincuenta y tres años delante del pizarrón". *Alba de América Revista Literaria* 20. N. 37 y 38 (Julio 2001): 653-666. Interview to Seymour Menton; "Cielos de la tierra, un reencuentro con Carmen Boullosa" *Entorno* 54/55 (Invierno-primavera 2000): 58-62. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, México; "Entre la palabra y el movimiento vislumbres de un disentiimiento en *La sombra del caudillo*". *Entorno* 53 (otoño, 1999) 28-36; "Recordar a pesar del olvido, la alienación en *Cielos de la Tierra*". *Acercaamientos a Carmen Boullosa: Actas del simposio Conjugarse en infinitivo —la escritora Carmen Boullosa—* B. Dröscher and C. Rincón (Eds.) Berlín: Editorial tranvía, 1999. 210-220. "Recorriendo los hilos en el enlace con el otro a través del cuento hispanoamericano". *La seducción de la escritura. Los discursos de la cultura hoy*, 1996. Ed. Rosaura Hernández y Manuel F. Medina, México: Ed. Anaqueles, 1997. 278-286

HORIZONTES DESTERRITORIALIZADORES DE AUSENCIAS EN *FOTO DE FAMILIA* DE MARTÍNEZ DE PISÓN

por Francisco Javier Higuero

Los relatos breves recopilados en *Foto de familia* (1998) de Ignacio Martínez de Pisón poseen en común marcados aires de familia temáticos y discursivos ya detectados en muestras tan preclaras de la narrativa de este escritor como pudieran ser las novelas *Nuevo plano de la ciudad secreta* (1992) y *Carreteras secundarias* (1996). De nuevo, tales rasgos se volverán a reiterar en *María Bonita* (2000). La ejemplificación diegética de estos aires de familia parte, en la mayoría de los casos, de segmentariedades arborescentes bien asentadas, que llegan a desestabilizarse como efecto de la acción contundente llevada a cabo por líneas de fuga ocasionadoras de inquietantes ausencias, convertidas, a su vez, en horizontes existenciales previstos e inevitables. Los planteamientos teóricos en que se encuadran tanto las segmentariedades arborescentes como los procesos desterritorializadores, procedentes de las mencionadas líneas de fuga, provienen de las aportaciones conceptuales desarrolladas ensayísticamente por Gilles Deleuze y Felix Guattari en *Capitalisme et schizophrénie I: L'Anti-Oedipe* (1972) y *Capitalisme et schizophrénie II: Mille plateaux* (1980).¹ En líneas generales, estos pensadores entienden por segmentariedad una estructura aglutinada en torno a un centro concreto que sirve para conexasarla, otorgándole un cierto carácter estable. En tanto en cuanto dicha estructura se encuentra enraizada en cimientos fijos y profundamente asentados, a tal segmentariedad se la califica de arborescente. Ahora bien, este orden preestablecido empieza a tambalearse debido a la acción dinámica promovida por líneas de fuga que o bien quebrantan la fuerza cohesionadora del centro o dispersan a éste de tal forma que acaba siendo, de hecho, neutralizado.² En el caso concreto de lo narrado en los relatos breves de *Foto de familia*, el efecto más notable del dinamismo desterritorializador promovido por las líneas de fuga apunta hacia un horizonte de inquietantes ausencias que agujerean cualquier entorno estable, fijo y definitivo. Las páginas que siguen se proponen partir de las segmentariedades arborescentes en que se encuentran enmarcados existencialmente numerosos personajes de las narraciones tratadas, con el fin de evidenciar el movimiento rizomático promovido por múltiples líneas de fuga que tratan de ocasionar ausencias de todo tipo, quebrantando una y otra vez el orden estructural previamente establecido. De nuevo, conviene referirse a lo expuesto por Deleuze y Guattari en *Rhizome: Introduction* (1976) cuando aluden al enfrentamiento de las líneas de fuga en contra de totalidades aplastantes. Tal confrontación, según lo repetido con insistencia por estos pensadores, se convierte, pues, en una muestra ejemplificadora de lo propiamente considerado como rizoma, es decir, un sistema abierto, repleto de interacciones propensas a repudiar causalidades lineales, al tiempo que se resquebraja hasta de la misma noción de tiempo.³ En lo

¹ A la hora de aquilatar el desarrollo conceptual de lo implicado por el ámbito diegético de la desterritorialización, lo expuesto por Luis Ferrero Carracedo en *Claves filosóficas para una teoría de la historia en Gilles Deleuze* (2000), Charles Stivale en *The Two-Fold Thought of Deleuze y Guattari* (1998) y Alberto Navarro Casabona en *Introducción al pensamiento estético de Gilles Deleuze* (2001) se ha convertido en una valiosa referencia, no desdeñable en modo alguno.

² La univocidad insustituible del centro resulta carecer de relevancia semántica cuando se le coloca a éste en cualquier lugar espacial o cronológico. Dicha carencia indigente de significación se ha convertido en objeto de las reflexiones ensayísticas de Eugenio Trías, expuestas en *La dispersión* (1971).

³ Tanto Manuel Maldonado Alemán en "La teoría de los sistemas y la historia de la literatura" (1999), como Eva Parra Membrives en "Nuevas perspectivas en la comunicación literaria: la teoría de los sistemas" (1998), adelantan penetrantes estudios acerca de la función textual desempeñada por procesos evolutivos que conllevan variaciones y cambios en las estructuras de determinadas modalidades de sistemas. Sin embargo, parece que estos críticos se olvidan de mencionar las aportaciones de Deleuze y Guattari a dicho respecto. De haber tenido

concerniente a los relatos de *Foto de familia*, conviene no olvidar, desde un primer momento, que se utilizan estrategias deconstructoras de diversas linealidades cronológicas unidireccionales.⁴ Tales recursos diegéticos se evidencian al introducirse algunas historias narradas en los entornos existenciales correspondientes al ámbito de lo fantástico, en donde habría que incluir el contenido imaginario de sueños, convertidos en motivos de evasión tranquilizadora, en algunos casos, o en pesadillas atormentadoras en otros.

Conforme se ha advertido ya, el punto de partida de las narraciones aquí tratadas suele estar constituido por segmentariedades arborescentes en las que la nota predominante resulta ser, con frecuencia, un cierto sosiego tranquilizador, no exento de entusiasmo. Tal es lo que acaece en relatos tan representativos de *Foto de familia* como pudieran ser «La muerte mientras tanto», «Chop-suey», «El palacio del estilo», «Intemperie de los fósforos», «El enemigo interior» o hasta «Amor horrendo», entre otros. El itinerario diegético seguido en tales historias narradas se encuentra estructurado, en un comienzo, alrededor de cotidianidades apaciguadoras, en las que originariamente no se vislumbra el menor indicio de conflicto desestabilizador. La expresión discursiva de dicha cotidianidad se halla en consonancia con corrientes de pensamiento contemporáneo alejadas de las abstracciones enajenadoras puestas de manifiesto tanto en la defensa del sujeto pensante asumida por René Descartes en *The Discourse on Method and the Meditations* (1971) como en la reivindicación del yo trascendental realizada por Immanuel Kant en *Crítica de la razón pura* (1781), lo mismo que en la acogida otorgada al espíritu absoluto, tal y como la lleva a cabo G.W. Hegel en *Fenomenología del Espíritu* (1807). Frente a tales concepciones generalizadoras existe una marcada tendencia actual, interesada en aproximarse a una refrescante y hospitalaria cotidianidad, conforme lo han evidenciado los raciocinios argumentativos o ensayísticos de Javier Sádaba expuestos en *Saber vivir* (1984), Carlos Díaz en *Intensamente, cotidianamente* (1983), Juan José Ruiz-Rico en *Política y vida cotidiana* (1980), Vicente Verdú en *Sentimientos de la vida cotidiana* (1984) y Amando de Miguel en *Introducción a la sociología de la vida cotidiana* (1969) y *La vida cotidiana de los españoles en el siglo XX* (2001), sin olvidar las aportaciones filosóficas de alto nivel elaboradas con meticulosidad, rigor y precisión por Marcelino Agís Villaverde en «Hermenéutica de la vida cotidiana» (2001), lo mismo que por Carlos Baliñas Fernández en «La vida cotidiana, plataforma de despegue de la filosofía» (2001).⁵

Dentro del sesgo filosófico llamado a reivindicar la vida cotidiana, la segmentariedad arborescente, de carácter placentero y agradable, se constituye en punto de partida de lo narrado en «La muerte mientras tanto». En ese relato breve adquiere un papel actante fundamental Clara, personaje interesado en disfrutar de la rutina de cada día que ella misma desea crear. Dentro de esa segmentariedad bien estructurada alrededor de la vida cotidiana, el comportamiento previsible de Clara gira en torno a su amante Pablo, convertido así en centro arborescente y base sólida de lo por ella realizado. Algo parecido le acaece al viejo Fang, quien en «Chop-suey» parecía haber logrado integrar en su rutina cotidiana hasta lo connotado semánticamente por el ámbito de lo fantástico, representado por

en cuenta lo desarrollado conceptualmente por tales pensadores, dichos artículos, ya de por sí esclarecedores, se hubieran visto altamente enriquecidos.

⁴ Aunque el aparato teórico que sustenta el ejercicio de estrategias deconstructoras de un texto no coincide totalmente con los presupuestos conceptuales de Deleuze y Guattari, no hay nada que impida la aplicación crítica del proceso de desterritorialización, teniendo en cuenta también las consecuencias derivadas de lo expuesto en numerosos escritos de Jacques Derrida y sus seguidores.

⁵ Existen presuntos intentos encaminados a dirigirse conceptualmente a la cotidianidad, puestos de manifiesto en la última parte de la filosofía de Edmund Husserl, en donde se alude con insistencia reiterativa a las connotaciones semánticas procedentes del mundo de la vida, tal y como éste se encuentra explicado fenomenológicamente en *The Crisis of European Sciences and Transcendental Phenomenology* (1936). Un sesgo no muy alejado del ostentado por Husserl aparece también en la producción ensayística de José Ortega y Gasset, cuyo interés parece ir encaminado a enfatizar la vida como realidad radical, conforme se pone de relieve en *El tema de nuestro tiempo* (1955) o *Historia como sistema* (1963). Ahora bien, se precisa no olvidar que ambos enfoques raciocinantes acaso no trasciendan ni superen a los que critican como indeseables.

el rey Melchor.⁶ A todo esto se precisa agregar que la cotidianidad apacible era también el entorno existencial en que se desarrollan las actividades laborales de Pascual Riera en «El palacio del estilo». Al comienzo, esta narración gira en torno a un centro arborescente constituido por la tienda que había fundado el padre de este personaje, el cual acabaría haciéndose cargo del negocio con entusiasmo manifiestamente emprendedor. Por consiguiente, la iniciativa involucrada en dicha tarea ejecutada con primor, aprecio y dedicación, se integra, por completo, en la segmentariedad de la vida cotidiana seguida por Pascual. Algo parecido le acaece al ámbito de lo fantástico que también se había introducido ya en las ocupaciones cotidianas realizadas por el viejo Fang en «Chop-suey». Esta introducción de conductas repletas de connotaciones semánticas imaginarias dentro de las correspondientes segmentariedades, de las que acaban formando parte, volverá a producirse en «Intemperie de los fosfenos», en donde el comportamiento lúdico de dos amantes dispuestos a regodearse en un placer cotidiano proyecta significaciones placenteras, conforme era el caso también del entorno existencial disfrutado por Clara al inicio de «La muerte mientras tanto» o del viejo Fang en «Chop-suey» y de Pascual en «El Palacio del Estilo». De la siguiente forma se describe narrativamente la segmentariedad arborescente, integrada por el ámbito de lo fantástico y compartida por los amantes de «Intemperie de los fosfenos»:

«Marta sabe que son fosfenos, mera ilusión óptica, pero les llama bichitos, y le gusta pensar que si navegan por los mares del párpado es porque tienen hambre y buscan alimento en sus rincones. ¡A la derecha!, les anima a veces entre risas, ¡a la derecha creo que encontraréis pececillos! Yo en cambio no suelo moverlos, prefiero dejarlos a su antojo, asistir nada más a su tenue deriva sin escollos, seguir el curso amable de su estela, y sólo cuando ella insiste accedo a enviarle alguno, con un súbito y preciso impulso hacia la frontera oriental del ojo.»⁷

La dicotomía binaria constituida por el planteamiento del dilema tajante que opone la inmovilidad de las formas descriptivas al dinamismo involucrado en las narraciones es deconstruida cuando el itinerario diegético de «Intemperie en los fosfenos» se focaliza en las despreocupadas acciones y juegos de unos amantes dispuestos a disfrutar de la rutina placentera por ellos creada. Repárese a este efecto en que los tiempos verbales del modo indicativo en dicho texto citado se encuentran mayoritariamente en presente y, por tanto, pudiera muy bien producirse una clara prevalencia de la forma descriptiva. Sin embargo, tal apreciación filológica no sería completamente acertada, sobre todo si se prestase atención al predominio desempeñado también por el modo infinitivo, el cual se sitúa más allá de categorías temporales, resquebrajando las linealidades rectas tanto del pasado como del mismo presente. Ejemplificaciones diegéticas como ésta confirman lo advertido por Uri Margolin en «Shifted (Displaced) Temporal Perspective in Narrative» (2001), en donde se reconoce que al utilizarse intencionadamente el infinitivo, aunque sea como modo subordinado del presente, se puede conseguir que dentro de la estabilidad propia de la forma descriptiva se integre la actividad dinámica connotada por ese modo destructor de categorías temporales.⁸ Los amantes de «Intemperie de los fosfenos» han conseguido que la segmentariedad formada por el disfrute placentero no haya quedado superada por el pretérito ya caduco, al que se opondría el presente desarraigado. La introducción de los lexemas verbales en modo infinitivo convierte a la base arborescente de tal segmentariedad en fuente de un dinamismo actancial, sumido en movilidad irrefrenable.

⁶ Debido a las constricciones de espacio impuestas, inherentes a un estudio como éste, lo entendido por el ámbito de lo fantástico, aplicable a relatos tales como "Chop-suey" y "El rey de Bastos", está considerado en un sentido amplio y muy general. Por consiguiente, aquí no se está en condiciones de tener en cuenta las cruciales diferencias de matiz entre lo fantástico y lo real-maravilloso, introducidas por David Roas con perspicacia y conocimiento de causa en "La amenza de lo fantástico" (2001).

⁷ Ignacio Martínez de Pisón, *Foto de familia*, p. 52.

⁸ Las aportaciones narratológicas de Uri Margolin encuentran apoyo gramatical en lo adelantado críticamente por Suzanne Fleischman en *Tense and Narrativity* (1990), Wolfgang Klein en *Tense in Language* (1994) y Susumu Kuno en *Functional Syntax* (1987). Trascendiendo dichos estudios estructuralistas, en "Sobre Deleuze: Pensar en infinitivo", (1997) Eduardo Forastieri-Braschi alude, con conocimiento de causa, al modo verbal del infinitivo, considerándolo como expresión lingüística que Deleuze parece privilegiar al tratar del tiempo como devenir.

«Intemperie de los fosfenos» no es el único relato breve de *Foto de familia* en donde el ámbito de lo imaginario se encuentra integrado en una estructura inicial que gira alrededor de centros aglutinadores de tensiones productoras de un goce nunca eliminado por completo. Algo parecido acaece también en «El enemigo interior» y «Amor horrendo», narraciones que contienen personajes abocados inequívocamente a disfrutar del ámbito de lo imaginario en el que ya se encontraban introducidos al comienzo de las correspondientes historias relatadas. Sin embargo, tal vez la diferencia más notable entre lo connotado semánticamente por dicho ámbito en esas dos narraciones y lo aludido con explicitéz en «Intemperie de los fosfenos» se deba a lo siguiente: En esta última narración los personajes actantes se involucran en un juego y entretenimiento que muy bien pudiera ser caracterizado como propio de lo entendido críticamente como territorio de lo fantástico. Sin embargo, en «El enemigo interior» y «Amor horrendo» tales peculiaridades concretas de lo fantástico brillan por su ausencia. En cualquier caso, se precisa no olvidar que gran parte de los personajes de estos tres relatos breves, lo mismo que de «La muerte mientras tanto», demuestran encontrarse inmersos en una cotidianidad repleta de un goce tenso, integrado en el orden arborescente de lo imaginario. Tanto lo connotado semánticamente por el goce como por el ámbito de lo imaginario ha sido estudiado, en términos generales, por Jacques Lacan en *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1977), distinguiendo con nitidez a aquél del placer, y a este ámbito del denominado nivel de lo simbólico.⁹ Aunque tal vez pudiera pensarse que tanto el goce como el orden de lo imaginario se resisten a formar parte de segmentariedades arborescentes, lo cierto es que lo relatado en las mencionadas narraciones de Martínez de Pisón demuestra la viabilidad de dicha integración. Por consiguiente, del mismo modo que ha habido críticos predisuestos a poner en tela de juicio el carácter deconstructor del pensamiento de Lacan, en su conjunto, ahora se podría agregar que tampoco resulta factible considerarlo como desterritorializador, al menos sin introducir las precisiones necesarias y los correspondientes matices de rigor.¹⁰

El goce inserto en el ámbito de lo imaginario va concomitantemente unido al deseo experimentado por diversos personajes de «La muerte mientras tanto», «Intemperie en los fosfenos», «El enemigo interior» y «Amor horrendo». Hay en ellos aspiraciones irrealizadas e insatisfechas por completo que forman parte de la segmentariedad inicial de dichos relatos. Ahora bien, conviene tener en cuenta que la imposibilidad de la culminación de tales deseos no conlleva unívocamente un estado de completo infortunio existencial. Antes por el contrario, se produce un cierto asentamiento en las segmentariedades a que pertenecen los personajes afectados, conscientes de los límites impuestos por las exigencias del orden de lo simbólico.¹¹ Mientras no exista intento alguno por violar las fronteras, todavía podrá continuar el aglutinamiento arborescente de las respectivas segmentariedades centradas. Ahora bien, cuando parece que se pretende trascender la tensión del goce, propia del deseo, para dirigirse hacia la satisfacción del placer, las líneas de fuga desterritorializadoras empiezan a actuar con contundencia fatídica. Piénsese, a este respecto, en el comportamiento de Clara en

⁹ Para un conveniente y precisado esclarecimiento de la distinción establecida entre el concepto de goce y el del placer o entre los respectivos ámbitos de lo imaginario y de lo simbólico dentro del pensamiento de Lacan, resulta altamente recomendable consultar las valiosas aportaciones de Juan David Nasio expuestas en *Cinco lecciones sobre la Teoría de Jacques Lacan* (1995) y de Gilbert D. Chaitin desarrolladas en *Rhetoric and Culture in Lacan* (1996), lo mismo que los perspicaces comentarios de Juliet Flower MacCannell en *Figuring Lacan. Criticism and the Cultural Unconscious* (1986) y de Bruce Fink en *The Lacanian Subject. Between Language and Jouissance* (1995).

¹⁰ En *Deconstructive Criticism. An Advanced Introduction* (1983), Vincent B. Leitch alude al hecho de que el raciocinio argumentativo utilizado por Lacan pertenece a un sistema logocéntrico que privilegia la presencia de la verdad hablada sobre la ausencia de la escritura. Si esto fuera cierto, no existiría dificultad alguna para poder servirse de conceptos claves introducidos y precisados por Lacan con el fin de integrarlo en pertinentes explicaciones que atañen a determinadas segmentariedades arborescentes

¹¹ Las connotaciones semánticas del ámbito de lo simbólico han sido explicadas en *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis y Speech and Language in Psychoanalysis* (1977) de Jacques Lacan, lo mismo que en *Desire in Language: A Semiotic Approach to Literature and Art* (1980) y *Revolution in Poetic Language* (1984) de Julia Kristeva. Lo simbólico corresponde al orden de lo impuesto culturalmente, bien sea bajo formas fijas de lenguaje reforzadas por instituciones autoritarias o bajo modalidades de poder opresor, ante el que aparentemente no queda alternativa alguna, sino la sumisión.

«La muerte mientras tanto», al proponerse aprisionar con su presencia, placentera para ella, el entorno existencial de Pablo. Si aquel personaje no hubiera tomado la determinación de desempeñar el papel de acompañante en la tarea profesional que Pablo ostentaba, el desenlace fatídico ocasionado por las líneas de fuga desterritorializadoras muy posiblemente no se hubiera llevado a efecto. Sin embargo, tampoco debería pasar desapercibido que los planes de Clara se encuentran, en un primer momento, plenamente integrados en la lógica aglutinadora de una segmentariedad reconfortante y amena, conforme se pone en evidencia en lo manifestado por el narrador heterodiegético de «La muerte mientras tanto», del modo siguiente:

«Pablo había trabajado de camarero y de profesor, y ahora se dedicaba a la traducción. Si estaban allí, en aquella urbanización solitaria, era precisamente porque le habían hecho un encargo urgente, una traducción que debía estar entregada a primeros de octubre, y porque sólo en un lugar así se sentía capaz de acabarla en el plazo convenido. En un lugar como ése, sin vecinos, ni ruido de coches, ni bares, ni televisión. Clara le había preguntado si podía ir con él y asegurado que no le distraería. Pablo no se había negado: ése era su modo de afirmar. Para ella, esos quince días iban a ser de reposo, tranquilidad, de largos paseos por la orilla, de sosegadas lecturas sobre la arena. Albergaba además un objetivo no declarado, el de conocer más profundamente a Pablo, desentrañar al menos parte de su enigma.»¹²

La concordia que parecía existir en la segmentariedad arborescente creada por Clara no ofrece, al menos en el inicio, la mínima impresión de que pudiera resquebrajarse con contundencia desestabilizadora. Algo semejante le acaece al resto de las correspondientes segmentariedades con que comienzan los relatos breves recopilados en *Foto de familia*. Por ejemplo, en «El rey de Bastos» nada hacía pensar que el acercamiento de un niño a un personaje fantástico implicase algo que trascendiera la segmentariedad implicada en un rito meramente infantil. Lo mismo parece ser el caso de «Danza en el espejo», en donde unas niñas se habían acostumbrado a trazar una estructura simétrica y arborescente, como apoyo externo a los papeles histriónicos por ellas desempeñados. En «Ahora que viene el frío», el disgusto congénito sentido por el narrador homodiegético hacia los regalos otorgados se había convertido ya en la segmentariedad rutinaria de su vida familiar y social, con la que era preciso contar. Sin embargo, la reivindicación de la cotidianidad, constituida en estructura arborescente, empieza a desterritorializarse como efecto del movimiento rizomático promovido por las líneas de fuga introducidas. El horizonte existencial de tales acciones se materializa en ausencias concretas, cuya máxima ejemplificación viene a ser la muerte, ya prevista desde un primer momento, conforme se pone de manifiesto en «Foto de familia». En este relato breve, colocado en el centro de la recopilación de narraciones aquí estudiadas, se insinúa explícitamente la proximidad del fallecimiento del padre de una familia cuyos miembros habían decidido anticipar unas bodas de oro que él jamás llegaría a celebrar. Por consiguiente, la segmentariedad de dicho acto social empieza a sentirse desterritorializada debido al efecto producido por líneas de fuga que apuntan a ese perturbador horizonte de muerte. En otros casos, la ausencia prevista se reviste de la amenaza de destrucción cruel, representada por el presunto progreso, tal y como se encarna en el discurso social de una implacable modernidad. Tal es lo que acaece en «El Palacio del Estilo», en donde es el propio Pascual, personaje agobiado e indefenso, el que protagoniza el incendio aniquilador de las tareas por él realizadas. Dicha determinación pudiera acaso compararse intertextualmente con la protagonizada por Matías, también hacia el final del itinerario diegético de «El arquitecto», relato breve de José Jiménez Lozano recopilado en *El cogedor de acianos* (1993). En esta narración Matías, que había construido una chimenea alta y muy fina, convertida en objeto de admiración de numerosos forasteros, curiosos, expertos y turistas, acabó tirándola, al sentirse amenazado por esos personajes representantes de una modernidad vacua, propensa a convertir todo en simulacro apariencial.¹³ Tanto Pascual

¹² *Foto de familia*, p. 8.

¹³ La crítica incisiva lanzada contra los efectos destructores promovidos por una irrefrenable modernidad es compartida no sólo por las narraciones de Martínez de Pisón y Jiménez Lozano, sino también por las de Adelaida García Morales. Esta toma de postura contestataria ante el discurso del poder dominante contrasta con la inte-

en «El Palacio del Estilo» como Matías en «El arquitecto» no quieren saber nada con los presuntos valores de semejante modernidad a la que, sin disimulo, rechazan, a pesar de que ésta había pretendido apaciguar con sus logros a dichos personajes, atrayéndolos hacia ella. De hecho, Matías no recibe sino elogios y felicitaciones por parte de los representantes del progreso y desarrollo económico. En el caso de Pascual, se precisa advertir que este personaje había sido invitado a trabajar en el negocio de ordenadores, pudiendo participar lucrativamente de las ganancias involucradas, muy superiores con creces a las que le había proporcionado su tienda de máquinas de escribir. El rechazo perpetrado tanto por Pascual, como por Matías, implica la creación de una ausencia desterritorializadora de las cotidianas segmentariedades en que transcurrieron gran parte de sus vidas respectivas, sin haberse hecho concesiones a las implacables acechanzas de la modernidad y sin tampoco contemporaneizar con ella.¹⁴

En «El Palacio del Estilo», Pascual desprecia contundentemente el ofrecimiento de llegar a algún tipo de consenso, aportado por el negocio de ordenadores que se constituye en notable representante del discurso de la modernidad. Esta actitud existencial, repleta de contundente displicencia hacia imposiciones rechazadas, caracteriza a dicho personaje y pone de relieve una reciedumbre de ánimo dispuesta a no aceptar la desterritorialización ocasionada por las líneas de fuga que se proponen quebrantar una confortable cotidianidad. Tal posicionamiento existencial viene a constituirse en la réplica inequívoca del discurso argumentativo de la modernidad, interesado en el consenso, tal y como en términos teóricos lo ha explicado Jürgen Habermas en *Teoría de la acción comunicativa* (1989).¹⁵ Conforme se está observando, las acciones llevadas a cabo por Pascual en «El Palacio del Estilo» se alejan de cualquier posibilidad de consenso. Algo parecido, aunque en este caso desde posturas próximas a las adoptadas por la modernidad, acaece en «Ahora que viene el frío», relato en el que el narrador homodiegético, constituido por un personaje bien asentado en el irrefrenable progreso moderno, se resiste a comprometerse en el acuerdo promovido por un ser vulnerable e indigente en grado extremo. Este personaje se caracterizaba por llevar una extravagante chaqueta convertida en motivo de discordia. De la siguiente forma tiene lugar el encuentro, sin consenso, entre el mendigo que ostentaba esa prenda de vestir y dicho narrador, identificado con el discurso exclusivista de la modernidad:

«El mendigo empujaba un viejo cochecito de niño lleno de trapos, revistas arrugadas y cajas de cartón. Estábamos (ya lo he dicho) a comienzos de noviembre, y todavía no hacía tanto frío como para tener que abrigarse con una chaqueta como aquella....

—Me ha llamado mucho la atención esa chaqueta... —insistí....

—Si quiere, se la vendo —me dijo.

—¿Cuánto?

—Me ofrecieron treinta y no quise venderla.

—¿Treinta? ¿Treinta mil?

—Pura artesanía. Y además está el valor afectivo.

Sacudí la cabeza y me alejé de allá. Con ese dinero tenía para los primeros plazos de una cámara de vídeo. Seguro que a Blanca le haría más ilusión.»¹⁶

Esta muestra de la transacción relacional establecida entre el mendigo y el narrador homodiegético de «Ahora que viene el frío» contradice frontalmente lo advertido por Habermas en el citado estudio

gración dentro de las exigencias burguesas de ese discurso que parecen connotar algunos relatos de Carmen Martín Gaité, recopilados en *Las ataduras* (1988) o de Josefina Aldecoa, recogidos en *Fiebre* (2000).

¹⁴ En *María bonita* de Martínez de Pisón también se vislumbran con nitidez los efectos de un alienante progreso desterritorializador.

¹⁵ Para un estudio apropiado de las implicaciones derivadas de lo promovido por la acción comunicativa, las reflexiones y comentarios de Margarita Boladeras expuestos en *Comunicación ética y política. Habermas y sus críticos* (1996) y las aportaciones de Raúl Gabás explicadas en *Habermas: dominio técnico y comunidad lingüística* (1980) se han convertido en un imprescindible y valioso material de consulta.

¹⁶ *Foto de familia*, pp. 161-162.

cuando afirma que la modernidad promueve el consenso, como meta trazada por la razón comunicativa. Si en «El Palacio del Estilo» el que rechaza el consenso viene a ser un personaje enfrentado al poder impuesto por la modernidad, en «Ahora que viene el frío» tal modernidad ni ofrece ese consenso ni lo acepta cuando llega a proponérselo. En cualquier caso, las existencias de esos personajes involucrados en ambos relatos, lo mismo que en el resto de las narraciones recopiladas en *Foto de familia*, sufren una notable desterritorialización como resultado de la acción promovida por líneas de fuga no interesadas en consenso arborescente alguno. No debe olvidarse a este respecto que las ausencias, convertidas en horizonte existencial de tal movimiento rizomático desestabilizador, llegan, en circunstancias concretas, a desembocar en la muerte de personajes indefensos, conforme acaece en «La muerte mientras tanto», «Travelling», «El enemigo interior», «Amor horrendo» y «Danza en el espejo». Ante dichas muertes no vale consenso alguno. Los personajes que son objeto de semejante desvarío se encontraban indefensos, solitarios y vulnerables en grado extremo. Tal resultado perturbador resulta ser la consecuencia desterritorializadora ocasionada por líneas de fuga que progresivamente iban actuando con meticulosidad bien calculada y con todo tipo de detalles programados con anticipación. No debe olvidarse, as este efecto, que, en «La muerte mientras tanto», Clara deja de existir, después de que todo se cumpliera conforme lo había previsto Pablo, su amante. En «Travelling», la muerte de la madre de Carlota y Santiago fue intencionadamente propiciada por este personaje sanguinario, cuya misión macabra consistió también en descuartizar el cadáver de la víctima, ocultando los diversos miembros del mismo en bolsas, maletas y otros recipientes fabricados para guardar prendas de vestir y objetos de aseo personal.¹⁷ El aire de familia que aproxima ambos desenlaces fatales, el de «La muerte mientras tanto» y el de «Travelling», consiste no sólo en la crueldad de los métodos empleados para producir la ausencia de los personajes en cuestión, sino también en el hecho de que éstos son seres convertidos en víctima de un aislamiento impuesto de alguna forma, conforme les acaece también a las dos jóvenes a quienes se les hace desaparecer sin dejar rastro alguno en «El enemigo interior» y «Amor horrendo». En las historias relatadas en estas dos narraciones son sendas mujeres extranjeras, carentes de un mínimo apoyo existencial satisfactorio, las que llegan a ser eliminadas, sin integrarse en ninguna segmentariedad arborescente centrada estructuralmente, pues las respectivas líneas de fuga consiguen desterritorializarlas por completo. Los perpetradores de las ejecuciones en cuestión podían haber sentido afecto y hasta compasión hacia las víctimas, conforme era el caso también de la actitud adoptada por las dos niñas que llegan a ejecutar a su propio padre en «Danza en el espejo», después de haber borrado los menores indicios de pruebas acusadoras. De la siguiente forma la narradora homodiegética de dicho relato breve se refiere al acto mortal llevado a cabo por ambas hermanas, al tiempo que hacían desaparecer hasta la posibilidad de encontrar huellas digitales deladoras:

«... yo bajé el arma y la mirada. Mi hermana emitió un largo suspiro y se acercó a papá, que seguía roncando en el sofá. Le puso la pistola en la mano para que sus huellas dactilares quedaran impresas. Después acomodó uno de sus dedos en el gatillo y levantó su brazo grande y pesado hasta meterle el cañón en la boca. Puso su dedo índice sobre el de papá y disparó. Pobre papá. Su cuerpo dio un súbito respingo y un mechón de pelo le quedó colgado sobre la frente. La sangre empezó a fluir por las comisuras de sus labios. Nosotras dos nos miramos y esbozamos, como ante un espejo, un gesto idéntico de tristeza. Ahora, sin embargo, podríamos volver a bailar como al principio. Ya nada se interponía entre nosotras.»¹⁸

¹⁷ Lo narrado en "La muerte mientras tanto", lo mismo que en "Travelling" puede servir de reminiscencia intertextual del itinerario diegético seguido en la novela *Una historia perversa* (2001) de Adelaida García Morales, en donde un personaje tan cruel como resulta ser Octavio no tiene nada que envidiar ni a Pablo ni a Santiago, perpetradores de acciones violentas y macabras en los relatos de Martínez de Pisón. No sólo se produce, desde un punto de vista narratológico, una coincidencia intertextual en lo que a la historia de estos relatos se refiere, sino también hasta en el discurso con que se expresan los respectivos personajes.

¹⁸ *Foto de familia*, pp. 138-139.

Los desenlaces desterritorializados de «La muerte mientras tanto», «El enemigo interior», «Amor horrendo» y «Danza en el espejo» se producen como consecuencia del movimiento implacable ocasionado por líneas de fuga que se las ingenian para esconderse y permanecer así impunes. Por consiguiente, los personajes que perpetran las muertes en cuestión desempeñan un papel narratológico de actantes, no solo porque realizan lo por ellos mismos programado con meticulosidad, sino también porque ocultan, con éxito, la propia autoría de los asesinatos cometidos. Tal encubrimiento se ve favorecido por el hecho de que las víctimas resultan estar caracterizadas como seres aislados y sin ataduras fijas protectoras. En consecuencia, es la soledad la que favorece la perpetración de muertes crueles, añadiendo una nueva connotación semántica a lo advertido, desde presupuestos existencialistas, por Miguel de Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida* (1971), Martin Heidegger en *El ser y el tiempo* (1951) y Jean Paul Sartre en *El ser y la nada* (1950), escritos ensayísticos en donde se afirma que la muerte de cada cual no puede ser compartida con nadie, pues es un acto que se lleva a cabo en suprema soledad.¹⁹ Ahora bien, semejante estado existencial, de por sí intransferible, iba precedido en esos relatos de *Foto de familia* de otra soledad anticipada en las vidas respectivas de personajes desterritorializados, sin poseer segmentariedad alguna a la que asirse arborescentemente. En «La muerte mientras tanto» Clara quiere pedir ayuda, pero no puede, pues se ha fabricado en torno a ella un aislamiento infranqueable. Algo parecido les acaece a Marlene en «El enemigo interior» y a Kim en «Amor horrendo», personajes también arrojados a un entorno existencial ajeno al territorio de donde procedían, viviendo ya sin bases arborescentes en que fundamentar sus existencias y sin ser capaces de encontrar centros estables, amortiguadores de las acciones desenfundadas provenientes de líneas de fuga desterritorializadoras. En lo que se refiere a la víctima mortal de «Danza en el espejo», no debe olvidarse su condición de esposo abandonado, sumido en una preocupante avalancha de deudas y al que sus propias hijas lo consideraban un obstáculo serio para experimentar el goce proveniente de movimientos rizomáticos, convertidos en líneas de fuga desterritorializadoras hasta de los restos de una segmentariedad aniquilada ya por ellas. En los itinerarios diegéticos de todos estos relatos ya no es posible una marcha atrás ni un retroceso justiciero y reivindicativo, pues se han borrado hasta las huellas más ínfimas que delatasen a los ejecutores de las muertes en cuestión. Por consiguiente, ya no queda posibilidad alguna que permita reconocer los valores de las segmentariedades arborescentes que, por desgracia, han quedado ya anuladas frente a los embates implacables de fatídicas ausencias mortales.

A la hora de recapitular lo que precede, conviene aludir una vez más a los horizontes desterritorializados hacia donde se encaminan las trayectorias narrativas de los relatos breves recopilados en *Foto de familia*. El grado de virulencia que afecta a las ausencias producidas por las líneas de fuga no es siempre el mismo. En algunos casos, como en «Chop-suey» o «El rey de Bastos», tales ausencias se materializan en personajes simplemente desaparecidos u olvidados. En otras narraciones, como en «El Palacio del Estilo», la historia relatada culmina en la destrucción contundente de una segmentariedad cotidiana, irremediablemente desterritorializada, al tiempo que se diseminan sugerentes insinuaciones referidas a personajes muertos, aunque dichos desenlaces fatales se hubieran previsto con anterioridad o respondieran a causas naturales. Tal es lo que acaece en «Intemperie de los fosfenos», «Ahora que viene el frío» y hasta en «Foto de familia», en donde la muerte aludida se produce no como algo querido o buscado, sino como un suceso realmente inevitable. Sin embargo, en otros relatos, tales como «La muerte mientras tanto», «Travelling», «El enemigo interior», «Amor horrendo» y «Danza en el espejo», el movimiento rizomático de las líneas de fuga tiene como resultado la perpetración intencional de agresiones mortales, causadas a víctimas indefensas. La impunidad definitiva gozada por los asesinos en dichas narraciones contrasta con la vulnerabilidad

¹⁹ A pesar del reconocimiento de la suprema soledad de la muerte, con el que están de acuerdo Heidegger y Sartre, en modo alguno ambos pensadores coinciden en sus respectivos enfoques existencialistas. La hondura ontológica, si bien totalitaria, de lo expuesto por Heidegger, contrasta con la superficialidad óptica, acaso próxima a la cotidianidad intransferible de cada cual, de que adolecen los escritos ensayísticos de Sartre. Por otro lado, conviene no olvidar que, conforme lo advertido por Fernando Savater en *Humanismo impenitente* (1990), de hecho es la aproximación filosófica de Sartre la que se encuentra más propensa a reconocer y apaciguar el sufrimiento que las abstracciones promovidas por Heidegger.

extrema y solitaria de los personajes condenados al exterminio supremo, al tiempo que desaparecen los mínimos indicio y huellas de las agresiones sufridas y hasta los rastros de unas vidas ya totalmente desterritorializadas, después de haber experimentado tanto un desplazamiento impuesto con contundencia, como la soledad radical de la muerte, incapacitada, por naturaleza, para ser compartida con nadie. En consecuencia, puede muy bien afirmarse que lo narrado en los relatos breves recopilados en *Foto de familia* pone de relieve el máximo peligro y acecho a que acaso queden sometidas existencias integradas en segmentariedades cotidianas, cuando éstas son embestidas por líneas de fuga desterritorializadoras, capaces de arrollar con contundencia y crueldad, llegando hasta la perpetración inmisericorde de fatídicas agresiones mortales.

© Francisco Javier Higuero

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Agís Villaverde, Marcelino (2001), "Hermenéutica de la vida cotidiana", *Pensar la vida cotidiana. Actas III Encuentros Internacionales de Filosofía en el Camino de Santiago. 1997*, Marcelino Agís Villaverde y Carlos Baliñas Fernández, Eds., Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, pp.11-24.
- Aldecoa, Josefina R. (2000), *Fiebre*, Barcelona, Anagrama.
- Baliñas Fernández, Carlos (2001), "La vida cotidiana, plataforma de despegue de la filosofía", *Pensar la vida cotidiana. Actas III Encuentros Internacionales de Filosofía en el Camino de Santiago. 1997*, Marcelino Agís Villaverde y Carlos Baliñas Fernández, Eds., Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, pp. 91-108.
- Boladeras, Margarita (1996), *Comunicación ética y política. Habermas y sus críticos*, Madrid, Tecnos.
- Chaitin, Gilbert D. (1996), *Rhetoric and Culture in Lacan*, New York, Cambridge University Press.
- Deleuze, Gilles, Félix Guattari (1972), *Capitalisme et schizophrénie I: L'Anti-Oedipe*, Paris, Minuit.
- (1976), *Rhizome. Introduction*, Paris, Minuit.
- (1980), *Capitalisme et schizophrénie II: Mille plateaux*, Paris, Minuit.
- Descartes, René (1971), *The Discourse on Method and the Meditations*, Baltimore, Peguin Books.
- Díaz, Carlos (1983), *Intensamente, cotidianamente*, Madrid, Ediciones Encuentro.
- Ferrero Carracedo, Luis (2000), *Claves filosóficas para una teoría de la historia en Gilles Deleuze*, Madrid, Fundación Universitaria Española.
- Fink, Bruce (1995), *The Lacanian Subject. Between Language and Jouissance*, Princeton, Princeton University Press.
- Fleischman, Suzanne (1990), *Tense and Narrativity*, Austin, University of Texas Press.
- Forastieri-Barschi, Eduardo (1997), "Sobre Deleuze: pensar en infinitivo", en *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica*, nº 6, pp. 221-239.
- Gabás, Raúl (1980), *Habermas: dominio técnico y comunidad lingüística*, Barcelona, Ariel.
- García Morales, Adelaida (2001), *Una historia perversa*, Barcelona, Planeta.
- Habermas, Jürgen (1989), *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*, Madrid, Cátedra.
- Hegel, G. W. (1996), *Fenomenología del Espíritu*, México, Fondo de Cultura Económica.

- Heidegger, Martin (1951), *El ser y el tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Husserl, Edmund (1970), *The Crisis of European Sciences and Transcendental Phenomenology*, Evanston, Northwestern University Press.
- Jiménez Lozano, José (1993), *El cogedor de acianos*, Barcelona, Anthropos.
- Kant, Immanuel (1978), *Crítica de la razón pura*, Madrid, Alfaguara.
- Klein, Wolfgang (1994), *Tense in Language*, London, Routledge.
- Kristeva, Julia (1980), *Desire in Language: A Semiotic Approach to Literature and Art*, New York, Columbia University Press.
- (1984), *Revolution in Poetic Language*, New York, Columbia University Press.
- Kuno, Susumu (1987), *Functional Syntax*, Chicago, University of Chicago Press.
- Lacan, Jacques (1977), *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Barcelona, Barral Editores.
- (1980), *Speech and Language in Psychoanalysis*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Leitch, Vincent B. (1983), *Deconstructive Criticism. An Advanced Introduction*, New York, Columbia University Press.
- Maccannell, Juliet Flower (1986), *Figuring Lacan. Criticism and the Cultural Unconscious*, Lincoln, University of Nebraska Press.
- Maldonado Alemán, Manuel (1999), "La teoría de los sistemas y la historia de la literatura", *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica*, n° 8, pp. 251-281.
- Margolin, Uri (2001), "Shifted (Displaced) Temporal Perspective in Narrative", in *Narrative*, Vol. 9, n° 2, pp. 195-203.
- Martín Gaité, Carmen (1988), *Las ataduras*, Barcelona, Destino.
- Martínez de Pisón, Ignacio (1992), *Nuevo plano de la ciudad secreta*, Barcelona, Anagrama.
- (1996), *Carreteras secundarias*, Barcelona, Anagrama.
- (1998), *Foto de familia*, Barcelona, Anagrama.
- (2000), *María bonita*, Barcelona, Anagrama.
- Miguel, Amando de (1969), *Introducción a la sociología de la vida cotidiana*, Madrid, Ecusa.
- (2001), *La vida cotidiana de los españoles en el siglo XX*, Barcelona, Planeta.
- Navarro Casabona, Alberto (2001), *Introducción al pensamiento estético de Gilles Deleuze*, Valencia, Tirant Lo Blanch.
- Nasio, Juan David (1995), *Cinco lecciones sobre la Teoría de Jacques Lacan*, Barcelona, Gedisa.
- Ortega y Gasset, José (1976), *El tema de nuestro tiempo*, Madrid, Revista de Occidente.
- (1981), *Historia como sistema*, Madrid, Alianza.
- Parra Membrines, Eva (1998), "Nuevas perspectivas en la comunicación literaria: la teoría de los sistemas", *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica*, n° 7, pp. 277-293.
- Roas, David (2001), "La amenaza de lo fantástico", en *Teorías de lo fantástico*, David Roas Ed., Madrid, ARCO/LIBROS, pp. 7-47.
- Ruiz-Rico, Juan José (1980), *Política y vida cotidiana. Un estudio en la ocultación social del poder*, Barcelona, Anthropos.
- Sádaba, Javier (1984), *Saber vivir*, Madrid, Ediciones Libertarias.
- Sartre, Jean Paul (1950), *El ser y la nada*, Buenos Aires, Losada.

Savater, Fernando (1990), *Humanismo impenitente*, Barcelona, Anagrama.

Stivale, Charles (1998), *The Two-Fold Thought of Deleuze y Guattari*, New York, The Guilford Press.

Trías, Eugenio (1971), *La dispersión*, Madrid, Taurus.

Unamuno, Miguel de (1971), *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Espasa Calpe.

Verdú, Vicente (1984), *Sentimientos de la vida cotidiana*. Madrid, Ediciones Libertarias.

Francisco Javier Higuero, oriundo de Logroño, ejerce la docencia universitaria en Wayne State University (Detroit). Su campo de investigación se halla focalizado prioritariamente en el pensamiento contemporáneo y en la filología hispánica de los siglos XIX, XX y XXI. Ha publicado libros tales como *La imaginación agónica de Jiménez Lozano* (1991), *La memoria del narrador* (1993), *Estrategias destructoras en la narrativa de Jiménez Lozano* (2000), *Intempestividad narrativa* (2008), *Narrativa del siglo posmoderno* (2009), *Racionalidad ensayística* (2010), *Argumentaciones perspectivistas* (2011) y *Discursividad insumisa* (2012), lo mismo que numerosos artículos en revistas especializadas, de reconocido prestigio internacional.

FICCIÓN E INTRAHISTORIA EN *FABULOSAS NARRACIONES POR HISTORIAS* DE ANTONIO OREJUDO (1996)

por Eduardo Ruiz Tosaus

*Fabulosas narraciones por historias*¹ de Antonio Orejudo es la irreverente versión de una novela autoficcional, aunque sin un autor-personaje presente en toda su extensión, una novela que se asemeja a «una forma de discurso ficticio que narra historias auténticas aunque tal vez no verídicas. Es decir, una ficción basada en hechos reales».² Realidad inventada, ficción real y muchos términos semejantes confluyen en el mismo juego, antiquísimo por cierto en la Literatura Universal, de jugar constantemente con el lector a tratar de discernir el hecho real y empírico del meramente originado en la imaginación del escritor. No es el objetivo de este estudio rastrear en todos estos antecedentes, sino observar cómo este procedimiento narrativo se aplica en esta novela de Orejudo y, asimismo, continuar el juego que propone el autor tratando de discernir entre realidad y ficción en una especie de metáfora existencial donde lo interesante no es el final del laberinto sino el proceso de huida de él. Para contribuir a este laberinto de ficción, Orejudo recurre a una complicada trama de conspiraciones, personajes, hechos históricos y pseudohistóricos, noticias de prensa, cartas, anuncios incrustados en diarios de la época... para conseguir, pues, ese efecto de ficción laberíntica donde unos hechos reales y contrastados (los años del auge de la Residencia de Estudiantes, 1923-1939) son desmenuzados intrahistóricamente a partir de unos personajes de ficción que plantean «otra» visión de la historia, la cultura y, concretamente, la literatura de aquellos años.

El intrincado argumento de la novela reafirma este concepto tan irreverente de la «aprehensión correcta» de la realidad (para algunos, posmodernismo) se apoya en una gran variedad de técnicas narrativas diferentes que se confirman y contradicen entre sí, reafirmando la idea de la imposibilidad de acceder a una única realidad. Como resume Marta Álvarez, «el conjunto se forma a partir de la técnica de collage de narración, entrevistas y artículos periodísticos (en los que se intercalan líneas de contenido publicitario), cartas, fragmentos de libros reales, fragmentos de libros inventados,... que se hacen eco confirmándose o contradiciéndose, de modo que al final —sin una voz autorial que funcione como aglutinador— resulta si no difícil, imposible establecer una única y fiable diégesis».³ Como apunta ella misma también, conviven las diferentes versiones y cada una de ellas es posible al tiempo que excluyente, dejando al lector la potestad última de decidir el sentido de un texto que de ese modo le pertenece por completo. Para Pilar Lozano⁴, «la fragmentación funciona como metáfora epistemológica de la realidad y de la historia: todo es fragmentario, caótico, y nuestra visión de la realidad depende de cómo unamos los fragmentos, puesto que de esa unión surge el sentido o el sinsentido.»

Vamos a tratar de ordenar este estudiado caos. A esta focalización narrativa tradicional de un narrador autobiográfico van añadiéndosele otras:

a) Un desconocido personaje (al final de la novela sabremos que se trata de la baronesa María Luisa) que, en forma de carta, y escribiendo desde 1986, parece recrear sus experiencias intelectuales en el Madrid de los años 20 (pp. 128, 176, 190, 240). Este personaje sirve de contraste a la narración central, corroborando o refutando los hechos que el narrador omnisciente relata.

b) Anuncios entremezclados con noticias con los que se intenta dotar a la lectura de un sentido paródicamente real. Algunos de ellos son anuncios de productos relacionados con las enfermedades

¹ Las notas siguen la edición de Tusquets Editores, abril de 2011.

² *Autoficción*, Estudios sobre una forma literaria diferente”, <http://autoficcion.es/?p=322>

³ (Álvarez, 2007: 485-493).

⁴ (Lozano Mijares, 2006: 333-345).

de transmisión sexual (54), estrechamente vinculados a la relación entre Santos y su tía. Son anuncios de Urinarias (100, 225), de Gomas higiénicas *La discreta* (295), de depurativos o de cicatrizantes. Estos dos últimos son reales y aparecían asiduamente en los periódicos de la época.⁵

c) Recortes de periódicos (45), *La Libertad* (150), *Mujer de hoy* (268, 328), *El Sol* (285, 295). Son especialmente interesantes las referencias al periódico *La Libertad* y a su redactor Paco Martínez Johnson, que trata de desentrañar los misterios, intrigas y chafarderías de la Residencia de Estudiantes (84, 117)

d) Libros y novelas de memorias. Estos libros de memorias se encargan de corroborar o mostrar un punto de vista diferente al de la narración principal (es el caso del episodio del encañonamiento de Gómez de la Serna por parte de Martiniano, 134). En algunos casos las memorias desmienten al propio narrador (la conferencia de Unamuno, 178). No pueden faltar, como en toda fabulación que se precie, las referencias a libros falsos, totalmente inventados por el autor en busca de verosimilitud y afianzamiento de sus postulados. Las referencias falsas son:

- Sebastián Casero, *El último vistazo*. Memorias, pág. 70 y *Los Olvidados*, pág. 128, 165.
- Amancio Gonotórregui, *La biografía de Cirilo «El Cometripas»* (114)
- Gervasio López Paradero, *Caminos y puentes de ingeniero* (125)
- Carlos Bonifaz, *Los días previos. Memorias* (132)
- Julio Puertas, *Mi vida con Ramón* (134)
- Ulises U. Uxkey, *Ortega y la libertad*, tesis doctoral, pág.145
- Eligio Herrador Simientes, *Unamuno de una vez*, pág. 152, *Nunca nadie* (176)
- Bartolomé Sastre-Labanda, *Stop a todo desastre* (177)

Podemos observar el carácter paródico, irónico e, incluso podríamos apuntar, de broma personal, que tienen algunas de estas referencias: Gonotórregui-gonorrea, Paradero-caminos, Bonifaz-bonifacio, Ulises U.Uxkey-Aldous Leonard Huxley (el autor de *Un mundo feliz*), Bartolomé Sastre-desastre...Por supuesto, este juego que practica Orejudo debe apoyarse para ser verosímil también en referencias y material real para que el lector pueda pensar en algún momento que la fabulación presenta grandes atisbos de verosimilitud y realidad. Las referencias verdaderas son:

- Ramón Gómez de la Serna, *El doctor inverosímil* (49)
- Ortega y Gasset, *España invertebrada*, pág. 83, 111, 139, 161, 306
- Ortega y Gasset, *La deshumanización del arte*, pág. 107, 295
- José Moreno Villa, *Vida en claro* (116), año 1944
- Salvador Dalí, *Mi vida secreta* (177)
- Luis Buñuel, *Mi último suspiro* (177)
- Miguel Ortega, *Ortega, mi padre* (177, 241)
- Erasmo de Rotterdam, *Elogio de la locura* (252, 340)

e) Cartas dirigidas al consultorio del Dr. Moore y publicadas en *La Pasión* en septiembre de 1923. En todas ellas se ahonda en la relación incestuosa entre un sobrino y su tía (53, 98, 100, 172)

f) La recreación de las historias relacionadas con las tertulias enemigas de Maximiliano Quintana y Carlos Hernando. (92, 121, 212)

g) Actas de la Junta de Apoyo a la Juventud y las Artes donde los dirigentes de la Residencia, mediante siglas, comentan los episodios de la Institución. (134, 252): AJF: Alberto Jiménez Fraud; JOYG: José Ortega y Gasset; JMV: José Moreno Villa; JR: Juan Ramón Jiménez; RGDLs: Ramón Gómez de la Serna; CH: Carlos Hernando.

En estos tres últimos casos también se contrastan las informaciones, se retroalimentan las historias, se afirman o se desmienten, mostrando así una de las premisas del libro: la imposibilidad de acceder a una absoluta verdad histórica, mostrando otros prismas y versiones que, para que atraigan al

⁵ Depurativo Richelet (85)

<http://hemeroteca.abcdesevilla.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/sevilla/abc.sevilla/1933/03/15/028.html>

Cicatrizante Arnao (246) ABC, 13 de noviembre de 1923, La Vanguardia 21 de diciembre de 1923

<http://hemeroteca.lavanguardia.com/preview/1923/12/21/pagina-5/33287674/pdf.html>

lector, deben basarse en muchos casos en el humor, la ironía y la parodia. Uno de los aspectos que pretende demostrar nuestro trabajo es que la transgresión narrativa de Orejudo (como anteriormente había hecho, por ejemplo, Eduardo Mendoza) en su aplicación histórica, parte de la desconfianza en la misma historia y en la misma realidad como fenómeno incuestionable. Todas las técnicas y géneros que se entrecruzan en estas novelas constituyen una manera de cuestionar la historia y de ofrecerla desde puntos de vista múltiples. El trasfondo histórico de estas novelas no persigue simplemente una finalidad estética o una ubicación necesaria para dotar de verosimilitud al relato, sino que es también el análisis pormenorizado de una época recientemente pasada pero con claras relaciones de similitud con el presente desde el que escribe el novelista (la manipulación cultural, los lobbys, la industria literaria, los intereses comerciales y políticos...).

Quizá el dato más llamativo en cuanto a esta inverosimilitud histórica intencionada por parte del autor en supuestas fuentes históricas resida en la supuesta presencia de Juan Ramón Jiménez en la Residencia de Estudiantes en 1923, fecha donde se desarrolla nuestra novela. El poeta onubense no estuvo viviendo en la Residencia en 1923 sino desde finales de 1913 hasta enero de 1916:⁶

La Residencia de Estudiantes se situaba en la calle Fortuny, número 14, en una zona de hoteles y jardines de la parte alta del Paseo de la Castellana. En 1911 se hizo necesaria ampliarla, para lo que se alquiló un hotel próximo y se ocuparon los números 10 y 14. Se reformó varias veces posteriormente. Por entonces contaba con 150 estudiantes de edades comprendidas entre los quince y veintitún años. A Juan Ramón se le reservó la antigua biblioteca del número 14, que ayudó a organizar. En su habitación se sentía como en casa, trabajaba cómodamente y disfrutaba de muy buena iluminación. Gozaba de privilegios, como el hecho de que sólo a él le estaba permitido coger flores del jardín.

Juan Ramón no se hospedó en la Residencia de Estudiantes como estudiante sino en calidad de huésped, una práctica frecuente para que los residentes trataran con artistas e intelectuales. Residió en la Institución desde que se inauguró, en septiembre de 1913, hasta el 21 de enero de 1916, día en que partió hacia Cádiz rumbo a Estados Unidos para casarse con Zenobia. Al regresar de su luna de miel por América en ese mismo año se instalarían en la que popularmente llamaban «la Resi» por unas dos semanas, hasta que amueblaron su nueva casa. (Fernández Berrocal, 2007: 21).

Una de estas «fuentes documentales», la baronesa Babenberg⁷ confirma estos datos erróneos:

El culto a la juventud era tal, que allá por el año veintitantos Juan Ramón Jiménez regresó de Estados Unidos, donde pasaba largas temporadas con su esposa Zenobia, y se alojó en la Residencia. Bueno, pues los residentes, muchos de los cuales no sabían siquiera quién era, levantaron una queja formal... (Orejudo, 2011: 129).

La visión idealizada de la presencia de Juan Ramón en la Residencia, de «aquel entusiasta de lo absoluto» en palabras de Jiménez Fraud, se contrarresta con una visión algo cursi y frívola especialmente de su persona, en contraposición al realismo imperante de gran parte de la literatura defendida por los jóvenes protagonistas de la novela, como después demostraremos.

Encontramos dos formas de contar la historia porque en realidad se nos cuentan dos historias, la historia oficial y la historia personal de los protagonistas de ellas. Al igual que ante la historia

⁶ (Fernández Berrocal, 2007). También lo confirma así el clásico trabajo de Palau de Nemes, *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez*, p. 532, t. II.

⁷ Los personajes de los baroneses parecen estar basados en personajes reales. Según Ribagorda (2007), “El Duque de Alba, activo colaborador de la Residencia, fue siempre el presidente de su Junta Directiva, el secretario era el Marqués de Silvela –uno de los más eficaces colaboradores de Jiménez Fraud en el Patronato de la Residencia-, siendo vocales el embajador inglés Sir George Grahame, el Marqués de Palomares del Duero, el Marqués de Pons, Raimundo Fernández Villaverde y el propio Alberto Jiménez Fraud. (...) “la Residencia fundó, en 1924, una Sociedad de Cursos y Conferencias, en colaboración con una junta de damas de gran influencia social”. Su organización y funcionamiento fueron prácticamente idénticos a los de aquel, hasta tal punto que sus estatutos eran casi calcados. En el momento de crearse los estatutos, la Junta Directiva de la Sociedad de Cursos y Conferencias estuvo formada por la Duquesa de Dúrcal como presidenta, el Duque de Fernán Núñez, María Luisa Kocherthaler, la Condesa de Yebes, Manuel García Morente, la Duquesa de Arión, la Duquesa de Dato, la Condesa de Cuevas de Vera...”

encontramos las dos versiones, la oficial y la pública; frente al personaje comprobamos también la distorsión entre la imagen pública y la privada, entre la tergiversación oficial y la realidad doméstica, para poder observar inmediatamente el proceso de deconstrucción de esos mitos políticos y culturales que la Historia ha ido elaborando (Juan Ramón Jiménez, Ortega y Gasset, Unamuno, Azorín...). La historia en la visión unamuniana se asocia con una historia cotidiana no solo de Juan Ramones y Ortegas sino también de Martinianos y Santos, una historia sin héroes que hayan trascendido la historia de la literatura; es una historia que rechaza la mera suma de archivos y que, evidentemente, pone en duda muchas de las afirmaciones que heredamos sobre nuestros conocimientos culturales e históricos.

Cuando los narradores vuelven su mirada hacia acontecimientos pasados, la interpretación que nos ofrecen es una visión llena de futuro. Se huye de lo que ya ha quedado fosilizado por la Historia y se anticipa una visión del porvenir. En su reseña sobre la novela, Rubén A. Arribas⁸ insistía en esta idea:

Todo tiene cabida en este gran «cocido» —por usar la expresión del narrador— que es la novela. Orejudo mete en el puchero personajes de la década del 20 que salen de putas y se emborrachan juntos, pero más que un disparatado fresco de época le sale una metáfora del presente. Al menos, cómo retrata las ansias de medrar, la importancia del sexo o quiénes fijan los criterios comerciales más peregrinos para publicar resulta tan válido antes como ahora. Y si no, ojo al párrafo (Juancho es Juan Ramón Jiménez):

—Juancho es un hijo de puta. Él y otros cuantos que son como él se dedican a promocionar a los cuatro maricones de los que están enamorados. A los demás no sólo les ignoran, sino que incluso les hacen la vida imposible. Es una cuestión de dineros y de culos; nada de problemas estéticos o exquisiteces. Dineros y culos, ese y no otro es el problema.

Orejudo transgrede las fechas históricas y algunos datos porque no pretende realizar una novela histórica en su sentido tradicional. Fiel a este concepto narrativo, el autor ubica la imprecisión de la memoria y la libre asociación de recuerdos en la persona de la baronesa Babenberg, tan propias a la mente humana, que se ven expresadas en la técnica del contrapunto utilizada en la novela. Aquí se halla la gran fuerza que da la verosimilitud al relato: la duda del narrador que recuerda lo que en realidad inventa o, en palabras del escritor, crea «fabulosas narraciones por historias»⁹:

—¿Pero de verdad que os creéis esas fabulosas narraciones? —quiso saber Patricio.

—¿Fabulosas narraciones? Ni pensarlo. Esas cartas son historias verdaderas, testimonios reales; se nota a la legua. Hay gente que hace cosas muy raras y que se siente mejor si se lo cuenta a alguien. (Orejudo, 2011: 105).

Y la única manera de que su novela no acabe figurando simplemente en una nómina más de género histórico es la parodia de ella misma mediante el uso del humor y el deslizamiento de datos inverosímiles, que la desclasifican automáticamente. En Orejudo se da un acercamiento al hecho histórico desde un cuestionamiento, desde una contestación a la versión tradicional. La narrativa se convierte así en juego, parodia, falsificación, así se demuestra la escasa capacidad del hombre de descubrir la auténtica realidad de las cosas, a pesar de que el novelista se empeñe muchas veces en auscultar el pasado temporal como forma de explicar el presente. La memoria, los medios de comunicación, las autoridades de la época, los documentos de escasa fiabilidad que nos han llegado ayudan a cuestionarnos la realidad histórica. Es evidente que Orejudo encaja en muchos aspectos de la narrativa posmodernista. El término *posmodernismo* se ha convertido en uno de los más contradictorios y debatidos de la cultura contemporánea. La problematización del referente, y en particular del referente histórico, representa, por lo tanto, uno de los ejes sobre los que gira el arte posmoderno. En el caso de la narrativa histórica, el escritor posmoderno prescinde de los propósitos de veracidad, objetividad y fidelidad y sus escritos presentan un desafío abierto a las leyes de la

⁸ (Arribas, 2008).

⁹ El concepto nos recuerda vivamente al de “relato real” que acuñó con éxito Javier Cercas en novelas como *Soldados de Salamina*. Véase, por ejemplo, “El relato real de Javier Cercas: la realidad de la literatura” de Sofía García-Nespereira donde se defiende el artificio literario como una máscara, que sirve para vestir de novela lo que otros llaman Historia.

historiografía. El referente, sea la historia u otro tipo de realidad, es amenazado, complicado o desrealizado por el efecto desmitificador de recursos como la parodia o la ironía. El posmodernismo, pues, como recuperación de un espíritu iconoclasta, reflejo de un desencanto, es una actitud muy propia de fin de siglo, apuesta por una reconceptualización de la historia y su cuestionamiento a partir de la ironía, como imposibilidad de captar la realidad, el escepticismo frente a los géneros establecidos, la idea de la narrativa como juego y parodia o la desaparición de la frontera entre realidad y ficción, son ejes estructurales de la narrativa de nuestro escritor. Así el lector siente que el novelista bromea con él y gracias a la ironía problematiza las ideas que le sirven de pretexto, al tiempo que vuelve tortuosas las vías por las que el lector debe acceder al sentido de la obra. Su recurso es, por tanto, desautomatizar los clichés, obligando al lector a cuestionarse, como si fuera la primera vez que los examinase, sus juicios, y reclamando así una atención renovada para las ideas con que el texto se ha puesto a jugar. De esta manera la mayor transgresión, la que supone la duda del lector ante las palabras del novelista, es la sensación de que el autor (por muy diversos caminos), le está «tomando el pelo». Yaw Agawu-kakraba lo sintetiza afirmando que «Orejudo engages in a synthesis and historical reconciliation that has become the hallmark of most postmodernist writers by revisiting Spain's literary and historic past through irony and parody, double coding, metafictionality and intertextuality».¹⁰

Y, entre burla y burla, situación caótica y descripción histórica más o menos alterada, surge una reflexión sobre un tema obsesivo en Orejudo: el poder. El poder, como capacidad del hombre de ordenar la vida ajena, de condicionarla, de disponer de ella, es capacidad o condición relativa o referente a otro u otros; esto es, el poder implica siempre alteridad, es un fenómeno de relación. El poder implica siempre cierta forma de conflicto entre la libertad de quien se somete y la capacidad de dominio del dominante. Existe siempre un juego de fuerzas entre dominante y dominado que, incluso en las manifestaciones más primarias del poder, es una relación de tensión permanente entre dominación y sometimiento, entre mando y obediencia. El poder, por lo tanto, no es más que la capacidad del ser humano de condicionar la vida ajena, de disponer la conducta de otros. No es, entonces, gratuito que la mayor parte de los estamentos políticos, gubernativos o culturales de las distintas sociedades que disecciona nuestro escritor en sus novelas (el poder cultural, la medicina psiquiátrica, la universidad, la religión...) queden, por contraste, ridiculizados:

—No, por Dios; interés, ninguno. Es sólo que me divierte la idea y que me recuerdan ustedes a unos amigos míos que tengo en París. Ellos también odian las tertulias.

—Nosotros no odiamos todas las tertulias, pero nos divierte intimidar a los intelectuales, esa lacra social que se cree llamada a dirigir los destinos de España. Usted no sabe lo claro que se ven las cosas cuando se le pone a un intelectual una pistola en la boca —disertó Patricio. (Orejudo, 2011: 163)

Como en el esperpento de Valle-Inclán, el estudio intrahistórico de una realidad heredada en cuanto a estos personajes (solemnidad, honor, boato) nos devuelve su carácter grotesco y deformador. La realidad de la realidad produce, mirándola desde un plano superior, un efecto hilarante y esperpéntico. El estudio detallado de una sociedad muestra también un poder corrupto y en crisis que no puede ser abordado desde un planteamiento tópico. Por ello las novelas de Orejudo reflejan un sector poderoso de la sociedad y, mediante su estudio detallado, el autor revela una degradación y una corrupción en muchos casos aún peor que el de las más bajas capas sociales. Sin embargo, esta fascinación y esta atracción por el poder resulta tan estimulante en la ficción que nos proporciona una imagen peculiar de la Historia como continua escuela de personajes dispuestos a sacrificar sus vidas por un estatus de poder que en ningún modo podrá compensar ni mejorar la propia imagen natural que poseen como esenciales el hombre.

La elección de los años 20 en la cultura española, las vanguardias, la generación del 27 y, especialmente, la Residencia de Estudiantes, creo que responde a un motivo esencial: mostrar cómo la realidad histórica heredada es cuestionable, incluso desde el humor y la parodia, y mostrar también cómo ciertos comportamientos culturales e históricos siguen repitiéndose en cualquier fase de la experiencia humana, al hilo de lo que venimos comentando. Cuando el escritor se siente

¹⁰ (Agawu-Kakraba, 2003: 128).

atraído por algún periodo histórico o cultural concreto seguramente encuentra en él concomitancias, similitudes con su tiempo presente. Si, siguiendo una viejísima idea reiterada, la literatura es una forma de autoconocimiento, qué mejor forma de indagar en uno mismo y lo que le rodea estudiando en el pasado la forma de entender el presente.¹¹ Orejudo fusiona en su novela la Residencia de Estudiantes y la supuesta conspiración orteguiana para cuestionar todas las bondades de una institución que, desde el momento en que es regentada por seres humanos, es proclive a la corrupción, la manipulación o la simple frivolidad (creo que aquí las apariciones de Juan Ramón Jiménez son esenciales):

Babenberg les dijo a Ortega, a Juan Ramón Jiménez, a Moreno, a Jiménez Fraud, a Ramón Gómez de la Serna y a Carlos Hernando: tomen este dinero; hagan cuantas Residencias de estudiantes quieran, pero a cambio multiplíqueme por diez esta cantidad en un plazo equis; yo aumento mi patrimonio y ustedes pasan a la historia, ¿qué les parece? Ellos dijeron trato hecho y se pusieron manos a la obra. Proyecto: la Generación Poética de los Años Veinte. Prohibido leer novelas; prohibido leer a Galdós; todo el mundo a leer poesía de tuberculosos; si usted quiere ser moderno y estar a la altura de los tiempos, lea literatura vanguardista; si no, está usted acabado y además es de derechas. (Orejudo, 2011: 228).

La visión que Orejudo plantea sobre la Residencia de Estudiantes, y especialmente de esos 117 residentes que en 1923 la habitaban, como no podría ser de otra manera, dista mucho de la que podemos leer en algunos estudios como los de Álvaro Ribagorda¹², Isabel Pérez-Villanueva¹³ o María Dolores Olaya¹⁴, por seguir algunos artículos. Ribagorda la define como «la culminación y el centro más emblemático del proyecto de transformación social mediante la educación iniciado en España por la Institución Libre de Enseñanza, y desarrollado por la Junta para Ampliación de Estudios, y fue al mismo tiempo uno de los epicentros esenciales de la Edad de Plata de la cultura española, mediante la creación de un ambiente cultural que sirviese de estímulo a los residentes, al mismo tiempo que moldeaba su personalidad. La Residencia de Estudiantes fue el centro más emblemático de la Junta, y se convirtió en uno de los proyectos más representativos del ideal reformista del liberalismo progresista del primer tercio del siglo XX español.» El propio Castillejo, uno de los personajes reales convertidos en ficticios por Orejudo, aseguraba que «el propósito de la Residencia fue sacar provecho de la fuerza educativa en un ambiente espiritual»¹⁵, propósito muy alejado, por cierto, del que Orejudo plantea. Y esa imperfección humana a la que hacíamos referencia anteriormente tuvo su plasmación en un hecho poco citado en cuanto a la Residencia de Estudiantes y que recogen autores como Pérez Villanueva: el «enchufismo» como papel importantísimo para la admisión en la Institución¹⁶:

La responsabilidad de conceder el ingreso a los aspirantes correspondía exclusivamente a Alberto Jiménez Fraud: «La admisión se hace por el Presidente previas las referencias a informes oportunos», puede leerse en la Memoria relativa al primer periodo de funcionamiento del centro. Concretando el alcance de tales requisitos, precisa Salvador Dalí que para ser admitido «se necesitaba cierta influencia»; en efecto, la presentación previa del aspirante al Presidente de la Residencia por parte de una persona con autoridad reconocida, probablemente además en muchos casos allegada al centro, parece constituir la pauta más frecuente, condición quizá imprescindible para obtener una plaza residencial... (Pérez Villanueva, 2011: 163).

Y recuerda la «ayuda» del senador Bartolomé Esteban a Luis Buñuel, la de Eduardo Marquina a Salvador Dalí, la de Fernando de los Ríos a García Lorca o, por el contrario, la carencia de esta ayuda en figuras como la de Emilio Prados, que fue rechazado como residente por sus ideas políticas antimonárquicas.

¹¹ «Las novelas históricas sólo me interesan si me cuentan algo de mi vida, de mi mundo, de mi presente». http://www.elhablador.com/dossier13_martinez2.html

¹² (Ribagorda, 2007: 12).

¹³ (Pérez-Villanueva, 1990: 77-88).

¹⁴ (Olaya Villar, 1991: 101-110).

¹⁵ (Castillejo, 1976: 83).

¹⁶ *op. cit.*, p. 163

Por lo tanto, a esta concepción quizá idealizada y extrema, Orejudo en su ficción contrapone otra: «los enemigos de la casa sabían que ésta atravesaba un momento crítico, y estaban dispuestos a realizar un último esfuerzo para hundir el más audaz intento de renovación pedagógica y espiritual que había conocido este país.» (31)

Isabel Pérez Villanueva, sin embargo, parece plantear, como Orejudo, la excesiva mitificación de este organismo: «La Residencia de Estudiantes fue un peculiar organismo en la trama de la Instrucción Pública española desde su creación, por Real Decreto, el 6 de mayo de 1910, hasta su brusca interrupción en el verano de 1936. Constituye sin duda una experiencia única —y de gran relieve—, que gozó ya en su tiempo de notable resonancia en escogidos ambientes intelectuales y sociales. Con el paso de los años, la institución residencial, envuelta en un halo poético, se ha ido convirtiendo en una referencia casi legendaria, en un símbolo espiritual, en un hito cultural que ejemplifica lo mejor de toda una época; naturalmente, con ello se ha ido simplificando y esquematizando su atractiva complejidad. Ensalzada hasta el ditirambo en numerosas ocasiones, atacada o silenciada otras muchas veces, la Residencia de Estudiantes es más variada y sutil de lo que unos cuantos lugares comunes, de uno u otro signo, indican a menudo.»

En esta misma línea, Juan Antonio López Ribera¹⁷ comenta que «Orejudo proyecta una mirada sin prejuicios, con un aire socarrón, sobre una parcela de nuestra literatura que solo ha merecido elogios y con ello su conversión en un dogma literario prácticamente intocable.» Orejudo sabe que cualquier periodo histórico o cultural puede ser siempre revisitado con otros ojos, en la mayoría de casos de escepticismo. La cultura tal y como la entendemos no es más que el fruto de la consideración de unos cuantos que, por razones ideológicas o políticas, valoran o sobrevaloran¹⁸ una etapa dejando muchas veces otra absolutamente en la completa ignorancia. La baronesa María Luisa lo sintetiza así:

La mayoría de las respuestas a sus preguntas sobre el funcionamiento interno de la Residencia la encontrará usted en cualquiera de los muchos libros que se han escrito sobre ella. Déjeme, sin embargo, decirle algo que no hallará en esas obras: solo Ortega y cuatro más pensaban que la Residencia de Estudiantes era una institución esencial para el futuro de España. Para los madrileños adultos no era más que un colegio en el que, de vez en cuando, alguien daba una buena conferencia. La fama y aureola mítica de La Casa son producto del recuerdo y de los tiempos posteriores. (Orejudo, 2011: 129).

No es de extrañar que Orejudo imagine nuestro periodo literario de forma diferente al plantear que (Ortega y Gasset) «les recordó a los presentes el compromiso que habían adquirido con él de proporcionarle en el plazo máximo de quince años una generación literaria con un Nobel y un mártir.» (254). Detrás de un narrador duro y enérgico con la figura del intelectual pedante y situado por encima del bien y del mal, Orejudo defiende un sentido de la cultura lúdico e incluso transgresor. El intelectual, como ser humano que es, no es ajeno nunca a conspiraciones, diatribas y mezquindades. Orejudo es totalmente fiel a la realidad al plasmarnos el papel todopoderoso de Ortega en la Residencia:

La presencia de Ortega en las instituciones vinculadas a la Residencia era frecuente. En ocasiones se formalizaba en una conferencia pública, pero fue mayoritariamente informal y cotidiana. Ortega aparecía en cualquier momento por la Residencia a charlar con su amigo Jiménez Fraud. Durante los primeros años, Ortega pasaba casi a diario por la Residencia, como recuerda Juan Ramón Jiménez (...) la relación se extendió a todo el entorno de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, informaba sobre la concesión de becas y sobre los intelectuales que se pueden mandar anualmente a Argentina. (Zamora Bonilla: 2003, 40-41).

¹⁷ (López Ribera: 2006).

¹⁸ Seguramente, esta sobrevaloración se confirma en las propias palabras de Ribagorda (2007): “La educación total se materializaba en la creación de un ambiente que influía de forma indirecta en el joven universitario, que tenía a su alrededor un importante número de profesores e investigadores que le ayudaban a orientar su vocación y dirigían sus estudios. Esto, unido a las numerosas conferencias, veladas musicales y lecturas literarias que fue ofreciendo la Residencia, eran el mejor estímulo posible para su desarrollo intelectual.”

Es evidente que quien escribe la Historia posee el poder de manipularla a su gusto. Quizá el ejemplo de algunos escritores injustamente sobrevalorados literariamente para cierta parte de la Crítica sea Antonio Machado y pueda tener su oposición en la figura de su hermano Manuel, por poner un ejemplo bastante admitido en los círculos académicos. Por este motivo, el escritor plantea una visión arriesgada pero valiente de esta nueva consideración, y para ello opta por una vía de desenmascaramiento de esa supuesta realidad: el humor, por supuesto. Y, por otra, como profesional de la Literatura española que es, cuestiona también la historia de la literatura heredada, partiendo de una realidad seguramente falsa pero posible (la defensa de una poética unitaria en los años 20) y tratando de desmitificar en muchos casos una herencia posiblemente manipulada por infinidad de motivos¹⁹. El propio escritor lo resume así:

Si el contrato que uno firma con el público es un contrato de historiador, entonces uno debe ceñirse lo más fielmente posible a los hechos probados. Sí, ya sabemos que el discurso histórico utiliza las mismas herramientas que la ficción. Pero los hechos que presenta como ciertos han de poderse demostrar documentalmente. Otra cosa es cuando uno firma un contrato de novelista. La obligación en este caso no es la verdad, sino la efectividad. Si un escritor de novelas históricas posmodernas manipula los hechos históricos no lo hace por posmoderno, sino por novelista. La verdad en literatura no es la verdad de la historia. Una ficción auténtica no lo es porque cuente la verdad, sino porque lo que cuenta nos conmueve las vísceras. Por eso es auténtica. Y para escribir ficción uno suele manipular siempre la historia. La suya, la personal, y la común a todos los hombres ¿No son históricas en cierto modo todas las novelas? ¿No utilizan todas materiales del pasado? Existe una novela histórica digamos ortodoxa, que pretende ilustrar, explicar mejor, un determinado hecho histórico. Pero ni siquiera en estos casos uno debe leer estos libros como historia, sino como ficción. Yo me considero un falsificador, una persona que hace creer a los demás cosas que no son ciertas, con el único fin de divertirlos y a veces de hacerlos reflexionar. (Orejudo: http://www.elhablador.com/dossier13_martinez2.html)

Sin llegar a plantearse esta manipulación real al estilo de los escritores españoles y su relación con la guerra civil española (los que salen en los manuales y los que no) Orejudo revisita este periodo esencial con humor, con ironía, rayando en muchos casos un sentido escatológico y radical de los seres humanos que pueblan sus novelas. La aportación de tantas fuentes documentales ayuda a dejar en el lector la sensación de que una imagen excesivamente edulcorada de una etapa de la vida humana está condenada a ser cuestionada:

Creo haber leído todos los diarios y memorias que mis amigos y conocidos de entonces han ido publicando. Cada libro ha sido una sorpresa mayor y una confusión más grande. ¡Si parecía que habíamos vivido vidas diferentes en mundos distintos y épocas lejanas unas de las otras! Muchos de estos libros relatan sucesos que yo presencié y en los que tuve un cierto protagonismo. Pues bien, tras la lectura de ese centenar de testimonios adoradores, ni yo sé a ciencia cierta qué ocurrió. Antes de leer todas esas fabulosas narraciones que se ofrecen como historia, mi memoria era agua cristalina, y yo podía recordar con claridad el fondo y distinguir cada persona, cada suceso, cada palabra y cada cosa. Tras cerrar el último libro de memorias, mi recuerdo se había convertido en el fondo turbio de una poza donde acaban de jugar los niños. Haga la prueba, lea *El último vistazo* o *Los olvidados* de Sebastián Casero; *Unamuno de una vez* o *Nunca nadie* de Eligio Simientes; *La biografía de Cirilo «El Cometripas»* de Amancio Gonotórregui; *Vida en claro* de José Moreno Villa; *Caminos y puentes de ingeniero* de Gervasio López Paradero; *Los días previstos* de Carlos Bonifaz; *Mi vida secreta* de Salvador Dalí; *Mi último suspiro*. *Mi vida con Ramón* de Julio Puertas; *Stop a todo desastre* de Bartolomé Sastre-Labanda; *Ortega, mi padre*, de Miguel Ortega; léalos todos y se dará cuenta de lo que estoy tratando de decirle. (Orejudo, 2011: 177).

Y aquí tiene cabida, evidentemente, la figura de Cervantes, del que Orejudo se nos presenta como un seguidor acérrimo²⁰, con el juego continuo entre la realidad y la ficción, inventando lemas y

¹⁹ Recordemos el famoso pasaje de *Un momento de descanso* (2011) donde el protagonista, el propio escritor, "cambiaba" la historia de la literatura al volcar líquido seminal en el manuscrito del *Cantar de Mio Cid*.

²⁰ "Creo que Juan Goytisolo dijo que en la tradición literaria española hay escritores que quevedean y escritores que cervantean. Yo soy un escritor que cervantea. Se me da mejor el contar cosas, pero no quiero hacer una reivindicación de ello frente a los escritores que quevedean. Mi talento va más en el sentido de contar cosas, de

personajes supuestamente coetáneos a los hechos: el lema de la Residencia, *Diversidad, minorías, cultura y atletismo* (84), el periodista Paco Martínez Johnson (46), Cirilo Otería (113), Homero Mur (174), Cristóbal Heado (37)). En otros casos se inventa títulos de libros inexistentes (*Las razas indígenas de los estados de la costa del pacífico de América del Norte*, pág. 101) sustituyéndolo por otro real que no cita, en una forma de falsificación paródica²¹. En otros, distorsiona a partir de la invención y mediante el humor a otros personajes y hechos de la época; este sería el caso de las «alegres» y descocadas chicas de la fiesta de los Babenberg, la escritora y filósofa María Zambrano (275) o la pintora surrealista Maruja Mallo. Para que el juego se perpetúe, Orejudo sigue jugando con el lector al incluir en este grupo a dos personajes fruto de su imaginación: Leticia Blasco y Elizabeth-Isabel Múlder (275). La irreverencia se fomenta mediante la desmitificación de personajes «intocables» de la literatura en lengua castellana como Pablo Neruda o Vicente Huidobro:

Allí se encontraban muchas veces con un chileno muy joven, que escribía poesía y empezaba a tener cierta fama. Era muy feo y tenía un nombre un poco raro que trataba siempre de ocultar: Neftalí Ricardo Reyes Basoalto. Solía acudir también un amigo de Neftalí, al que llamaban Vicentito, pese a que era más viejo que él. Vicentito era también chileno y poeta, aunque mucho más suntuoso que Neftalí. Se creía un ser extraordinario... (Orejudo, 2011: 119).

El juego de la imaginación siempre es más efectivo si se rodea de verosimilitud, por lo que a lo largo de la novela se vuelcan muchísimos personajes reales: Ramón Gómez de la Serna, Salvador Dalí, Luis Buñuel, Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, Primo de Rivera, José Moreno, Luis Araquistáin, García Lorca, Carlos Hernando, Vicente Huidobro, Benjamín Jarnés, Azorín, Moreno Villa, Miguel Hernández, Guillermo de Torre, Cipriano Rivas Chérif, Almirante Aznar o Alfonso XIII, Pablo Neruda, Juan Negrín, , Luis Calandre, José María García Valdecasas, Rodríguez Delgado, Alberto Jiménez Fraud, Blas Cabrera o Paul Ollendorff.

Aunque, por supuesto, también conviven falsas «personalidades» de la época, como los profesores de la Residencia de Estudiantes inventados por el escritor: Expósito Cuadrado, Homero Mur (30), Cosme Pelayo o Vizcaíno Fuentes. Algunos detalles, como la presencia de grupos dentro de la Residencia, también están basados en hechos reales, aunque siempre hiperbolizados por Orejudo. Pérez Villanueva recuerda la existencia del grupo de los «alacres» (Lorca, Dalí, Prados, Buñuel, Bello...) que «por la ironía, el juego, el atrevimiento e incluso el descaro representaban la alacridad mundial».²² También resulta llamativo que Orejudo no opte por aprovechar un elemento de la realidad de aquella Residencia de Estudiantes que le hubiera proporcionado un juego inusitado: la Residencia de Señoritas. Como señala Rosa María Capel²³, «el Grupo Femenino de la Residencia de Estudiantes se hizo, finalmente, realidad en 1915, aprovechando el traslado de ésta a los nuevos edificios de los Altos del Hipódromo donde hoy se ubica. En los espacios que dejaba libres se abrió la Residencia de Señoritas, bajo la dirección de María de Maeztu, una de las primeras profesoras de la Universidad Central y, más tarde, de la de Buenos Aires». Si nos atenemos a sus palabras, la Residencia nacía para albergar a las «señoritas mayores de dieciséis años que estudien o deseen ingresar en Facultades universitarias, Escuela Superior de Magisterio, Conservatorio Nacional de Música, Escuela Normal, Escuela del Hogar, etc...». Quizá hasta al propio escritor le hubiera parecido que la realidad superaría su propia visión fabuladora.

Pero el juego de Orejudo llega a unos límites impredecibles cuando el lector contempla estupefacto cómo una anécdota absolutamente estrafalaria y absurda de un escritor «sagrado» como Juan Ramón Jiménez resulta ser parcialmente cierta:

CH: Me refiero a que sus visitas alteran completamente nuestras costumbres. Estamos obligados a comer acelgas durante todo el año por la sencilla razón de que son su comida favorita y porque la Dirección quiere que él se sienta como en casa. El cocido se ha desterrado de los menús

cervantear. Para mí, la prosa no es un fin en sí mismo, sino un instrumento a través del cual consigo algo". *El País*, 16 de junio de 2000.

²¹ El texto original pertenece a Friedrich Engels: "El origen de la familia, la propiedad privada y el estado", <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/84of/84OF2.htm>

²² *Op. Cit.*, p. 147.

²³ (Capel Martínez: 2009, 156-161).

porque a Jiménez le parece vulgar; ha ordenado prohibirlo porque dice que es el origen de todos los males de España. (Orejudo, 2011: 47).

Isabel Pérez Villanueva refiere la anécdota del «refinamiento» de los estudiantes de la Residencia: «Con marcada preocupación dietética, el menú residencial incorpora elementos como “el desayuno de tenedor”, por emplear la terminología del tiempo, o la “carne a la inglesa”, a mediodía, o el té, signo de distinción social en la España de entonces, dispuesto ritualmente —no podía ser de otro modo— a las cinco de la tarde. Sustituir el típico chocolate con picatostes y el consiguiente vaso de agua con azucarillos por el té —un té “con galletas y pan con manteca”, como apunta Juan Ramón Jiménez— no parece una simple, e inocente, innovación dietética; y, sin embargo, matizando el sesgo extranjerizante, inglés, de tales hábitos, no se renunciaba por ello a algunos de los más tradicionales platos de la cocina española». Además, como la propia Isabel Pérez²⁴ refiere: «el elemento vegetal de la Residencia de Estudiantes fue cuidadosamente elegido bajo la inspiración de Juan Ramón Jiménez, quien dirigió la plantación de árboles y arbustos».

El guiño del escritor lo completa con el eterno juego que da sentido al título del libro:

—Yo le creería, don Homero; pero es que es superior a mí. Sus historias me parecen fabulosas.

—Por eso no salimos nunca ni de tontos ni de pobres. Nos pasamos toda la vida tomando las narraciones fabulosas por historias y, cuando por fin conseguimos entrever la historia verdadera, esta nos suena tan fantástica que no nos la creemos. (Orejudo, 2011: 289).

Y, especialmente, el juego cervantino del narrador dudoso, mostrador de una realidad parcial y seguramente falsa, que juega a manipularla en aras de mostrar la ficción, que visita con ironía su propia narración y que no duda en inventar y crear una metaficción siempre humorística:

Ha incluido cartas que yo no he escrito y ha modificado las verdaderas hasta dejarlas irreconocibles. ¿Así quiere combatir las fabulosas narraciones que, según usted, nos han hecho leer como historia a través de los tiempos? ¿Es ésta la historia verdadera que usted quería escribir? (Orejudo, 2011: 378).

Le dejo, don Escritor Frustrado; no sabe usted dónde se está metiendo. Siga, si quiere, haciendo pasar malas ficciones propias por narraciones ajenas y alegando autores que no dicen lo que dicen o lo dicen de otra manera; continúe jugando al escéptico, al revelador de realidades o al filósofo aporético; adelante, no pare de ofender a su alrededor; pero, cuidado, no me lo publique, porque como publique esta mierda, esta gran mentira, entonces sí que va a saber usted quiénes somos. (Orejudo, 2011: 379).

Cervantes reitera en el *Quijote*, por ejemplo, una parte de las ideas desplegadas en su prólogo a la Primera parte: su novela quiere ser veraz, imaginativa, divertida; provocar admiración; adaptarse a todos los públicos y edades, para todos los temperamentos y situaciones, incluso servir para la formación moral del lector. Por boca de don Quijote, sin embargo, hay una crítica a los libros poco veraces y verosímiles, y, de paso, hay un velado reproche a quienes hicieron de la novela un pretexto para mostrar erudición (como Lope de Vega, según Cervantes en el citado prólogo señala, aunque veladamente) y llegar a un público muy concreto. Creo, sin necesidad de ahondar en ello, que muchos aspectos de nuestra novela coinciden perfectamente con las teorías cervantinas. Y, por supuesto, como señala López Ribera²⁵, «elevar la parodia a la calidad de género serio y estimable». De modo similar, Orejudo plasma su admiración por Galdós²⁶, al que algunos artistas de los años 20 despreciaban:

—¿Recuerda usted un personaje de Fortunata y Jacinta que se llamaba Feijoo?

—Trasunto del propio Galdós, seguramente.

—Seguramente. ¿Recuerda usted la comparación que este personaje hace entre la realidad y los relojes? La realidad no es el movimiento de las agujas alrededor de la esfera, sino el mecanismo

²⁴ (Pérez-Villanueva, 2011: 116).

²⁵ (López Ribera, 2012: 50).

²⁶ *El País*, 26 de enero de 2005.

interior e invisible que lo provoca. Aunque sus caminos sean diferentes, la pretensión teórica del realismo galdosiano y del surrealismo es la misma: revelar la realidad.

—¿Acaso no es ésa la meta de todo arte? (Orejudo, 2011: 207).

No es, por tanto, casualidad que Patricio acabe triunfando novelísticamente hablando mediante un tipo de novela folletinesca. En su deseo de reivindicar a Galdós frente a otros escritores, Orejudo no duda en afirmar en alguna entrevista que «Cervantes y Galdós fueron muy conscientes de lo que se hacía en su tiempo y fueron más allá. El primero con las novelas de caballerías y el segundo con los folletines. No los despreciaron, los utilizaron para ensanchar caminos. Durante mucho tiempo, que te gustara Galdós no resultaba *cool* ni *trendy*, pero es que en este país siempre ha existido una extraña aversión hacia los narradores puros».²⁷ Tampoco es casualidad que la novela que intenta publicar Patricio sea (*Los Beatles*) «la historia de un grupo de amigos que con el tiempo dejan de ser amigos» (127), es decir, la propia historia de nuestra novela, en un guiño claramente cervantino. Como apunta Pilar Lozano, el juego metaficcional en la novela se recrea cuando la novela que escribe Patricio parece entenderse como la novela que el lector tiene ante sus manos o cuando el propio Orejudo aparece como personaje novelesco al ser cuestionado por María Luisa de Babenberg por su investigación más de fábula que de historia. Aunque creo que, además de Cervantes, existe otro escritor admirado por Orejudo con el que comparte una misma concepción fabuladora: Eduardo Mendoza. Las concomitancias entre algunos pasajes de *Fabulosas narraciones* y *La verdad sobre el caso Savolta* o *La ciudad de los prodigios* son muchas: estructura en secuencias, acopio de materiales heterogéneos, citas de periódicos y memorias de la época, confirmación o refutación del hilo narrativo mediante inserciones de diarios o memorias... Incluso, este juego de la identificación errónea concluye en situaciones análogas:

...luego visitó el Museo Martorell, el diorama de Montserrat, la Horchatería Valenciana, el Café Turco, la American Soda Water, el Pabellón de Sevilla, de estilo moruno, etcétera. Se hizo fotografiar (la fotografía se ha perdido) y entró en el Palacio de la Industria. (Mendoza, 1986: 126)

—Les he dicho que nos estaba espiando —comentó Babenberg con gesto disgustado.

Esa es la única foto que se conserva de los tres. Martín viste terno de paño oscuro... (Orejudo, 2011: 165).

Algunos personajes como Lepprince en *La verdad sobre el caso Savolta*²⁸ también recuerdan a personajes como el noble Babenberg en *Fabulosas narraciones*:

—No se fíe de las cosas que se ven a la legua, Santos. Se ve a la legua que Babenberg es el heredero de una gran fortuna prusiana, pero en realidad no es noble y tampoco es prusiano; en realidad es un judío de origen polaco, cuyo dinero procede de la venta de armas a los aliados y a los alemanes, sin distinción. (175)

Todo el dinero de Babenberg procede por una parte de la venta de armamento a los aliados (operación que ocultó a los alemanes), y por otra de la venta de munición a espaldas de aquellos. (Orejudo, 2011: 228).

Alguna secuencia también de la novela rinde homenaje a *Sin noticias de Gurb*:

3:00. Conticinio en la Residencia. Temario es despertado a hostias y sombrerazos en su propio cuarto.

3:22. Temario es sacado a hostias y sombrerazos del auto, y pateado en pleno barrizal del Campo Campana.

²⁷ *El País*, 26 de enero de 2005.

²⁸ En *El caso Savolta*, Lepprince, una vez introducido en la compañía catalana, intenta hacerse con el control de la empresa: por una parte, incrementa la producción, vendiendo fraudulentamente el exceso de armas. El personaje está basado en el falso Barón de Koenig, espía asalariado a favor de Alemania, al que se le atribuye (aunque nunca se pudo confirmar) el asesinato del patrono metalúrgico Barret (nuestro Savolta), en represalia por haber fabricado gran cantidad de munición para los aliados durante la Primera Guerra Mundial.

3:45. Temario es obligado a colocar su oreja a la altura de un culo. Oye, oye el tema, compañero, le dicen, escucha la revolución de los pedos. Risas. El del culo hace fuerza, pero no se oye un pedo, sino un disparo que le entra por un oído y le sale por el otro. (Orejudo, 2011: 193).

20.35 Vuelvo a llamar a la puerta de mi vecina. Me abre ella personalmente. Le pido dos cucharadas de aceite.

20.39 Vuelvo a llamar a la puerta de mi vecina. Me abre ella personalmente. Le pido una cabeza de ajos.

20.42 Vuelvo a llamar a la puerta de mi vecina. Me abre ella personalmente. Le pido cuatro tomates pelados, sin pepitas. (pág. 71)

20.47 Vuelvo a llamar a la puerta de mi vecina. Me abre ella personalmente. Le pido medio kilo de gambas peladas, cien gramos de rape, doscientos gramos de almejas vivas. Me da dos mil pelus y me dice que me vaya a cenar al restaurante y la deje en paz.

21.00 Tan deprimido que ni siquiera tengo ganas de comerme los doce kilos de churros que me he hecho traer por un mensajero. Sal de fruta Eno, pijama y dientes. Antes de acostarme, entono las letanías a voz en cuello. Todavía sin noticias de Gurb. (Mendoza, 1991: 72).

O los ya conocidos gags dedicados a los taxistas:

Un taxi, conducido por un alemán que acababa de llegar a Madrid y que no se conocía muy bien la ciudad, por lo que pedía disculpas si daba algún rodeo innecesario, les condujo al Rector's Club a través del diluvio universal... (Orejudo, 2011: 222).

Como el conductor era francés, acababa de llegar a Madrid y no se conocía bien la ciudad, dio alguna vuelta innecesaria antes de llegar a su destino. En la plaza de Santa Bárbara había una actividad inusual: decenas de autos se encontraban estacionados... (Orejudo, 2011: 282).

Por su parte, el taxista no paraba de insultar a los rojos que invadían la calzada; y a Santos le dolía cada vez más el costado.

—Pejseguí a una mujer es igual que perseguí a un pájago, señoguito, ¿cómo va tú a perseguí un pájago? —sentenció el taxista con un acento francés que de pronto le resultó insufrible. Tiró del Astra, se la puso en la yugular y gritó:

—¡O se te quita el acento o te lo quito de un tiro, gilipollas! (Orejudo, 2011: 322).

Quizá el elemento diferenciador y más transgresor de la narrativa de Antonio Orejudo sea el humor mordaz, escatológico, que sin temor mezcla lo sexual y lo esperpéntico en un intento eficaz de plasmar lo delirante de la realidad cotidiana, esa realidad muchas veces oculta por un papanatismo social y cultural que llena de eufemismos las páginas de diarios y revistas. La intencionalidad crítica del humor en sus novelas viene definida por sus propias palabras: «Además, la risa es una forma de compromiso con la realidad. Generalmente la acusación que se hace a los libros que producen risa es que son escapistas. Es todo lo contrario. El humor es el gran desenmascarador de imposturas.»²⁹ La aplicación de esta concepción a la sacralización de una época y una generación es evidente³⁰. Este cuestionamiento de la realidad lleva al novelista en primer lugar a jugar con el lector, manipulando muchas veces unos hechos históricos no probados... Y en el juego es el lector el que deberá discernir lo auténticamente real de lo fantástico. Sin embargo, el juego no se convierte en engaño siempre ya que el novelista ayuda a sus compañeros de juego (los lectores) mediante el uso a veces incontrolado del humor, que hace que el lector «sospeche» de la inverosimilitud de lo que se le está narrando.

Veamos cómo se concreta este humor en diferentes estrategias que utiliza Orejudo:

²⁹ *El País*, 27 de julio de 2002.

³⁰ «En España, sobre todo al poder, gusta la risa, pero en la vitrina de un museo, donde es inofensiva. La risa sigue siendo subversiva. Además, tenemos una idea penitencial de la lectura: leer tiene que doler. Si un libro hace reír se devalúa.» *El País*, 5 de marzo de 2011.

– El choque entre lo sublime y lo vulgar, en una unión casi imperceptible. Recordemos en caso del mozo Adrián, cuidador de cerdos y estudioso de filosofía (que recuerda vagamente, por cierto, a la figura de Miguel Hernández):

Santos, ¿asigna Descartes la función principal a las ideas innatas?, le preguntaba atándose la alpargata; Santos, ¿para Spinoza, Dios es un ser absolutamente infinito o una sustancia constituida por una infinidad de atributos?, le interrogaba camino de las pocilgas. (Orejudo, 2011: 216).

O el de las tertulias aparentemente sublimes culturalmente hablando³¹:

¿Civilización o barbarie? ¿Naturaleza o industria? ¿Progreso o inmovilismo? ¿Me voy o me quedo? Mejor me voy, y perdóneme que no desarrolle estas cuestiones que tienen tanta miga, pero es que tengo que acompañar al médico a mi hija, que tiene anemia. (Orejudo: 2011: 143)

Una variante de este procedimiento en una enumeración en forma de gradación adjetiva donde el último término rompe con la linealidad de lo anterior:

El mundo era una indescifrable y gigantesca conversación de verduleras (...) ¿Cómo caminar con semejante niebla mañanera? Ésa era la cuestión. ¿Sensibles? ¿Intentando que nada nos influyese? ¿Simulando que nada nos afectaba? ¿Impasibles? ¿Elegantes? ¿Distantes? ¿Sarcásticos? ¿Adorables? ¿Hijos de puta? (Orejudo, 2011:230).

O los contrastes culturales acentuados especialmente en la visita de Santos a su familia:

—No sé si es verdad o mentira, pero el primo Marcelín me ha dicho que es adoptado —dijo, y contuvo la respiración esperando el estallido de la bomba que acababa de lanzar; pero la mayor parte de la familia pensó que eso era un título académico (...) De postre había cup de frutas, que su abuela se empeñaba en llamar kas de frutas (Orejudo, 2011: 197).

—Niña, ¿qué es lo que es un políglota?

—Un hombre primitivo, madre —explicó la Araceli. (Orejudo, 2011: 199).

– En algunos casos, el humor se presenta como broma cultural que parodia autores u obras conocidos por el lector, en un intento de rebajar la aureola de superioridad de las personas que detentan esta cualidad. Cuando el propio protagonista reconoce su propia trasgresión, la parodia de lo absurdo se sirve en bandeja:

Don Ovidio Buche, primer premio del último certamen de poesía de Socuéllamos y hermano de don Gerardo, el zapatero lector de enciclopedias, había sido invitado por éste para que leyera en la tertulia sus últimas poesías. Había leído con mucho sentimiento durante toda la tarde, y por fin atacaba los últimos versos del postrero poema.

—Cantar de la tierra mía, otro verso, que echa flores, otro verso, al Jesús de la agonía, otro verso, y es la fe de mis mayores (...)

—¿No le parece que su poesía está muy influida por la de Machado?

—Me lo han dicho muchas veces; y, en cierto modo, es lógico que la gente piense eso. Este último poema, por ejemplo, no es que esté influido, es que es clavado. (Orejudo, 2011: 180)

También esta broma cultural se dirige mediante guiños para el lector hacia canciones contemporáneas del autor y sobradamente conocidas:

³¹ “En Madrid el entramado vital de la ciudad y la red urbana de tranvías se articulaba en torno a la Puerta del Sol, que era también un auténtico hervidero de cafés literarios, principal espacio de sociabilidad para los escritores en Madrid, que hacían de ellos su particular tribuna y los convertían en animadas tertulias. Entre los cafés literarios más interesantes destacaban de forma especial el café de Fornos —donde solían reunirse los escritores del 98-, el del Gato Negro, el de la Montaña —donde perdió el brazo Valle-Inclán-, el Comercial, el Colonial, la Granja del Henar, el café de Pombo —donde se reunía la tertulia de Ramón Gómez de la Serna inmortalizada por Gutiérrez Solana-, o el café Myllares, frente al parque del Retiro, donde se reunían con frecuencia Lorca, Pepín Bello, Pío del Río Hortega, Celaya y varios residentes más.” (Ribagorda, *op. cit.*)

—(...) Yo, desde luego, sólo querría volverme a dormir otra vez, despertarme y volverlos a encontrar como los hubiese dejado.

—La muerte es tan natural como la vida —dijo Bernabé Hieza—. Éste es un tema que me ha obsesionado siempre en mi producción poética, como puede verse en mi epístola, *Qué es de tu vida, Manuel; qué es de tu muerte, Raquel*.³² (Orejudo, 2011: 212)

Especial objeto de burla del escritor son las tertulias de la época, que él recrea bajo la imagen de la frivolidad rayante en la estulticia:

Él, que estaba convencido de que en esa luz voladora había seres inteligentes, se había hecho completamente vegetariano y se había afiliado al Movimiento Pro Gorrión Madrileño. Hieza aprovechó para leer un poema en desagravio de Leguazal. Era el soneto CXXXVIII, que trataba de esta problemática, «Si tarda la avutarda, fuma el puma...». (Orejudo, 2011: 59).

—He dicho que asistimos a una glorificación exagerada de la juventud y que las mujeres a los cincuenta años pueden sentir los mismos deseos que a los quince (...)

—Yo trato el enigma del deseo femenino en mi silva «Te he dicho cien mil veces que me toques» —intervino oportunamente Bernabé Hieza. (Orejudo, 2011: 62).

Ni siquiera el poeta mítico y mártir de la generación del 27, García Lorca, se libra de esta burla desmitificadora:

...el Moreno subió a las tablas, pasó lista y dijo que quería presentar a un poeta de incontenible vitalidad que, sin embargo, parecía obsesionado por la idea de la muerte, una muerte rodeada de angustia, de violencia y de crueldad. Podría decirse, dijo, que su poesía era la celebración de un rito de culto a la muerte. (Orejudo, 2011: 33).

Tampoco se libran, es este aspecto, los títulos de las obras parodiadas: *¡Diferencia de edad!, La Pasión, ¡Que te folle un pez!, Tela marinera* (132), los nombres de los personajes (Santos Bueno, Patricio Cordero, Martiniano Martínez, María Catarata, Patrocinio Guita, Homero...). O el propio «supuesto» lema de la Residencia: «Diversidad, Minorías, Cultura y Atletismo». ³³ Mención aparte tiene la recreación del lenguaje exageradamente andaluz de Juan Ramón Jiménez, al que el narrador dedica gran parte de su ironía:

—He leído su novela. Ettá plena d'assierto prometedores; pero hurgada com' un tó, he de dessille que é una obra demassiao inmadura, lo cua no é un defecto, ssino que é normá. Tenga utté en cuenta que para escribí una novela é necesario musha edá y ehperiensia y bla, bla, bla, ¿eh? —dijo Jiménez. (Orejudo, 2011: 72).

O la descripción de la casa de Ortega y Gasset:

Presionó el botón del timbre y esperó frente a la puerta a que esta sea brieria. Sobre la mirilla, un corazón de Jesús (...) Patricio, que era novelista, se fijó en todo y comprobó que el vestíbulo estaba decirado siguiendo la razón práctica y la estética: un precioso barómetro, Rdo. De Guadalupe, informaba de la temperatura y de la humedad relativa del aire; un bellísimo baldosín con la inscripción «Dios bendiga cada rincón de esta casa» conjuraba las pompas de Satanás; una original y cuca llave de madera con clavos servía para colgar los llaveros. (Orejudo, 2011: 242).

³² Tam Tam Go! es un grupo de música español originario de Badajoz, que nació en el año 1987, formado por los hermanos Nacho y Javier Campillo. Ese mismo año de 1988 publicaron su primer disco, en inglés, titulado *Spanish Shuffle*. El único tema en castellano de ese álbum era la canción "Manuel Raquel", con letra del cineasta Ricardo Franco, que recreaba las injusticias cometidas sobre una mujer atrapada en cuerpo de hombre. La letra decía: *Oh Manuel, oh Raquel se marchó, es sólo una baja más, Oh Manuel, oh Raquel se marchó por fin podrá descansar. Manuel, oh Raquel se marchó es sólo una baja más.*

³³ Olaya Villar (1991) nos recuerda que "La Residencia de Estudiantes fue creada por Real Decreto de 6 de mayo de 1910, siendo Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, don Álvaro Figueroa, Conde de Romanones. En la exposición previa que el Ministro hace al Real Decreto, ya se adivinan las características que han de configurar la institución, pudiéndose destacar entre ellas: Formación del carácter, de la cortesía y de la tolerancia y respeto mutuos. Vida en común, basada en los principios de la libertad, regulada por la influencia de un ideal colectivo. Prácticas de juegos y ejercicios físicos. Culto al arte. Aprovechamiento del tiempo para el estudio." Aunque, por supuesto, en ningún caso se corresponde al lema inventado por Orejudo.

– A diferencia de otros escritores de su generación, Orejudo opta en muchos casos en el uso de un humor escatológico, que busca la exaltación de lo irreverente:

Todo transcurría por su cauce hasta que levantó la mano un muchacho, que tenía me acuerdo perfectamente un parche en el ojo, y le hizo, literalmente, esta pregunta:

«Maestro, ¿es verdad eso que dicen de que su madre, q.e.p.d., solo experimentaba placer cuando, después de hacer mucha fuerza, por fin conseguía expulsar el chorizo de caca entero, como una seda, sin que el esfínter lo cortara con una contracción refleja?». (Orejudo, 2011: 152).

Un día le supliqué que me dejara cortar pelo de su coño y me lo comí como si fuera el Cuerpo de Cristo. Me he tragado su saliva, he bebido su orina, he probado su mierda y siento que podría comerme a esa mujer entera, doctor Moore, porque la amo, amo su cuerpo, amo sus desechos... (Orejudo, 2011: 317).

Aquella noche soñó que estaba besando a María Luisa y que mientras lo hacía se tiraba un pedo, y ella se retiraba asqueada; él negaba que lo hubiera hecho, imploraba que le creyera; pero ella le decía que él, además de guarro, era un mentiroso y le abandonaba. (Orejudo, 2011: 317).

Y también las referencias sexuales, presentes en toda la novela:

Patricio, que no tenía ganas de gaitas, decidió aprovechar la invitación y vengarse del mundo en carne de puta:

—¿Quién de vosotras se deja dar por el culo?

—Se dice griego, señorito. En mi casa se permite todo menos las malas palabras —le amonestó la matrona. (Orejudo, 2011: 77).

O, incluso, las religiosas:

También iban a las conferencias que se celebraban en el Ateneo (...) Les divertía también escandalizar al público madrileño que asistía los domingos a las misas de una. Esperaban a que el cura levantara la oblata para gritar ¡me cago en Dios, me cago en Cristo, me cago en su puta madre y en la Hostia Puta! (Orejudo, 2011: 140).

Pero su máxima expresión llega al final de la novela con la descripción del canibalismo de Santos sobre Patricio: «Como mi mujer también sentía debilidad por P., quise darle la bienvenida con un buen cocido que reuniera en un solo plato lo mejor de mi amigo. Eché huesos del brazo, parte de la careta, las orejas y el pene.» (362)

Aquí se cierra, por tanto, y, como señala Sánchez Magro³⁴, «la perpleja educación sentimental de tres amigos, personajes tan excesivos como la época, pero arquetipos de muchas experiencias, desde la ambición por la gloria artística al desprecio iconoclasta del poder cultural» y se reflexiona «sobre la cultura ejercida por Ortega y Gasset, las luces y sombras de la Residencia de Estudiantes y el papanatismo regeneracionista, las imposturas de las vanguardias, o las polvorientas tertulias que se sostenían entre el bostezo y la majadería».

Podemos concluir, por tanto, que *Fabulosas narraciones por historias* es una novela compleja y bien trabada, que supera los límites de la ficción para adentrarse en un juego paródico donde se pone en entredicho una herencia cultural heredada, y que detrás de una narración marcada por la ironía e incluso el humor más escatológico, se encierra una visión original e incluso inquietante de nuestra herencia cultural y literaria. Porque no hay nada más inquietante que el saber que todo aquello en lo que creíamos es, posiblemente, una convención más, un espejo cervantino donde la realidad y la ficción se entrecruzan sin pedirle permiso al lector. Y porque todos sabemos que la duda es el inicio de la destrucción, aunque seguramente Antonio Orejudo siga riendo al leer cómo aún hay gente dedicada a desentrañar y separar las fabulosas narraciones de las historias.

© Eduardo Ruiz Tosaus

³⁴ (Sánchez Magro, 1997: 66-67).

BIBLIOGRAFÍA

- Agawu-Kakraba, Yaw (2003). «Reading Modernism through Postmodernism: Antonio Orejudo Utrilla's *Fabulosas narraciones por historias*», *Journal of Iberian and Latin American Studies*. Vol. 9, n.º. 2, pp. 125-138.
- Alberca, Manuel (2007). *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la Autoficción*. Madrid: Ed. Biblioteca Nueva.
- Álvarez, Marta (2007). «**Fabulosas narraciones por historias**: la irreverente memoria literaria de Antonio Orejudo», *Hispanística*. **XX**, (Ejemplar dedicado a: Mémoires(s): représentations et transmission dans la monde hispanique (XX-XXI siècles)), pp. 485-493.
- Álvarez, Marta (2012). «Antonio Orejudo y Juan Manuel de Prada: la revancha del lector», en *Collection l'intime*. Vol. núm. 2.
- Arribas, Rubén A. (2008). «Elogio de la parodia como gran literatura», (Reseña de *Fabulosas narraciones por historias*) en *Revista Teína*. Núm. 1. (www.revistateina.com/teina/web/teina17/lit3.htm)
- Capel Martínez, Rosa María (2009). «El archivo de la Residencia de Señoritas», Universidad Complutense de Madrid, *Participació Educativa*. Núm. 11, julio, pp. 156-161.
- Fernández Berrocal, Rocío (2007). *Guía del Madrid de Juan Ramón Jiménez*. Madrid: Comunidad de Madrid. Consejería de Educación. Secretaría General Técnica.
- Jiménez, Juan Ramón (1981). *Antología general en prosa (1898-1954)*. Selección, organización y prólogo por A. Crespo y P. Gómez Bedate. Madrid: Biblioteca Nueva.
- López Rivera, Juan Antonio (2006). «Una novela para el siglo XXI: *Ventajas de viajar en tren*, de Antonio Orejudo», *Tonos digital: Revista electrónica de estudios filológicos*. núm. 12.
- López Rivera, Juan Antonio (2012). *Los límites de la ficción en las novelas de Antonio Orejudo*. Murcia: Ed. Editum.
- Lozano Mijares, María del Pilar (2006). «La de(con)strucción de la Historia de España o metaficción historiográfica a la española: *Fabulosas narraciones por historias* de Antonio Orejudo Utrilla», *Tropelías: Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*. Nº 15-17, 2004-2006, pp. 333-345.
- Mendoza, Eduardo (1986). *La ciudad de los prodigios*. Barcelona: Ed. Seix-Barral.
- Mendoza, Eduardo (1991). *Sin noticias de Gurb*. Barcelona, Círculo de Lectores.
- Olaya Villar, María Dolores (1991). «Alberto Jiménez Fraud y la residencia de estudiantes», *Ensayos: Revista de la Facultad de Educación de Albacete*. Nº. 5, 1991, pp. 101-110.
- Orejudo, Antonio (1997 y 2011). *Fabulosas narraciones por historias*. Madrid: Lengua de Trapo. Reeditado en Ed. Alfaguara.
- Orejudo, Antonio (2000). *Ventajas de viajar en tren*. Madrid: Alfaguara.
- Orejudo, Antonio (2005). *Reconstrucción*. Barcelona: Tusquets. Orejudo, Antonio (2012). «Prólogo a Conferencias I Poesía escogida, I (1908-1912) de Juan Ramón Jiménez», Visor Libros. Madrid, 2012.
- Pérez-Villanueva Tovar, Isabel (1990). «El liberalismo institucionalista en la Residencia de Estudiantes: una ética, una estética», *Studia histórica. Historia contemporánea*. Núm. 8 (Ejemplar dedicado a: Estudios sobre el liberalismo), pp. 77-88.
- Pérez-Villanueva Tovar, Isabel (2011). *La Residencia de Estudiantes 1910-1936, Grupo universitario y Residencia de Señoritas*. Madrid: CSIC.

- Ribagorda Esteban, Alvaro (2007). «Una ventana hacia Europa: La Residencia de Estudiantes y sus actividades culturales (1910-1936)», *Circunstancia: revista de ciencias sociales del Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset*. Núm. 14.
- Sánchez Magro, Andrés (1997). «*Fabulosas narraciones por historias* de Antonio Orejudo», *Clarín: Revista de nueva literatura*. Núm. 9, pp. 66-67
- Zamora Bonilla, Javier y Asenjo, Carmen (2003). «**Caminos de ida y vuelta**: Ortega en la Residencia de Estudiantes. Segunda parte», *Revista de*

Eduardo Ruiz Tosaus es licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Barcelona y Doctor en Literatura Española por la UNED (Madrid). Su tesis doctoral giró en torno a la obra de Eduardo Mendoza. Ha publicado diversos artículos sobre este escritor, así como sobre la obra de Carlos Ruiz Zafón o Camilo José Cela. También ha colaborado en libros y en programas de televisión (TVE) sobre *La ciudad de los prodigios*, una de las principales novelas de Eduardo Mendoza.

NOTAS SOBRE LA POÉTICA DE LO REAL MARAVILLOSO CARPENTERIANA

por Alicia Esther Pereyra

Solamente había inmovilidad y silencio en la obscuridad, en la noche. Sólo el Creador, el Formador, Tepeu, Gucumatꝫ, los Progenitores, estaban en el agua rodeados de claridad. Estaban ocultos bajo plumas verdes y azules, por eso se les llama Gucumatꝫ. De grandes sabios, de grandes pensadores es su naturaleza.

Popol Vuh

Medido estaba el tiempo en que pudieran elevar sus plegarias. Medido estaba el tiempo en que pudieran recordar los días venturosos. Medido estaba el tiempo en que mirara sobre ellos la celosía de las estrellas, de donde, velando por ellos, los contemplaban los dioses que están aprisionados en las estrellas. Entonces todo era bueno.

Chilam Balam de Chumayel

Sostiene Fuentes (2011) que todo es lenguaje en Latinoamérica, el poder y la libertad, la dominación y la barbarie: desde esta certeza avizora que *el lenguaje de la barbarie desea someternos al determinismo lineal del tiempo*, en tanto *el lenguaje de la imaginación desea romper esa fatalidad liberando los espacios simultáneos de lo real*. Barbarie enfrentada a la imaginación, concebida esta última según Bachelard (1980) como cierta facultad de formar y unir de manera inesperada imágenes que sobrepasan la realidad; siendo esta múltiple, cada uno se asoma a ella desde su peculiar perspectiva, que en Latinoamérica implicará *traducirla con la mayor intensidad posible*.

Las disquisiciones precedentes me permiten desplegar la mirada en torno de algunos aspectos particularmente sugestivos de lo real maravilloso en la obra de Alejo Carpentier. En sus propias palabras (2007), cierto arribo a Haití significó un doble acercamiento, en el que espacio físico-geográfico se bifurca en espacio simbólico-histórico, y desde allí, en la *maravillosa realidad vivida*, donde *lo insólito siempre fue cotidiano*, cuajada de sortilegios, magia y alegorías, de metamorfosis y simbiosis, de cosmogonías y mitologías, de mestizajes y sincretismos que se van enlazando a través de sustituciones, proliferaciones y condensaciones, como señala Sarduy (2011), en acumulación abrumadora de efectos visuales, auditivos, táctiles, olfativos y gustativos.

Este auténtico desvelamiento requiere traer a este escrito su propia voz, su puesta en palabras: lo maravilloso comienza a serlo cuando irrumpe cierta alteración de la realidad bajo la forma de milagro, como una revelación privilegiada e iluminación de sus inadvertidas, hasta entonces, riquezas en sus escalas y categorías. Su percepción contiene una intensidad única, en esa exaltación que conduce a cierto *estado límite* en el que se instala un auténtico acto de fe, ya que la sensación que provoca el descubrimiento de lo real maravilloso la presupone y exige: esta realidad, que golpea y sacude con fuerza inusitada desmoronando todo lo conocido. De acuerdo con Llarena (1997), esa fe narrativa constituye una suerte de construcción de universos de sentido, que permiten normalizar la percepción de lo extraño desde lo racional, lo creíble y lo verosímil otorgado por los argumentos que proveen los alucinatorios y carnales personajes. De esta manera, el cubano va elaborando minuciosamente su subjetividad construida histórica y culturalmente desde la reflexividad y la argumen-

tación explicativa en torno de esos universos compartidos. Quizás porque esta América, tal como advierte Epple (1978), ha hecho posible la unión de todos los tiempos y todos los espacios.

Ese milagro lo conmina a recontar el pasado y establecer en ese presente para vislumbrar hacia el por-venir que lo real maravilloso es patrimonio de América, allí donde naturaleza, hombre e historia lo conforman en un *rostro inesperado de aquello que evoca*. Esa unión transfigurativa, según Fuentes (op. cit.), se adivina en la elaboración mítica del paisaje perdido entre el caos y el cosmos, desde esa clave interpretativa que modula descubrimiento y conquista, tiranía y resistencia, y revolución. Como señala Mariátegui (2007), la ideología pletórica de emoción, de humanidad y de verdad, estipula necesariamente la revolución también como un sentimiento y una pasión. Así el arte se prefigura como síntoma de plenitud de la vida.

Tal como supo enseñarnos Carpentier (1981), la tarea implacable de quien escribe continuará siendo superar los extravíos y desorientaciones para prolongar el recorrido a través de la especie tan particular de los cronistas, ubicada en la génesis misma de la novela, desandando un repertorio posible de los acontecimientos epocales y conociendo, para ello, *el lenguaje de este mundo*. Reanuda así la historia como una crónica de la inacabable lucha entre buenos y malos, otra forma de decir opresores y oprimidos.

Para tornar legible a otros aquellos elementos que intervienen en la significación del arte en Latinoamérica, Carpentier (2003) continúa abundando en su poética entrelazando barroquismo en lo real maravilloso. El horror al vacío, a la superficie desnuda y a la armonía lineal-geométrica supone la multiplicación hacia el infinito de los elementos decorativos y la proyección de las formas hacia el exterior, como arte de movimiento y arte de pulsión que transgrede todo marco y todo intento de sujeción. Esa enunciación y delineamiento del barroco solo fue posible interpelando la génesis poética náhuatl en el Popol Vuh, así como en los libros mayas de Chilam Balam, con su policromía de imágenes y la profusión de su lenguaje que aún hoy desvela a expertos y profanos. En esa vertiente abreva todo lo insólito y todo lo asombroso, como una suerte de aleph borgiano que trasunta el despropósito de metamorfosear lo cotidiano. Porque así se ha ido configurando la vida en Latinoamérica.

Su devenir es maravilloso, tanto que la mirada europea no pudo traducirlo en palabras, careciendo de las voces para describir estas tierras, su espectacularidad y particularidad, su policromía y enrevesamiento, lo que se traslucía en ese asombro, esa admiración que los incapacitó para designar y acaso solo balbucear a partir de las comparaciones con aquello conocido allende mares. Y en esa trama inaugural de significaciones y silencios se fue constituyendo aquello que Carpentier denomina el más impresionante deber: revelar este mundo interpretando lo nuestro allí donde sólo es necesario alargar las manos para alcanzarlo. Como manifiesta Llarena (op.cit.), *nombrar América* para tornarla accesible y válida en el imaginario universal.

Enuncia el novelista, ensayista, periodista, musicólogo, que nos hemos forjado un lenguaje apto para expresar nuestras realidades, que requiere de sus novelistas, testigos, cronistas e intérpretes para dar cuenta de su historia viva hecha símbolo y trasmutada en alegoría, desde una propia manera de narrar, moldeada en ese aspecto crítico-filosófico que, siguiendo a González Echeverría (1972), trasunta la genial poética carpenteriana, en esas extraordinarias e intempestivas sorpresas que este mundo mágico y barroco aún reserva a sus muy agradecidos habitantes y aún más lectores.

© Alicia Esther Pereyra

* * *

BIBLIOGRAFÍA

Bachelard, Gaston: *El aire y los sueños. Ensayo sobre la imaginación del movimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

- Carpentier, Alejo: "Prólogo", *El reino de este mundo*, Madrid, Alianza Editorial, 2007, pp. 7-14.
- "Lo barroco y lo real maravilloso", *Alejo Carpentier. Ensayos selectos*, Buenos Aires, Ediciones Corregidor, 2003, pp. 123- 155.
- "La novela hispanoamericana en visperas de un nuevo siglo", *La novela hispanoamericana en visperas de un nuevo siglo: y otros ensayos*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1981, pp. 7-32.
- Epple, Juan Armando: "El punto de vista en Concierto Barroco, de Alejo Carpentier", *La palabra y el hombre*, núm. 25, 1978, pp. 74- 77.
- Fuentes, Carlos: "Río arriba. Alejo Carpentier", *La gran novela latinoamericana*, México, Alfaguara-Santillana Ediciones Generales, 2011, pp. 161- 195.
- González Echeverría, Roberto: "Historia y alegoría en la narrativa de Alejo Carpentier", *Cuadernos americanos*, núm. 39, 1972, pp. 466- 488.
- Llarena, Alicia: "Un balance crítico: la polémica del realismo mágico y lo real maravilloso (1955-1993)", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 26, Servicio de Publicaciones, UCM, Madrid, 1997, pp. 107-117.
- Mariátegui, José Carlos: *Literatura y estética*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 2007.
- Sarduy, Severo: *El barroco y el neobarroco*, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2011

Alicia Esther Pereyra (Caleta Olivia, Santa Cruz, Argentina, 1965). Es Licenciada en Educación Básica y Especialista en Lectura, Escritura y Educación. Se dedica a la docencia en el nivel primario público y en nivel superior universitario en su localidad de residencia, desde hace poco más de diez años. Entre sus intereses académicos, ocupa un lugar privilegiado la literatura latinoamericana, de la que se desprende parte sustancial del escrito ofrecido a los lectores de Narrativas.

IGUAL *

por Arnoldo Rosas

*A Rosaura, Elena, Nairobi, Carmen y, en especial, a
Rafael Tomás Caldera: Siempre dispuestos a tendernos
una mano.*

«¿Es así también en el otro reino de la muerte?»

T. S. Eliot

Es un sombrero enorme lo que cubre la entrada. ¿Quién lo iba decir? Rojo. Brillante. Alas anchas. Copa alargada. El neón titila sobre láminas de metal esmaltado. Las letras parecen rústicas y no lo son. EL PUNTO CRIOLLO. Ambiente Familiar.

—¿Qué! ¿Todas las putas son primas?

—Jajá.

Al abrir, un murmullo opaco. Muy pocas mesas ocupadas: Madera sin labrar; manteles de algodón: Cuadros rojos y blancos. Los clientes abstraídos entre sí: Manos agarradas, cuerpos inclinados hacia un oído: Me parece que te conozco desde siempre; ¡es un tajo, yo que te lo digo, no hay pérdida! El olor inconfundible: Carnes a la brasa, pollos a la bróster. Un camarero acechando desde un rincón. ¿Te sabes el chiste del...? ¡Cuascuascuás! El piso de lajas rojas. Las redes colgadas de las paredes. Estrellas de mar barnizadas, guindadas de los estantes. Conchas de botuto. Caparazones de Carey. Un barman con la misma cara de fastidio que el pescador del cuadro, que el niño desnudo del cuadro. Ese es mucho macho para Mano'epiedra: De que lo noquea lo noquea.

—Y qué. ¿Dónde nos sentamos?

—Escoge tú. Cualquier sitio sirve.

Llego a Porlamar después de tanto tiempo. Hace sólo unos instantes andaba y desandaba los dos niveles del aeropuerto de Maiquetía, cigarro tras cigarro, leyendo la infinidad de libros y revistas en los quioscos; pensando quizá en indagar mi futuro en la computadora grafológica; tomando café en el restaurante; observando e imaginando la procedencia o destino de los otros, pegado a los cristales, viendo la pista.

La voz ininteligible de una mujer grazna a través de los parlantes. Intuyo que es mi vuelo. Consiento en dejarme requisar por el personal de seguridad. El maletín: sólo libros. La cédula: foto muy vieja. Me sé observado, señalado... Por fin alguien se encoge de hombros y mueva la mano. Me dejarán pasar. Continúo.

Recién comienza a formarse la cola tras el cartel que señala el número del vuelo. Decido tomar un nuevo café antes de apilarme. Desde la barra contemplo los movimientos de vehículos y empleados en torno del avión. Bebo el café y arrojé el vaso a una papelera empegostada alrededor de la cual un

*«Observo a las
personas mientras
van saliendo. Voy
señalando en mi
interior cuáles son
paisanos y cuáles son
turistas. Siempre son
más los últimos.»*

* Relato perteneciente al libro *Sembré los muertos*, publicado en 2013 por Suburbano Ediciones LLC

grupo de moscas merodean. Compruebo que el pase aún permanece en el bolsillo interior de la chaqueta.

Me uno a la fila cuando el encargado abre la puerta y permite el acceso a la pista. Observo a las personas mientras van saliendo. Voy señalando en mi interior cuáles son paisanos y cuáles son turistas. Siempre son más los últimos. Me alegra no encontrar entre ellos a ningún cura, a ninguna monja: traen mala suerte; en todas las películas de tragedias aéreas hay alguno. Respiro aliviado y traspaso la puerta. El calor me golpea. Apuro el paso hasta llegar a la escalera y entregar el pase al hombre con corbata que los recibe.

Buenas tardes, buenas tardes, buenas tardes, automáticamente va disparando la aeromoza cuando entramos en la cabina. Mi boleto indica que debo ir al final: Fumadores. Abrocho el cinturón de seguridad para esperar lo de que por disposición de la Ley de Aeronáutica Civil... El despegue... que se apague el aviso de no fumar. En un descuido, recién acabo el café y enciendo el cigarro: La aeromoza: Nos aproximamos al Aeropuerto Internacional del Caribe «General en Jefe Santiago Mariño» de Porlamar. Es cierto, por la ventanilla distingo el puerto de El Guamache, la sequedad de la costa, la laguna cercana a la pista de aterrizaje.

Son distintos los ambientes de los dos aeropuertos: Éste es más simple y, sin embargo, da la sensación de un centro comercial: Vidrieras, vidrieras, vidrieras, grandes avisos. Recorro el salón mirando las mercancías exhibidas. Inevitablemente fumo: El humo se refleja en la transparencia.

No tengo ganas de pelear con los demás pasajeros por alcanzar las maletas en la cinta sin fin. Me siento en los bordes de uno de los ventanales. A lo mejor un Guardia Nacional ordenará que me pare; mientras tanto, descanso.

«Antes de salir me detengo a ver el cielo clarísimo a través de la puerta de cristal. Me quito la chaqueta y salgo por fin. Compruebo que nada ha cambiado.»

Dentro de poco llegaré a la casa. Desde ya estoy desanimado: Las preguntas, la cena en la cafetería, acostarse temprano... Sonrío pensando en la ansiedad con la que preparé el viaje: La visión de las playas de Pampatar me animaban... Estoy seguro: No iré. Preferiré quedarme en la casa, en mi cuarto, meciéndome en la hamaca, viendo televisión, leyendo libros mil veces leídos.

Piso la colilla y me levanto a buscar la maleta que ha quedado sola al final de la correa.

Antes de salir me detengo a ver el cielo clarísimo a través de la puerta de cristal. Me quito la chaqueta y salgo por fin. Compruebo que nada ha cambiado. Los mismos taxistas de siempre gritando Porlamar, Porlamar, Porlamar. Me señalan un carro rojo y me monto.

Entre la escasa vegetación retorcida y espinosa aparecen de vez en cuando grandes letreros desleídos: UN GRAN WHISKY. EL PANTALON. VISITENOS EN LA AV. 4 DE MAYO. ¿Mucha gente?; me sorprende preguntando, como siempre, al taxista.

Todavía no, tú sabes, comenzando la temporada, la semana que viene sí va a estar buena la cosa.

Empiezo a sudar, a sentirme sucio, empegostado. Vuelvo a quedarme callado, mirando la carretera, la sequedad del paisaje. De cuando en cuando irrumpen casas a medio construir (ladrillos de cemento, columnas de cabillas salientes) ya invadidas por el gamelote y el salitre: SE VENDE INFORMACION TELF: y el número destrozado por el óxido. A lo lejos se ven los bloques de Villa Rosa. Porlamar es un relámpago confundido con el asfalto.

A medida que avanzamos aparecen nuevas edificaciones desconocidas: galpones, almacenes, edificios con torres para la construcción.

FONDENE. SOBRAN LAS PALABRAS. CRUZ DEL PASTEL. PORLAMAR 4 KM. RADIO NUEVA ESPARTA. No ha llovido, ¿verdad?, pregunto por preguntar, para apartar la mirada del ensolecido ambiente.

Tú sabes, aquí una garuíta que otra, pero llover, no; por Caracas sí, ¿no?

Ajá, ¡unos aguaceros!; noto que simulo el acento, lo remarco.

Villa Rosa se ve a la izquierda: ha crecido. Más casas, nuevos condominios con ropa secándose en los balcones. Me arden los ojos, dejo de ver el exterior y me quedo observando la Virgen del Valle en la consola del carro: PAPÁ, NO CORRAS. Contengo un bostezo.

¿Puedo fumar?

¡Sí, hombre! Total, el que se va a morir eres tú.

BIENVENIDOS A PORLAMAR. DESPACIO.

¿A qué parte vas?

Calle Arismendi.

Ajá.

El cementerio nuevo se ve desolado, los muros parecen ropa con hongos y las cayenas sembradas enfrente se niegan a crecer desde que tengo memoria. La calle Igualdad: la pollera y el cementerio viejo. Al fin un lugar con sombra. Se siente húmedo. Árboles de amplio follaje, tierra marrón y no amarillenta. Tiendas de ropa: 20% DE DESCUENTO. GRAN REMATE. TODO A MITAD DE PRECIO. Y la congestión del tráfico de la calle Igualdad desde la tienda de discos.

Veo pasar conocidos. Caminan apurados viendo hacia dentro de las casas, de las tiendas. Alguno grita: ¡Epa, Chuchú!, levanto la mano y sonrío. El chofer enciende la radio: muerto cristianamente en la paz del señor. Le da al dial: isa no es de loco, te estás riendo de míí; oche en el autocine Genovés. La cola no avanza, como siempre; observo las muecas de impotencia en la cara del chofer, aprieta la boca, toca la bocina, da golpes en el volante: ¡Coño, cuándo va a cambiar esta vaina!; maldice.

*«Veo pasar conocidos.
Caminan apurados
viendo hacia dentro de
las casas, de las
tiendas. Alguno grita:
¡Epa, Chuchú!, levanto
la mano y sonrío.»*

Ese es el semáforo, le digo.

No, chico, qué semáforo ni qué ocho cuartos, la gente aquí que es más verga que el carajo, ve que no hay paso y se mete, no joda.

Sí, digo, aguantando la risa.

Veo que hay una nueva pensión donde antes había un kínder. Hay que ver cómo son las cosas, ¿ah?, más rápido es de Maiquetía a Porlamar que del aeropuerto aquí; comento. El chofer sonrío. Por fin el hotel Roma y el cruce a la derecha. Es allá, donde están las matas de cotoperí. Pago, siempre algo más que la última vez, y cruzo la calle cargando la maleta.

¿Llegaste?, grita mamá desde arriba de las escaleras cuando abro la reja. Sube, ¿vas a comer?

Ajá.

Pregunto por papá y por Juliana, dejando la maleta en la sala, quitándome la camisa, tirando la chaqueta en el sofá, entrando al baño a lavarme la cara y las manos.

Nunca les perdí la pista. Desde mis primeros regresos: Los de las sonrisas y abrazos, las de te busco, me buscas, nos buscamos, y fiestas y parrillas y playa y cerveza y ¡viva la vida, campeón! Entonces las preguntas eran directas y precisas —si es que había preguntas—, las experiencias se contaban con naturalidad: Estoy viviendo en una residencia, la vieja es loca, nos hace comida de plástico, ella dice que es carne, pero qué va, puro plástico. A veces voy a estudiar a una placita que queda cerca de la Universidad. Me enamoré de una carajita linda y bella, no me para bolas pero estoy que me muero... Al poco tiempo se fue apagando el calor: Los intereses se bifurcan; lugar común: Un tiempo remoto, una fecha de nacimiento, un pueblo de origen... Pasamos a los juramentos: Un día de estos te busco para salir por ahí. ¡Coño, mano, no te pierdas! Y las respuestas y preguntas perdieron

sinceridad: Y qué, cómo te va. Ahí, bien, echando pa'lante. Después el silencio: vernos y huirnos; entonces mi fuente de información fueron los padres: Tiene problemas con una materia. Está vi- viendo en tal parte. Está en Suecia. Chico, se juntó mal, lo echaron a perder. Se casó: La mujer está esperando. Se fugó con un piloto. Está enamorado: Le suspendieron el semestre. No vino en estas vacaciones... Por último, ninguna pregunta y la certeza de que todo estaba igual tanto en ellos como en mí: La apatía producto del fracaso: Una generación perdida a los veintidós años.

El camarero se ha acercado con el menú. ¿Qué van a tomar? Cerveza por los momentos, gracias. Okey.

—Bonito el lugar, ¿verdad? Aunque, no sé, le falta una musiquita.

—Ajá, pero por lo demás es muy bueno: Cerveza fría, comida sabrosa; siempre que tengo que salir con alguien vengo para acá: se puede conversar, tú sabes, negocios y cosas así.

—Ujú, negocios, claro; carajitas querrás decir.

*«Nunca les perdí la pista.
Desde mis primeros
regresos: Los de las
sonrisas y abrazos, las
de te busco, me buscas,
nos buscamos, y fiestas y
parrillas y playa y
cerveza y ¡viva la vida,
campeón!»*

—No, no. ¡¿Gastando real en puntas?! Qué va. Tú sabes, si consigo algún chance me la llevo para la playa y en el mismo carro le doy su leñazo. Eso era antes, cuando estaba soltero que podía estar invitando, ahora... —niega moviendo la cabeza, arrugando los labios.

De la camisa saco una cajetilla de cigarros.

—Esta es una de las pocas vainas buenas del régimen de «Puerto Libre»: Los vicios son baratos, ¿ah? —Sonrío, mientras voy quitando la cinta dorada y estrujo el papel celofán que se desprende, lo arrojo al cenicero de barro: RECUERDO DE

MARGARITA. Golpeo la parte superior de la caja, luego de haber abierto el papel plateado: Un haz de cuatro cigarros emerge—. ¿Quieres?

—No, ahora no, estoy tratando de dejarlo.

—Mal hecho. Los vicios son las únicas cosas que realmente son de uno, nadie nos las puede quitar.

—Jajá... Tú siempre con tus vainas.

Paso la raya y sumo: Si tomamos en cuenta que el área bajo la curva de la función «Y» igual a compañeros graduados de bachilleres con nosotros es igual a la integral de la función, y si fijamos los límites de la integral en Ávila y Zabala, encontramos que el tiempo no tiene importancia, puesto que la gran sumatoria demuestra el despilfarro de él por parte de nosotros; siendo así, el tiempo se ha convertido en negativo, lo cual contradice a la Ley de la Termodinámica que establece un aumento irreversible de la entropía del universo a medida que el tiempo incrementa, necesiándose una cantidad inusitada de energía para regresar de un nivel de mayor desorden a uno menor; es decir, el límite de la función, cuando la variable (tiempo) tiende a negativa, es cero.

Pasamos a demostrar con un ejemplo sencillo. Vean, señores bachilleres. Alejandro, brillante en los estudios —ene materias eximidas— sale en el año tal (t) del punto de partida (equis subcero) habiendo encontrado inmediatamente cupo en la Universidad Central —primer listado (pl)— para estudiar Medicina (M), por los vericuetos de esa escuela logra aprobar tres materias (K igual a tres) en el transcurso de dos años (t subuno igual dos). Por una función de Transformación (ver matriz (fig. I)) pasa a la Universidad Santa María a estudiar Economía (E) en horario nocturno. La noche tiene inconvenientes para las personas de salud delicada —¡tanto café produce gastritis!— y nuestro héroe solicita traslado a la Católica para cursar Abogacía (A). Derivando parcialmente y luego de despejar las variables de la ecuación diferencial, encontramos únicamente seis años invertidos en tres carreras, es decir, sólo en seis años Alejandro MEA.

El camarero va sirviendo la cerveza en las jarras congeladas, escanciando el líquido por las paredes; ya ha colocado el portavasos de papel secante: EL PUNTO CRIOLLO. BAR RESTAURANT. AMBIENTE FAMILIAR. ESPECIALIDAD EN COMIDA MARGARITEÑA.

—Gracias.

El dependiente se marcha luego de una ligera inclinación de cabeza.

—¿Cuáles vainas? La verdad ante todo, mano.

—Sí, hombre, cualquiera cae. —La sonrisa de siempre: Una mirada de dientes y los ojos rasgados hasta lo imposible—. Pero vamos a dejarnos de mamaderitas de gallo; cuéntame, vale, cómo te va en Caracas.

—Bueno, ahí, uno que otro traspié, una que otra materia raspada. Nada del otro mundo —hablo dejando escapar el humo, acariciando la jarra helada con la mano libre, observando el movimiento de las burbujas ascendiendo desde el fondo del líquido hasta la superficie espumosa.

—Debes estar por graduarte, ¿no?

—Ya debería estar graduado es la vaina —sonríe de medio lado como dándole poca importancia, tratando de buscar un chiste para cambiar el tema—. Bueno, tú sabes, poco a poco se llega a Roma, jajá.

Continuemos, bachilleres: La probabilidad de hallar una bola roja en un saco donde sólo hay una de ese color y un millón de negras es bajísima, y menor aún cuando el muestreo es con reposición. Tomando eso en cuenta introducimos nuestra mano inocente y extraemos, por supuesto, una negra: Ferrer. Siguiendo el razonamiento antes desarrollado y resumiendo a grosso modo, puesto que el tiempo apremia —faltan muchos ejemplos y la clase está por concluir—, tenemos: Nuestro

*«Y, así, bueno, a ti te
jodió el matrimonio.
Yo sopotocientos
años estudiando...
Una generación
perdida.»*

compañero ingresó a la Escuela Militar: «Mambrú se fue a la guerra, qué dolor, qué dolor, qué pena» y es expulsado a los seis meses. ¿Causal del divorcio? Opel de izquierda a la quijada de un subteniente. En su rol de excombatiente deambula por las universidades públicas y privadas del país para terminar refugiándose en su casa. Allí pasa las horas delante del televisor, con los pies sobre una silla, bebiendo su bebida favorita, jurándole a sus padres que mañana mismo salgo a buscar trabajo aunque sea de vendedor en una tienda de «Puerto Libre» pero hazme el favor y no me jodas más que no me dejas ver a Batman.

Hagan juego, señores. Hagan juego. Y ahí va la bolita... ¡Ocho negro!: El Gordo Barril. Al segundo semestre de Universidad descubrió que era cantante, sepultó los libros de Ingeniería y se dedicó a cumplir su vocación: ¡Así se hace, Barril!, rugió el público eufórico; pero el destino, ¡Oh, el Destino!, en su afán de cumplir los designios, le negó todo chance en cuanto coral existe, en cuanto grupo musical ha creado Dios y, «ese cadáver que por la playa rueda, ese cadáver...» se fue para Caracas, usó el cerebro y de paso se inscribió en una academia para estudiar Publicidad... Pero las malas compañías: «Tu mamá te lo decía», Gordito, le aconsejaron mal: Rebaja, vale; la figura te está jodiendo... Y la figura lo jodió: Constantemente lo internan en una clínica: Deficiencia de vitamina B, desnutrición, qué sé yo qué más.

Y, así, bueno, a ti te jodió el matrimonio. Yo sopotocientos años estudiando... Una generación perdida. Paso la raya y sumo: Seis casados prematuramente; diez vendedores de «Puerto Libre» sin otra pretensión que una cerveza bien fría los sábados en la noche; ocho sin ocupación definida; uno en el psiquiátrico; uno en el hospital, cuatro dizque estudiando... Siete años de bachiller: Ningún graduado: out por regla.

—¿Y de los demás qué has sabido?

Era inevitable: A los tres días salí a recorrer el bulevar.

Tres días haciendo crujir las cabuyeras de la hamaca, empujándome con el pie, golpeando la puerta del clóset. Tres días de caminar, subiendo y agachándome en cada estante, por la biblioteca, desempolvando libros con la mano y limpiándome con el short, asombrándome ante la primera edición de un libro jamás imaginado en la casa, hojeando el número uno de revistas nuevas que no llegarán al número dos, revisando las gavetas del escritorio en busca de postales recientes, de casetes vírgenes

para grabar en la noche. Tres días oyendo las mismas canciones de Alí Primera, de Serenata Guayanesa, del Quinteto Contrapunto; grabando los merengues de Cecilia Todd, las parrandas de Un Solo Pueblo, las tonadas de Simón Díaz; leyendo el periódico, acostado en el sofá de la sala, tomando café con leche: Tres días con las mismas muertes de nombres distintos...

Tres días en la casa terminan por aburrir al más solitario, terminan por abrir la puerta, por bajar las escaleras, por trasponer la reja, por salir a caminar el bulevar...

Lajas rojas cuadriculando, formando rombos, rectángulos, ningún círculo. Los volúmenes de Narváez en una fuente como estrella. Las tiendas cerradas a las siete de la noche, tiñendo el espacio de neón: TAX FREE SHOP. Bolsas desbordando basureros de cemento: MANTEN BELLA Y LIMPIA TU ISLA. Parejas sentadas en los bancos: Me parece que te conozco desde siempre.

Distingo a alguien desde lejos y le huyo, observando una vitrina: Demasiado cansado desde siempre de las mismas palabras, prefiero detallar las mismas mercancías: JEAN NATÉ. En el reflejo del cristal veo que pasa de largo: Puedo seguir.

Camino con las manos en el bolsillo y compruebo que no tengo recuerdos: No asocio pasado con presente. Las cosas no me dicen nada, no añoro ninguna de las actividades, de las personas y, sin embargo, sé la historia de cada tienda: Quién vivió allí, qué momentos pasé en cada casa; pero me da igual que la Librería Avance no esté y una «nosequécosa-ganga» ocupe su lugar.

Llego hasta el mercado: Un mierdero frente al mar. El olor a pescado podrido retuerce las tripas, obliga a retroceder.

Continúo caminando por el centro del bulevar, llegando de nuevo hasta los volúmenes. Me siento en un banco y prendo un cigarro.

¡Dichoso los ojos que te ven!

*«Llego hasta el
mercado: Un mierdero
frente al mar. El olor
a pescado podrido
retuerce las tripas,
obliga a retroceder.»*

Volteo al sentir la palmada en la espalda: Nelson sonrío y, sin embargo, se le siente triste, cansado, viejo.

¡Caramba, tanto tiempo, vale, siéntate!, sonrío también para demostrar una alegría hipócrita.

Sólo un momentico, me están esperando, ¿cuándo llegaste?

Esta mañana; miento para evitar preguntas, recriminaciones; ¿cómo

está tu esposa?

En la casa, tú sabes, con la carajita.

¡Verdad, vale!, si tienen una hija, se me había olvidado.

Sí, más jodedora.

¿No te deja dormir?

No, tú sabes, yo tengo un sueño pesadísimo, no me levanta ni un terremoto.

Cuéntame, vale, qué es de la gente; simulo interesarme: pura cortesía.

Casi no sé nada, sólo de Ramiro que le pregunto a la mamá: Está de marino, y que por Noruega.

¡Virgen del Valle, quién lo iba a decir, ¿ah?!

Vamos, hombre, a reunirnos un día a conversar de los viejos tiempos.

Bueno, cómo no; en ese momento pienso: me jodí.

Qué vas a hacer mañana en la noche.

Nada; termino por contestar cuando no consigo una excusa.

Yo te paso buscando a las siete para cenar juntos y hablamos con calma.

Bueno; digo con resignación.

A las siete entonces.

Ajá.

Nos vemos, pues, que me están esperando.

Saludos.

Nelson se ha perdido entre los avisos de las tiendas y los jardines de la calzada. ¡Coño, ojalá se olvide!

Me levanto y paseo por la plaza antes de regresar a la casa de donde no debí haber salido: Todo está igual... Tengo cansado el ánimo.

Abro la reja y mamá desde arriba:

¿Llegaste? ¡Cierra con llave y apaga la luz!

Claro, alguna vez me enamoré. En algún lado leí: Nadie está a salvo de los golpes del amor. Y el amor, es innegable, hace falta, aunque sólo sea para cambiar de hábitos, de costumbres, incluso para llegar a disfrutar del sabor de las cotufas mientras se ve una película de Walt Disney a las cinco de la tarde. ¿Su nombre? ¡Qué más da!, basta con saber que su compañía se anhelaba desde siempre y su recuerdo perdura. Con ella se acabaron las sesiones masturbatorias, las dudas sobre los cuerpos, se aclararon los misterios inquietantes del sexo. Me supe capaz de querer, compartir, de despojarme de las partes inmutables de mi carácter, y, a la vez, de exigir y comprender. Todo eso en tardes lejanas, bajo un sol efervescente, vestido con ropa templada por el almidón: Un paréntesis de tiempo: Un cigarrillo frente al mar.

«Claro, alguna vez me enamoré. En algún lado leí: Nadie está a salvo de los golpes del amor.»

—¿Cómo fue esa vaina que te casaste?

—Bueno, tú sabes, me gustó la carajita, comenzamos a salir, nos enamoramos y, bueno, qué más, nos casamos, jajá.

—Embuste

—¡Cómo!

—No te creo, chico. —Lo miro a los ojos y parece divertido—. A ti la mujer nunca te importó como persona, era un cuerpo penetrable. Seguro te casaron. ¿La embarazaste?

—Bueno, sí; pero tampoco es como tú lo pintas. No me la cogí por cogérmela, me acosté con ella porque, bueno, estaba enamorado. Si no, no me caso y punto.

—¿Seguro? ¿No era menor de edad?

—¿Cómo sabes?

—¿No te dije? Nunca les perdí la pista.

—Entonces, para qué preguntas. ¡El coño de tu madre!

¿Otras mujeres? Ninguna tan significativa: Cariño producto de la costumbre de encontrarnos en cafetines, compartir presiones académicas: prestamos de apuntes, libros, material de apoyo; por haber ido de vez en cuando al cine, a comer, a tomar cerveza. Pero, cómo nace el amor del desconocimiento, sabernos condiscípulos no es suficiente. Después de pasiones momentáneas (estar ahí en el instante de dolor, de la confusión) resulta un odio chiquito: perder el saludo: el olvido.

—No te molestes, vale. Lo hacía para ver tu comportamiento. El hecho de omitir el embarazo es un punto a tu favor —muevo el cigarro circularmente al girar la mano para señalarlo—, quieres evitar malos pensamientos sobre ella; eso demuestra amor: Una faceta que te desconocía.

—Déjalo de ese tamaño. —Está molesto. Se sirve más cerveza, se queda viendo al líquido caer desde la botella.

Por ahora prefiero no embarcarme en luchas amorosas. La prioridad es el estudio. Concluir de una vez por todas, y, entonces, sí buscaré compañera. ¿Egoísmo? Por qué no. ¿Acaso estoy en condiciones de mantener a alguien? No, no quiero más fracasos, el abandonar la universidad, para mí, sería un fracaso. Ninguna relación, por muy fuerte que sea, puede soportar la frustración.

—Y, tú, ¿cuándo te casas?

—Primero tendría que buscar la novia, ¿no? —sonríó y bebo un trago.

—¡Se me olvidaba! Tú nunca te enamoras.

«Aquí tienes el café, grita mamá desde la cocina. Suspiro y me levanto: El cuerpo me duele.»

Me despierto al mediodía. No tengo ganas de dejar la hamaca: me gusta recibir la ráfaga de aire fresco que isocronamente da el ventilador. Comienzo a mecarme. Aquí tienes el café, grita mamá desde la cocina. Suspiro y me levanto: El cuerpo me duele.

Encontré a Nelson en el mercado, dice mamá. La miro intrigado. Esta noche dizque viene, que van a cenar juntos.

Sí, yo lo vi ayer, en el bulevar.

Te mandó a decir que estés listo, él pasa por aquí a las siete.

¡No joda!

Me llevo la taza hasta la biblioteca. Abro una gaveta y saco una cajetilla de cigarrillos: PROHIBIDA SU VENTA FUERA DE ZONAS FRANCAS Y PUERTOS LIBRES Y ZONAS DE REGIMEN ADUANERO ESPECIAL. Comienzo a leer los titulares del periódico que está encima del mueble. No me concentro: Imagino la escena, la conversación plagada de «te acuerdas la vez que», de risas convencionales; me da asco. Prendo un cigarrillo y lo dejo sobre el cenicero. Tomo un sorbo de café.

No seas así, chico; mamá adivina el pensamiento. Nelson es buena gente, vas a ver como la cosa no es tan mala.

Ajá.

Ahora sí es verdad que me fregué, pienso, mamá no me va a dejar tranquilo hasta las siete. Le entrego la taza, apago el cigarrillo, me voy a mi cuarto y cierro con llave.

Tendido en la hamaca trato de no pensar.

Nelson es un fantasma que atraviesa las paredes y se difunde como un gas por todo el ámbito del cuarto, se concentra en un punto, huyéndole al ventilador, hasta materializarse con muchos años menos y comienza a componer una escenografía para la representación número tanto de una obra estrenada con diálogo improvisado que se modifica en los alvéolos del cerebro hasta tomar la forma esencial que tiene esta secuencia, en lo que es ya un salón de clases con veinte fantasmas y una maestra.

Yo me llamo Nelson, ¿y tú? ¡Qué nombre tan raro! Jajá. Yo nací en Caracas pero vivo aquí, ¿tú también naciste en Caracas? ¿No? Bueno, yo sí. Jajá. Tú eres nuevo y no conoces a nadie y yo sí. Jajá. Siempre estudié aquí desde que vine: Ese es Carlos, ese es Ramiro, ese es Elías y son mis amigos y no tuyos, ¿viste? Jajá. Míos, míos, y son valientes y saben pelear y jugar pelota. ¿Tú sabes jugar pelota? ¿No? ¡Qué gafito! Jajá. Miren, no sabe jugar pelota y se llama raro. ¡Qué cómico! Jajá. Seguro es cobarde y llorón, jajá, un llorón. Mira qué llorón, está llorando porque no sabe jugar pelota, ¡ay qué gafito! Jajá, gafito. Mira, ¿ves? Tengo músculos, tú no tienes músculos porque no juegas pelota y eres llorón, jajá, llorón, jajá, y no tienes amigos, jajá, jajá, jajá, jajá... ¡Maeestraaa, el nuevo está lloraaanndooo!

Las moléculas se destruyen: Aumenta la entropía del universo: Volutas de humo ascienden, dando giros y triples saltos mortales hacia el techo, expandiéndose y contrayéndose. El gas blanco se deja abatir por el ventilador, formando remolinos, huracanes de neblina. Enciendo un cigarro para desahogarme y la niebla vuelve a ser Nelson ocupado en ordenar sus átomos dispersos, agrupando tantos electrones en tales orbitales, tantos protones en cada núcleo y vuelve a tomar su forma y recobra su color cobrizo y, entonces, se dedica a dibujar la cuadra de la casa vieja: Pinta un poste de luz, un pretil para sentarnos, moldea fantasmas con el cuerpo de Carlos y Ramiro, les asigna doce años, les esculpe un bate y un guante, les rocía con gotas de sudor, los sienta a conversar con nosotros y hace desfilar de vez en cuando muchachas en minifalda.

Ayer me cogí a la servicio; Ramiro nos sorprende al mismo tiempo que se levanta y completa un swing con el bate.

¿Cómo?!, replico sin pensar, sin entender que me estoy fregando ante ellos.

Que me la cogí; me le metí en el cuarto y me la cogí, ¿nunca te has cogido a alguien?

No.

¡Ay, mira la vaina!, salta Nelson soltando la carcajada, señalándome; ahora sí es verdad, ¿cómo va a ser?, ¿nunca!, ¿ni siquiera has visto una mujer desnuda, palpado una teta, acariciado una cuca?

Jejé, ríe Ramiro, simulando un toque.

No.

¡Ah vaina, ¿no te digo?, éste es queda'o!

Nelson no cabe en sí de la risa y Ramiro me señala con el bate al hombro: Si serás huevón, muchacho.

Ya está bien, me defiende Carlos, nadie nace aprendido.

Sí, pero ya es hora que aprenda, replica Nelson, cuadrándose para boxear por si acaso.

Ya le llegará, pues.

Que se apure o va a aprender para maricón, y suelta la carcajada, tirándole la pelota a Ramiro que se ha puesto el guante.

Nelson sonrío con picardía viéndome de reajo, mientras él mismo barre el escenario y sopla como ante un fogón para que la neblina espese y se pueda volver a moldear.

Aspiro el cigarro y me empujo de la puerta del clóset con el pie, esperando con tranquilidad la próxima escena.

Sonrío con cinismo cuando Nelson me hace señas para que voltee y preste atención. Ha recreado la materia y en mi cuarto está un pasillo del liceo con todos corriendo y gritando. De un salón sale una profesora convertida en dragón monstruoso de furia: ¡¿Quién fue el que gritó la grosería?! Nelson no vacila y me señala: Fue él, estudia en Segundo «A» y se llama...

¡Vente a comer!, mamá se desgañita desde la cocina y Nelson me ve, se encoge de hombros y comienza a tragarse el escenario aspirando por un pitillo de refrescos, se infla y explota: Es un hongo de humo que huye por la ventana: Jajá, jajá, jajá, jajá...

En estos casos, esa pregunta es inevitable. Sólo los recuerdos nos unen y sólo de ellos podemos hablar.

Es extraño cómo almacenamos porquerías y cómo las hacemos y rehacemos para no quedarnos callados frente a la cerveza. Para no confirmar nuestro desconocimiento y comenzar diciendo: Mi nombre es Chuchú, mucho gusto. Sé que alguna vez te conocí, que jugamos juntos, que estudié

*«Es extraño cómo
almacenamos
porquerías y cómo
las hacemos y
rehacemos para no
quedarnos callados
frente a la cerveza.»*

contigo y tuvimos una buena amistad, pero hoy no sé quién eres, qué piensas, qué anhelas. Resolver la ecuación es más difícil que echarnos el cuento de lo que creemos fuimos.

—Por ahora lo único que espero es no perder ninguna otra materia.

—Qué raras son las cosas. Tú siempre tan buen estudiante: Puro veinte.

—Eso es mentira. —Bebo lo último de cerveza que queda en la jarra—. Buen estudiante no fui. Los exámenes los aprobaba con los recuerdos de clase, nunca estudié, y veinte jamás: quince, catorce, apenas. En la universidad eso no resulta, y me jodí. Pide otra cerveza.

¿Qué intención tendría la Selección Natural, ese nuevo dios creado por los biólogos para explicar lo que no saben explicar, al permitir la permanencia de genes que codifiquen para el almacenamiento de recuerdos? ¿Qué ventaja adaptativa puede haber en recordarse niño del brazo de papá, una mañana soleada, en la calle Mariño, llena de gente que espera al Presidente para verlo comprar en la tienda de Estilita Torcat y dar por inaugurada la «Zona Franca», y sentir otra vez la pena y pasar la vergüenza de oírse preguntar: «Papá, si alguien le hace daño al Presidente, todos esos guardias, ¿le dispararían?» Y volver a escuchar la irónica respuesta de alguien a mis espaldas: «Nooo, le dan un medalla»; y ver otra vez a todo el mundo riéndose de mi ingenuidad? ¿En qué medida se beneficia la especie si cada vez que escucho un bolero, ella viene hacia mí y estoy nervioso diciendo disparates, metiéndome las manos en los bolsillos, queriendo decirle que me gusta, te quiero, te quiero, y sólo me sale hablarle del tiempo; y ella, coqueta, sonrío un «no seas pendejo, muchacho»? Quizá se seleccionó a favor ese mecanismo para poder reunirnos en un bar a decir huevonadas sin comprometer el presente que es realmente lo que nos duele.

—Quiero terminar de una vez, pero estoy consciente que lo más importante de los estudios, de haber estado en la escuela, en el liceo, en la universidad, son los amigos que se consiguen, como lo fuimos nosotros cuatro; Carlos, Ramiro, tú y yo: inseparables.

—Eso sí es cierto, jajá, jajá. ¿Te acuerdas de...?

«Las calles están casi desiertas; la gente se ha escondido en sus casas huyendo del calor. Papá se acobija en el silencio.»

Estos almuerzos familiares tan llenos de inexistencias: Cada uno concentrado en el plato, apurado por costumbre, como si algo importante esperara al terminar la sopa, después de las tajadas de plátano frito, como si la vida dependiera de terminar con la rueda de carite y, por lo tanto, no se abre la boca sino para tragar, para aligerar la comida con un sorbo de agua. La excepción es mamá, pero mejor que no, es un repiqueteo incansable de recriminaciones, dolores,

llanto, chismes, furia. Quizá sea esa la razón por la cual todos volamos sobre la comida: Hay que huir de ese canto de amargura: Ese muchacho se la pasa encerrado en ese cuarto y no habla con nadie, como si uno fuera una sirvienta, peor que una sirvienta, un animal de carga, una burra: Dame café, coño, coño, coño, todo el tiempo una grosería, ¿ah?, ¿tú crees eso posible?, con la buena madre que he sido yo, una mejor no la hubiera conseguido. Ese es el padre que les ha inculcado eso; todos son igualitos, ninguno me quiere, no me cuentan nada, con la falta que les hago. Ya van a ver cuando me muera cómo les voy a hacer falta... Un día de estos cojo mi camino y me voy, van a ver, van a ver; les va a doler la conciencia. Con lo sola que estoy yo, la única familia que tengo son ustedes y me tratan como a una perra...

Todos nos vamos parando en silencio, mirándonos con furia desbordada, mucho más rápido que como comimos vamos saliendo de la cocina, corriendo a escondernos a los territorios particulares: ¡Bendito sea mi cuarto!

A los pocos minutos papá toca a mi puerta: Vamos a tomar café; me invita.

Okey.

Me pongo una camiseta y los zapatos, abro la puerta.

Papá me está esperando abajo, frente a la reja, con los brazos en jarras, mirando las matas de coto-perí. Se voltea cuando empiezo a bajar, y sonrío.

Caminamos callados, uno al lado del otro, viendo hacia delante. Las calles están casi desiertas; la gente se ha escondido en sus casas huyendo del calor. Papá se acobia en el silencio: Realmente es la dulzura con cara de ogro, un mar de sensibilidad embalada en la adustez que cree es el deber de un padre; ese abismo artificial que quiere saltar y no se atreve, no vaya a ser que el respeto se pierda con el salto y no haya quien frene los posibles desmanes de mi juventud. Papá sufre y su único consuelo es el silencio.

Llegamos a la cafetería sin encontrar ningún conocido, mejor: detesto lo de ¡qué grande está el muchacho! ¿Cuándo llegó? ¿Te falta mucho? ¿Cuándo te gradúas? Papá compra el ticket y bromea con la cajera, ella sonríe: Ay, profesor, usted sí es.

El café está calientísimo, para beberlo hay que soplar y con todo y eso, la lengua se resiente. A duras penas terminamos. El sabor característico nos incita al placer más recurrente del cigarro. Fumamos en la puerta de la cafetería, viendo la calle fulminada por el blanco amarillento de la una de la tarde.

Cuando arrojamos el cabo de cigarro, emprendemos el regreso a la casa.

¡Juliana, vete acomodando para irnos, van a ser las dos! Juliana se levanta de la butaca donde estaba sentada viendo la telenovela, apaga el televisor y se va al cuarto, cuando pasa por mi lado le oigo decir: Coño, cuándo me moriré para no tener que trabajar; me mira y nos reímos. Juliana es un juego de disfraces: Un ahora me ves, ahora no me ves. Te la presentan: ¡Qué dulzura de mujer! La frecuentas: ¡Hay hombres con caderas! La conoces: ¡Qué de confusión, qué de miedos, qué de cariño se encierra en ese compartimiento de células, cromosomas, materia química! Juliana es siempre la sorpresa; parece no cambiar con el tiempo y sin embargo cambia y sigue siendo esa quietud frente a la telenovela: De verdad la vida es así: El azar contra uno; y ese desgano para ir a trabajar y el trabajo es su pasión: Su fantasma deambulará por la oficina, abriendo archivos, acomodando nóminas, regañando empleados. ¡Y qué quieres que haga, uno es como es!

«Llegamos a la cafetería sin encontrar ningún conocido, mejor: detesto lo de ¡qué grande está el muchacho! ¿Cuándo llegó? ¿Te falta mucho? ¿Cuándo te gradúas?»

Desde la hamaca siento el movimiento de la puerta —huick plan— y el grito de mamá: ¡Que Dios los acompañe y los favorezca! ¡Échenle llave a la reja!

La tarde llenando la casa con su fastidio de sol. Sí voy a ir. Un cigarro, otro, otro. ¡¿Qué más da?! Total, qué coño voy a hacer aquí. La hamaca meciéndose. Total, peor no me puede ir. Total...

Me levanto y voy a la biblioteca: No joda, nada me llama la atención. Doy vueltas por la casa: Muchacho, quédate en un sólo sitio; parece que tuvieras azogue. Me siento en la mecedora a revisar los discos de siempre, prendo y apago el picó: Bájale el volumen a eso que me voy a volver loca. Hago café: Ten cuidado no te vayas a quemar, cierra bien las hormillas. Voy a bañarme: Ahí está la toalla, seca el baño después. ¡Sácamelo!

Me encierro en el cuarto: Ojalá sean las siete rápido.

¡Buenas noches, señoras y señores! Desde el gimnasio cubierto Bachiller Edmundo Verde Rojas de La Asunción, la radio que no duerme ni deja dormir, la que no tiene miedo, transmitiendo el último juego de la gran final: ¡Guaiqueríes de Nueva Esparta, encampeón de la Liga Especial de Baloncesto, contra sus eternos rivales, Telefonistas del Caracas! Ya los jugadores están en la cancha calentando, y mientras llega el momento del pitazo que decretará el inicio de la contienda, unas palabras de nuestros patrocinadores. Condone La Gaviota que no dejan pasar una gota y si pasa rebota presenta su nuevo modelo Naturex de La Gaviota que no se siente y no se nota. Ha sonado el silbato del árbitro, señores. Cada jugador tiene sus siete piedras; el salto entre dos y Chuchú Fernández, la revelación del campeonato, rompe las acciones por Guaiqueríes. Doble Seis en la mesa: ¡Qué jugada, señores! Es que es un diablo en este deporte. El contrario observa sus fichas de Ron Santa Teresa que no se sube a la cabeza y al otro día no le pesa. Juega un seis blanco sospechoso mientras se deleita con un sorbo de cerveza. ¡Qué sabrosa es la cerveza que viene de neveras Siemprefría que

no congela pero sí enfría! En el círculo central se ha jugado el seis-tres, ¡mijo querido, el que le pega a su familia se arruina! ¿Qué le pareció esa jugada, compañero? Bueno, chico, tú sabes, eso puede ser por dos cosas, ¿tú ves? O el de los de la casa no tiene blancos, lo cual puede ser terrible para el éxito en la pelea, o el entrenador ha hecho recomendaciones de cacería, lo que ¡Señores, los Telefonistas se han acostado a tres, señores! ¡Peligro para los muchachos de la casa! ¡Pero, qué es esto, Dios bendito, Chuchú ha cuadrado a blancos! ¡Fin de mundo, señores! Eso hace pensar, paisa, que lo que acoté hace un momento con respecto a la estrategia a seguir se está llevando a cabo. ¡Eso es una jugada, Mamacita Linda, la tienda del momento, donde se le fía al sobrino y a la tía! ¡Queridos radioescuchas, Chuchú Fernández ha jugado dos veces seguidas!, ¡esto es monumental! ¡¿No vas a saberlo?! Sensacional, extraordinariamente extraordinario: ¡Los jodimos, compadre! ¡Que los Guaiquerías, mi hermano, son encampeón! ¡Esto va a ser una violación con condones La Gaviota, señores! ¡Chuchú va a trancar! ¡Échense al piso, corran, salgan a la calle, toquen corneta, tiren fuegos artificiales! ¡Sí! ¡Apúntenlo! ¡Qué tranca, señores! ¡Medio cupón! ¡El trofeo se queda en casa! ¡A celebrar con Santa Teresa! ¡Ganamos, Chuchú! ¡Alégrate, muchacho tonto!

—¡Coño, Nelson, tu hermano si habla estupideces!

«El cenicero está atiborrado de colillas. El piso sembrado de cenizas. El escritorio cubierto de tazas sucias, de papeles a medio escribir. Las uñas de las manos aserradas por tanto mordisco.»

La ansiedad es enemiga del avance del tiempo. Uno ve a las arañas ir cubriendo una pared, al coral ir poblando una bahía, al musgo adueñarse del piso, a las canas llenar una cabeza, a las arrugas ir dibujándose, profundizándose en un rostro, y siguen siendo las cinco de la tarde.

El cenicero está atiborrado de colillas. El piso sembrado de cenizas. El escritorio cubierto de tazas sucias, de papeles a medio escribir. Las uñas de las manos aserradas por tanto mordisco.

¡Ay, compadre, que buena vaina es mi vida!

El ventilador gira su cabeza espiando mis movimientos, barriendo alguna colilla que rueda hasta encontrar otra antes barrida.

Son la cinco y un minuto.

El radio va cantando un bolero, un vallenato, una guaracha. La hamaca se mece ajena a la música, siempre lenta, arrastrando hilos por las cenizas.

¡Coño, quién fuera aventurero!

Hay una hormiga en la pared. No, es un zancudo chupando cemento —los zancudos hembras son hematófagos, bruto—. Bueno, descansando.

Me empujo de la puerta del clóset con la mano. En la radio: Una malagueña.

Son las cinco y cinco.

Pudiera estar viajando, conociendo cosas interesantes, mujeres...

Las cuerdas de la hamaca suenan crac-crac.

El zancudo vuela, huyendo del ventilador, hacia la ventana, ¿en busca de mejor sangre? —Los zancudos machos se alimentan del néctar de las flores.

Un bocinazo se escucha en la calle.

Pero no, estoy aquí cual imbécil, esperando al maldito negro traidor como una novia pendeja.

Cinco y siete.

Me levanto. Agarro una de las tazas. Voy a la cocina. Caliento café.

¡No vayas a quemar la cafetera!

Sí, mamá.

No tomes tanto café, después no puedes dormir.

Ajá, mamá.

¿Tienes muchas tazas en el cuarto?

No, mamá.

Saca las que tienes.

Ajá.

Prendo un cigarro mientras se calienta el café. Las losas de la cocina están llenas de grasa, renegrida, gomosa.

¡Fumando! Ya te voy a ver con tu cáncer. ¿Cuánto fumas al día?

¡Un guacal!

Me sirvo el café. Tomo por sorbos pequeños, alternando con chupadas del cigarro. Miro por la ventana: El guayacán del patio de mi tía. *Cuando los Guayacanes Florecían* es una novela ¿peruana?, ¿ecuatoriana?, ¿boliviana? Cá... La misma vaina. Dejo la taza en el fregadero. Coño.

Prendo el televisor: Nada, pura mierda.

Vuelvo a la hamaca.

Otro cigarro.

Las mismas paredes.

El ventilador.

El radio.

Que sean las siete rápido.

Cinco y quince.

¡Qué verga! La ansiedad es enemiga del avance del tiempo.

Si vas a comenzar con la misma huevonada que ayer, me avisas; deja pensar, no joda. ¿Tú crees que esto es soplar y hacer botella? No, mi amigo. Esto no es enamorar carajitas en el liceo. Esto no es convencerlas y llevártelas para el cerro. Esto no es mamarles las tetas y cogértelas. Esto es cosa seria. Esto es bravo. Esto es cuestión de vida o muerte. Esto es pensar. Es echarle coco. Es beber sin perder la concentración. Hay que darle y darle con mística. No es cuestión de poner rock y pasear en moto. Es vaina de corbata y traje. Es como ir a misa: Adorar al blanco-blanco y odiar a la cochina. Es echar una tranca y no perderla. Es emborracharse a costa de la otra pareja. No, mijo querido, no es vaina de chamo, bróder, pana, fuca, nave, sexo; no, mariquita, no calínvoco, no trans, no parquito. Es vaina de mano, contramano, pie y culo. Es vaina de cochina, sincuero, cuaderno, tristeza, duquesa, unare. Es vaina de hacer soltar cabezas, quitar manos, matar dobles, ahorcarlos: Es sangre. Es jodío, es arrecho, es coñoemadrísimo. Es la vida, mijo querido; pero no la vidita esa que tú te das; no, mijo, es la vida de gente seria, de gente sin discoteca, sin burdel, sin chamas putas, sin chamos drogados, sin carro robado, sin tax free shop, sin condones en la cartera... Es la vida de gente libro en el bolsillo, oficina, carro, chofer, obrero, fábrica, jefe, empleado, chequera, tarjeta. Es la vida jode para que no te jodan. Es la vida misma narrada por el escritor que llega al corazón de las mujeres. La vida, mijo, la vida...

—¡Coño, Chuchú, cuando te emborrachas, eres una ladilla!

«¿Tú crees que esto es soplar y hacer botella? No, mi amigo. Esto no es enamorar carajitas en el liceo. Esto no es convencerlas y llevártelas para el cerro. Esto no es mamarles las tetas y cogértelas. Esto es cosa seria. Esto es bravo.»

Por fin las siete campanadas y los tres golpes en la puerta. Desde que sentí la reja me preparé para abrir. ¡Caramba, qué puntualidad! Ajá, tú sabes, los hombres de negocios. Si quieres pasar. No, mejor nos vamos ya, ¿no has comido, no? Claro que no, vale; ¡mamá, nos vamos! ¡Ten mucho cuidado, llega temprano, no bebas mucho, cierra la puerta! Ajá. ¡Que Dios y la Virgen te acompañen! No, hombre, ¡yo voy con Nelson!

Vamos bajando las escaleras.

No sabía que te habías mudado; llegué ahí a la esquina y tremenda sorpresa.

Tenías tiempo sin pasar por aquí, entonces.

Ajá.

«A ti Caracas te echó a perder. Antes te la pasabas aquí metido, comiendo almendrones, leyendo en el patio, bajo la mata de guayacán, y ahora nos tratas como gallina que mira sal; ten cuidado y no te vaya a dar por cagar más arriba del culo.»

Hace como cinco años nos mudamos. Negocios de mamá. Se dio cuenta que era mejor construir el apartamento y alquilar la casa para una tienda, como todo el mundo.

Ajá, quien me dijo fue la señora de enfrente, todavía se acuerda de mí: «No, si ellos viven al doblar la esquina, arriba, y bueno...»

—¡Adiós, mijo querido! ¡Por fin te encuentro! Tu mamá me dijo que y que habías llegado el otro día, pero tú como si ya no nos quieres; nunca pasas por aquí, ni para saludar, pues. A ti Caracas te echó a perder. Antes te la pasabas aquí metido, comiendo almendrones, leyendo en el patio, bajo la mata de

guayacán, y ahora nos tratas como gallina que mira sal; ten cuidado y no te vaya a dar por cagar más arriba del culo.

—No, tía, no diga eso; es que, usted sabe, uno viene con ganas de dormir y nada más.

—Sí, ¡cómo no! ¿Quién te va a creer eso? Con un rato que pases por aquí dejas contento a todo el mundo y, además, querer es poder, no me vengas con vainas que yo te conozco. ¡Coño, uno vive al lado y como si viviera en África! ¡¿Ah?! ¡Eche pa' lante y no nos olvides! Pasa por aquí, ¡no joda! ¿Qué? ¿Vas a pasear? ¿Viste? Cuando uno quiere hace y deshace. Adiós, que el Señor te bendiga y se diviertan. Eso sí, con mucho cuidado, que la cosa no está para inventos. Y, mijo, ya sabes: ¡Te esperamos!

Cruzamos la calle.

Y qué, ¿damos una vuelta por el bulevar?

Bueno, si quieres, me da igual; si no vamos de una vez a comer.

Sí, mejor.

Tú dirás dónde. Yo, tú sabes, soy turista.

Jajá. Ven. Vamos al «Punto Criollo».

Buen nombre para un restaurante. Es más, para varios restaurantes: «El Punto» y «El Criollo», ¿ah?

Sí, jajá.

Casi no hay gente en las calles y seguimos en silencio hasta la puerta de cristal iluminada con neón.

Aquí es.

Bueno, chao, ésta es tu casa, no te pierdas. Vuelve cuando quieras. En las próximas vacaciones te vienes derechito para acá. La pasamos muy bien en tu compañía. Eres un encanto. Un amor. ¿Un besito en el cachete? ¡Mua! En esto días te he agarrado cariño. La niña también. Todos. Ya sabes, Chuchú, te espero pronto. ¿Unos pastelitos para llevar? Todos los que tú quieras. ¿Un besito a la muchachita? ¡Claro! ¡Mua! ¿Una cervecita para el camino? ¡Nelson, regálale también unos cigarros!

Ajá. Qué molestia, no es ninguna molestia; esta casa es tuya, ¡hasta yo, si quieres! ¡Claro! ¿Otro besito? ¡Mua! Chao, pues. Vete por la sombrita. ¡Cuña' o, acompáñalo, no le vaya a pasar algo! Adiós, pues. ¡Mua!

—¡Coño, menos mal que se fue! ¡A ese carajo no me lo traes más nunca! ¿Oíste, Nelson? ¡Más nunca!

Faltan cuatro días, cincuenta cafés, sesenta horas de sueño, ciento sesenta cigarros, un millón de groserías, infinitas mecidas en la hamaca para que me vaya: Cuatro siglos de horas inútiles, de pensamientos pusilánimes, de silencios torturantes y conversaciones criminales.

No me queda más remedio: Aceptaré la nueva invitación de Nelson: Pasaré el resto de las noches jugando dominó, guarecido tras las fichas cómplices, en el eructo de las cervezas, en las risas fáciles, sin ningún otro pensamiento que el de quién tiene tal ficha, por qué no jugó ésta, cuántos puntos se han jugado.

Trataré de regresar lo más borracho posible, para no recordar cuándo, cuánto, cómo; para dormir de un solo golpe, sin dar vueltas en busca del sueño, para sentir únicamente al mundo perdiéndose en un vaho difuso de foto vieja, tan sólo agujetas ligeras en los ojos, párpados que se van cerrando sin saber, el sonido de la noche cuando cae en esta sed pastosa, el movimiento de las vísceras al hablar de aventuras, los ruidos de las paredes cuando avanzan sobre mí, girando para arrullarme; rápido, hasta mañana, para que sólo falten tres, dos, un siglo de tanta mierda...

«Faltan cuatro días, cincuenta cafés, sesenta horas de sueño, ciento sesenta cigarros, un millón de groserías, infinitas mecidas en la hamaca para que me vaya: Cuatro siglos de horas inútiles, de pensamientos pusilánimes, de silencios torturantes y conversaciones criminales.»

Menos mal la noche refresca y Nelson no se empeñó en acompañarme: Siento al sereno golpearme la cara, acariciarme el cabello; puedo fumar con una mano en el bolsillo, midiendo los pasos sobre la acera. Algún carro pasa y la luz de los faros le da una atmósfera onírica a la calle.

—Creo que sería bueno pedir la cuenta.

—Sí, yo también, es tarde, mañana hay que trabajar.

—Bueno, si tú lo dices.

—Ah, claro, como tú no tienes líos, crees que uno tampoco.

—¡No seas verga, chico! Llama al camarero y más un coño.

—¡Señor! Por favor —mueve la mano derecha como si escribiera.

—Entonces nos estamos viendo, ¿no?

—Claro, chico. Es más, vente mañana por la casa para una partidita de dominó

—Ya veremos, yo te aviso mejor mañana temprano, quizá no me provoque, como tal vez sí, para no embarcarte.

—No vale, déjate de pendejadas, a mi señora le gustaría verte por allá.

—Qué, ¿no le basta contigo?

—Déjate de esas vainas, con eso no se juega.

—Y quién está jugando, es en serio

—¡Ah vaina!

La calle Igualdad. La iglesia con sus jardines que, por la ahora, generan espectros que acechan a los noctámbulos: Se aceleran las pulsaciones del corazón, se mira con cautela, se camina más rápido simulando serenidad. La plaza Bolívar con los pasillos reconstruidos en mármol y los faroles renovados. El cine Arestinga con las puertas cerradas, todo en penumbra: Hoy: EL SANTO, EL ENMASCARADO DE PLATA, VS. LA VIUDA NEGRA. La calle Velásquez. La Arismendi. ¡¿Llegaste?!, mamá desde el balcón. Ajá. ¡Cierra la reja con llave y apaga la luz!

El camarero se aproxima con la factura en un pequeño plato de losa, lo deja sobre la mesa.

—¡Coño! —digo al leer, mientras llevo la mano hacia la cartera.

—No, chamo, deja, tú sabes, estudiante es estudiante —mil dientes y los ojos achicados.

—Está bien, está bien, señor millonario, sírvase usted.

—¡Ah, verga! —Nelson paga y deja propina—. Así está bien, vamos.

—Olray. Entonces te aviso mañana. Paso por tu negocio si es que voy, si no, ni le pares.

—Okey.

La noche está tras el cristal, sólo hay que penetrarla.

Mañana me voy. La maleta está hecha: Ropa limpia, cartones de cigarros, una botella de whisky, material suficiente como para soportar largo tiempo en el otro lado de la muerte: La otra monotonía, la de los autobuses atiborrados, la de los libros tediosos: Xilema, floema, hibernación, catabolito, detritus; la de más ceniceros atestados de colillas y noches de ojos irritados, de conversaciones intrascendentes con eminencias de la intrascendencia; la de las llamadas telefónicas: Estoy bien, por allá cómo están.

Mañana me voy. Después que me despierte, cuando mamá grite: ¡Levántate, que te va a dejar el avión!; después de bañarme con el agua fría de la ducha, de demorarme enjabonándome para mortificar a mamá: ¡Apúrate, que tu papá te está esperando!; después de vestirme con la ropa que he apartado para el viaje; después de tomarme el café con leche y agarrar el equipaje; después de hacer el viaje de regreso al aeropuerto; después de mentir en la aduana asegurando que no llevo nada del «Puerto Libre» y después de chequear el pasaje, pero antes de montarme en el avión: Escupiré en el piso como quien, habiendo fumado un mal tabaco, trata de apartar de sí hasta el último recuerdo de amargor; como quien, cansado de tanta injuria, trata de injuriar y no tiene cómo.

Mañana me voy. No tengo sueño.

© Arnoldo Rosas

Arnoldo Rosas (Porlamar, Venezuela, 1960). Perteneció al Taller de Narrativa del Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos" (1981-1982). Ha publicado los libros de relatos *Para entrar al puerto*, *Olvidate del tango*, *La muerte no mata a nadie* y *Sembré los muertos*; la novela corta *Igual*, y las novelas *Nombre de mujer*, *Uno se acostumbra* y *Massaua*. Textos suyos están presentes en importantes antologías de narrativa venezolana y varios de ellos han sido premiados en concursos de relevancia.

AYER CRUCÉ LA FRONTERA

por Hugo Giovanetti Viola

Para Olver De León de un hermano Regusci

Cuenta la leyenda que desde mediados de los años 70 un tordillo-sabino con los ojos humanos se aparece en el Cabo Polonio la noche más hermosa de marzo, siempre que no haya luna. El caballo asperjado de transparencias rubias baja por las arenas de la Punta del Diablo y galopa ceñido a la gran fluorescencia curvada del océano. Nadie sabe lo que hace en el cabo. Al llegar la madrugada vuelve a Valizas, y las estrellas se van apagando y cayendo en su lomo como semen dorado.

La casa del doctor de la factoría lobera había sido edificada en un alto rocoso, y se recortaba solitaria sobre el resplandor cobalto. Era una noche de mediados de marzo, época en que el doctor y su mujer viajaban a Montevideo —con los hijos que cursaban primaria— para volver en Turismo a terminar las vacaciones. El resto de la familia permanecía en el cabo. La hija mayor era una muchacha pelirroja de veinte años recién cumplidos, que aquella noche estaba fumando con la ventana abierta y el cuerpo semicubierto por una sábana. Un hondo azul plateado (reverdecido por los ramalazos del faro) le dibujaba el perfil como si hubiera luna. El viento no la despeinaba, pero su resonar trezado con el aullido de los lobos (que llegaba de a ráfagas caracoleantes) parecía trastornar el alzamiento de sus pechos desnudos.

—Escuchá. Escuchá los lobos —murmuró la muchacha, levantando la cabeza hacia la cucheta de arriba—. ¿Nunca los viste hacer el amor?

Una penetración del faro hizo agrandar doradamente unos ojos muy redondos, en la cucheta de arriba. La bruma cósmica que derramaba por la ventana no alcanzaba a clarificar el perfil de la otra sombra, y el relampaguear del faro apenas refractaba en sus ojos sin rostro.

«La casa del doctor de la factoría lobera había sido edificada en un alto rocoso, y se recortaba solitaria sobre el resplandor cobalto.»

—Hacer el amor —repitió la muchacha—. Mirá cómo te lo digo. Como la más esnob de las pitucas que caen por el Polonio. Bah: como todo el mundo, cuando llega el momento. Quisiera ver cuánta gente habla de esa manera adentro de una cama. Menos mal que los lobos y los perros que ves abotonados por la calle no lo dicen: lo hacen.

Los ojos de venado de la pelirroja se aterciopelaron. Cada respiración del cigarrillo la envolvía en dos tonalidades sucesivas: el naranja y el celeste pastel.

—Ojalá lo pudieran ver todos los muchachos. Verlo cuando es *de verdad* —jadeó la pelirroja—. Me gustaría que oyeras, nada más. Rezaría para que pudieras oír la palabra *cojer* dicha por Rómulo. *Cojer* y tantas otras. Dios: no te imaginás.

Los ojos de la cucheta de arriba se hincharon. Durante mucho rato, el humo de los cigarrillos fue tragado en silencio por la noche. El cobalto plateado era tanto más hondo que los caracoleos de la sudestada y el oleaje y los lobos, que solamente parecía resonar el manar de las constelaciones. De golpe se oyó un caballo: su galope retumbó claramente desde el lado del faro. El paso se hizo cauto, y en cuestión de segundos su sombra encapuchó a la muchacha pelirroja.

—Baloma —llamó el jinete, con suavidad cortante.

La pelirroja pegó un salto en la cama. El caballo estrellero volvió a dar paso a las estrellas, y la muchacha se arrancó la sábana y tiró el cigarrillo y corrió hasta la ventana. Dos pezones de llanto bri-

llaron cayéndole hasta los pezones.

—Rómulo —dijo—. Dios.

Ahora la encapuchó la sombra del jinete. Era un muchacho flaco y alto, de bigote a la antigua y orejas prominentes. El rostro le chorreaba. Un ramalazo del faro lo hizo encogerse y achicar de un sacudón las riendas del caballo.

—¿Tus viejos ya se fueron para Montevideo? —murmuró.

—Sí. Hace como dos semanas. Entrá.

—¿Estás sola?

—No. Con la perra.

El jinete ató el caballo, saltó por la ventana y se estaqueó sonriendo frente a la desnudez de la pelirroja. Ella le pegó un manotazo a la sábana, se envolvió y lo abrazó.

—Estás loco —le preguntó llorando—. ¿Por qué viniste? ¿Cómo hiciste? Estás sudando una barbaridad.

*«Ahora la encapuchó
la sombra del jinete.
Era un muchacho flaco
y alto, de bigote a la
antigua y orejas
prominentes. El rostro
le chorreaba.»*

La muchacha cerró la ventana y la claridad disminuyó, a pesar de que no había cortinas.

—¿En dónde está la perra? —preguntó Rómulo, derrumbado en la cama.

—En la cucheta de arriba. Duerme como una bestia. Es cachorra. Esta noche mismo le estaba diciendo que me encantaría que nos escuchara hacer el amor. Hablo mucho con ella.

—Entonces despertala. Porque vamos a hacer a Baloma. Ahora mismo. ¿No escuchaste la contraseña? Vine de Buenos Aires para eso.

—¿Y tenías todos los detalles calculados o fue suerte, nomás? ¿Quién te trajo?

—Un amigo que venía para Valizas. Esta madrugada nos vamos para Rocha. Y después vamos a Punta del Este y a Piriápolis. Negocios inmobiliarios. Me disfrazo de burgués y todo: tendrías que verme.

—¿Cómo cruzaste la frontera?

—En la valija de un Chevette. Y después me crucé todito el río Uruguay en la barriga del ferry, colorada. Como Jonás.

—Sos loco.

—No. Soy un Regusci. Y no hay fascismo ni exilio en el mundo que me prohíba cojer son mi Señora. Señora con mayúscula, quise decir.

—¿Y por qué no me mandaste a buscar de una vez? Hace dos meses y veinticuatro días que te estoy esperando. ¿Por qué todo este relajo? No entiendo.

—Está muy bravo allá. Está desapareciendo gente. ¿Podemos dejar ese tema para después?

UN PAR de horas después se recortó la cabeza del todillo-sabino sobre el cobalto ya pálido. El animal observó a los amantes con una fluorescencia insondable.

—Pero me caiga muerto —gritó Rómulo—. ¿No te puede dejar vivir en paz un caballo, tampoco?

—Tranquilo —dijo la muchacha—. Es que tenés que irte. Y Sabino es tu caballo. Cuando nos conocimos en Valizas, me enamoré primero de él que de vos.

—Mierda, *tenés que irte*. Me voy cuando yo quiero.

El tordillo no sacaba la cabeza del comienzo del alba.

—Ojalá te rompieras la pata —gritó Rómulo—. Ojalá te murieras, bicho hijo de mil putas.

El caballo callaba. En la cucheta de arriba, la mirada dorada se ensanchó opacamente.

—Perdón —dijo el muchacho—. Lo que pasa es que todo esto te va matando, colorada. Te mata. De verdad.

La muchacha desnudó una sonrisa de dientes.

—Rápido —dijo—. Andate. Y pase lo que pase en Buenos Aires, si no me mandás buscar en dos semanas voy y me pongo a caminar por la calle hasta que te encuentre. ¿Entendiste bien?

—Sí, Señora. ¿Le parece que pusimos el huevo de Baloma?

—Sí. Hasta le veo el color. Es celeste. Es un huevo celeste.

Rómulo se vistió y ella lo empujó hasta la ventana, abrazándolo por la espalda. Dejó que el muchacho abriera y saltó con él, aunque se quedó sentada en el marco. La sábana que la envolvía tremoló bruscamente.

—Mandale un beso de mi parte a la cachorra —se oyó gritar al jinete un segundo antes de provocar un galope más hondo que la sudestada y el oleaje y el gemir de los lobos—. Y decile que es eterno. Que lo que oyó es eterno.

La muchacha terminó de levantar su brazo y saltó hacia la penumbra del dormitorio. Prendió un cigarrillo sin levantar los ojos, y después los clavó en la cucheta de arriba.

—¿Escuchaste? —preguntó.

—Claro —dijo una chiquilina que no podía tener más de catorce años.

© Hugo Giovanetti Viola

Hugo Giovanetti Viola (Uruguay, 1948) es autor de las novelas *Morir con Aparicio* (1985), *Creer o reventar* (1991), *Jesús de Punta del Este* (1995), *Las moradas de Manuel Miguel / reinención de la vida de Manuel Espínola Gómez* (1997), *La Negra Jefa* (2005), *El evangelio según el traidor* (2007), *La última curda de Juan Carlos Onetti / Investigaciones criminales en Santa María* y *Yo el Protector / Memorial personal de Pepe Artigas* (2001). *Puro verso* (1999), reúne 5 poemarios y 48 textos para ser cantados. Ha publicado recientemente *130 bisontes brillando en la pared de la caverna / relatos y novelas cortas completas / 1975-2013*, del que forma parte el relato que publica Narrativas. Desde 2006 co-dirige con el cineasta Álvaro MoureClouzet.

TARDE EN PUERTO ROJO

por Cecilia Romero

I

Tengo la vida hecha un collage, uno que tiene la forma de un mal sueño. Puerto Rojo, este calor y el mar me han enfermado para siempre; me han viciado. Cargo esta cara de indolente, como quien se las sabe todas. Cara de un buen imbécil, como la del toro antes de la arena.

Estoy dormitando en un cuarto a oscuras, el sol brilla en lo alto. Lo primero que compré al llegar a la costa fueron unas cortinas negras. En mi cuarto, en un condominio para jubilados, la ropa se desordena en los rincones. Tengo un espejo empañado, un cuadro de Bitter Campari colgado en la pared. Suena la radio y las palabras de locutor llegan como en lejanos ecos. Palabras que cuelgan como ropa seca en un tendedero. Palabras que se ventean, se mueven; se caen al piso.

El calor no cesa, el sol es una espina al rojo vivo hundiendo su punta más filuda en el cuerpo, las gaviotas pasan rasantes. Estoy esperando la noche, pero sé que llegará después de muchas horas. Xuami se fue por la mañana, sudando hiel imagino. Anoche no pude rendir, estaba con un iceberg entre las piernas, dimos tres vueltas en un mar de sábanas y no pasaba nada, me quedé dormido del cansancio y ella se fue por un tiempo, creo que a nadar al mar. La sentí luego, cuando se acostó a mi lado, mojada y con sal en el cuerpo. Luego de pesar bien el silencio de la noche, prendió un cigarrillo y dijo que estaba bien harta y sobre todo de mí. La miré en silencio perdido en sus manos pequeñas, en esa cara de éxtasis, su ombligo negro, traté de abrazarla pero no quise.

—Eres mala hierba pero sólo conmigo —dijo.

—No, no solo contigo.

—No te quiero.

Entonces se fue. Yo me quedé pensando en el sol negro de su ombligo, ese que conocí en las playas, donde andan los hijos de los pescadores tomando pisco barato. Ella con su bikini rosado, su cintura grande, las piernas fuertes y el pelo corto muy rubio, teñido en peluquerías baratas. Xuami, con esa cara de éxtasis, con la sonrisa de maíz y unos ojos profundamente brillantes, como la espuma de mar que se estrella en los riscos sucios de algas.

No puedo negar que esa salvaje inocencia me producía a ratos hastío. Romper lo bello por sólo el gusto de hacerlo. Pero ella no entendería si quisiera explicarle que no puedo ni quiero ser lo que espera.

Xuami viene cuando quiere, a la hora que gusta, a veces temprano, otras muy tarde, cocina mariscos y los trae en viandas, me regala collares de conchitas. En el cuerpo tengo siete, parecen sonajeras que me anuncian antes de que decida asomar la nariz, ella también lleva algunos y por eso la gente sabe que andamos juntos. También deja impregnadas las sábanas de la cama con su perfume pachulí, no me gusta ese olor, es fuerte y me recuerda algo pero no sé bien qué es.

Algunas veces trata de ordenar mi ropa o mis revistas y ahí se arman grandes discusiones. Es su forma de entrar en mi intimidad, el pretexto es ordenar el caos, le han enseñado que la pobreza puede ser digna si todo brilla bajo la apariencia del orden.

—Vives como un topo en este cuarto horrible —dice—. Te odio, te odio, te odio —masculla, pero luego me mira y algo se quiebra dentro de su férrea voluntad de mandarme al diablo, luego se ablanda y se abre como un libro.

II

La noche llega. Pienso ir a Mai 68, los demás deben estar ahí, enquistados, esperando el plato fuerte del día. Me gusta el trayecto a ese antro, las calles se vuelven más estrechas y malolientes, la gente deambula sin horas ni prisas. Yo soy parte de esto. En algunos escasos momentos, siento que este es mi lugar bajo el sol.

Este verano apesta, dice Ospel al verme, salta un barandal y dice que cerca de ahí hay una fiesta. Nos movemos, el calor está picando. Maldito lugar aquí no llueve nunca, comenta. Prendo un cigarro y cierro los ojos, camino así un buen trecho hasta que me golpeo con un poste y caigo a las baldosas frías, la colilla me quema una ceja. Ospel se ríe indiferente, me ayuda a levantarme y seguimos por la ruta. La música llega desde un lugar que casi roza la costa. Hay focos de colores y en un tablón unos tipos onda reggae desafinan a Bob Marley. Ahí están algunos surfistas con sus tablas, mujeres y algunos perros somnolientos que descansan debajo de las mesas. Un olor a sudor y a perfume se difumina en un aire que recorta una luna que se mueve resoplando de hastío.

A lo lejos se divisa el faro erecto, cíclope de ladrillo rojo. El mar esta negro y salivando. Las amigas de Xuami me observan desde alguna distancia, puedo leerles los labios, y lo que esas boquitas de colores deletrean no me halaga.

Me siento en una banqueta mientras Ospel se va al bar a traer cerveza. No tengo más cigarrillos, un porro mal hecho sí. Lo prendo y aspiro el humo, lo aspiro hacia adentro, hasta el fondo de mi hueco.

Marley maldice. El mar se acerca amenazador, giran lentamente las luces como mariposas con agujones. Qué bueno, pienso, estoy mas chino que nunca.

De pronto escucho que dicen Oye, oye tú. La voz viene de un estibador con cara de boxeador. Antes de poder siquiera pensar siento un puño en las costillas. Me patean y caigo al suelo, trago un buen sorbo de sangre, el sabor a metal me lleva a otro lugar. La música taladra algún hemisferio de mi cerebro amarillo, me levanto, tratando de no reír y tomo una botella del suelo y la lanzo, esta va dando giros en el aire hasta estallar en la frente de alguien. Ospel grita:

—Huevón, ¿con qué casada te metiste ahora?

*«Me siento en una
banqueta mientras
Ospel se va al bar a
traer cerveza. No
tengo más cigarrillos,
un porro mal hecho sí.»*

III

Hoy el mar está como una esquirra, un padrastró en la carne. La sal se regodea en mis heridas. Estoy en una euforia que me arremete con la intensidad de las olas, son las primeras horas de la mañana, los colores del cielo están limpios como si la noche de ayer no hubiera dejado ninguna huella, los pescadores salen en sus caracolas viejas. Pasan por mi lado y me gritan «hey vago, muévete», saco el dedo y los insulto, nos reímos. Pienso en esos lugares donde se comen mariscos frescos con una garrafa de vino barato. Las melcocheras que despanzurran a los ostiones y calamares, los niños y sus perros, algunos turistas que se pierden en las callejuelas buscando artesanías.

Ahí en una tienda la mamá de Ospel y sobre todo la hermana de Ospel, Lucía. Lucía la fría. La que me mira con cara congelada y cierto reproche. Lucía vestida de blanco, con un rosario de plata en el cuello que dibuja la carita angelical de alguna virgen local. Ella con el cabello recién lavado, con su olor a Heno de Pravia que corta el aire cuando pasa por mi lado y ni siquiera contesta si me atrevo a decirle algo. No es azar carroñero si voy por esas playas a verla cuando sale un rato a tomar el aire de una mañana recién estrenada. Lo sé yo, ella lo sabe. Pero finge y finge bien. No me ve cuando salgo del agua, ni cuando entorno los ojos y la miro con insistencia canina, intuyo que mis ojos tienen algo, la gente no puede sostenerme la mirada mucho tiempo. Sé que tengo un diablo pardo que fuma un habano gigante justo en los ojos, eso lo sé y me aprovecho cuando puedo.

A la casa de Ospel no tengo entrada, sólo queda esperar con la paciencia de un caracol y saber que tarde o temprano la manija dará la vuelta de la fortuna. He pensado que soy un maricón. Ante Lucía quedo siempre como un tarado, si ella está cuando estamos todos y digo algo se ríe ácida, mira a otro lado como buscando algo y se marcha dejando en el doloroso aire su olor a heno de pravia.

Ospel se burla, se mofa de mi fantasma con nombre. Entonces, me digo es cuestión de tiempo y suerte. No he podido verla a solas, siempre tiene alrededor otro rosario de gente al estilo gorilas que no me dejan ni siquiera acercarme. Ospel guarda una prudente distancia pero sabe lo que quiero.

Mientras, en los espacios de su ausencia, me como los días, los mastico, luego los escupo al aire, también voy al banco del pueblo a buscar mi cheque, uno que llega cada fin de mes. Miro el dinero, lo huelo; lo pienso. Todos trabajan aquí, menos yo, soy la sanguijuela del lugar, tengo el rótulo nada honroso del vago. Así me dicen vago esto, vago ven, vago fuera.

En este caminar por la ciudad, voy a mi lugar preferido, el taller de don Alberto. Él es un buen amigo, parecido a un viejo pascuero pero pasado dos años en lluvia, bueno para los chistes colorados. Cuando estoy de buen humor lo ayudo a pintar los marcos de sus cuadros. Es bueno ver cómo dibuja el mar y los barcos pesqueros hundidos en los fondos azules cuando la tarde muere. Tomamos el último sol del ocaso, fumamos y lo escucho cuando cuenta la historia de las salitreras, son las mismas historias pero me calman, tienen el poder de un miserere al borde la cuna. Sus abuelos vieron morir las salitreras, también un bosque para alimentar los fogones, entiendo que la derrota de todos lo marcó, el fue producto de un error desesperado por encontrar razones para no morir de hastío y su familia se fue a las playas que no aparecen en las postales turísticas a pasar lo último de un tiempo en el desierto.

Tiene libros ordenados en cajones y en estantes; libros en el baño y en la cocina. Cuando puedo leo algunas cosas. Él me regala algunos, son libros viejos de escolar, novelas obligatorias y por tanto detestables, pero en algunos lugares hay otros libros que podrían fácilmente seducirme con su verborrea, pero no, estoy demasiado aburrido como para abrazar la adicción por esos compendios de hojas e historias.

«Don Alberto dice que le recuerdo a él cuando era chico. Me dice hijo, saca sus botellas de vino y las toma conmigo, pienso que es un honor algo así.»

Don Alberto dice que le recuerdo a él cuando era chico. Me dice hijo, saca sus botellas de vino y las toma conmigo, pienso que es un honor algo así. Cree que soy huérfano, se equivoca. Aunque si hubiera podido escoger padre se parecería a él. Viejo panzón duro como la tierra que pisan sus zapatos. Hay algo en él que me recuerda a mi lejana casa al otro lado del mar.

—Un día de estos me tienes que contar de dónde eres y qué andas haciendo con gente como nosotros, porque se ve que tú no eres raza de mar, te andas cogiendo a todas las hijas de los pescadores y no piensas ni siquiera en quedarte, cuidado, mi hijito, que te quedés tanto que luego no te puedas ir y acabes como uno de nosotros —me dice.

—No, don Alberto, yo me quedo poco, en cuanto sienta que esto es una camisa de fuerza salgo disparado.

—Hay unos libros que hablan sobre el canto de sirena, este es un lugar así, pareciera que no pasa nada pero pasa todo, no pongas cara de aburrido, solo basta que sepas a dónde mirar.

—Sí me gustaría mirar esta noche las piernas de las chicas de «la garza».

—Te pareces a ese cabro el Jeames Dean.

—No sé quién es ese.

—Ah ese era un rebelde y terminó muerto en un accidente, claro que morir no es la gran cosa tampoco.

Nos conocimos en la playa. Perdidos en alcoholes establecimos una primera buena charla de esas que tienden puentes.

Tiene una hija, es algo vieja, raya los treinta y algo, la veo a veces. Fuma tanto que hay una nube gris siempre en su cabeza y no se rasura las axilas, aun así tiene algo que me gusta. Cuando no está ocupada haciendo la comida me habla, me pregunta sobre mujeres, y dice que si tuviera diez años menos ya me hubiera pasado por las armas, entiendo que mi edad le molesta y la agita un poco.

Una vez nos fuimos a nadar, estábamos borrachos, su risa estallaba en las rocas y mis dedos en sus piernas. Ella dice que esa vez no cuenta porque no se acuerda. A veces, la sorprendo en la cocina y trato de acercarme pero me empuja y se ríe, entonces siento su aliento a sal, el olor de sus brazos gruesos que me apartan con rudeza. Soy más alto que ella pero no más fuerte. No queda de otra, me resigno con rabia y soporto los manotazos y sus palabras lejanas. Dice que nunca se va a casar y que jamás será madre, que la sola idea le produce ganas de vomitar, eso debe ser porque lee a Sade. Me quedo en silencio pensando en su historia, una que apenas imagino.

Aconseja que olvide a Lucía, que ella no sabe que existo. Dice que ella nos mira a todos como si fuéramos invisibles o fantasmas penitentes. No entiendo bien, no sé si la conoce y porque disfruta diciendo esas palabrejas molestas que zumban en los oídos como los abejorros que visitan las flores de sus macetas.

Para que ella se fije en ti, primero tienes ir a la escuela o por lo menos dejar de andar con esa ropa horrible y con los estibadores que nada bueno traen, eso dice, mientras despelleja gallinas y pollos. Es así, el olor de la cazuela nos deja en un éxtasis raro, entonces pienso más en alguna estrategia para que se deje subir ese faldón rojo que baila con ella cuando camina, sé que nada dará resultado, ella no quiere nada conmigo, porque según dice, a lo mejor en una de esas se enamora y todo se pudre. Mas la idea de esa tarde en el mar me produce un vértigo espantoso. Si el recuerdo viene en la calle me mareo. Si el recuerdo aparece cuando estoy con Xuami hago como un collage y los cuerpos se juntan, también Lucía se cuele en alguna curva o esquina rota.

Eres un pendejo, dice, un pendejo, olvida esas cosas sucias que estás pensando y fuera de mi cocina y así me espanta junto a las gallinas que todavía no van a morir.

IV

La gente anda inquieta. La policía de la capital ha llegado y andan preguntando cosas a la gente. A Lucía y a las demás chicas del pueblo las han encerrado bajo llave. Los estibadores andan armados. Hay una especie de náusea en el aire, un aire que tiene el olor de ocho chicas muertas, una sobre otra, apiladas en uno de esos hoyos profundos en las olvidadas salitreras, esos huecos infinitos donde se botaban desperdicios en la época de la fiebre salina.

Una ha sobrevivido pero se niega a hablar, sólo dice que el hombre era amable y que la invitó a dar una vuelta por el desierto y que jamás va a decir quién es. Los investigadores enloquecen pero Xuami se niega a decir palabra. Dicen que está en estado de shock. No me dejaron verla, es más, algunos sospechan que fui yo. Un investigador gordo y con cara de animal me hizo algunas preguntas, quedé descartado porque en esos días había estado en el taller de don Alberto, drogándome en el baño, tomando cazuelas e intentando algo con su hija, que como siempre me dedicó algunas horas angustiosas.

Ospel me buscó temprano en la madrugada para contarme. Salimos corriendo al hospital y yo pensando que esa sonrisa de maíz no estaría más, que ya se habría terminado de borrar en ese oscuro hoyo del desierto. Rondamos el hospital pero la policía no dejó que nadie entre sin estar enfermo o con un permiso. Ospel y yo tratamos de saltar las cercas de la morgue pero nos descubrieron. Dicen que se la van a llevar a la capital porque está gravemente herida y que además tienen que reconstruir algunas partes del cuerpo. Tuvimos que irnos y ni el calor de pudo hacer que el frío pasara.

Pienso y pienso en esa cara de éxtasis que se ha perdido para siempre, inevitablemente su cara ahora debe ser otra. Así las horas se han ido, han corrido por el cielo de la costa y es bien de noche, creo que pasadas las tres de la mañana. Estoy cansado, creo que mañana podré entrar al cuarto de Xuami. Tengo ganas de tomar un fernet o quizá un pisco doble y sacar estas imágenes que se pasan como fantasmas frente a los ojos, debo sacar tarjeta roja y que abandonen este hemisferio. Camino por la arena, arriba están las estrellas brillando enfermas. La niebla nocturna recorta los faroles amarillos y algunos perros pelean en la lejanía, puedo oírlos. En una loma se divisa la figura de una mujer que fuma, la luz roja de la colilla le dibuja la cara a ratos. Miro bien. Es ella. Lucía. Mi pulso salta al ritmo de las olas contra los riscos. Me acerco. Ella finge no verme. Maldito hábito el suyo.

—Oye, Lucía.

—¿Qué te pasa? Ya te oí —dice mientras su cara fosforece entre el humo—. ¿Tú eres Juanse, no? ¿El vago de las playas, no?... el que salía con Xuami.

No respondo, pero esa cara de éxtasis aparece en el horizonte negro y hasta podría jurar que me guiña un ojo. Lucía se queda en silencio cerrado como la noche. Prende otro cigarrillo. La luna dispara desde lo alto una luz blancuzca que le desgarrar la piel. Me ofrece un cigarro, acepto y me siento a su lado. Bajo la cabeza y dejo que el vacío nos atrape. Su silencio me violenta pero como sé algo de esos juegos voy a fingir que nada me conmueve. Siento el ritmo de su respiración, el movimiento imperceptible que hacen sus senos al moverse bajo su blusa blanca de lino. Volteo a mirarla y veo unos ojos como lunas negras que también salen al encuentro. No hay mucha distancia a su boca, una que parece de cabaretera, una que sobresale porque la cara parece la de una niña, y sin embargo, esos labios son la metáfora de algo más.

Mis manos toman por asalto su pelo.

—No conmigo, vago —dice con una cara inescrutable.

—¿Por qué no? —respondo y constato que las palabras que a las mujeres les gusta oír no se me darán nunca, después de todo debí haber leído más a Bécquer y no tanto a Bukowski.

—Porque no, a lo mejor eres tú el asesino.

—Entonces ¿deberías andar con más cuidado, no?

—Yo no te tengo miedo.

El instinto dice que me quede en silencio pero sin dejar de tener su pelo entre los dedos. En dos minutos, en este segundo largo nadie podría decir qué puede pasar. Veo que hay alguna secreta complacencia al sentir que hay algo que no controla. La niebla se hace más densa. En un abrupto se levanta con dificultad y se va. Está temblando y no de frío. Una ola me golpea los zapatos, la marea sube. Aspiro el aire nocturno hasta marearme. Sonríó, al menos hoy pudimos conversar.

Creo que llega el amanecer, camina desde la arena y el vacío.

«El instinto dice que me quede en silencio pero sin dejar de tener su pelo entre los dedos. En dos minutos, en este segundo largo nadie podría decir qué puede pasar.»

V

El sol otra vez en lo alto. A Xuami la vi cuando entraba veloz a un taxi ayudada por su madre. Grité su nombre, corrí dos cuadras para alcanzar el taxi. No pude y ella no volteó ni una sola vez, sabía que era yo. La perdí al doblar la esquina de la plaza. Había algo que se desbordaba y caía en el suelo para perderse en los huecos de las aceras.

Al asesino no lo encuentran hasta ahora, y Xuami no recuerda nada, ahora dice que no podría identificar al agresor. Se la llevan a la capital. Nunca pude decirle nada. Ni siquiera pude verla bien. Se fue para siempre, no llevó maletas, cosa rara. Dejó todo como si su viaje fuera corto, imagino que también olvidó sus collares de conchitas sobre la mesa de noche.

Mi sombra en las aceras es como un cuchillo afilado que se prolonga de mi espalda a las casas de cal. El sol es la bola número 8 que no se esconde en ninguna nube. Esta quemando esa bola negra. De repente este pueblo apesta. Las olas están sucias. El aire huele a bagre. Necesito ir al taller de don Alberto. Necesito a su hija. Escuchar esas historias de salitre y luego empacar para irme bien lejos de este rincón. Un cansancio de mil años me tumba en la acera y ahí me quedo como un mendigo, podría perfectamente pasar por uno. Cierro todo y entro en ese sopor que conozco bien. La última idea se congela, me voy de aquí en cuanto pueda pararme.

VI

Antes de abrir los ojos pude sentir el olor a lavanda. Las paredes del cuarto son blancas y hay un espejo tocador justo frente a la cama, unos cojines hindúes en las esquinas, además de muñecas en un estante negro. Trato de incorporarme pero no tengo fuerzas, estoy ardiendo como un brasero, no sé dónde estoy, pero la cama es increíble así que imagino que aquí no duerme ningún criminal. En esas aparece alguien con bolsas de agua fría, es Lucía. O quizá el espejismo afiebrado de Lucía. Ospel te encontró en la madrugada, dice una voz parecida a la suya.

—Dicen que llevabas días sin dormir, sin comer y como idiota parado en la puerta del hospital. Mi mamá se fue a la capital para traer mercadería, pensamos que aquí estarías mejor, claro que nadie debe saberlo, ¿entiendes? —remata con un tono gélido que no deja entrever ninguna emoción.

Se sienta a mi lado y me limpia el sudor, me arropa y deja en mi frente sus bolsitas de agua fría. Puedo percatarme que estoy desnudo bajo una manta de lino azul. Extiendo los brazos y trato de tomar su pelo, Lucía lo permite y así mis manos se apoderan de su cuello, de su espalda, de sus senos chiquitos. Algo en esas dos piedras se ablanda y pienso que es hoy o nunca. De pronto, Ospel entra a la casa dando un portazo y ella salta de susto, antes de irse me dice bien cerca «degenerado» y se aleja dejando una estela de olor entre lavanda y ella. Pasan dos días. Días en que veo a Lucía a ratos. Al cuarto día la sorprendo en el baño mientras cepilla sus dientes chiquitos y ahí la beso hasta que se cansa de golpearme y cede aunque no tanto como quisiera. Al quinto día debo irme porque su madre llega. Me marcho temprano por la mañana, ella me despide en la puerta fría y con el ceño fruncido como si día antes no hubiera enroscado sus piernas en las mías y además la lengua. Esa lengua que tome entre los dientes, lengua viborita roja de paraíso.

«Sus ojos se congelan y da media vuelta dejándome con unas gracias o algo así en la boca. Me voy silbando por la arena con dos fotos tuyas que robé de su álbum en el bolsillo.»

Sus ojos se congelan y da media vuelta dejándome con unas gracias o algo así en la boca. Me voy silbando por la arena con dos fotos tuyas que robé de su álbum en el bolsillo. Cuando repare en el detalle maldeciré como loca, claro, que para eso ya será tarde. Me siento en una banqueta y las observo, en una está con un bikini amarillo, su pelo al aire y una sonrisa fantasmagórica de corales rosados. Lucía congelada en mis manos y eso es para siempre. En la otra foto, está de perfil mirando a Ospel que corre al mar en un atardecer que estalla en sepia violento.

Esa piel es un castigo. Esos ojos que no dan tregua nunca, están a mil grados bajo cero y son en el fondo los ojos más feos que he visto en mi vida. Quizás, Lucía, nadie te bese como yo, quizás nadie haya bajado la mirada ante ti como un perro golpeado, nadie lo hará y cuando seas una vieja y tu mente llena de sal recuerde mi cara, algo se te encenderá muy adentro, tal vez puedas quebrar esa vitrina de abuela que te pones cuando miras pero será tarde porque me voy y es para nunca volver, volver me tomaría toda una vida.

Caminando llego al taller de don Alberto. Hay una fiesta. La música se siente desde la lejanía, las risas de los estibadores y sus mujeres. El mar ruge disonante. El olor a pisco me abre los ojos. La hija de don Alberto está ahí también un poco apartada de todos fumando sus cigarros negros, tiene una mirada que se suspende entre los riscos y el mar, creo que está llorando. Vengo a despedirme. Sin embargo, hoy soy invisible, nadie repara en mi presencia. Me agrada pasar tan desapercibido.

Entro a la cocina y apuro un vaso de vino blanco. Prendo un cigarro y me voy a una hamaca, el aire calma toda ansiedad. Respiro hondo y de alguna forma siento que todo está bien puesto, quizá ya estoy listo para irme otra vez, quizá mañana. Mis ojos se pasean por la casa que debió ser donde nací, me quedo divagando perdido en un placer extraño. Las risotadas de la gente comienzan a pegarse a mí también y sonrío después de mucho. Sigo mirando las paredes de tierra y ahí se congela el gesto.

En la pared hay un clavo y del clavo cuelga un collar de conchas. Un collar de conchas. El aire se parte, se quiebra lento y los pedazos van cayendo sobre mi frente. Camino lento al clavo de la pared donde descansa un collar que yo sé a quién pertenece.

Estoy de pie mirando la pared. El suelo late, puedo sentir el latido de la arena bajo mis pies.

Vértigo otra vez. Collage de pesadilla que me hace tambalear. Despego los ojos de ahí y desde el corredor puedo ver a don Alberto que también me mira fijo como los aguiluchos carroñeros de puerto rojo, alza su vaso de vino y me saluda. Hay algo en sus ojos que me produce miedo, un miedo profundo. Recuerdo un libro que insistió que leyera, se llamaba «El Extranjero», en el cual un árabe es asesinado en la playa y la decadencia de una tarde perfecta en la arena. Siento igual porque la armonía se rompe, todo se ha desvanecido en segundos. Vuelvo de mí y sus ojos están en mis ojos. Manos crispadas. Cuatro manos cerradas en un puño.

En la cocina brilla el metal de un cuchillo afilado. Ambos lo estamos mirando ahora.

© Cecilia Romero

Cecilia Romero (1974). Escritora, comunicadora social y docente universitaria chileno-boliviana. Ganadora del Primer Concurso Nacional de Cuento "Adela Zamudio" por su relato "El grito de la mariposa" (2007), mención honrosa en el Concurso Nacional de Cuento Franz Tamayo (2007), mención honrosa en el Concurso Nacional de Microcuento (2005) y primera mención en el Concurso Nacional de Poesía (2001). Publicó el volumen de cuentos *Entre las horas* (Editorial Nuevo Milenio, 2011).

EL SEMÁFORO

por Cristina Davó Rubí

Cada día iba al trabajo caminando, se sentía privilegiado por ello, quince minutos que le servían para oxigenarse, estirar las piernas, contemplar los cambios que cada estación imprimía a la ciudad, ajeno a los atascos, al estrés de querer avanzar y no poder, viendo cómo caen los segundos del reloj hacia un inevitable retraso laboral. Y es que Cosme era muy puntual. Por eso salía siempre de casa con tiempo de sobra, para recrearse en su paseo, que le ayudaba además a conservar su ya característico buen humor. Lo único que le disgustaba, todo tiene algún pero, era tener que cruzar la travesía regulada tan solo por un paso de cebra, lo cual era a todas luces insuficiente, pues los conductores, ignorando por completo la señal de velocidad limitada y el resalte de la calzada, pasaban como locos poniendo en peligro a los peatones. Respiró hondo.

Para qué servía la oficina de reclamaciones del consumidor que el Ayuntamiento tenía abierta a disposición de los ciudadanos era una incógnita, porque Cosme había escrito numerosas quejas sobre el asunto, aportando argumentos contundentes, testimonios, denuncias e incluso fotos. Y no había recibido ninguna respuesta, ni tampoco resultado alguno. Para él era tan simple como instalar un semáforo que regulase el paso de los múltiples peatones que transitaban ese camino hacia alguna parte de la ciudad.

Cosme estaba a punto de jubilarse, entraba todavía dentro de la edad que preveía la nueva ley del Gobierno, y aunque le daba pena dejar su trabajo, lo cierto es que tenía muchos proyectos, su futuro estaba plagado de expectativas. Tantas cosas que a lo largo de los años no había podido hacer. A pesar de no estar casado, Cosme había llevado una vida ajetreada, ocupado, sobre todo en los últimos tiempos, en cuidar de sus padres ancianos. Como hijo único y contrario a ingresarlos en ningún tipo de residencia, había tenido que cuidarlos hasta que Dios quiso llevárselos, con muy poco de diferencia. En innumerables ocasiones Cosme había deseado escapar de la dependencia a que sus progenitores lo sometían, pero cuando se fueron no sintió la libertad ansiada. Se puso a silbar, era su manera de alejar los pensamientos importunos.

«Como ya era costumbre, cuando Cosme salió aquel día del trabajo se fue a comer al bar de Frasquita.»

Como ya era costumbre, cuando Cosme salió aquel día del trabajo se fue a comer al bar de Frasquita. Iba allí a menudo desde que había empezado a trabajar en la hidroeléctrica, pero desde que sus padres fallecieron lo hacía religiosamente a diario. Se sentía solo en casa, tan vacía, tan desangelada, no quería dejarse hundir por la melancolía y la tristeza, por eso comía fuera, iba a la biblioteca, al cine, se acercaba al estanque del parque, cosas que le entretenían hasta que caía la tarde y entonces sí, volvía al hogar. Lo superaría, su carácter era optimista y alegre, solo estaba pasando una mala racha. Al salir del bar, Cosme no se sentía bien. Algún virus estaba incubado, llevaba varios días algo raro, mustio, ojeroso, con mal cuerpo. Así que decidió regresar a casa antes de hora. Se daría una ducha caliente y se acostaría, al día siguiente aún era jueves y había que ir a trabajar.

Justo a las 16.32 horas de aquella tarde de miércoles, un Alfa Romeo rojo invadió el paso de peatones mientras un hombre estaba cruzando. No hubo nada que hacer, el golpe fue mortal. El cuerpo apareció tres metros más allá de donde había sido atropellado y los equipos de urgencia no pudieron hacer nada por reanimarlo. El coche se dio a la fuga. Algunos transeúntes que habían sido testigos de la brutal embestida llamaron a la guardia civil, dando datos confusos sobre el vehículo, quizá se podría aclarar algo con las cámaras de seguridad que había en la carretera, determinó el agente que levantó acta del accidente.

A la mañana siguiente, Luisa, funcionaria del Ayuntamiento, leía la prensa mientras tomaba su desayuno. En la sección de sucesos leyó la terrible noticia de un atropello mortal en la travesía Ponte-

jos, el hombre fallecido, informaba el periódico, había denunciado en varias ocasiones la peligrosidad de la misma, solicitando la instalación de un semáforo. El corazón de Luisa empezó a latir más deprisa. Dejó el zumo que estaba tomando encima de la mesa y se puso a rebuscar en los papeles de la bandeja cuya etiqueta rezaba «archivar». Y encontró lo que buscaba, aquel escrito tan similar a otros anteriores que habían corrido la misma suerte. Asunto: solicitud de semáforo. Letras borrosas. Luisa apretó los ojos. Firmado: Don Cosme Ruiz Lozano.

© Cristina Davó Rubí

Cristina Davó Rubí. Nació en Villena, un pueblo de Alicante, el 27 de mayo de 1978. Es licenciada en Filología Hispánica y en la actualidad ejerce de profesora de Lengua y Literatura en Almería. Su pasión son las letras. Leer le fascina, pero también escribir. Colabora habitualmente en el suplemento cultural *Cuadernos del Sur* de "Diario Córdoba", así como en latormentaenunvaso.blogspot.com, en literaturas.com y en la revista *Cultura de Veracruz*, en México. En abril inició un blog personal en el que aparecen sus reflexiones, relatos y escritos varios. Un trozo de su mundo a disposición de todos en: geminisatipica.blogspot.com.

EL CONCURSO

por Amparo Arróspide

Faltaban seis días para el viernes, cuando vencería el plazo. Para cumplir con los requisitos del concurso «*Textos en busca de título*» —organizado por la Biblioteca pública local— Lucía precisaba resolver aún varias dudas. Era preciso acertar con los nombres de veinte obras de las que se habían seleccionado, al azar, veinte fragmentos —breves casi todos, de menos de diez líneas, a veces puros diálogos. Le atraía el aspecto detectivesco de la tarea, que consistía en dilucidar si alguno de los fragmentos encajaba, como pieza de un rompecabezas, en sus propios recuerdos de los libros leídos. Y, aunque el plazo le exigiría hacerlo como en una carrera contrarreloj, sin duda disfrutaría perdiéndose de vez en cuando en esos recuerdos. Se proporcionaba a los participantes dos impresos fotocopiados: uno con la lista de nombres y apellidos de los autores y otro con los títulos de las novelas.

Buscó asiento. Pasó taconeando ante el mostrador de devoluciones y préstamos, esquivó algunas rodillas, captó ojos perdidos en la nada. Los bibliotecarios atendían a varios usuarios y sólo sus palabras rompían el silencio de fondo, entretejido de murmullos y toses.

Un cuarentón ocupaba el sillón de la pared del fondo, junto a los estantes de Ciencias Sociales. Al acercarse, vio que también él consultaba el impreso del concurso. Un competidor —decidió Lucía. Y sí, sobre su mesa, entre una pila de títulos que ya habría hojeado, descartado y resuelto, podría estar el que ella buscaba en ese momento.

—¿Ha terminado ya con estos, señor?

El la miró con asombro.

—¿Se refiere al concurso? Pero si es facilísimo... Hace días que tengo las respuestas... ¿Usted también juega?

Y ella supo que sólo se estaba echando un farol, porque al instante se había animado su mirada con una luz de interés. Empezó a plantearle preguntas, sabiendo que también él (se llamaba Antonio, alto y fuerte, de voz ronca, como de fumador) se las estaba haciendo, aunque fingiese saberlo todo.

¿Y por qué no? Sentada junto a él, hojeando *Tiempo de Silencio*, viajarían juntos al Madrid de la posguerra; y de allí a la antigua Roma, a dejarse asustar por Livia retratada por Claudio el Dios. Tal vez la Biblioteca donde estaban sentados existía desde el principio de los tiempos, formada por un número infinito de hexágonos. *A cada uno de los muros de cada hexágono correspondían cinco anaqueles; cada anaquel encerraba treinta y dos libros de formato uniforme; cada libro era de cuatrocientas diez páginas; cada página, de cuarenta renglones; cada renglón, de unas ochenta letras de color negro. También había letras en el dorso de cada libro; esas letras no prefiguraban lo que dirían las páginas.*

A última hora, cuando apagaban las luces para expulsar a los rezagados, Antonio le preguntó si la vería el lunes (ese sábado la Biblioteca permanecería cerrada, por obras, y también el domingo). Y sin darle la mano —tal vez no sabía cómo despedirse sin parecer demasiado formal—, marchó rumbo a las escaleras que bajaban hasta la planta de salida.

En casa, ese fin de semana Lucía decidió hacer un trato con él. Después de todo, no tendría mucho sentido seguir enzarzados en una sorda competición si las respuestas ya estaban en poder de otra gente... Ninguna regla prohibía jugar juntos.

«El lunes, Lucía acudió muy temprano y se sentó en el rincón habitual. Trazó una cruz junto al párrafo número siete.»

El lunes, Lucía acudió muy temprano y se sentó en el rincón habitual. Trazó una cruz junto al párrafo número siete. Dos estudiantes charlaban a su lado y, a excepción de una chica de pelo corto, nadie más había en la sala.

«¿Encontraría a la Maga? Tantas veces me había bastado asomarme, viniendo por la rue de Seine, al arco que da al Quai de Conti, y apenas la luz de ceniza y olivo que flota sobre el río me dejaba distinguir las formas, ya su silueta delgada se inscribía en el Pont des Arts...».

—Y tú te llamas como la Maga, Lucía...

Alzó la vista y descubrió a Antonio, a su lado. ¿Desde cuándo estaba allí, junto a ella, espiando sobre su hombro? Olía a hojas caídas, a soledad. Ella misma apreciaba la soledad, por eso también venía a la Biblioteca, a hundirse en el silencio. Temió o lamentó que aquel desconocido lo invadiera. Y sin embargo, era preciso congeniar —había sido su decisión—, buscar dos superficies contiguas y seguir intercambiándose susurros, papeles y tomos. Sentados ambos luego, tan cerca uno del otro, descubrió que se alegraba de tenerlo enfrente, compartiendo su silencio. Mejor pensar que sí, que eran ciertas las palabras de Borges: las personas eran como libros, y las letras del exterior no prefiguraban lo que dirían las páginas. Volvió a observarlo con cierto detenimiento y le pareció un hombre atractivo.

«Alzó la vista y descubrió a Antonio, a su lado. ¿Desde cuándo estaba allí, junto a ella, espiando sobre su hombro? Olía a hojas caídas, a soledad.»

Lucía y Antonio se dejaron conmovir por el niño cuyo corazón dejaba de latir entre los brazos de una institutriz victoriana. Y desde *Otra vuelta de tuerca* volaron al Polo Norte (*«escucha mi historia: cuando la hayas oído abandóname o compadécete de mí, según lo que creas que merezco. Pero óyeme»*), a encontrarse con la criatura del doctor Frankenstein.

«Una tirada de dados jamás abolirá el azar» había dicho el poeta; todo planteaba enigmas; la vida lanzaba los dados del cubilete, pero en este concurso era preferible no equivocarse ni una sola vez...

Alguna de esas tardes salieron juntos a la explanada que rodeaba el recinto de la Biblioteca, donde empleados y usuarios solían fumar y distraerse conversando. Sin saber cómo, Lucía se descubrió contándole a Antonio episodios de su biografía que no había comentado nunca con nadie.

El jueves, quinto día de la cuenta atrás, ya habían superado otros cuatro títulos. Con sólo tres fragmentos por atribuir, Lucía no halló el volumen que necesitaba para verificar la solución. Antonio aclaró sus dudas y ambos —felices por haber llegado a tiempo— depositaron los impresos cumplimentados en una urna del tercer anaquel, en el décimo hexágono.

Lucía no volvió a pensar en el concurso, hasta que la llamaron para anunciarle que su nombre figuraba entre los ganadores. Habían acertado con las respuestas otras tres personas más, y el desempate se hizo por sorteo. Tuvo suerte.

Volvió taconeando por el pasillo, hacia la salida, con el cheque en la cartera y un lote de libros en los brazos cuando reparó en la sombra del hombre que desde hacía un rato la observaba.

«Escucha mi historia: cuando la hayas oído abandóname o compadécete de mí, según lo que creas que merezco. Pero óyeme»... continuaba entonando la voz del monstruo de Frankenstein, en algún rincón entre aquellos estantes y también en sus propias mentes de lectores. Palabras que reverberaban como un eco.

—¡Lucía!

—¡Antonio!

Y la sombra del hombre recuperó su apariencia normal, cotidiana, de lector de la Biblioteca.

—¿Puedes con todo eso? ¿Te ayudo?

Más tarde, ella recordaría que se habían sentado a hablar en el banco de la explanada. En el cielo, una luna en cuarto creciente era apenas visible.

Hurgó en su bolso hasta sacar un papelito en blanco y bolígrafo; apuntó una cifra.

—Te invito a merendar... («Escucha mi historia...») Llámame cuando quieras...

—No te preocupes, Lucía. Y otra cosa, por cierto... El fragmento 18 no era de Cela...

—¿Cómo?

—Bayardo San Román, el de «las alforjas guarnecidas de plata y angosta cintura de novillero», ¿te acuerdas?

—Sí.

—Pues que es un personaje de García Márquez.

—Pero entonces...

—Que todos se equivocaron. Yo sí que acerté... Pero no diré nada —susurró él.

Iban a despedirse y ella intuyó cuánto lo echaría de menos. Si las personas eran como libros y las letras del dorso no prefiguraban lo que decían las páginas, si los títulos no estaban predestinados a nada, si podían corresponder a infinitas variaciones, tal vez fuera posible retroceder en la cuenta mágica, hasta esa mano que agitaba el cubilete, y alterar la jugada del azar... ¿A cuál de aquellos volúmenes pertenecían su historia, sus respectivas tramas? Hasta era bien posible que nadie hubiera narrado la verdad de sus vidas jamás, si cada vida era única, una combinación que no iba a repetirse de rasgos, circunstancias, pasados, coincidencias...

«... me había bastado asomarme, viniendo por la rue de Seine, al arco que da al Quai de Conti, y apenas la luz de ceniza y olivo que flota sobre el río me dejaba distinguir las formas, ya su silueta delgada se inscribía en el Pont des Arts; a veces andando de un lado a otro, a veces detenida en el pretil de hierro, inclinada sobre el agua»...

—Llámame... acuérdate.

Y se perdió Lucía en el dédalo de calles, entre transeúntes y automóviles. En la vasta, inabarcable Biblioteca que era la ciudad, ¿volverían a verse?

Nota:

[Las citas en cursiva corresponden, por orden de aparición, a:

La Biblioteca de Babel, de Jorge Luis Borges;

Rayuela, de Julio Cortázar;

Frankenstein, de Mary Shelley.].

© Amparo Arróspide

Amparo Arróspide es poeta y filóloga. Nacida en Argentina, vive en Europa. Ha traducido a numerosos poetas al inglés y al castellano y publicado cuatro poemarios y artículos de crítica literaria, de cine y relatos en antologías y revistas internacionales. Es miembro de la Asociación colegial de Escritores de España. traductoragutierrez@gmail.com.

LAS CUERDAS

por Luis Miguel Rubio Domingo

En esta habitación, amordazado, atado de pies y manos, fija la vista en las nubes que van pasando, me ha dado por pensar que todos terminamos por dedicarnos a una actividad distinta de la que habíamos planeado. Me tomo mi tiempo. Veo pasar las nubes, los gorriones, las gaviotas. Sobre los sueños no es posible anticipar proyectos, porque los sueños pertenecen a un territorio que esta fuera de la razón. Un sueño pasado por el tamiz de la lógica, se convierte en una cosa diferente, en una elección quizás, en un tropiezo azaroso o en un entretenimiento provisional. Un sueño no puede ser un objetivo. Ocurre o no ocurre; mientras tanto, nos sentimos ocupados, útiles, con quehaceres con los que, en sentido estricto, no habíamos soñado nunca. Es ley de vida.

Lo de las cuerdas y la camisa de fuerza salió mal. Y eso que prometía. O, precisamente, salió mal porque prometía. Tenía que ver con aquella vez que doña Filo me metió en el armario. Castigado. Me ordenó entrar en el armario y sentarme encima de un voluminoso saco de tela gruesa.

Los demás niños miraban en silencio, con respeto, como se mira al reo a punto de subir al cadalso y para el que ya no existe la esperanza de una última llamada de teléfono que conmute la pena.

Doña Filo cerró la puerta y me sentí aliviado. El sitio no estaba mal. Era silencioso, oscuro y ameno. El saco de estameña sobre el que estaba sentado tenía unas prominencias duras. Eran poliedros de madera. Metí la mano y empecé a extraerlos uno por uno, reconociendo con el tacto su naturaleza y nombrándolos de acuerdo con el número de caras. Era un niño repipi y se me daban bien esas cosas. El reconocimiento háptico tiene los ojos más grandes de la oscuridad, convierte la piel en el centro del sistema nervioso. Pone luz a la aspereza.

En aquella cámara oscura, cuyos límites se volvían imprecisos por momentos, oía a doña Filo enumerar los ríos de España, empezando por el Ebro y terminando por el Sil. Yo me los sabía de carrerilla porque a mi mamá le gustaba mucho la geografía y me hacía estudiar con ella los mapamundis y una esfera con luces que representaba el planeta Tierra cuando todavía existía la URSS, que era un país donde mi mamá decía que tenía que haber nacido yo, porque, antes de conocer a mi padre, un ingeniero le había pedido que se escapase con él a Rusia (mi mamá decía la URSS). Ella había preferido a mi papá porque era futbolista, mucho más guapo, una especie de héroe con un hoyuelo en el mentón. De todos modos, aquel ingeniero le fue haciendo llegar, de forma clandestina, cada año, un librito escrito en francés con fotografías de Moscú y gráficos que representaban la producción agraria e industrial. Mi mamá me decía que en aquel país no había libertad, que la gente vivía como si estuviera atada y amordazada, aunque siempre tuve la sospecha, especialmente cuando se refería a su marido como «el inútil de tu padre», de que ella lo hubiera dado todo por regresar con el ingeniero a vivir con aquellas ataduras.

«Doña Filo cerró la puerta y me sentí aliviado. El sitio no estaba mal. Era silencioso, oscuro y ameno. El saco de estameña sobre el que estaba sentado tenía unas prominencias duras.»

En aquel armario en el que doña Filo me había castigado por darle un beso a una niña que se sentaba a mi lado y con la que me gustaba saltar a la comba, iba palpando, reconociendo, las figuras poliédricas de una en una.

Encontré una que tenía el tacto y la gravedad de una piedra del tamaño de mi puño. Estaba fría. Me pareció que podría tratarse de un objeto mágico. Eso lo piensan todos los niños de los objetos raros. Se me ocurrió pedir un deseo, tal y como había visto en las películas de aventuras que veía con mi padre en el cine Majestic, en doble sesión, como aquella de 'Sansón y Dalila' cuya escena final, un Sansón derribando las columnas del templo a las que había sido sujeto como un toro, me causó una

impresión muy fuerte. En el armario, con aquella piedra mágica en mi pecho, formulé un deseo: «quiero escapar sin ser visto».

En ese momento, algo en el interior del saco se iluminó, pero parecía tan distante, tan inalcanzable, que no había otro modo de averiguar su naturaleza más que metiendo la cabeza en su interior.

El saco era mucho más profundo de lo que parecía desde fuera. No era completamente oscuro. Había una penumbra que permitía distinguir algunos objetos: zapatos de tacón, bolsos de piel, collares, pelucas y lazos. Todo bien arreglado, como expuesto, o como el armario de mamá, donde me habían prohibido acercarme, especialmente desde que descubrí una especie de globitos que se rompían en cuanto los llenabas con un poco de aire. Había una caja entera. Los rompí todos.

No se atrevieron a llamarme la atención, pero mamá me prohibió taxativamente que me volviera a acercarme a ese mueble. Ahora era como si me encontrara en el interior del armario de mamá, dentro de una estancia del tamaño de una tienda de ropa. El habitáculo se transformó en una cueva de paredes desnudas en las que un objeto luminoso, flotante, redondo, me guiaba. Luego apareció un pasillo al final del cual había un estanque ¿Será así el pasillo que dicen ver las personas que tienen experiencias cercanas a la muerte? La bola de luz se sumergió en el agua. Me lancé a por ella, buceando, con los ojos abiertos, sin preocuparme por la respiración, como si fuera un pez. De repente tenía la luz delante de mí, pero yo me encontraba atado de pies y manos, con una camisa de fuerza, sin poder nadar. Doña filo me despertó pronunciando mi nombre. Los niños reían.

Treinta años después me parece encontrarme en el mismo sueño. No sé si esto es la habitación de un hospital donde atan a los pacientes o es que acaso ha habido un Apocalipsis zombi (una vieja fantasma mía) o me hallo en el dormitorio de un apartamento turístico sujeto de pies y manos. Amordazado. Inmóvil.

«Lo del escapismo no solo consiste en tener habilidad para desatarse. Hay que ser un buen actor. Hace falta acompañar los trucos de una comicidad que se va adquiriendo con la práctica.»

Este debería ser un buen momento para mí, después de haberme ganado la vida como mago del escape durante más de veinte años. Luego pasó lo que pasó y me vi forzado a aceptar el trabajo de animador en una cadena hotelera.

Lo del escapismo no solo consiste en tener habilidad para desatarse. Hay que ser un buen actor. Hace falta acompañar los trucos de una comicidad que se va adquiriendo con la práctica. Que si «esta es una cuerda de las que se pueden encontrar en cualquier dormitorio», que si «átame como te gustaría que te lo hicieran a ti». Es un guión único, predecible, común a todos los escapistas.

No está escrito, pero se va colando en el espectáculo como si se tratase de un texto inevitable. Viví grandes momentos, sin preocuparme mucho por el futuro. Eran los tiempos en que los bares se llenaban de espectáculos lésbicos, de shows con cuchillos, de artistas que hacían magia vaginal, como Stick y Star, de magos, de cantantes, de músicos de jazz y de escapistas. Luego se pusieron de moda los *stand up comedians*, con sus monólogos cómicos y hubo que evolucionar, buscar nuevos gags, hablar más, dialogar con el público y, sobre todo, hacerlo en inglés. Como yo no podía competir en fluidez verbal, traté de hacerlo elevando la dificultad técnica de mis escapes. No salió bien. Los dueños del club donde trabajaba me dieron muchas oportunidades, pero mi número de escapismo con cuerdas y camisa de fuerza, suspendido al techo de la sala por un arnés, fracasaba en el cincuenta por cien de las ocasiones. No conseguía liberarme. Parecía una parodia. Pero era un drama. La última vez que actué en público me partí la crisma y tuve que pasar una temporada larga recuperándome de una conmoción cerebral severa. Busqué empleo y, pese a mi edad, lo conseguí. En el hotel me dijeron que necesitaban a alguien para meterse en el disfraz de Pedro Picapiedra. Acepté el trabajo

El disfraz es una estructura hiperrealista —si puede serlo la imitación perfecta de un personaje de Hanna Barbera— que consta de cuatro piezas rígidas cubiertas de una especie de felpa y en la que te vas introduciendo como si se tratase de una muñeca rusa.

Para disfrazarme de Pedro Picapiedra tengo la obligación de observar ciertas restricciones. Está prohibido vestirse y desvestirse en público. Una vez dentro de la mascota «eres» el personaje y no

se puede decir ni una sola palabra. Está permitido hacer gestos, pero dado lo pesado de la carcasa, son muy limitados.

Lo de no poder hablar tiene su aquel, porque cuando se deja de hablar, se piensa, dado que es imposible no decir nada y dejar de pensar al mismo tiempo, aunque lo llevo intentando toda mi vida. Ahora me vendría muy bien dejar de pensar y concentrarme en los pájaros y las nubes.

Quizás tenga un problema con el reconocimiento de los patrones visuales y ese pájaro negro que me mira desde la terraza no sea un pájaro, aunque sea negro, sino una cámara que enfoca lo que sucede en la calle, en un jardín, en una piscina o en un estanque de peces. El pájaro está sobre la barandilla y, desde luego, no se mueve, lo cual me hace pensar que no es un ser vivo. Es un objeto en una terraza. Las habitaciones de los hospitales también pueden tener terraza. Lo sé porque aquella vez que me di el golpe en la cabeza me tuvieron en observación en una habitación de hospital con terraza. Vinieron mis hermanos a visitarme. Salían a la terraza a fumar. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos, por esas cosas que pasan entre los hermanos. Les expliqué que últimamente estaba trabajando con camisa de fuerza, suspendido de los pies y atado con cuerdas. Me dieron consejos. Se lamentaban de que no me hubiera dedicado a lo mío, después de estudiar tanto (olvidando el detalle de que me había pagado los estudios con las cuerdas). «Papá estaría contento si te metieras en un hotel e hicieras carrera».

Me dolía mucho la cabeza (ahora no, ahora veo pasar las nubes sobre el pájaro negro de la terraza y me siento bien). Me dolía porque el golpe había sido mayúsculo y estaba todo magullado, como si el público se hubiera echado sobre mí y me hubiera linchado.

Lo que llevo puesto ahora me recuerda también a una camisa de fuerza; de hecho, si trato de mover los dedos, percibo las sensaciones en el lado contrario que creo estar moviendo, pero con el cuello inmovilizado; solo puedo mirar hacia la terraza y ver las nubes pasar, cada vez más densas, por cierto, o detenerme en ese pájaro negro que parece una cámara de video que observara el asfalto, el jardín o un colegio donde hay un estanque de peces.

«En la habitación hay otros tres muchachos, todos con el torso desnudo, delgados, exudando alcohol, con las pupilas dilatadas.»

Hay aquí un olor familiar, un olor a ácido o a sulfumán. A laboratorio. Ahora lo recuerdo. Hace unos días estaba acabando mi trabajo, después del show sobre la música de Broadway, a eso de la media noche. Estaba poniendo los carteles anunciadores de las actividades de animación para el día siguiente, en el vestíbulo del hotel, cuando he aquí que un muchacho británico pide ayuda a la recepción porque un huésped ha sido objeto de un ataque con ácido. Mientras la recepción llama a las emergencias, subo a la habitación donde se encuentra la persona agredida. Está desnudo, con los dedos de los pies tratando de formar un puño sobre la fría baldosa y una mueca de dolor que le desfigura completamente el rostro enrojecido. Mueve las manos, aventando la zona del abdomen y los genitales. Todo el bajo vientre, incluyendo el escroto y la piel del pene está sangrando. Al rojo vivo. Despellejado.

En la habitación hay otros tres muchachos, todos con el torso desnudo, delgados, exudando alcohol, con las pupilas dilatadas. El herido se retuerce de dolor, aúlla, blasfema; los otros muchachos se turnan para tratar de aliviar el escozor haciendo circular el aire con una revista deportiva.

Llegan las asistencias. Los sanitarios del SAMUR y la Policía Nacional. El oficial que está al mando me pide que haga de intérprete mientras vendan al herido.

Los chicos cuentan que se encontraban en el *Neptune's* pidiendo comida para llevar cuando se vieron de repente atrapados en una trifulca entre otros clientes del local. Dicen que el dueño les ha pedido que se marcharan y que al salir uno de ellos ha empezado a sentir una comezón insoportable, como si alguien les hubiera arrojado algún líquido corrosivo.

Al llegar al hotel se dieron cuenta de la gravedad de las lesiones.

La Policía no les da ningún crédito. Cree que el grupo de jóvenes son de esa clase de turistas que hacen gamberradas o se auto lesionan para subir sus heroicidades a las redes sociales. Una pandillita que sigue el mal ejemplo de los jackass, el programa de la MTV.

Se llevaron el herido al hospital y los otros tres continuaron sus vacaciones. La policía ha recomendado que los vigilemos. Esta habitación tiene el mismo olor que la de los gamberros esos. Quizás me han secuestrado y me tienen retenido, semiinconsciente. Me habrán dado alguna droga. Quizás alguna inyección disparada a distancia. De hecho, si no fuera por la cámara de la terraza y la pantalla de televisión que cuelga de la pared, se diría que estoy en una de las habitaciones del hotel.

La verdad es que he tenido suerte con los compañeros. Quizás me llevo bien con ellos porque aquí impera la sensación de estar de paso.

Trabajamos duro, todo el día con la sonrisa en la cara, tratando de retener los nombres de todos los clientes. Es un gran esfuerzo emocional. Por cierto, el que se llevaron al hospital era un tal Connolly, de 19 años, un bigardo de cabeza rapada y ojos claros. Los otros tres son Duff, Edwards y Moreland, igualmente rondando la veintena. Niñatos. Van siempre juntos, cuchicheando y riendo. Creo que compararlos con los jackass no es exagerado. Suelen frecuentar las actividades del tiro con arco y la carabina. Los tres tienen buena puntería. De vez en cuando les hemos preguntado por su compañero lesionado (auto lesionado, que a mí no me la dan), pero no dan la impresión de ser de los que van a los hospitales a visitar enfermos. Como el experto en tiro con arco es mi compañero Julio, un manchego que habla con soltura un limitado número de palabras en diez idiomas, a pesar de que cuando habla en castellano no se distingue por su coherencia, es él quien los vigila en las primeras horas de la mañana. Raquel se ocupa de la animación infantil. Lleva a los niños a preparar galletitas y masas de hojaldre a la cocina, cuando hay taller, o los recluta en el mini club a la hora de la siesta para que se maquillen y colaboren en el show del día. Tenemos un jefe, Daniel, y un socorrista, que se encarga de los ejercicios acuáticos en la piscina grande. Yo soy el que se mete en la mascota, el fantasma al mando de una nave llamada Pedro Picapiedra. Tengo la estatura idónea y la costumbre de estar encerrado en un espacio pequeño. No me angustia la deprivación sensorial. La deseo.

«Me gusta el ritual que rodea al momento de ponerse el disfraz. Debo ser un personaje de cómic atrapado en el cuerpo de un hombre.»

Me gusta el ritual que rodea al momento de ponerse el disfraz. Debo ser un personaje de cómic atrapado en el cuerpo de un hombre. La última pieza que me pongo es la pesada cabeza, que va sujeta por unas correas de seguridad al interior de la camisa de Pedro, de modo que es imposible desprenderse de ella sin ayuda. Una abertura camuflada en el pecho garantiza la respiración. La altura de la mascota es de unos dos metros. La visión es tubular, limitada al centro de la mácula del ojo, por ese motivo Raquel siempre me acompaña, como un lazarillo.

Los jackass has estado viniendo al taller de escapismo. Es un taller de pago y solo lo impartimos con un mínimo de inscripciones. Incluye una consumición. Los clientes suelen preferir el taller de máscaras, o el de cometas.

En el taller enseño a hacer nudos, a ponerse y quitarse una chaqueta (siempre negra) con las cuerdas por encima y a liberarse de una camisa de fuerza parecida a esta que llevo puesta, por cierto ¡Probablemente llevo puesta la camisa de fuerza del taller! También hacemos algunos ejercicios acrobáticos suspendidos por una cuerda controlada por una polea.

La dificultad para impartir el curso estriba en hacerse comprender en una lengua extranjera, pero gracias a que recientemente me han ayudado algunos estudiantes belgas en prácticas me he ido construyendo un guión que me permite explicar de un modo muy

sencillo la mayoría de los trucos ¿Por qué les gusta tanto a los británicos lo de las cuerdas? Vale que lo del sexo tiene siempre algo de sumisión y de dominación, y vale que deshacerse de nudos y ataduras tiene una importante carga simbólica, e incluso espiritual, pero lo de los ingleses con las cuerdas es verdaderamente de otra galaxia.

Al margen de estas enseñanzas y de las diferentes rutinas de la animación hotelera, mi momento estelar es cuando me disfrazo de Pedro. Lo hago tres veces al día obligatoriamente, y alguna más con ocasión de los cumpleaños, cuando el cliente contrata el paquete de tarta de chocolate más mas-

cota y salgo de la cocina al restaurante con la música de «cumpleaños feliz», pero con las velas apagadas, porque el disfraz es altamente inflamable y hay que evitar los accidentes.

Normalmente salgo por la mañana, a la llegada de los autobuses que traen a los turistas del aeropuerto y se forma una cola terrorífica en la recepción. Raquel me acompaña con un altavoz y un reproductor de cedés con la música del yabadabadoo. Me acompaña al vestíbulo. Saluda a los viajeros. Algunos niños se asustan con la envergadura de Pedro y sus padres los tienes que consolar. Hago mi trabajo. Raquel me ayuda a poner un pie en cada escalón para acceder a la recepción. Pedro tiene los pies enormes de un hobbit, con una base metálica que da estabilidad a la estructura y que sobresale de los peldaños. La probabilidad de caer y rodar por la escalera es alta. La de tropezar con un cochecito de bebé es todavía mayor. El lazarillo tiene la misión de impedir que estas catástrofes ocurran.

Por la tarde, después del agua-gym, Pedro Picapiedra sale a la zona de la piscina lago tomando siempre la precaución de no acercarse mucho al borde del vaso, caminando entre las hamacas por todo el perímetro. Los turistas se hacen fotografías conmigo, es decir, con Pedro.

De hecho eso es lo último que recuerdo. Raquel me había ayudado a ponerme el traje, me había cepillado la zona más oscura de fieltro alrededor de la nariz, la que simula la barba mal afeitada del personaje. Hacía calor y la humedad empezaba a ser alta, como sucede cuando nos adentramos en el mes de julio en estas latitudes. Raquel iba delante de mí, mostrándome el camino, liberando mis pasos de cualquier obstáculo. Estaba radiante. Risueña. Nos acercamos a unos arbustos y Raquel desapareció. Es una zona del jardín de vegetación más espesa, que está separada de la zona de las hamacas por unos aligustres bastante bien podados. Noté un olor dulce y me vi rodeado por Duff, Edwards y Moreland tratando de hacerse una foto conmigo. Después oí que alguien gritaba «fuego», algunos gritos y el ruido de una persona cayendo al agua. Oí al socorrista, a Raquel y a Daniel, pero no pude moverme. Me dejé llevar por aquel letargo, hasta que desperté atado de pies y manos, amordazado, en esta habitación de hotel.

Es probable que mis compañeros me hayan gastado una broma. La gente lee muchos libros de autoayuda y tienen tendencia tanto a creer en los traumas como en su curación milagrosa por medio de retos. Me tienen retenido para que logre zafarme de las ataduras y me libere de mis fracasos, del gran fracaso de no haber sido el Harry Houdini del Siglo XXI. Es verdad que no conseguir los sueños duele, pero luego te acostumbras a ver pasar la vida sin objetivos claros, sin un deseo específico de dejar huella y cuando te ves en una prueba vital que podría devolvarte la confianza te das cuenta que ningún sueño merece los sacrificios que le dedicamos. Quizá la clave esté en liberar primero el tobillo izquierdo. Un movimiento giratorio, para que den de sí los nudos y luego un movimiento de fricción con el otro pie hasta que, ¡eso es!, la cuerda que sujeta los pies se afloja y puedo flexionarlos discretamente. El objetivo ahora es pasar las rodillas por debajo de la camisa de fuerza, para lo cual hay que llevar los dedos del pie bajo la tela de la camisa y hacerse un hueco para que pase la rodilla flexionada. Después se mete la segunda rodilla y se tira con fuerza.

«El problema de los brazos cruzados no es irresoluble. Están atados a la cama por unas cuerdas que irán cediendo a medida que me balancee. Es cuestión de tenacidad.»

El problema de los brazos cruzados no es irresoluble. Están atados a la cama por unas cuerdas que irán cediendo a medida que me balancee. Es cuestión de tenacidad. Las cuerdas se irán calentando, dilatando, apretando un nudo que, en cuanto me quede quieto se irá enfriando y una vez el efecto de la dilatación consiga aflojar los nudos solo habrá que poner los dedos muy juntos, como adelgazando la palma de la mano, y tratar de hacerlos pasar por las cuerdas en sentido inverso. Ahora impulso las rodillas hacia arriba y hacia los lados, rasgo la tela de la camisa y libero los brazos, me quito la mordaza y miro a mi alrededor. He conseguido soltarme. Mi obra maestra. Me inclino ante una audiencia ficticia para recibir los aplausos. Me quito la mordaza. Podría gritar, pero no siento la necesidad. Estoy en una de las habitaciones del hotel. No cabe duda. En el mueble que hay bajo el televisor hay un reproductor de cedés y un cartelito «press play». Enciendo el reproductor y me siento en la cama ¿Soy yo el destinatario del mensaje?

Empieza el film. Se ve la piscina del hotel desde un balcón. Zoom. Ahora se ve la piscina más grande. Los bañistas toman el sol, consumen bebidas en vasos de plástico, chapotean. Aparece Raquel y después Pedro Picapiedra, saludando. Recorren el perímetro de la piscina. Raquel se distancia un poco de Pedro a una señal del socorrista y desaparece del plano. Pedro saluda a Duff, Edwards y Moreland. Caminan hacia los aligustres. Pedro pierde la verticalidad durante más de un minuto, como si se hubiera tirado al suelo, o como si hubiera recibido un golpe; luego, se yergue y camina, pero de un modo muy poco familiar. Dos de los jackass aparecen con una silla de ruedas. La silla está ocupada por un señor que lleva la cabeza cubierta por una manta. Desaparecen del plano. Pedro Picapiedra está solo. Se acerca a una papelera y comienza a arder espontáneamente. Al principio son unas llamas pequeñas, pero en pocos segundos está completamente envuelto en llamas. La gente sale corriendo. Algunos se lanzan a la piscina, otros tropiezan con las hamacas, derramando las bebidas. Vuelve Raquel al primer plano, con las manos en la cabeza. Pedro se lanza a la piscina y las llamas se extinguen. La mascota se hunde. El socorrista y Raquel se lanzan al agua. Bucean. Aparecen de nuevo. Salen de la piscina. Pedro es como una gran mancha de color naranja en un vaso azul. Hay unos minutos en que no pasa nada. Aparece una máquina tipo Fenwick tripulada por un señor de mantenimiento. El socorrista se lanza al agua con una soga y desaparece entorno a la mancha de color naranja. La Fenwick tira de la soga y desaparece de campo. La mascota llega al borde de la piscina. Todos tiran de Pedro hasta que consiguen sacarlo. Retiran la cabeza del muñeco justo cuando llegan los sanitarios y una patrulla de la policía; después, desarman el tórax y las piernas de la mascota. Todo el mundo se queda quieto. Hay un zoom sobre las piezas de fieltro. No hay nadie en el interior de Pedro Picapiedra. Ni rastro del fantasma al mando de la nave. Me gustaría pensar que no era yo la persona que los jackass sacaban en silla de ruedas.

© Luis Miguel Rubio Domingo

Luis Miguel Rubio Domingo (Valencia, 1961). Vive en la ciudad de Benidorm desde 1990 y se dedica a la industria turística. Es diplomado en Turismo y licenciado en Psicología. Pertenece al Liceo Poético de Benidorm, donde coordina el taller de métrica española. Ha colaborado con revistas digitales y en algunas antologías.

CRAZY JENNA

por Emilio Chapí Verdú

Marc, Steven y yo estábamos apoyados en la fachada del supermercado de Haight Ashbury fumándonos un canuto de yerba un lunes por la mañana cuando apareció Jenna: treinta y ocho kilos de traficante envuelta en una enorme sudadera verde de la SFU, con el pelo pajizo recogido en una coleta y mirándonos a través de unas gruesas gafas de pasta negra. Nadie diría de lo que era capaz aquella diminuta criatura; pero todos habíamos oído historias, y una vez te fijabas en sus ojos de loca sabías que la mierda iba en serio. Solía pasearse por Haight Ashbury, plantándose cerca de los pasos de cebrá y susurrándoles sus ofertas a los viandantes. Si alguien estaba interesado se limitaba a señalar una esquina donde uno de sus chicos se encargaba del resto.

Jenna se acercó a nosotros mascando un chicle con la boca abierta y fumando un cigarrillo mentolado.

—Steven —dijo—, Steven, ¿dónde está mi puto dinero?

—Mira, Jenna, no lo tengo. Pero te prometo que en un par de días te pagaré.

—Más te vale. Joder, no quiero tener que rajarte esa cara de niño de Russian Hill. —Sus ojos se movieron frenéticos, desplazándose en las cuencas como canicas—. Quizás alguno de tus amigos pueda echarle una mano. Tú, Spaniard, seguro que tienes algo de pasta para dejarle.

Levanté las manos como diciendo que yo no tenía ni un solo centavo; y así era, apenas me llegaba para pagar el alquiler mi cutre apartamento.

—¿Y tú, Marc? Tus padres están forrados.

—Ellos, no yo —se excusó.

—Bueno, si no te importa que le saque los ojos a tu colega y se los envíe a sus padres en una cajita es tu problema.

Dicho esto embutió las manos en los bolsillos de la sudadera y se marchó sujetando el cigarrillo entre los labios.

—¿Qué cojones ha sido eso?

—Bueno, es una historia complicada. —Steven dio una larga calada al canuto consumiéndolo casi por completo—. Veréis, el otro día había una fiesta. Se suponía que iba a ser una pasada y que iba a ir todo el mundo y me dije: Coño, puedo sacar pasta sin demasiado esfuerzo. Total, que le pedí speed y anfetaminas a Jenna. Como no tenía dinero le dije que le pagaría cuando las vendiese. Era un negocio redondo.

—Al parecer no tanto —Señaló Marc.

—Ya... Las cosas se pusieron chungas. Llegué al local y aquello estaba desierto, ni un alma. Y, de la nada, aparecieron cuatro drogatás, muy chungo. El caso es que me limpiaron a fondo, no me dejaron ni los zapatos, y los tíos se marcharon tan campantes.

—Normal, les había tocado el gordo —dijo Marc soltando una carcajada—. Si es que eres un pardi-lllo.

—El problema es que no tengo ni las drogas ni el dinero. —Steven gimoteó al tiempo que se derrumbaba sobre la pared—. Y mi madre no quiere darme más dinero.

—¿Qué vas a hacer?

«Jenna se acercó a nosotros mascando un chicle con la boca abierta y fumando un cigarrillo mentolado.»

—No lo sé. Sacaré el dinero de algún lado. Jenna sabe lo que ocurrió, me dará más tiempo.

—Parece de las que no conceden prorrogas.

Eran las doce de la decimocuarta noche de insomnio y me encontraba aporreando el teclado del portátil frenéticamente mientras bebía café y fumaba un cigarrillo. Estaba encendido, iluminado. Y cuando lo tienes lo sabes, y hay que agarrarlo fuerte, como a un puto pez escurridizo. Porque cuando se te escapa no sabes cuándo va a volver, y entonces sientes un vacío en el pecho de lo más jodido, y tu alma se derrite. Pero estaba de racha, catorce noches seguidas aporreando el teclado sin parar. Y esa revista de Nueva York, del gigantesco y jodido Nueva York, el coloso literario, el vellocino de oro, había comprado dos de mis relatos. No era mucho dinero, pero me sentía como el joven escritor más afortunado del mundo.

Aporrearon la puerta de mi cutre apartamento de la parte mala de la calle Jones.

—Spaniard, ábreme —gritó Steven desde el otro lado.

—Ya voy —contesté guardando el documento.

—Tu portal está lleno de yonkis.

—Son los porteros.

—¡Los porteros! —Steven soltó una carcajada nerviosa—. Qué ocurrencia, los porteros.

«Steven se movía nervioso por el cutre apartamento como si no supiese dónde dejarse caer. Iba pasadísimo y parloteaba continuamente sin atinar a decir nada con sentido.»

—Sí, se aseguran que no entre ningún indeseable y si les das un dólar te bajan la basura.

—¡La basura! —Volvió a reír.

Steven se movía nervioso por el cutre apartamento como si no supiese dónde dejarse caer. Iba pasadísimo y parloteaba continuamente sin atinar a decir nada con sentido.

—Yonkis porteros —musitó—. Jodidos yonkis porteros.

—¿Qué ocurre, Steven?

—Esa loca...

—¿Jenna?

—La puta Jenna. —Me robo un cigarrillo del paquete y se lo encendió. Las manos le temblaban como si hubiesen sido desconectadas del cuerpo—. Está en la puerta de mi edificio. Noche y día ¡Hostia! Noche y día. No se separa ni un segundo. Me asomo por la ventana y ahí está con sus enormes gafas de pasta. ¿A qué vienen esas gafas? Mi hermana fue con ella a la escuela católica, ¿sabes? Me dijo que no tiene ningún problema de vista.

—Cálmate, Steven —le dije señalándole el desvencijado sofá.

—No puedo, tío, no puedo.

—¿Qué has tomado?

—Speed, no mucho, lo suficiente para mantenerme alerta y que esa puta no me mate. He tenido que escapar de mi apartamento por la cañería de desagüe. ¿Sabes lo peligroso que es eso?

—Tranquilízate —insistí.

—No me digas que me tranquilice, ¡joder!

Fumó en silencio y sin dejar de moverse, esparciendo la ceniza por el suelo del apartamento.

—¿Puedo quedarme en tu piso? Solo serán un par de noches, hasta que las cosas se calmen.

—No sé —dije sin ganas. Estaba de racha y no quería que Steven me la jodiese con su paranoia.

—Venga, hombre, solo serán un par de días, ni te enterarás que estoy aquí.

Al final transigí y saqué una manta del armario. Era una manta vieja y roñosa que el anterior inquilino había dejado olvidada en el altillo. Steven se tumbó en el sofá, se descalzó y se tapó hasta la barbilla con la manta. Volví a sentarme frente al portátil con el convencimiento de que aquello no duraría demasiado.

—No puedo dormir —dijo con los ojos cerrados.

—Pues cuenta ovejas.

—¡Cuenta ovejas! —respondió indignado—. Tío, estoy en pleno subidón. No puedes pedirme que cuente ovejas.

—Y yo qué quieres que le haga.

Steven se agitó buscando la postura ideal para dormir. Sabía que no la encontraría, no había forma humana de sentarse cómodamente en aquel sofá y mucho menos de dormir.

—Hagamos algo —propuso incorporándose—. No creo que vaya a poder pegar ojo en toda la noche.

—Eso deberías haberlo pensado antes de meterte el speed.

Se quedo en silencio un rato largo, tanto que casi pensé que se había dormido, pero no.

—¿Qué escribes?

—Un relato —contesté escuetamente.

—¿De qué va? Léemelo, igual así me duermo.

—No está acabado. No he tenido tiempo de repasarlo.

—Da igual —insistió Steven—. Cualquier cosa es mejor que estar aquí tumbado sin hacer nada.

Me desplazé hasta el principio del texto con el ratón y comencé a leer. No llevaba ni dos páginas cuando me atenazó la sensación de que todo aquello era una mierda, dejándome profundamente trastornado. ¿Qué coño estaba haciendo en la otra punta del mundo escribiendo sin parar? Yo no era escritor, solo era otro gilipollas asustado. Acojonado por lo que significaba crecer. Era como Marc y Steven, como casi todos a los que conocía. Una generación entera de mierdecillas asustados que quieren seguir siendo adolescentes.

—¡Joder, Spaniard! Es cojonudo —dijo levantándose del sofá—. En serio, me gusta.

—Es basura. —Estaba en el punto álgido de mi paranoia autodestructiva, la misma que me asaltaba cada vez que releía uno de mis textos.

—No, no, no. Es bueno. Si fuese un libro, y yo comprase libros, tendrías un lector asegurado.

Steven pasó una semana en mi sofá. Una semana entera en la que tuve que huir de mi propio cutre apartamento porque allí no podía concentrarme. Steven se pasaba el día encerrado, tumbado en el sofá o deambulando. Metido en la cocina preparando algo horrible en una de las grasientas sartenes. Masturbándose en el baño con la puerta abierta. Rebuscando en mis cajones algo que meterse.

Y siempre estaba pasado; Marc se ocupaba de eso. Le traía speed y mariguana, y yo pensaba que haría mejor dándole el dinero para que pagase la deuda con Jenna, pero no. Solo eran dos adolescentes que esperaban que sus madres les sacasen del embrollo en el que se habían metido, como habían hecho siempre. Mientras, me refugiaba en la cafetería de la esquina que abría toda la noche o en la biblioteca. Siempre con el portátil bajo el brazo, viviendo fuera de mi propia casa.

Pero al final ocurrió lo que tenía que ocurrir. Y ni todas las madres de Russian Hill, Pacific heights,

«Steven se tumbó en el sofá, se descalzó y se tapó hasta la barbilla con la manta. Volví a sentarme frente al portátil con el convencimiento de que aquello no duraría demasiado.»

Cow Hollow... Todas esas preciosas madres de tetas operadas, labios hinchados y coños reconstruidos tras el parto, moldeados a imagen y semejanza de una porno-star —que también se aferraban a una juventud inexistente, porque nadie parecía querer aceptar que los años pasaban—, ninguna de esas madres podría haber hecho nada para evitarlo.

Llamaron a la puerta, eran otra vez las doce de la noche y me disponía a salir de casa en dirección a la cafetería de la esquina que abría veinticuatro horas; donde los borrachos y los yonkis se refugian del frío y dormitan en los largos sofás de skay, meándose encima y babeando sobre la mesa con los ojos fijos en algún punto inexistente de la pared.

—Soy Jenna, ábreme, Spaniard.

Le señalé el armario a Steven para que se escondiese.

—Me pillas a punto de irme —dije nada más abrir la puerta.

—Pues te esperas.

Y ahí estaba Jenna, con su alta coleta, su sudadera verde y las enormes gafas de pasta negra deslizándose por el puente de la nariz. Jenna la psicópata. Crazy Jenna. Todos los drogatas de medio pelo —los que solo consumíamos mariguana y alguna que otra raya de speed los fines de semana— la conocíamos. Todos habíamos oído historias. Como aquella vez que un tipo intentó violarla y acabó con la polla y los huevos amputados y metidos en la boca; murió desangrado en una ambulancia de camino al hospital.

*«Jenna se coló en el
cutre apartamento
sin decir una sola
palabra más y
husmeó el aire como
un adiestrado perro
de presa.»*

Jenna se coló en el cutre apartamento sin decir una sola palabra más y husmeó el aire como un adiestrado perro de presa. Entonces sacó una pistola, grande y negra; demasiado grande y demasiado negra para una persona de su tamaño. La llevaba embutida en la cintura de los pantalones vaqueros. Y la sacó sin dificultades, como si hubiese hecho aquel mismo movimiento cientos, miles, millones de veces. Y apuntó al armario. Y disparó.

Se abrió un enorme agujero en el centro de la fina puerta de madera blanca y, poco después, Steven se desplomó dentro del armario. Me quedé petrificado con la mirada clavada en la puerta, esperando que un charco de sangre asomase por debajo como había visto en las películas, pero no lo hizo.

—Debería pegarte un tiro.

—Agradecería que no lo hicieses. —Por algún motivo estaba calmado. Era como si todo aquello no fuese real, sino parte de un relato que estuviese escribiendo.

—Tranquilo, Spaniard, no voy a matarte —dijo subiéndose las gafas con la culata de la pistola—. Sé que no vas a delatarme. Seguramente te lo guardarás y, dentro de unos cuantos años, escribirás sobre esto y todo el mundo pensará que te lo has inventado.

Aun así me apuntó al pecho.

—Siéntate en el sofá —me ordenó secamente—. ¿Sabes? Siempre me has parecido bastante atractivo.

Crazy Jenna se quitó la gruesa sudadera verde. Debajo llevaba un apretado top blanco y tenía buenas tetas; demasiado grandes para una chica de su complejión. Luego sacó una bolsa de speed, la abrió e introdujo el cañón de la pistola. Cuando volvió a sacarlo era una montaña de ónice con la cumbre nevada. Esnifó gran parte del speed y dijo:

—Vamos a follar.

Y aquello tenía sentido.

Me bajé los pantalones hasta los tobillos. Jenna la psicópata se quitó los vaqueros y las braguitas rosas de hello kitty y se sentó a horcajadas sobre mí. Luego me metió el cañón recubierto de speed en la boca.

—¿Te gusta tener la gran polla negra en la boca?

Aparté el cañón a un lado con la lengua.

—No, la verdad es que no.

—A nadie le gusta. Ahora fóllame; y más te vale dejarme satisfecha, no queremos que la gran polla negra se corra en tu boquita.

—No, no queremos —confirmé.

Jenna solo estaba haciendo su cosa, su película. Me cabalgaba furiosamente sin sacar la gran polla negra de mi boca, y se movía, saltaba, trotaba, galopaba con los ojos desorbitados y las enormes gafas de pasta rebotando contra su nariz. Yo, por mi parte, estaba mucho más excitado de lo que he estado en toda mi vida. Tal vez porque tenía aquella pistola arañándose el velo del paladar, aquel símbolo fálico, aquella confirmación de que las mujeres pueden ser tan hijas de puta como el más cabrón de los hombres. O quizás era la ingente cantidad de speed que se deslizaba por el cañón directamente a mi garganta abrasándose la lengua por el camino.

Total, Jenna me folló en el sofá desvencijado de mi cutre apartamento mientras yo luchaba por no correrme, principalmente porque no quería una bala en mi precioso cerebro. Entonces comenzaron los espasmos y temí que su dedo se deslizase sobre el gatillo. Pero ella lo tenía todo controlado; jodida Jenna y su loca manera de follar.

—Córrete, cabrón, córrete —me urgió mordiéndome el cuello hasta hacerme sangrar.

Eyaculé en su interior y diría que acabamos justo en el mismo instante en una preciosa sincronía. Luego se levantó y se puso de nuevo los pantalones sin preocuparse por la carga que había inyectado en su interior.

—No pienses nada raro, no quiero tener a un pequeño Spaniard correteando a mi alrededor —dijo subiéndose la bragueta—. Hace tiempo que me extirparon los ovarios. Eran poli quísticos. Estoy completamente vacía.

Se dio unos golpecitos en el vientre con la culata como si esperase que sonase a hueco.

—Estás loca, Jenna.

—Eso dicen. De todas formas, me ha gustado, deberíamos repetir.

—Seguro —dije acariciándome la mandíbula.

—Por cierto, te recomiendo que te largues un par de horas, mis chicos van a venir a limpiar.

Sus chicos, pensé, la jodida Jenna y sus chicos que venían a limpiar mi cutre apartamento. Así que cogí mi portátil y pasé el resto de la noche en la cafetería, bebiendo un café tras otro y fumando en los servicios. Estaba colgado de speed y adrenalina, habría sido una tontería intentar dormir. Además tampoco tenía donde hacerlo. Los chicos de Jenna estarían descuartizando al pobre Steven de Russian Hill —que ya no tendría que dejar de ser adolescente— en mi baño. Luego meterían sus trocitos en bolsas de basura que hundirían en la bahía; una tumba con vistas al Golden Gate. Y la preciosa y operada madre de Steven lo buscaría un tiempo, hasta que se cansase de llorar y pasase a otra cosa: a follarse a su joven jardinero, por ejemplo.

El amanecer me pilló en la cafetería, y de ahí fui directamente al aeropuerto donde tomé el primer avión a España. Solo quería dejar de ser Spaniard, el puto Spaniard que se había follado a Crazy Jenna en el sofá mientras su amigo se desangraba dentro de un armario.

© Emilio Chapí Verdú

Emilio Chapí Verdú. Ingeniero informático nacido en valencia, he publicado relatos en diversas revistas literarias online entre las que se incluye el número 24 de la revista Narrativas. Actualmente acabo de finalizar mi primera novela: *La cara oculta* y estoy en busca de un editor para distribuirla.

LA AGUJA IMPERDIBLE

por José Vaccaro Ruiz

Son las cuatro de la madrugada.

Me despierto amarrado en sudor y con la respiración entrecortada.

La misma pesadilla de siempre.

Durante el tiempo que la irrealidad del sueño va desapareciendo y retorna al rincón de mi cabeza donde hiberna agazapada y de donde periódica e inopinadamente regresa, mantengo mis ojos de búho fijos en la visión del techo de mi habitación y en el dibujo cambiante de claros y oscuros que la escasa luz que procedente del exterior va creando en su superficie. Luego, poco a poco, las señales que llegan de mi entorno me van volviendo al presente y consiguen tranquilizarme. El silencio de la calle solo roto por algún espaciado petardeo del tubo de escape de una moto o un coche, el perfil familiar de la puerta entreabierta de mi dormitorio que da al pasillo, las dos perchas con la ropa colgada que me quité ayer, mi reloj encima de la mesilla de noche o el libro con el punto sobresaliendo de sus páginas allí donde anoche dejé la lectura. Lo próximo se vuelve cotidiano, conocido, amable y fiable.

La frecuencia con que reaparece la alucinación es variable, a veces pasan semanas, incluso meses sin hacer acto de presencia, lo cual me hace creer que mi cerebro ha olvidado y sepultado en el último rincón de la memoria el suceso que la provoca.

Pero me equivoco.

Está ahí, vivo y acechándome. Han pasado seis años, dos meses y cuatro días desde que ocurrió, tal vez ese dietario al que cada mañana añado un dígito sea la causa de su continuo retorno. Aunque no puedo evitar hacerlo porque es la única manera de que dispongo —eso pienso yo—, para conseguir alejarme y separarme de su contacto, para poner tiempo, distancia y olvido entre aquella aciaga jornada y el día de hoy.

Desde el dieciocho de julio del treinta y seis, y por el simple hecho de estar haciendo el servicio militar en Burgos, yo formaba parte de las tropas de infantería franquistas —nacionales o facciosas según quien lo diga—. Luego de una temporada en el frente de Madrid mi regimiento fue destinado al sector del Ebro, concretamente a la Cota 481 conocida en la topografía militar como el *Grano*. Se trata de un otero que domina un meandro del río, cerca de Gandesa. Enfrente de la posición que ocupábamos las huestes del Generalísimo estaba el ejército republicano, nos separaba a los dos bandos una orilla arenosa a uno y otro lado del cauce, que allí tiene un fondo máximo de tres metros y un ancho de ochenta. En total, la distancia que mediaba entre la bocacha de mi máuser y las de mis enemigos era de unos trescientos metros. Las aguas, sabiéndose ya próximas al mar, bajaban indolentes y tranquilas, ajenas e indiferentes a las dos banderas enfrentadas que ondeaban a derecha e izquierda de su lecho, creando una bucólica y falsa imagen de paz que el sonido de un disparo o una ráfaga se ocupaba muy de tanto en tanto de romper.

«Han pasado seis años, dos meses y cuatro días desde que ocurrió, tal vez ese dietario al que cada mañana añado un dígito sea la causa de su continuo retorno.»

La estabilidad del frente, inamovible durante meses, favorecía en cada atardecer el intercambio de menudencias —desde tabaco a latas de conserva e inclusive de noticias—, entre las dos riberas mediante un artilugio de poleas anclado en dos recios eucaliptus a banda y banda y que guiaba un cesto por encima del nivel de las aguas, un relajamiento nacido de la creencia que esa situación de tregua era de duración indefinida y no tendría otra contingencia ni sobresalto que el final de la guerra. Incluso los domingos por la mañana había algún osado que en pelota picada se atrevía a darse un baño haciendo oídos sordos a los comentarios que unos y otros y a gritos hacían sobre las partes más visibles o invi-

sibles de su anatomía. Así transcurría nuestra vida de aguerridos soldados hasta el amanecer del veinticinco de julio del treinta y ocho, cuando de repente el cielo se nubló de humo negro, y el murmullo de las aguas, el canto de las chicharras y el croar de las ranas quedó enmudecido por el estruendo de los obuses alertando de un inminente ataque. Y en cuanto al sentido del olfato, y en ese tiempo previo al asalto, ala habitual y familiar miasma de la roña y el sudor se le unió el de la pólvora y la ácida pestuza que el miedo destila saliendo a borbotones por los poros de la piel humana.

Aquel episodio bélico que duró hasta el uno de agosto, en los libros forma parte de la llamada Batalla del Ebro como uno más y sin la menor importancia si uno se atiene a la historia oficial, algo muy distinto para quien, como yo, lo vivió y le cambió su futuro. Fueron siete días de hostigamiento y escaramuzas constantes, focalizados en los embates que a duras penas pudimos rechazar. En sus acometidas cada vez el enemigo se acercaba más a los sacos terreros por encima de los cuales nuestros fusiles asomaban. El derroche de los medios empleados y la rabia de los ataques, junto a las noticias que nos llegaban con origen en el cabo furriel y los telegrafistas hacían pensar que la cosa iba en serio, se decía incluso que el objetivo del gobierno de Madrid era volver a unir las dos zonas republicanas, con nosotros pillados en el medio. El enemigo, comandado por el teniente coronel Juan Guilloto y siguiendo el plan trazado por el general Vicente Rojo, llevaba a cabo una ofensiva en todo el frente comprendido desde el punto donde el río Guadalupe aboca su caudal al Ebro y hasta la ciudad de Tortosa, habiendo conseguido cruzar al otro lado y establecer una amplia cabeza de puente entre Mequinenza y Xerta, al norte de donde se encontraba mi compañía. Cuando uno, como era mi caso y el de todos los turutas que me rodeaban, se encuentra encastado en una trinchera a una temperatura de cuarenta grados,

«Fueron siete días de hostigamiento y escaramuzas constantes, focalizados en los embates que a duras penas pudimos rechazar.»

oyendo a su alrededor silbar y explotar las bombas procedentes de las bodegas de los Supermosca y los Superchato de la aviación roja —también llamada republicana, o gubernamental—, y siendo el destinatario de miles y miles de proyectiles procedentes de las estriadas ánimas de fusiles o cañones con un calibre que va, desde nueve milímetros a los 155 de los pesados Schneider franceses, recibiendo y rechazando enfurizados asaltos de día y de noche que dejan a tu lado heridos y muertos, llega un momento en que te da igual vivir o morir. Sobrevives, aparte de gracias a la suerte, por

puro reflejo condicionado, sin más comida que un resto del chusco de pan duro de anteayer o de los gusanos que pillas y a los que, al masticarlos y deglutirlos esófago abajo, no les preguntas de dónde han salido ni el por qué están tan orondos; y sin más bebida que el agua conseguida de los charcos que dos días antes había llenado la lluvia o la extraída de los contaminados pozos, un H₂O celosamente guardado en una abollada cantimplora porque sabes que cuando se agote tendrás que beberte los orines si no quieres morir de sed.

Con seis días de balacera a cuestras, el amanecer del aciago uno de agosto, la fecha a partir de la cual, y como ya he dicho, voy añadiendo días en mi agenda, sufrimos otro ataque, el que hacía cuatro desde el inicio de la ofensiva y que sería el penúltimo, porque al poco los republicanos desistieron en su acometida —su fracaso y el desgaste de hombres y materiales que al final no habían servido para nada fue la antesala de su derrota final—, y el frente quedaba inamovible.

Aunque eso yo no lo vería porque para entonces no estaría allí.

Según me explicó el sargento García con el que me encontré un domingo en la Plaza Real tres años después, los dos frente a un plato de boquerones y dos cañas de cerveza —el muy cabrón me lo contaba entre risas, él había cicatrizado sus heridas de guerra, lo contrario que yo—, se necesitaron varias semanas de calma posterior para reparar las poleas y la cesta de intercambio entre los rojos y los azules y reanudar el anterior trueque de cigarrillos por anís, pan moreno o secallona. «El tiempo todo lo cura», fue la moraleja que soltó quien había mandado mi sección, algo que a mis oídos y en mis circunstancias sonó como una maldición. Detrás de la enfuriada e inútil batalla de siete días quedaría una carnicería que tendría, aparte de otras consecuencias, haber rebajado el censo de españoles de cada bando en unas decenas de miles.

Sin contar los ojos, piernas y brazos dejados por el camino.

Como siempre, y antes de producirse la embestida, desde el otro lado llovieron los obuses de 60 milímetros lanzados por los morteros Valero o Lafitte y las ráfagas de las ametralladoras Sant Etienne de 8 milímetros en fuego cruzado, el más dañino, aparte de dos vuelos rasantes de su aviación que dejó varios cráteres en el terreno. En uno de ellos, y a causa de haber errado la puntería, con una docena de cuerpos atacantes desmembrados en su interior. Bienvenido sea el fuego amigo.

La primera oleada de la ofensiva la rechazamos, aunque una parte de los asaltantes, sería un par de cientos, que habían conseguido ultrapasar el Ebro quedaron atrapados en nuestra orilla, parapetados tras un muro bajo de piedra que en tiempos de paz hacía de defensa en las crecidas para salvaguardar de las riadas una contigua zona de huertos. A su espalda, dejadas a su suerte y convertidas en colador por la balacera que recibieron mientras cruzaban el río, semihundidas, estaban las barcazas utilizadas para el transporte, durante la travesía impulsadas por unos brazos asomados a babor y estribor moviendo los remos y sobre los que nosotros y desde la loma hacíamos aplicada puntería. De las dos docenas de embarcaciones que componían la flotilla una zozobró antes de llegar a la otra orilla, y dos embarrancaron y quedaron varadas en una zona descubierta, de sus ocupantes no quedó—mejor decir que no dejamos—, ni tan siquiera uno vivo.

Producido el desembarco, las dianas a las que apuntábamos desde la Cota 481 eran de mayor dimensión, unos cuerpos sobrecargados con una gruesa mochila a la espalda que, en cuanto pisaban tierra firme buscaban parapetarse detrás de una pequeña duna o de la mole inerte de quien les precedía que yacía cosido a balazos. Para luego, y respondiendo a los ladridos del cabo, el brigada o el sargento, reptando, queriendo hundirse en la tierra para hacerse menos visibles y vulnerables, ir ganando centímetros en la misma dirección de donde les llegaba el plomo. Y por nuestra parte sentir la cercanía cada vez mayor de quien viene dispuesto a acabar contigo, un magma de exterminio que ocupa todo el espacio delante de ti, avanzando, cada vez más cerca. El tiempo de cada asalto apenas dura unos minutos de reloj, pero su intensidad hace que sea vivido en cámara lenta sobrecargado de infinitos detalles a los que acompaña el terror más cervical —un fognazo, machetazos, una ráfaga de ametralladora—. Los segundos se ralentizan hasta transformarse para el sujeto que los padece en una percepción de horas y en una interminable secuencia cargada de los peores augurios.

Silenciados los cañones y morteros al dar por terminado el bombardeo previo y una vez en tierra firme, a los que habían tenido la suerte de esquivar las balas el agudo toque de silbato de sus oficiales —el procedimiento utilizado en todos los ejércitos para dar comienzo a la descubierta—, les obliga a levantarse para el asalto. Los cuerpos de los atacantes reaparecen entonces por encima de la cota del terreno y fuera de la mínima protección anterior, corriendo en zig-zag para no presentar un blanco fijo, lo que ocurriría si lo hicieran en línea recta. Avanzan inclinados y con la encasquetada testa por delante a modo de ariete —es preferible un tiro en la cabeza y una muerte rápida que un balazo en los intestinos con una dolorosa agonía de varios días—. Es

*«Los segundos se
ralentizan hasta
transformarse para el
sujeto que los padece
en una percepción de
horas y en una
interminable
secuencia cargada de
los peores augurios.»*

una ciega carrera entre una tempestad de disparos y explosiones mientras ven como el de delante o el de al lado cae fulminado. Pero nadie se para, sigue, sigue y sigue. Y por fin, cuando quien ha sobrevivido a cruzar el río ha superado el siguiente obstáculo, escalando los veinte metros de desnivel que le separaban del enemigo, se alcanza el momento de cuchillo contra cuchillo y carne contra carne al saltar al interior del foso, un lugar de donde los que allí estamos no tenemos escapatoria posible.

O matas o te matan.

No puedo dejar de citar el casco llamado *pikelhaube* empleado por el ejército alemán durante la Gran Guerra, la que conocemos como Primera Guerra Mundial antes que la existencia de la que ahora llamamos Segunda obligara a numerarlas. Se trata, dicho *pikelhaube* —una palabra que fonéticamente a mí me suena a pájaro loco, pido perdón si ofendo a los dibujos animados—, de un afilado ariete rematando el casco, diseñado para clavarse en el enemigo como otra arma blanca, un segundo machete colocado en la cabeza. No quiero entrar en el sentido que puede tener encastar semejante punchón como apéndice exterior del cerebro, pero no hace falta mucha fantasía para sacar conclusiones.

Si la guerra es por sí cruel, la peor, más horrible y salvaje actividad que el hombre puede llevar a cabo, la negación absoluta de la razón y la solidaridad y el triunfo de la locura y la barbarie, su más ignominiosa e inhumana manifestación es el combate a bayoneta calada. Filos de acero estriados y untados de grasa, tierra o mierda para que se claven más fácilmente y al hacerlo causen la gangrena y la muerte más dolorosa, buscando materia viva en donde hundirse, en donde barrenar, culatazos, disparos a quemarropa, bombas de mano que explotan en la cara dejando un relieve cercenado y plano donde antes había mejillas, ojos, nariz, labios. Y entre tanta furia homicida, durante y después del combate, la codicia de unas manos ansiosas y unos ojos de buitre solo atentos a rebuscar en los dedos, muñecas o cuellos de los heridos o en los cadáveres medallas, anillos, relojes, el botín de los carroñeros. Una vez escuché que la guerra es aquella situación en la cual dos personas que no se conocen se matan por los intereses de otras dos que se conocen y no se matan. Ciertamente, solo hay que ver como acabaron algunos de los mesías de aquella llamada Cruzada por los vencedores. Cruzada, un santificado pero bárbaro calificativo para designar lo que no es más que pura masacre. Estoy pensando en la Pasionaria, que sobrevivió medio siglo en un exilio dorado, y que acuñó una numantina sentencia que pregonó como norma de conducta a seguir por los demás, pero no por ella: «*Es preferible morir de pie que vivir de rodillas*». Cuando recuerdo aquella ira homicida del enemigo, de los rojos, supongo que muy parecida sino igual a la nuestra, la del bando nacional, y la presencia del oficial a retaguardia de la tropa atacante con su Astra amartillada dispuesto a disparar sobre quien diera un paso atrás, me viene a la memoria otra frase de Josef Stalin, un dictador con millones de muertos a su espalda, referida al reinado del terror que impera en toda la cadena de mando, desde el general al soldado pisa hormigas durante la batalla: «En la guerra hace falta más valor para retirarse que para avanzar». Una forma de expresar que el enemigo es la guerra misma.

«El espacio que separaba nuestra trinchera de las aguas del Ebro quedó sembrado de cadáveres y heridos enemigos por la rociada de balas con que les despedimos al retirarse.»

Al frente de los atacantes iba un socialista inglés de las Brigadas Internacionales, un alférez que, contrariamente a lo que acostumbraba a ocurrir con los oficiales, siempre se situaba al frente de los ataques, en la posición de mayor peligro. Su figura rubia, alta y estilizada y el gorro de tela coronando su testa en lugar del casco de acero destacaban tanto como la Luger que esgrimía en su mano derecha, mientras la izquierda se movía en dirección hacia adelante, allí donde estaba el enemigo, marcando el sentido del avance. Y ocurrió —fui testigo de ello— que, cuando parecía que su empuje y el de la tropa que mandaba estaban a un paso de la victoria, una bala perdida penetró por su maxilar y salió por el temporal, abriéndole la cabeza como una granada y matándole en el acto. La desmoralización que cundió entre los

asaltantes fue inmediata, el hecho de que el invencible John Westing hubiera caído se interpretó como que la *baraka*, la protección divina del regimiento, había desaparecido con él. Lo contrario de lo que percibimos los defensores, que Dios y su Corte Celestial nos daban su amparo. Y a los pocos minutos se producía la desbandada. El espacio que separaba nuestra trinchera de las aguas del Ebro quedó sembrado de cadáveres y heridos enemigos por la rociada de balas con que les despedimos al retirarse. Los doscientos sobrevivientes, emboscados y arracimados junto a la orilla eran incapaces de retornar al otro lado como no fuera nadando, pendientes solo de cuándo era el mejor momento para atar un trapo blanco a un fusil y levantarlo en señal de rendición. Lo harían, pero eran conscientes de que para llevarlo a cabo resultaba imprescindible que mediara un tiempo, siquiera unas horas, suficientes para que bajara el nivel de nuestra adrenalina y así poder controlar los deseos de hacer diana en cualquier cosa animada que se moviera y que momentos antes buscaba matarnos. En esa calma tensa, un sargento y el teniente de mi compañía, borrachos de fervor patrio —la resaca del miedo presenta muy variadas formas de manifestarse—, recorrían el foso de la trinchera repitiendo la palabra ¡Victoria!, algo que no conseguía despertar la alienada mirada de la mayoría.

Pero cuando ya parecía que lo único que quedaba por hacer era completar la intendencia de la derrota del enemigo —desarmar a los doscientos cercados cuando se entregaran, separar a los heridos de los muertos, los primeros por supuesto los nuestros, y luego de arrancar la identificación de su cuello enterarlos cuanto antes—, apenas media hora más tarde, se produjo un segundo ataque. Quizá el mando enemigo consideró que nuestra capacidad de resistencia estaba el límite y no aguantaríamos una nueva arremetida, o bien que la cabeza de puente que permanecía a salvo y a cubierto a este lado del río, y

que nosotros creíamos se iba a rendir, convenientemente reforzada era suficiente para concluir el trabajo iniciado. Por nuestra parte disponíamos de la protección de la trinchera y de una mayor altura respecto de los atacantes, pero conscientes de lo cerca que poco antes habíamos estado del exterminio, nuestro ánimo guerrero no era lo que se dice el mejor, más de uno miraba a su espalda con ánimo de arrojar el fusil y apretar a correr. Tras casi una semana de pasar estrecheces y de ver la muerte segando vidas a nuestro alrededor, física y anímicamente derrengados, por mucha ¡Victoria! alcanzada no ansiábamos otra cosa que nos dejaran tranquilos, los primeros el teniente y el sargento que iban voceando el alirón, y por extensión la Patria, Dios y el mismísimo Francisco Franco Bahamonde. A ese deseo ayudaba el ver deambular por el foso la negra sotana del capellán castrense recién salido del zulo donde se guarecía si pintaban bastos, él decía que se recluía allí para rezar por nosotros; el *Cuervo* —como a hurtadillas le llamábamos—, iba cerrando los ojos y dando la extremaunción a los muertos mientras bisbiseaba una oración. Ni que decir tiene que en cuando tronó el primer mortero de la nueva serie dejó aquella cristiana labor y regresó a su ratonera. En contraste con nuestro decaimiento, y a la vista de su nueva acometida, el enemigo mostraba una voluntad firme de escalar cada metro de nuestro bastión hasta conseguir arrojarnos de él, aunque tuviera que pagar un alto precio por ello.

Se incrementó la lluvia de obuses de mortero sobre nuestra cota, tal parecía que desde el otro lado la munición de que disponían no tuviera fin, otro motivo de desesperanza. Y mientras aquel alarde artillero nos obligaba a no asomar la nariz, acurrucados en el laberinto de los sacos terreros, otras ocho barcasas— ¿de dónde demonios habían salido?, ¿es que aquellos cabrones disponían de un astillero en su retaguardia?—, se metían en el agua cargadas con ciento cincuenta infantes que por la forma como se movían parecían recién levantados de la cama, tropa de refresco. Si bien una de las barcasas se hundió, las otras siete dejaron su cargamento en nuestra orilla, uniéndose al contingente que esperaba el momento adecuado para rendirse y que ahora, en cambio, se veía de nuevo encaminado hacia la batalla.

Y a continuación, y con mucha más facilidad en la ascensión que la otra vez, los atacantes culminaron la subida al otero y dio inicio la pelea cuerpo a cuerpo. En esa posición, y como en el anterior asalto, el acero enemigo nos venía desde arriba, desde la cumbre de la trinchera, estando nosotros en clara desventaja. El peine de mi máuser, como el de la mayoría, estaba vacío de las cinco balas disparadas con anterioridad y visto que la dedicación y el tiempo que necesitaría para su recarga, entre quince y veinte segundos, eran más que suficientes para que uno cualquiera de aquel aluvión de lustrosos puñales me atravesara el corazón, no me quedaba más remedio que intentar defenderme como pudiera, literalmente con uñas y dientes.

«Se incrementó la lluvia de obuses de mortero sobre nuestra cota, tal parecía que desde el otro lado la munición de que disponían no tuviera fin, otro motivo de desesperanza.»

No sé durante cuánto tiempo estuve esquivando los filos que me llegaban de frente, de un lado y del otro, lo hice pegando machetazos y culatazos a diestro y siniestro, agachándome y fintando. Hasta que sentí que mi brazo izquierdo de repente se frenaba en su volteo. A la altura del codo tenía clavada una bayoneta hasta la empuñadura, la bruñida punta goteando sangre sobresalía por detrás. El instante que quedé hipnotizado ante aquella visión fue aprovechado para recibir un culatazo en la nuca que me derribó.

No recobré la conciencia hasta despertarme en una camilla de hospital cuatro días después, bañado en sudor y orines de la cabeza a los pies. Era uno más de dos largas filas de heridos que ocupaban los camastros adosados a los laterales de una nave agrícola acondicionada como hospital de campaña, y en donde los gemidos y gritos de dolor era un coro con todo tipo de registros, aullidos, lamentos y lloros. Una densa nube de moscardones sobrevolaba y se posaba sobre cualquier cosa que considerara apetecible sin que nadie la ahuyentara, y sobrenadando el ambiente un fétido olor a sangre coagulada y carne en descomposición. Me limité a parpadear ligeramente, sin fuerzas para moverme. Me sentía infinitamente débil, la lengua reseca como una suela de zapato.

Poco tiempo después de recuperar la conciencia pasó una monja, en sus manos un cubo que dejó en el suelo al observar cómo la seguía con la mirada. Se inclinó y leyó mi chapa, y con un rictus que quería ser una sonrisa me dijo:

—Buenos días, José. —Se inclinó y del balde sacó un cacillo con agua, me lo acercó y yo bebí con avidez. Tras una segunda dosis de líquido me preguntó:

—¿Mejor ahora?

Yo intenté responderle pero no pude, y simplemente asentí con un movimiento de cabeza. La atención de ella se dirigió a mi lado izquierdo, siendo acompañada por la mía. Allí, donde hasta hacía poco y desde que nació tenía una mano y un antebrazo, ahora había un muñón cubierto con un aparatoso vendaje teñido de rojo oscuro.

—Lo importante es que sigues con vida —dijo ella. Y sin más volvió a coger el cubo y se alejó. Yo miré aquella amputación pensando que era un espejismo, sentía la mano, incluso estaba convencido de que si me lo proponía podía mover los dedos. No, no podía ser verdad. Solamente después, cuando le expliqué al médico dicha sensación me dijo que eso siempre ocurre, el cerebro cree que todavía tiene bajo su dictado el cuerpo al completo.

Pero no es la realidad.

Estuve allí una semana hasta que me mandaron licenciado a casa con la promesa de una prótesis y una pensión vitalicia, algo que seis años y pico después lo primero todavía no se ha producido y lo segundo solo a medias.

«Yo miré aquella amputación pensando que era un espejismo, sentía la mano, incluso estaba convencido de que si me lo proponía podía mover los dedos. No, no podía ser verdad.»

En esa breve estancia hospitalaria supe que finalmente el ataque al *Grano* fue rechazado, de nuestra retaguardia llegó un Panzer alemán que sembró la muerte y el terror entre los rojos provocando su huida a la desbandada. Inconsciente a causa del golpe recibido en la cabeza y de la sangre derramada, me trasladaron allí donde ahora me encontraba, y pasados dos días —mi herida no tenía prioridad frente a otros traumas muchos más graves, de ahí la demora en tratarla—, visto que las urgencias habían mermado y que la gangrena ya estaba campando a sus anchas se compadecieron por fin de mí. Me colocaron un algodón en nariz y boca, echaron unas gotas de cloroformo para conseguir que siguiera durmiendo, me cercenaron con una sierra el húmero, el bíceps y el tríceps junto con los nervios mediano, cubital y radial, me libraron de tres kilos de mi cuerpo que harían compañía a los muertos enterrados ese día, y me cauterizaron la zona que habían dejado huérfana.

La misma monja que había calmado mi sed en su momento, el último día de mi estancia se acercó y abriendo una carpeta que llevaba bajo el brazo me mostró dos folios mecanografiados con el membrete de la División a la que yo pertenecía, sobrecargados de títulos y firmas y con ¡Viva Franco! y ¡Arriba España! rematando el texto. Y me señaló mi nombre incluido en una lista. Allí se decía que yo y otros como yo nos habíamos «comportado con heroica entrega y espíritu de sacrificio combatiendo con arrojo y valor más allá de lo que obligan el deber y las Ordenanzas Militares, y gracias a eso se había conseguido obtener una victoria más sobre los enemigos de Dios y de la Patria».

Yo iba a decirle que cambiaba esa mención honorífica por mi brazo, pero ella no me dio tiempo. De un pliegue de su hábito sacó un trozo de papel con una fecha, la del escrito, y una referencia, la del coronel que lo firmaba, y me lo metió en el bolsillo de mi camisa, la misma que llevaba puesta cuando recibí el bayonetazo, aunque ahora estaba deshilachada y le faltaba la manga izquierda desde el puño hasta la sisa del hombro:

—El original no te lo puedo dar —devolvió los dos folios a la carpeta—, pero esto sí. Toma, muchacho, lo que aquí está escrito te ayudará a encontrar trabajo cuando termine la guerra. No lo pierdas.

Y así fue. El tres de mayo de mil novecientos treinta y nueve me presenté en el cuerpo de guardia del cuartel del Bruch y planteé mi situación ante el alférez que era de la escala provisional, el yugo y las flechas cosidas en su pechera así lo indicaba. No debía ser el primero ni sería el último que comparecía ante él en las mismas circunstancias. Uno de los soldados del retén me acompañó a presencia del

comandante de día. La entrevista fue corta y consistió en llamar a su asistente para que tomara nota de los datos del escrito que le mostraba. Al acabar se cuadró y me saludó llevándose la mano derecha a la sien. Yo le alargué la mía, *la mano* en mi caso, que él estrechó con fuerza. Salí de su despacho con su promesa de que «España no olvida a quien se ha sacrificado por ella».

A primeros de septiembre, y tras una carta certificada dándome día y hora para que acudiera al cuartel de Lepanto de la Travesera de Gracia, recibía un uniforme con gorra de plato incluida, en su frente una insignia de metal donde si uno ponía voluntad podía leer: «Benemérito Cuerpo de Caballeros Mutilados de Guerra por la Patria». Acompañando a la ropa iban dos talonarios donde figuraba en letra gótica el nombre del cuerpo al que a partir de ahora yo pertenecía, un número, el 23.208, que debía ser el que me correspondía dentro del censo de lisiados por Dios y por España, y en un ángulo sobre una cenefa el precio de cada boleto: Cincuenta céntimos. Como patente de corso para poder utilizar el uniforme y sacar provecho de aquellos cheques al portador se me hizo también entrega de un carnet con mi nombre y lugar de nacimiento, bajo la firma del coronel se leía: «Las Autoridades y los Agentes de la autoridad y todos los buenos españoles tendrán el deber de auxiliar y mantener los derechos que la ley concede a los Caballeros Mutilados de Guerra por la Patria ante la presentación de este carnet».

—Los alrededores del Gobierno Militar, ese será su lugar de trabajo—Me dijo el capitán de Intendencia cuando me hizo cesión de aquellas pertenencias.

No me aclaró en qué consistía específicamente mi labor, pero no me costó demasiado averiguarlo.

Sin tener competencia alguna para poner multas y mucho menos para realizar algún tipo de coerción sobre nadie, mi atuendo sí que me permite, cada mañana y cada tarde y seis días por semana, deambular por el perímetro del edificio donde tiene su asiento la plana mayor del gobernador, ojo avizor para acercarme a cada uno que deja su automóvil aparcado en la calle —y que se supone que es un *buen español* y por tanto con el deber de auxiliarme, más le vale—. Una vez lo tengo delante le señalo la insignia de mi gorra de plato, mi manga izquierda del uniforme recogida por encima de la altura del codo como si fuera la Laureada de San Fernando y le alargo un talón, que al momento y sin rechistar ni preguntar tiene como contraprestación la entrega de los dos reales que se indica es su precio. Hay quien en vez de los cincuenta céntimos me da una o hasta dos pesetas —algo tendrá que agradecer o hacerse perdonar—, gesto contestado por mí suplementando el número de boletos. Realizada la transacción levanto la mirada en busca de mi siguiente presa, en mi caminar hacia ella el muñón se mueve a compás como un péndulo inútil e inerte golpeando mi sobaco.

Así hasta la fecha.

La visión última que pone punto final a las pesadillas nocturnas como la de hoy del asalto a la trinchera, la imagen que me despierta y me vuelve a la realidad, el flash almacenado en mi subconsciente que es capaz de sacarme de la angustia y el terror de su delirio, no guarda relación con el frío que sentí en el brazo al penetrar el hierro, con la mirada que la monja, sor Adoración, dirigió al vacío de mi lado izquierdo cuando recuperé la conciencia en el hospital de campaña, ni tan siquiera con el rostro cejijunto y enfuriado de quien me clavó el machete hasta la empuñadura. Tiene que ver con ese uniforme gris oscuro de mezclilla colocado asimétricamente en mi cuerpo que es mi mono de trabajo. Porque no es hasta que en mi sueño se ha completado el doble ataque a la Cota 481, yo he sido herido y he despertado en el hospital, cuando irrumpe en la alucinación, como una foto fija, la manga doblada de mi disfraz de mutilado sujeta a la hombrera con una aguja imperdible para evitar que cuelgue vacía de contenido.

Solo entonces abro los ojos y temblando regreso al presente.

© José Vaccaro Ruiz

José Vaccaro Ruiz. Arquitecto y abogado. Es autor de las novelas *Ángeles negros* (Atlantis, 2009), *La vía láctea* (Neverland, 2010) y *La granja* (Ediciones Atlantis, 2011).

MIRADA ALTERNATIVA A LA REVOLUCIÓN DEL BONOBÚS

por Carlos Aymí

«La Revolución del Bonobús triunfa»; «Revolución y Civismo»; «La peculiar revolución que desmantela corruptelas y hace soñar»; «El pueblo se puso de acuerdo... y el pueblo ganó la guerra sin necesidad de sangre»; «Del bonobús a un cielo posible».

He aquí cinco portadas de prestigiosos periódicos que me encuentro en el bar donde comienzo a escribir, de las miles que en los últimos meses podemos encontrar sobre el gran acontecimiento bautizado como *La Revolución del Bonobús*. Así que no seré yo quien me pare a analizar sus causas, su desarrollo y sus logros. Sin embargo, sí que creo que pueda aportar una mirada bastante nueva y veraz sobre su genealogía, o mejor, sobre su precursor, Ramón Piedra. Un precursor olvidado y tal vez bien olvidado, pero precursor al fin y al cabo.

Seré sincero, aún no me explico a pesar de tanta explicación, de cómo a partir de un bonobús hemos logrado la mayor revolución social de la historia del país. Ni que de tal revolución fuera el detonante Ramón Piedra, un tipo individualista y descreído del mundo, por describirle afectuosamente. Ni por qué al gobierno se le ocurrió la brillante idea de investigar a Piedra a través de mí, detective primerizo y ajeno a ellos. Pero qué más da, y empecemos de una vez.

A pesar de las dudas que se levantaron quiero confirmarlo: efectivamente se llamaba Ramón Piedra y rondaba los 40 años. De hecho, su primer viaje llegó a los pocos días de cumplir los 38, supongo que fruto del cóctel psicológico de juntársele un despido más, otro fracaso sentimental, y la cercana crisis del cambio de década. Sin embargo, dejaré claro que ese, «supongo», se trata tan solo de mi hipótesis, porque él jamás dijo ni escribió nada en esta línea.

Sea como fuere, tenemos que Ramón Piedra inició sus viajes tras comprarse un bonobús mensual de cara a recorrer la ciudad bajo la optimista idea de encontrar pronto un nuevo trabajo. Y los primeros días así lo hizo con autobuses para arriba, metros para abajo, calles a izquierda y derecha, ETT's a mansalva y, puertas cerradas, una tras otra. A veces con sonrisa y un lo siento, pero la mayoría sin paño caliente alguno: ¡No! Por baja cualificación para el puesto; ¡No! Por escasa experiencia, ¡No! Porque nos sobran candidatas mejor que usted, ¡No! Porque me disgusta su cara, y ¡No! Porque no le debo ninguna explicación.

«A pesar de las dudas que se levantaron quiero confirmarlo: efectivamente se llamaba Ramón Piedra y rondaba los 40 años.»

Lo curioso es que en una de las conversaciones pinchadas de meses posteriores, cuando yo ya andaba investigando a Ramón y éste aún buscaba trabajo de modo esporádico, se lo dejó bien claro a su madre, quizá la única que no le abandonó nunca, como suele ocurrir con las mamás:

—Escuche, madre, y no me vuelva loco, quien me miente es quien me pone buena cara al decirme *no, pero casi*, y si fuerzan demasiado con, *lo siento*, me entran ganas de reventarles. Por lo que la respuesta diciéndome a secas, *no*, no me parece mal y solo responde a lo que soy, y a lo que ya sé.

Pero volvamos atrás, que me adelanto.

Queda dicho que fueron los primeros días tras comprar el bonobús, cuando Ramón Piedra persiguió la búsqueda de un trabajo con verdadero afán, pero como con todo en su vida, pronto perdió interés y tras una semana de cumplimiento espartano, falló en acudir a la enésima ETT programada en busca de fortuna en un país donde precisamente tal cosa no se prodiga.

Ocurrió que como había durante una semana, Ramón madrugó, tomó un café malo en su minúsculo apartamento, se vistió, se dijo frente al espejo que esta vez sí, sonrió ante la idea de que aún conser-

vaba cierta aura embaucadora, y se marchó para subir al autobús que le llevaría varios barrios más allá a su cita con la ETT. Lo que no ocurrió igual en esta ocasión fue que apretara el botón de parada solicitada cuando debía, ni que se bajara del autocar, ni tampoco, que se arrepintiera de su debilidad como en tantas otras ocasiones, y empezara a reprocharse su vida de crápula por la que había devorado sus talentos.

Lo que sí ocurrió en cambio aquel ya lejano 12 de junio, fue que Ramón Piedra permaneció en el asiento sin bajarse en la parada prevista, para que poco después llegaran los sociólogos a postular que tal gesto había sido un acto revolucionario de alguien antirrevolucionario, llegaron los periodistas a encumbrar su nombre a base de repetirlo, y llegaron los *viejos* políticos a contratarme a mí para obtener información con la que desacreditar a Ramón. Pienso que todos hicieron el ridículo, pero sigamos.

El caso es que tenemos a Piedra en el asiento del autobús con un gesto de negación y rechazo, más consigo mismo que contra el mundo, como él mismo reflejó en su diario. Y es que resulta que ya dejé caer que no es la primera vez que intenta poner orden en su vida, ni que termina fracasando hundiéndose de golpe al desorden del alcohol y de otras sustancias menos espirituosas. Pero al quedarse sentado pareciera que reniega de su habitual balanza, de su típica montaña rusa, y lo que más bien ocurre, es que se aferra a ese asiento. Y tampoco se baja en la siguiente parada, plenamente consciente de que se ha pasado de largo, y tampoco en la siguiente, ni en la siguiente, y ni siquiera al final de la línea. Y es en ese mismo autocar, circular, donde hará el trayecto de vuelta.

«Lo hago porque me enganché, sencillamente. Subo al bus y como que me galvanizo por dentro aunque no lo exprese por fuera. No sé si será la tranquilidad con la que contemplo los edificios, las calles, y los rostros de los transeúntes.»

Ramón Piedra, durante esas horas que con el tiempo vendrían a cambiarlo todo, no dijo absolutamente nada, apenas si pensó algo, y lo único que supo junto a su estómago vacío es que andaba lejos de casa y que paradójicamente debía coger un taxi para regresar a ella. Nada más pisar su piso ya a medianoche en aquel 12 de junio del año pasado, anotaría en su diario: *no entendí nada de lo que me ocurrió hoy... pero mañana repetiré.*

Y así lo hizo, buscando el entendimiento a través de la repetición, con otras líneas y trayectos que le tuvieron más de diez horas dentro de distintos autocares. Y lo mismo ocurrió al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente... en jornadas que que-

maban interminables paradas mientras se preguntaba por qué y para qué, y bajo las miradas cada vez más hostiles de unos conductores que pronto le ficharon, y cuya suspicacia pasó de la extrañeza a la desconfianza, y de pensar que se trataba de un loco inocente, al miedo, a causa de contumacia sin sentido.

El caso es que para cuando Javier Pesquisas (seudónimo con el que bauticé al conductor de autobús que se atrevió a ir más allá de las miradas de sus compañeros) asaltó desde su cabina a Ramón con la franca pregunta de, *¿Usted por qué está haciendo lo que hace?* Piedra ya había elaborado una respuesta a la que él mismo no sabía si darle mucho crédito, pero que de momento le resultaba la mejor y la más significativa que ofrecerse, y que ofrecer, ahora que también se la pedían.

—Lo hago porque me enganché, sencillamente. Subo al bus y como que me galvanizo por dentro aunque no lo exprese por fuera. No sé si será la tranquilidad con la que contemplo los edificios, las calles, y los rostros de los transeúntes. O por cómo disfruto analizando a los viajeros que suben al bus, buscando en sus expresiones sus historias, sus miserias, y sus triunfos. O tal vez sea sencillamente que por alguna extraña razón encontré entre parada y parada, la rutina y la calidez que siempre me faltó... O por qué no, tal vez lo que estoy haciendo —terminó de decir esbozando una sonrisa más bien triste— es un acto revolucionario contra mí mismo, una queja frontal a mi vida.

Javier Pesquisas escuchó atento todo lo que Ramón Piedra le dijo, y tras repasar con calma las palabras que escuchara de quien ya se había ido a sentar, murmuró, *lunático*, y reanudó la ruta.

Cabe preguntarse con tanto interés como inutilidad que qué habría ocurrido si Javier Pesquisas hubiera dejado tranquilo al *lunático*.

Y no es que Javier volviera a hablar nuevamente con Ramón, o que le prohibiera subir a su autobús cuando volvieron a coincidir, sino que ayudó de un modo tan clave como inconsciente, a provocar lo que pronto llegaría, por no dejar de darle vueltas a la respuesta que Piedra le diera: lo hizo con sus compañeros; lo hizo con su novio y con su familia; y lo hizo con amigos y conocidos, dando lugar casi siempre a enconados debates. Y así es como tras varias semanas encontramos a Lucía, una conocida de un conocido de un amigo de Pesquistas, que vino a prendarse de las palabras de Piedra, y que durante los días posteriores a la conversación que tuvo con Javier, buscó al posible lunático con ahínco y cierta monomanía entre autobús y autobús hasta que por fin dio con él.

Cuando el conductor de turno, exasperado como muchos de sus compañeros porque ya había dos pirados que se pasaban las horas muertas de autocar en autocar, le dijo a Lucía que sí que estaba, que era el alto y delgado del pelo canoso que se sentaba atrás, a ella se le desbocó el corazón.

Lucía entró a quemarropa con sus preguntas, y Ramón Piedra, quien andaba más preparado que cuando le preguntara Javier, y quien ante la mirada de aquella incipiente treintañera sintió un inmediato deseo, vino a esforzarse por colorear su actitud y explicar su extraña rutina.

Ramón Piedra puede ser acusado de cínico, pero no de engañarse así mismo, y al observar la mirada algo rendida de Lucía, su cara bonita, y la posibilidad de acostarse con ella, de inmediato se esforzó en mostrar su disgusto, no ya consigo mismo como hiciera cuando empezó sus viajes, sino con el mundo. Así que hizo hincapié y un repaso poético de los males de nuestra sociedad, haciendo ver la cantidad de lobos que nos acechan, demostrando una excelente retórica cuando pasó a hablar de sus viajes en autobús durante esas maratonianas jornadas sin aparente sentido, buscando un más allá que no encontraba en el más acá por mucho que lo hubiera intentado.

Una vez más por si aún quedaran dudas, Piedra, incitado por la ligera humedad y el titileo en los ojos de la cándida Lucía, rayó la metafísica cuando habló de la profundización y lectura que hacía de los corazones de los pasajeros que analizaba, rayó la mística cuando expuso su nuevo modo de contemplar la ciudad, sus males y sus escasos bienes, y tocó la utopía más inspirada cuando sin saber muy bien cómo, se le ocurrió que lo que hacía, sería socialmente revolucionario si la gente le siguiera en masa y pudiera entender el significado real de lo que estaba haciendo.

«Con todo, una rutina es una rutina, y no muere tan fácilmente. Mientras, una revolución tiende a ser como la explosión de un polvorín que se ha ido cargando durante mucho tiempo.»

Las consecuencias más imprevisibles se estaban conjugando, pero antes de todo ello, la siguiente pregunta no podía resultar más evidente.

—Y cuál es ese significado profundo —inquirió Lucía sintiéndose plena por primera vez en mucho tiempo, ya que la conversación le había devuelto una fe renqueante, la ilusión, y el sentido.

—Pues la reconquista del espacio público —comenzó a decir Piedra sintiendo que no iba a ser ni demasiado concreto ni demasiado original— que nos han robado. Una reconquista a través de un acto que los mismos ladrones no podrían prever, y que reabre el horizonte a nuevas vías que a su vez generarán nuevos espacios de posibilidad para llegar a una sociedad mejor.

Y ante tales palabras, la arrobada Lucía reaccionó de un modo hartamente confuso para el ladino Piedra. Ella le dio un espontáneo beso en la boca... y de inmediato presionó el botón de parada para bajarse del autobús lo más rápido que pudo, dejando a Ramón con un palmo de narices, eso sí, tras un cávido, *gracias*. Piedra se volvió a sentar con una sonrisa ciertamente amarga, o al menos eso recogería por la noche en su diario: *...de pronto, sentí que los edificios observados a través del ventanal del bus retornaban al gris, que las caras de los viajeros volvían a ser anodinas, y que una retorcida desilusión comenzaba a inundar mis viajes.*

Con todo, una rutina es una rutina, y no muere tan fácilmente. Mientras, una revolución tiende a ser como la explosión de un polvorín que se ha ido cargando durante mucho tiempo. Y la rutina y la revolución siguieron esa pauta descrita, y ambos convivieron durante un tiempo.

Resultó que Lucía la cándida no lo era tanto, sino más bien una experta en redes sociales que estaba inmersa en todos los múltiples y deshilvanados movimientos que apostaban por el cambio en nues-

tro país, y que actuó como una gran caja de resonancia de las palabras de Ramón. Así, llevó a Internet lo dicho por Piedra, y la red se incendió en pocas horas. Pocas horas más tarde de esas horas se produjo un masivo incremento en la compra de bonobuses mensuales por todo el país, y no se necesitó de mucho más tiempo para que todo se volviera una locura. Una locura sobre las pesadas ruedas de los autobuses urbanos.

Hay que reconocer que el país estaba roto antes de que Ramón Piedra comenzara a pasar sus días subido en los autocares sin destino ni sentido alguno (más allá de la epifanía de un cínico fracasado que para mí resultaba absurda). Y con la misma rotura andaba por tanto cuando Lucía volcó la historia de Ramón en la imprevisible red. Pero debe reconocerse también, que no sería justo el negar a Piedra el hecho de que sus palabras y su acción se mostraran como el catalizador común de los distintos coletazos de rabia que gravitaban en torno a la crítica situación. Así que sí, admito que el exitoso movimiento nacional e internacional que pasó a denominarse «La Revolución del Bonobús», no habría adquirido la forma y la magnitud que alcanzaron sin la figura de Ramón Piedra.

El caso es que en apenas siete días desde que Lucía colgara en internet la conversación con Piedra, dejó de haber autobuses urbanos que circularan en cualquier momento de su servicio sin estar abarrotados, y en ebullición de ideas. Pero este solo fue el primer milagro. El que lo resume todo es el de que la gente no tomó pacíficamente las calles como se venía reclamando desde hacía tanto tiempo, sino que tomó los buses, como comenzó a decirse, para cambiar las cosas, y entonces llegó el verdadero milagro: ¡Las ha cambiado!

Pero todo eso es ya historia viva que queda y quedará reflejada y analizada en los libros, los periódicos, los debates... sin ser yo ni el más indicado ni el más versado para seguir hablando de ello. Y sin embargo, de lo que sí puedo hablar breve pero con algo de crédito, es de lo que ocurrió con Ramón Piedra.

Durante un mes fue un ídolo encumbrado y el símbolo anhelante de tanto ciudadano perdido, pero eso ya lo sabe todo el mundo. Luego, tampoco esto es precisamente nuevo, fue cayendo en el descrédito más absoluto, poco a poco pero sin perder ritmo, gracias a su inconstancia, a tremendas meduras de pata a causa de su libido, y a una biografía cargada de errores. Vamos, que me contrataron para desacreditarle pero que ya lo hizo él a manos llenas, dejándome a mí claro, los bolsillos vacíos.

«Durante un mes fue un ídolo encumbrado y el símbolo anhelante de tanto ciudadano perdido, pero eso ya lo sabe todo el mundo.»

Y prácticamente hasta ahí se le siguió, cada día se hacía historia y Ramón Piedra era un insignificante grano en el culo para todos que ya debía quedar atrás. No daba más de sí para los defensores de la «Revolución del Bonobús», pero tampoco para sus detractores, así que se le olvidó. Le olvidaron los periódicos que tanto le reclamaban, los estudiosos que ya le habían estudiado lo suficiente, y Lucía, a la que había tratado de conquistar primero con su labia revolucionaria como nunca pudo haberse imaginado, después con un alegato del, *me debes y debéis*, y finalmente a través de la lástima, con el mismo pésimo éxito en cada caso. Y le olvidaron por último los pseudo amigos que le crecieron al abono de su fama, y las amantes que ya no tenían portada por compartir su lecho. En fin, que mientras su idea cambiaba la historia, él no dejaba de fracasar. Su vida había sido un cuento de hadas con las alas rotas, me confesó, y por tanto, no le cogió de improviso.

Tan solo fue cuestión de regodearme en mi vida, y de olvidar la enorme escala de mi último fracaso, para salir de lo más profundo del pozo, me dijo también hace unos días Piedra, cuando tomé un par de cervezas con él en su nuevo cuartucho y bajo una nueva identidad falsa.

Debo decir al menos que se alegró de que su madre me hubiera contratado para dar con su paradero, preocupada y mucho de que Ramón hubiera hecho una última tontería. Pero no le vi precisamente en el punto del suicidio, y feliz porque su madre se interesara por él, me hizo esbozar una sonrisa de extraña ternura cuando ante la angustia materna me pidió que le dijera a su madre que no se preocupara, *que siempre guardaba nuevas gilipolleces bajo la manga, y que no pensaba morirse antes que ella, que aspiraba tan solo a no darle ese disgusto, ya que le había dado todos los demás.*

No hay mucho más que rescatar de la charla, salvo que no guarda rencor ni a la revolución ni a sus resultados, salvo que me legó su diario y me resulta un pestiño, salvo que me pidió que no escribiera nada sobre el encuentro y ya se ve el caso que le hago. Y salvo que pienso, que no es tan mal tipo como al final le han retratado unos y otros, sino que simplemente no estuvo a la altura de su idea, siendo verdad también que ni siquiera estuvo cerca. ¿Pero quién lo hace, si no es mintiendo descaradamente?

© Carlos Aymí

Carlos Aymí. Guadalajara (España), 1981. Licenciado en Filosofía por la UCM 2001-2005. Máster de Comunicación escrita y creativa (IVCH), con el trabajo de máster: "Antropología literaria en la obra Arthur Miller". Formó parte del club madrileño de escritura "El Club de la Serpiente" (julio 2011/enero 2012). Ha publicado relatos en las revistas literarias "Narrativas" (números 24, 25, 26, 27 y 29), "Almiar" (número 63, 66, 67, 69) y "Entropía" (número 7). La mayor parte de sus escritos y reflexiones se pueden seguir en su blog, "Pandemonium" carlosaymi.blogspot.com.

ENTREVISTA AL AUTOR DE *LA LLUVIA BAJO LOS RASCACIELOS* *

por Fulgencio Martínez

Mañana del 11 de junio

En la de ayer ha abandonado nuestra localidad Augusto López Mena, el famoso escritor, excelente charlista y amigo ya de nuestro pueblo, como ha demostrado en las cuarenta y ocho horas que permaneció entre nosotros. Llegó para dar una conferencia sobre «La construcción de una novela» y ha sabido ganarse la simpatía y el cariño de cuantos lo hemos conocido.

Los lectores de este periódico, en ciudades más cultas de la provincia, quizá se extrañen del eco y suceso creados con el paso del autor de *La lluvia...* por nuestro pueblo. Fuera porque su rostro y fama le precedían en la pequeña pantalla; fuera por el escándalo aún no apagado de nuestro bibliotecario reformador de libros, su conferencia era esperada como un acontecimiento.

(Sobre el citado escándalo, he de informar que ha encendido en nuestra tranquila comunidad la polémica literaria; y que el asunto sigue suscitando, hacia la persona del bibliotecario, una avalancha de opiniones rivales, filias y fobias, según; según la simpatía o la inquina hacia quien primero alza una opinión manifiesta sobre el tema. No importando mucho a todos el fondo de la cuestión, «filios y fobios», cito a nuestro poeta local, «han aprovechado para arrojar sus pacíficas opiniones a la cabeza. No estoy de acuerdo porque está de acuerdo ése, y estoy de acuerdo porque opino lo contrario de aquél». El alcalde ha tenido por lo más sensato echar un bando, para aleccionar a los hijos a no discutir con sus padres sobre asunto tan baladí).

En ese clima predispuesto a la faena gloriosa o al almohadillazo, el escritor comenzaba su conferencia. Tenía delante un público crispado por la marcha inestable de la literatura. Informo, ya, que la conferencia de anteaer de Augusto López Mena en el instituto femenino culminó con aplausos, todo un éxito que ha desbordado la pizarra y la mesa del aula de actos, para salir a la calle y ser comentario populi. A la mañana siguiente (*por ayer*), los profesores pedían a sus alumnas de COU, muchachas de talle alto y ojos que dan fiebre al mirarlos, que, ante los exámenes de final de curso, se esforzaran «para ser el día de mañana hombres de provecho, como ese gran escritor que habéis tenido sentado frente a vuestras bancas».

«En ese clima predispuesto a la faena gloriosa o al almohadillazo, el escritor comenzaba su conferencia. Tenía delante un público crispado por la marcha inestable de la literatura.»

Don Augusto ha triunfado en la cena de honor que una de nuestras familias ilustres le ha ofrecido en el salón de su casa. Ha merecido las mejores vendimias; las botellas de vino que nuestros patricios guardaban para celebrar el día en que hubieran cumplido con la Patria sus hijos varones. Antes del ágape, el escritor fue llevado a la capilla de nuestra colegiata, donde cortó la cinta para inaugurar el altar nuevo a su Cuerpo Glorioso, y ha alabado los frescos remozados en sus paredes con gran conocimiento de las pinturas de nuestros primitivos.

Escribes de puta madre, le han saludo algunos jovenzanos vestidos de punk, que suelen reunirse debajo de los soportales de la colegiata para tocarse la pirindola todas las tardes, ejerciendo una leve mendicidad y bebiendo unas latas, y le han pedido tres autógrafos y trescientas pesetas. Luego, antes

* Del libro inédito *El taxidermista y otros relatos de 1999*. Es esta una secuela del relato “El taxidermista”, publicado en el número 11 de *Narrativas*.

de irse, por la mañana, ha estado con nuestros mayores en una partida de bolos, que ha jugado con el favor de las jóvenes, aplausos del público en general y autoridades, elegancia y puntería.

El escritor espera ya su tren. En la cantina de la estación comienzo la entrevista, teniendo a mi lado, para las cuestiones técnicas, las notas que he recogido de su conferencia «La construcción de una novela».

Pregunta.- ¿Qué impresión se lleva en su equipaje?

Respuesta.- He tenido grandes muestras de afecto y me marchó habiéndome encariñado en un tiempo récord con todos vosotros; espero que haya una segunda vez.

P.- ¿Ha padecido algún problema con la sequía pertinaz que azota este pueblo?

R.- ¿Quiere usted decir si he podido ducharme esta mañana? ¡No!

P.- Sí.

R.- No ponga eso, por favor.

P.- ¿Cuáles son los remedios que usted propone a nuestros símbolos patrios?

R.- No entiendo su pregunta. Déjeme que endulce el café.

P.- Las iniciativas que algunos ensayos están ya extendiendo, de hacer responsables de la suciedad de los ríos a los subsecretarios de las Diputaciones provinciales; que los secretarios y los...

R.- Ya imagino.

«Me han llegado también noticias de divisiones de opinión sobre ese asunto. Como escritor, que mis libros mueran por olvido del tiempo es lo único que no me preocupa.»

P.- ... los notarios en cada Ayuntamiento den fe, en sus autos públicos, brindando con un vaso de agua de la localidad.

R.- Un vaso de agua cristalina, amigo mío, levantado hacia el público por un brazo honrado es el mejor brindis entre los hombres de corazón.

P.- Perdone, usted, don Augusto, que por familiaridad que ha tenido con nosotros, yo me permitiera trasladarle estas cuestiones técnicas locales que seguro sin embargo, interesan a la opinión de sus lectores, y de muchos de nuestros vecinos, hacia lo que usted ha dedicado su cordial trato...

R.- No hay que de qué. ¿A qué hora dijo que salía mi tren?

P.- En consonancia con su conferencia, ¿qué opinión le merece la actitud de nuestro bibliotecario, del que ya usted tendrá noticia, Pedro Martínez Tébano? (Le juro que ese individuo no es familia mía).

R.- Me han llegado también noticias de divisiones de opinión sobre ese asunto. Como escritor, que mis libros mueran por olvido del tiempo es lo único que no me preocupa. Cuando uno entra en este oficio ha de tener las ideas muy claras: o uno escribe para hacer literatura rascándose los huesos hasta después que ha expresado toda la carne de su talento, y entonces lo secundario es el éxito, la fama, el cine, la televisión, la prensa y el aplauso efímero de esta generación; o uno se dedica a algo parecido a la literatura, muy respetable, esto es lo que yo hago, Tébano.

P.- Confiesa usted que no es un literato, el gran autor de *La lluvia*, que nos ha dejado los mejores consejos para construir y leer una...

R.- No tome usted tanta nota tan de prisa. Se lo puedo repetir. ¿El tren sale a la hora que me ha dicho, no? Cuando yo empecé a escribir lo hacía siempre con bolígrafo, como usted, y luego me costaba mucho trabajo entenderme. Ahora siempre llevo esta grabadora. Ya está, amigo Tébano.

(El escritor me hizo oír muchas de sus ideas, reflexiones que los lectores, si son curiosos, conocerán en el libro que la Diputación va a publicar en homenaje al gran hombre y al gran escritor).

Augusto López Mena anda ya camino de Madrid, y creemos que viaja con una buena impresión de nuestro talento para la hospitalidad.

© Fulgencio Martínez

Fulgencio Martínez (Murcia, 1960), es profesor de Filosofía, escritor y poeta. Colabora en el periódico La Opinión de Murcia. Editor y director de la revista literaria *Ágora-Papeles de Arte Gramático*. Ha publicado los libros de poesía *Cosas que quedaron en la sombra* (Nausicaä), *León busca gacela* (Renacimiento), *El cuerpo del día* (Renacimiento), *Prueba de sabor* (Renacimiento), *El año de la lentitud* (Huerga y Fierro). Ha publicado en revistas relatos, aunque sus libros narrativos siguen inéditos: Su primer libro inédito *El taxidermista y otros relatos de 1999* ha crecido en una segunda parte: *El taxidermista y otros del estilo*; las editoriales los tienen sometidos a cuarentena por temor a contagio de locos.

DESAMPARO

por Patricia Nasello

Hoy Gonzalo cumple cinco años, pero nadie se lo ha dicho.

Es de noche, está solo, en la casilla donde vive hace frío —aunque él no se de cuenta.

Busca una hoja de papel, blanca, de ser posible. Si apareciera una de color también la aceptaría, hasta con un pedazo de diario se conforma.

Descubre una de color madera bajo las papas, sucia de tierra, arrugada, manchada con grasa. A esto le llama tener suerte.

Quita la taza de la mesa y apoya la hoja estirándola lo mejor que puede. Agarra el lápiz naranja, lo encontró en el barro hace un rato.

Lo que dibuje será su amigo, su compañía, piensa.

No se decide. Los perros le dan miedo, gatos no quiere. Un nene chiquito tampoco, tendría que cuidarlo. Las mujeres son un problema: la abuela se murió y su mamá sale todas las noches; vuelve de mañana, cansada, de mal humor, y a pesar de que siempre tiene puestas pinturas de colores lindos sobre la cara hasta enferma parece. Claro que también hay hombres en el mundo, cada tanto aparece alguno por la casilla. A él, ni lo miran.

Doña Amanda es otra cuestión. Una gorda de piel áspera y mirada suavcita que tiene una parte del pelo negro y otra parte blanca y otra anaranjada. Ella es la que todas las noches trae el café con leche pero después se vuelve a su casa y hasta ahora no lo ha invitado.

Gonzalo piensa en Amanda y dibuja una señora. La cara un redondel con rulos, como ella. La boca una raya derecha, nunca la vio sonreír. Un triángulo por vestido. Los pies los hace de cualquier forma pero con las manos es cuidadoso, esas son las únicas manos que lo acarician.

Al dibujo terminado lo guarda bajo la almohada. No es quiera tenerla encerrada pero ya se sabe como son los grandes, a la primera oportunidad, se escapan.

© Patricia Nasello

Patricia Nasello nace en Córdoba (Argentina) en 1959. En la Universidad Nacional de Córdoba obtiene el título de Contadora Pública, profesión que no ejerce. Lectora empedernida, en 1999 comienza a narrar por escrito sus propias historias. Obtiene diferentes galardones, Segunda Mención en Cuento Certamen Franja de Honor S.A.D.E. 2000 (Sociedad Argentina de Escritores), Primera Mención Género Narrativa Concurso Manuel de Falla 2004, Primer Premio Género Ensayo Concurso Manuel de Falla 2004, Mención Concurso La Mañana de Córdoba 2005, entre otros. A partir del año 2010 edita un blog, **Esta que ves**, donde publica textos propios. Su trabajo en la red le ha reportado publicaciones en otras bitácoras, revistas culturales y periódicos. A partir del año 2005 colabora con la revista Otra Mirada S.A.D.O.P. (Sindicato Argentino de Docentes Particulares) a través de su columna Para leer y disfrutar. Coordina talleres de creación literaria.

REGISTRO

por Luis Topogenario

Rencilla intestinal. Evidenciada, si usted es un técnico, en estos embates, contra una pared que no se mueve. Y esta pared, si usted cree en lo técnico... ¿Ya estoy expulsado?... Este círculo, que aspira a contener todo lo real, él solo, agujero nutricio, para mis sentidos... Situación a, be, ce, personaje a, be, ce, resultado a, be, ce, gran semillero, animal. La urna que me contiene es grande, casi extralarge, y hay de donde escoger... La luz, que muestra, y colorea, tengo mis cábalas, la luz, embriagante... Ya estoy expulsado. Yo, con mis sentidos, clasificándolo todo, desmenuzando, el guiso, para entenderlo. En un mundo, semillero, sin paredes, todo hay que entenderlo. Estoy alejándome de mí, esta sustancia o situación que soy... La vida denuncia que soy un vendedor, tengo mis cábalas, de buenas mercancías, con local, y todo, registrado, hasta la última pepita de la vida, registrada. Estoy acariciando, si usted puede reducirme, en lo técnico, a una caricia, la última imagen que me aportó el registro, seguida de trece números enteros. (Se ve que gano bastante bien) Se cerró muy tarde, el registro, la última venta, tengo evidencias, ocurrió en la tranoche, minutos antes de los asesinatos, en el Henry's Swing Club... En este careo, público, semillero, respiración asbestosa, no reprocho, sólo detalle, en esta ruta, directa, a mis intestinos, descubiertos de meso... Sé, porque fue una de las primeras cláusulas que exigí, en el contrato, que mi enfermedad se acelera... Los usuarios producen contenido orientado para usuarios, yo debo venderlo, situación o sustancia, con local, y todo. Apareció una usuaria, en el portón del local, parecía fácil, si usted confía en lo técnico, sabe a qué me refiero, bien maquillada, enderezada la espalda, enjalbegada la máscara facial, capas de base, maxila rígida, con varias varillas de botox, su falda no pesaba mucho, usaba un sendo calzón caquí, de polímero, pringado, de manchas, numerosas, variopintas, barro café, y verdinegruzco, creo que al tacto percibí, en suma, que parecía de cartón, no de tela. La usuaria vino, se sentó, hurgó en su bolsa plástica, extrajo, me mostró hasta la última pepita de su vida, le di mi seña, luego me dediqué a vendérselas, se las vendí, en poco tiempo. Como si nada, el ciclo ya estaba cumplido. La usuaria desapareció. Las usuales ganancias, menos mi aporte, jubilatorio, fueron repartidas, entre mis resúmenes, de cuentas, y, bien, yo... Nunca te jubilarás de mí... Esta sustancia o situación, que se acaba, no por alejarme, de mí, me hallo impedido, no, de repasar, el registro... Hora clave, si usted es un tecnócrata, para usted. Hora crítica, si no. Corto, copio, confecciono, colijo, nuevo, siguiente numeración. Infecto, inhibo, incubo, intensifico, a última hora, me enderezarán, tenso, por las parálisis, con varillas, de botox. Abandono el hogar, mis últimas imágenes, para que se cumpla el ciclo... Reapareció la usuaria, bastante desmejorada, en mi local, ¿o era su muñeca, inflable, pringada?, si la pringaron no la secaron, a reportar las ganancias, ¿cómo la insuflaron?, la maxila, de las mercancías. Maldita carnicera pringada. Se las entregué, previos recibos, tengo mis cábalas, en mis libros, ya que eran varias, jugosas tajadas, gananciosas, y no pude disimularlas, en mis registros... Respiración asbestosa... La vida anuncia un nuevo convenio, ¿colectivo?, ¿caso colectivo?, ¿podremos negociar?, cumplo los requisitos, me postulo, para integrar la vida, no me avalan, me remiten, a, be, ce, a otra parte, no integro, yo, buen vendedor, el proceso. Mis intestinos, rencillosos, no están registrados, de la válvula bucal, al ano, con mis rosas de hemorroides, amigables rosetas, moradas, pulsátiles, sentagramas, con que sentarse, no. Aborto, entonces, la misión secreta, hemorroides en rosa, estrangulada, situación o sustancia, que amenazaba con salvarme... Para que amanezca, necesito apoyar la noche... Creo un estado dentro de un estado, con local y todo. Algunos números me describen. Creo una mercancía dentro de una mercancía, dentro de una mercancía. Si resulta que soy un método, entonces nunca me acabo. Pero, si soy sólo un hallazgo, qué... Dentro, usted apoya lo técnico, de un estado, usted se orienta a usted, sólo queda abandonarse...

«Las usuales ganancias, menos mi aporte, jubilatorio, fueron repartidas, entre mis resúmenes, de cuentas, y, bien, yo... Nunca te jubilarás de mí...»

Sólo algunas pastillas, barbitúricas, rosas, barbitúricas, me ahorrarán, el espectáculo, de observar... Una marea de varillas, de botox, sostenidas por una bolsa de usuarios, gran listado, de clientes, fieles, viejos, ¿a usted le gusta hacer la fila?, descubrirá, denunciará, devengará, hasta la última pepita, ciclos, y ciclos, entonces haga la fila, nuevo convenio, en curso... El cliente es un cornudo, entrenado, pero no se lo hacemos saber, lo queremos, lo mimamos. Señora jubilada, si me permite quitarle un momento su crucigrama de sus garras. (Esta garra, paralizada, ¿de quién es?) Ahora, le mostraré una urna, en mi cuarto, secreto, luego la invitaré a pasar, a mi cuarto, para usar una urna, luego me dirá, en secreto, qué se siente. Su sensación, la enmarcaremos. Con el marco, color mate, pátina nueva, lindo, del mismo color... Nada holocáustico, nada, hecatómbico, sólo usuarios, y comentarios, enfriándose... Quienes tenían la misión, no usted, obviamente, gentil mascota, de alargarme, me abortaron, mi enfermedad, acelerada, me obliga a acariciar, lo que me queda, señas, trece números seguidos, el portón del local, si puedo recordarlo, intacto, sustancia o situación, signos de que aquí y ahora existió una franquicia... Yo soy la franquicia... Marca registrada. Imagen, coma, de imágenes. ¿Le gusta hacer fila, de imágenes, a usted?... Despego, me aparto, me alejo, me aborto, me abandono, en el centro de una mirilla de artillero, o enfermedad fecunda, para estallar, en trece mil fragmentos, situación o sustancia, mínima, en trece mil misiones secretísimas de la vida. Vaya pensando, usted, nutrición técnica, en un apoderado que me respete... Soy, coma, flores barbitúricas, las trece mil misiones, secretísimas, de la vida... Mis fragmentos se disgregan, partiéndose, escindiéndose, haciéndose tan distantes, tan lejanos, entre sí, y entre otros, que el mismo tiempo, y el mismo espacio, deja de serme común. Ni siquiera un nuevo registro, recibo, número seriado, un nuevo lenguaje, puede engarzarme, estoy donado, a las usuarias, a los estados, dentro de las mercancías, dentro de las usuarias... La noche, causa nacional, de mi artillero... Puede ser que mis intestinos, y mis últimas pepitas, ardan, en este momento. Pero yo me alejo, de mí, tan lejos, y a tanta velocidad, que un rayo de luz, emitido por mí, jamás me alcanzaría... Me enjalbegan, y no de buena gana, ni con modales, sino al brochazo, pringador, al bálsamo, al horno crematorio, al graffiti rencilloso. Recalco, contra una pared que no se mueve, un hombre que no se queda quieto. Ahora, no sólo una, muchas numeraciones me describen. Ya ocurro, entonces, íntegro, amigable capa, residual, sobrenadante, ya soy real. Y.

© Luis Topogenario

Luis Topogenario. Escritor nicaragüense (Managua, 1980). Ha publicado la novela *Fat boy* (Montevideo: Gráficos del sur, 2010). Blog: <http://topogenario.blogspot.com.es>

EL VALS DE LAS MARIPOSAS

por Carlos Zandundo Solsona

Levantarse de la cama cada mañana es un verdadero sacrificio. La nostalgia se aferra a mis párpados, tirando de ellos con fuerza para cerrarme los ojos; es la primera batalla de una guerra perdida de antemano a la que me enfrento a diario.

Me despertó la suave caricia de mi hermana, noté la palma de su mano en la mejilla, el calor húmedo de su aliento, el susurro de su voz en mi oreja dándome los buenos días. Fin de semana en Londres, tras casi dos años volvía a esa ciudad. ¿Soltar lastre? Quizás. ¿Reencuentro? Seguro. ¿Temor? Atroz. Papá esperaba en la calle con el motor en marcha para llevarnos al aeropuerto, sonrió adormilado. «¿Lo tenéis todo?», preguntó taciturno; mi hermana asintió, emprendimos la marcha.

En el aeropuerto Koldo posó la mano cariñosamente en mi hombro meciendo la mirada entre la de mi padre y mi hermana. «No te preocupes, tendremos cuidado...». Papá asintió entregándole la maleta que cargaba en forma de testigo y subimos al avión.

«Una habitación doble con una cama supletorio para mi hermano», dijo Aintza volviendo la vista hacia su novio Koldo; entró rezagado en el hotel cargando el equipaje y se acercó para apoyarse en el mostrador entre nosotros dos. El chico nos indicó el pasillo de la derecha después de entregarle a Aintza una tarjeta con el número 001 impreso en el dorso. La ventana no mostraba más que un patio de luces escaso de ellas, aunque la habitación era grande, limpia y de factura estrecha; modesta decoración de cierto mal gusto británico con moqueta a doquier. La cama doble presidía la estancia, con mi *plegatín* relegado a un rincón en frente del ciego ventanal. La puerta del baño entreabierta, en el lado opuesto, mostraba a Koldo y a mi hermana aseándose tras el viaje.

La primera vez que pisé Londres me sorprendió su luz, su cielo, su monocromático y omnipresente tono grisáceo, su *chirimiri*..., mas fuera la sorpresa de encontrar un clima parecido al de Bilbao; allí, por eso, la serpenteante silueta de la ría trazada a carboncillo tiznaba con su olor a mar las calles que huían monte arriba azuzadas por las gaviotas. Cielos de ciudades diferentes por las que arrastré mis pasos hasta terminar rodando por ellas.

«Mikel, así se llamaba el compañero de instituto que me presentó a Amaya, y a todo el grupo; al principio salíamos de pinchos, zuritos, risas, juergas...»

Mikel, así se llamaba el compañero de instituto que me presentó a Amaya, y a todo el grupo; al principio salíamos de pinchos, zuritos, risas, juergas... Amaya terminó siendo parte esencial en mi vida, en la universidad la relación se consolidó; al igual que Mikel se estableció como alma Mater del grupo. Hijo de un caserío a las afueras de Getxo, había propalado sus ideales en todos nosotros. Reconozco nos mostramos receptivos para con ellos, aunque pudo más la novedad, el riesgo, el ser..., qué sé yo; tampoco ayudó el clima del momento en el que se aplacaban con pelotas de goma las pedradas. Si quieres que un niño no coja la pelota debes decirle que lo haga, por el contrario, si le dices que pare, no cesará hasta hacerse con ella. Eso es lo que nos pasaba en aquel tiempo, si el entorno no hubiera sido tan contrario y restrictivo para con nuestras ideas reaccionarias acaso no hubiéramos encontrado satisfacción en lo que hacíamos; pero la en-contrábamos.

El primer año de carrera se convirtió en una asamblea continua, reuniones, actos, manifestaciones; entre zuritos y pinchos planeábamos la siguiente acción. El curso se nos coló por los dedos como lo hicieran el grueso de nuestras protestas de las manos; mi padre me esperó despierto una noche hasta que llegué de una de mis juergas. Entré en la casa seguido de Amaya dispuestos a pasar el fin de fiesta entre sábanas, la luz del salón estaba encendida, él en la butaca marrón con la mirada clavada en la mía. Qué difícil era aguantársela cuando fruncía el gesto de esa forma.

«Cierra la puerta», me dijo indicando con un gesto que Amaya esperara en la cocina, le quise devolver la chaqueta pero ya había cerrado la puerta. Me mostró un diario con una foto que ocupaba toda la portada; en ella, la última manifestación en el centro no exenta de altercados. Tres jóvenes lanzaban sendos cócteles molotov contra la Ertzaintza quien se defendía blandiendo sus escudos y lanzando pelotas de goma; esa era la escena. Los tres portaban pasamontañas dejando al descubierto los ojos, uno de ellos vestía la chaqueta roja que yo sujetaba con la mano derecha, el otro calzaba exactamente las mismas botas en las que yo me alzaba en ese instante. No había careta capaz de amagar la expresión de unos ojos a la vista de su padre, ni tribunal o ejercito con más poder sobre mí que aquel hombre escrutándome enrocado en su sillón.

Alcanzamos la plaza de Trafalgar a la una de la tarde. Las nubes grises, oprimidas las unas contra las otras, tamizaban sobre nuestras cabezas sus entrañas, difuminando la ciudad a su antojo. El Big Ben se alzaba tímido al final de White Hall vigilado por los bronceados leones de la plaza. Continuamos hasta Covent Garden donde una marea de gente expectante aplaudía a los artistas callejeros; de fondo, en el foso del mercado, un cuarteto interpretaba el Ave María de Bach. Les pedí me dejaran escuchar esa pieza, y la siguiente, y la otra...; la melodía del Panis Angelicus me acunó entre sus compases llevándome hasta Sofía. De su voz descubrí esa música, en sus ojos encontré la armonía, de su mano anduve, por su piel sentí mariposas en la tripa.

«Alcanzamos la plaza de Trafalgar a la una de la tarde. Las nubes grises, oprimidas las unas contra las otras, tamizaban sobre nuestras cabezas sus entrañas, difuminando la ciudad a su antojo.»

Tras la escena del salón no pude negar la evidencia. Mis padres decidieron enviarme a Londres para terminar mi carrera de económicas. Al principio me negué en redondo, entré en cólera, les amenacé con irme de casa y no verlos nunca más; aunque mi participación con el grupo dejó de ser lo activa que fuera antes cuando mi padre me explicó cómo pagaba el impuesto revolucionario, cómo lo amenazaban a él y a todos nosotros si no lo hacía. Amaya no comprendió mi postura acusándome poco menos que de traidor, cuando era ella quien se beneficiaba a Mikel; acepté el exilio Londinense después de encontrarlos enroscados tras la barra de una taberna.

Sofía significó un remanso de agua serena en el río de mi devenir tras las turbulencias de mi montaña natal. «Mírale la cara, hacía tiempo que no sonreía así...». La voz de mi hermana se mezcló con el Ave María de Schubert. Era su favorita, Sofía solía tararearla a todas horas, incluso después de los largos ensayos con la coral, canturreaba esa melodía; a veces con la boca cerrada para calentar la voz, otras a pleno pulmón, pero siempre lo hacía. Aintza sacó del bolso un pañuelo de papel para secar la lágrima que se descolgó por mi mejilla.

«Ésta es mi canción..., ésta es mi vida..., ésta es mi canción..., ésta es mi vida». La voz, acompañada por una rasposa guitarra, se arrastraba por entre las apresadas gentes que colmaban la salida de la estación del metro. El caduco artista de la botella repetía una y otra vez la misma frase a la espera de su caché en monedas. Unos críos correteaban entre risas a su alrededor apremiados por uno de los teloneros, quien de trago en trago lo acompañaba en los coros. Alicia llegó puntual a la cita, nos recogió en la puerta y, dando un paseo por el que fuera mi barrio de antaño en Londres, llegamos al piso. Con ella había compartido casa, historias, gentes....

«Te voy a presentar a mi mejor amiga», me dijo una tarde de pintas; Sofía apareció abriéndose paso con su belleza helénica, pidió una cerveza y se unió a nosotros hasta que se fue en el autobús.

Lo primero que llamó mi atención fue ver el ordenador portátil abierto en lo alto de la nevera. Alicia tenía la costumbre de beber el café con leche de pie mirando su correo electrónico cada mañana, en la cocina no había mesa alguna, así que utilizaba cualquier superficie que se le pusiera a tiro; y ése fue siempre su sitio favorito.

El piso no había cambiado mucho desde que yo me fuera. Alicia ocupaba la misma habitación en la planta baja; arriba, la que fue mía y en los últimos tiempos también de Sofía, estaba ocupada por un tipo alemán un tanto especial; en la otra, dormía una chica de Manchester llamada Mary.

«Mi hermano me había dicho lo del ordenador pero no me lo creí», comentó Aintza señalando el

portátil mostrándome la lengua para terminar sonriendo. Las dos conversaron relajadamente, al poco Koldo se unió a ellas; yo contemplé primero la impoluta cafetera que durante tanto tiempo Alicia me dejó utilizar. En la esquina de la repisa, al lado de la ventana, lucía majestuosa como el máspreciado de los tesoros: la melita que su padre le regalara unas navidades, con los filtros y el trapo para darle brillo guardados en la misma caja de latón rojo. El partidillo de fútbol callejero se coló por el cristal llamando mi atención, corrían unos chavales tras un balón azul, se soliviantaban los unos a los otros más que otra cosa, para chutar sin tino de coche a coche en el callejón que había contemplado a menudo.

«No sabéis la última de nuestro amigo alemán». Irrumpió una voz con acento de Manchester. Mary, la compañera de piso, nos mostró un trozo de papel con el número de una matrícula en el que rezaba una nota: por si algo me pasa. Nos explicó que el tipo sufría de manía persecutoria, entre otras muchas rarezas; le dio esa nota la noche anterior creyéndose vigilado por los jóvenes de un coche aparcado delante de la puerta de la casa. Él argumentó que podía tratarse de un grupo de islamistas al tanto de sus gustos por lo americano y, amparándose en una extraña teoría sobre la hora en que éstos iban y venían de una supuesta mezquita, se sintió amenazado de sufrir quién sabe qué tipo de ataque. Mary terminó riendo a carcajadas esperando la misma respuesta de Alicia; ésta quedó en silencio sin saber qué decir o qué hacer, mi hermana y Koldo se miraron, los tres me buscaron con la vista aunque yo ya estaba en el autobús de mi memoria.

... salimos de casa juntos, como casi cada mañana; dejamos a Alicia con su café y su ordenador en lo alto, ahí donde descansaba ahora mismo. Sofía iba al trabajo; yo, no lo sé, no recuerdo. El metro estaba cerrado. «El treinta nos lleva...», me dijo ella despertando mis mariposas, revoloteaban por mi estómago cada vez que ella me miraba, cuando la olía, si la sabía lejos de mí o acercándose. Calles cortadas, abordamos una ruta diferente, la plaza Tavistock, un pitido insoportable dio paso al absoluto silencio...

Los jueves por la tarde, sí, era ese día, íbamos a bailes de salón. Yo era nefasto pero Sofía me marcaba los pasos que debía seguir, como lo hizo Alicia ese fin de semana. Tras la comida del día anterior fuimos a tomar unas cervezas a un pub cercano a la casa, nos recogimos pronto ya que el domingo íbamos a ver una exposición al Royal Festival Hall y a dar un paseo por la orilla del Thames.

En una de las salas de la retrospectiva proyectaban a una pareja bailando un vals al son de música de Schubert. Eran Fred y Ginger, él con frac, ella con un vaporoso vestido blanco. Una pareja de abuelos desinhibidos los acompañaban en vivo; unos en las imágenes reflejadas en la pared, los otros danzando frente a nosotros. El caballero agarró a mi hermana y la señora a Koldo, Alicia restó tras de mí agarrada a mi silla. Las tres parejas bailaban al unísono en la improvisada pista siguiendo un imaginario compás que la melodía no marcaba. Sofía regresó a mí engalanada de raso mezclándose con la pareja de la pantalla. «La estás viendo, ¿verdad?», preguntó la temblorosa voz de Alicia agachándose para secarme los ojos.

Aquella mañana Sofía se fue en el autobús dejándome solo. El atentado me dejó postrado en una silla de por vida, incapaz tan siquiera de hablar fluidamente, con medio cuerpo paralizado; aunque lo peor era mantener vivas las mariposas en la tripa por Sofía, en su eterna danza, luchando por no convertirlas en polillas...

© Carlos Zandundo Solsona

Carlos Zandundo Solsona (Barcelona, 1975). Estudié letras puras aunque nunca llegué a terminarlos por pereza, por tonto y porque descubrí el mundo de la cocina y la gastronomía al que me dediqué casi en exclusiva hasta despertar un día en Londres. "24 del 12" es el primero de un trío de cuentos de Navidad; los tres, más otros tantos, están incluidos en *La gata, la Japo y la Mona Lisa*; una miscelánea de relatos cortos que autopubliqué en Amazon el años pasado. Blog: <http://carloszandundo.wordpress.com>

A LO LEJOS ESCUCHÓ UN RUIDO

por Ramón Araiza Quiroz

Estimado lector:

Tratar de seguir la lógica de los sucesos sería imposible. Es por ello que hemos decidido, mi perro y yo, narrarlos de la siguiente manera. Mi perro fue el que escuchó el ruido a lo lejos, vino a mí y con unos ladridos me lo contó. No es algo que él haga a menudo, pero esta vez decidió hacerlo. Al principio no le tomé importancia, todos los perros ladran, me dije. Sin embargo, en esta ocasión noté un sonido distinto que salía de Perrisko, también a mí me encanta su nombre, entiendo su sonrisa al leerlo, estimado lector. En el sonido que emitía había un lamento muy ligero, apenas perceptible. Soy su dueño desde hace tres años y nunca había salido tal sonido de él: chilla, ladra, hace varios sonidos que lo distinguen de otras razas, pero jamás un sonido que saliera, huyera del hocico de mi perro y se metiera bajo la cama como espantado por algo o alguien. Después, Perrisko seguía su propio sonido y lo acompañaba a esconderse bajo esas tablas viejas de una cama abandonada. De ahí no lo sacaba hasta que llegaba la hora de comer. El lamento y él se hicieron inseparables por varios días, hasta que descubrí qué era lo que lo estaba ahuyentando tanto.

Ahora narro lo que me llevó al descubrimiento de algo tan simple.

Era el año 1987 cuando yo, Tomás el cantinero, dueño de un bar al que sólo el sol hacía que las puertas se cerraran, creía que mi vida estaba resuelta. Este bar lo abrí en un barrio de Houston, Texas. Llegaban a él personas que hablaban en diversas lenguas incomprensibles para mí. Nunca me preocupé por entender lo que decían. Yo solamente servía lo que me pedían. Me ayudaba con las señas y una carta de bebidas escrita por un amigo; que la verdad yo no entendía. Jamás me preocupé por aprender inglés, yo no hablaba con nadie así que ni lo necesitaba. La gente charlaba en sus idiomas y a veces volteaban a verme para pedirme algo más: acudía, me señalaban en la carta lo que deseaban y yo les atendía. Los clientes pasaban horas jugando cartas o riendo. Brindaban, se abrazaban al llegar y se despedían de mano o nuevamente con un abrazo. Así, cada día, se repetía la escena con distintas personas. Claro, de vez en cuando coincidía que reconocía sus rostros, hasta llegar el momento en que ya casi a todos los conocía. Si traían a un invitado, me llamaban y decían algo en inglés, francés o cualquier otra lengua y yo me limitaba a sacudir la mano del invitado como en señal de amistad y bienvenida.

«He olvidado narrarle algo importante, estimado lector. Por un momento me adentré más en comentarle sobre mi bar que sobre el ruido que escuchó mi perro.»

Un día, alguien tomó la decisión de hacer una autopista y me quitaron el bar: una de las arterias pasaría precisamente por ahí y el bar fue derrumbado. Nunca pude abrir otro.

Un día, alguien tomó la decisión de hacer una autopista y me quitaron el bar: una de las arterias pasaría precisamente por ahí y el bar fue derrumbado. Nunca pude abrir otro.

He olvidado narrarle algo importante, estimado lector. Por un momento me adentré más en comentarle sobre mi bar que sobre el ruido que escuchó mi perro. Bueno, ahora lo hago. En ese bar hubo una riña que inició un enanito al cual se le ocurrió armar un escándalo. Él argumentaba que había ganado, bueno, eso supuse. Vi mucho dinero sobre la mesa y seguramente se trataba de una apuesta. Las cosas se tornaron azules, después verdes y al final rojas con la sangre que corrió por la frente del enano. El tipo simplemente sacó una pistola y disparó. Entre gritos y caras de susto una voz se escuchó:

—¡Corte!

La inofensiva pistola de utilería y la supuesta sangre: algún químico que le pusieron al enano, era la escena de una película que jamás tuvo éxito. Ni siquiera la vi anunciada en cartelera. Sería fácil reconocer el rostro del diminuto hombre que parecía ser la estrella de la filmación. Al menos esa fue la impresión que me dio.

Bueno, creo que ya volví a salirme del tema. Por eso les decía que tratar de relatar esto sería complicado.

El caso es que Perrisko había escuchado el ruido a lo lejos y finalmente un día decidí ir a la parte trasera de la casa y ver qué había. Ahí estaba el enano.

—¿Qué tal? —lo saludé.

No me contestó.

—¿Qué tal? —repetí.

Finalmente habló y lo hizo en mi idioma, el ruso. Yo no sabía que él hablara mi lengua:

—Esa película iba a ser un éxito. Tú tuviste la culpa de que no lo fuera. Aceptaste de inmediato quitar el bar para que construyeran la autopista. Si lo hubieras dejado habríamos hecho maravillas con esa película. Tuvimos que terminarla en otro bar y por eso no tuvo éxito.

La cara del enano se veía deforme. Realmente estaba molesto. Llevaba días viviendo en el patio, quizá comiendo de mi refrigerador y yo ni cuenta me había dado. Qué enano tan más simpático.

Seré breve porque la historia debo terminarla ya porque Perrisko, el enano y yo vamos a salir a dar un paseo, compraremos algo para comer juntos y ver la película. Sí, sí, *la película*, del enano. Decidí abrir otro bar, y yo mismo filmé una película con el enano y mi perro en el nuevo bar. Cada fin de semana la vemos. Así que eso es lo que haremos. Con el permiso de usted por supuesto.

Gracias estimado lector.

Atentamente.

El director de la película, el enano y mi perro.

© Ramón Araiza Quiroz

Ramón Araiza Quiroz. Escritor mexicano. Ha colaborado en varios números de Narrativas. Su blog es www.ramonaraiza.com. Ganador del primer lugar de relato corto en Venezuela y recientemente finalista en el certamen internacional de microrrelatos de Arbo. La editorial Selector publicará una novela en donde Ramón Araiza juega con los horarios, los lugares y las fechas: una novela muy distinta a su anterior obra *Ojalá mi pareja leyera este libro* la cual ha logrado ubicarse entre los libros más vendidos del sello editorial.

EL REGRESO DE ANÍBAL

por María Eugenia Caseiro

Como si un pensamiento extraño la obligara a detenerse en ese instante en que la luna es un pez lechoso y rezagado pegándose al cristal del día y el sol rechoncho y perezoso aún no se atreve a darle un puntapié a la telarañas de la noche, parecía una visión afilando el cuchillo de cocina, sentada allí donde el suelo se agrietaba en el traspatio y de sus cráteres brotaba toda la soledad del mundo. Era tiempo de echar tierra sobre la imponderabilidad del sino y cortar de una buena vez el hilo que alimentaba el miocardio. Una sola acción, afilar el cuchillo de cocina con esa persistencia inaudita que suelen tener algunos seres a los que nada ni nadie logra desviar de su propósito.

Con el torso inclinado sobre la herramienta carnicera que sacaba una y otra vez pavorosos silbidos a la piedra, la mujer creía más en la justeza de su propósito que en la misericordia divina. Había perdido la cuenta de las horas, de los días, de los meses que habían transcurrido viendo a su marido morir, viviendo en esa clase de muerte que es la nada del que nada espera o la nada de quien nada ya puede esperarse. Aníbal había sobrepasado por mucho tiempo ese impasse entre la vida y la muerte; ni se moría ni estaba vivo en forma alguna que pudiera justificar su larga espera para alcanzar ese sueño en que no se tiene cuenta de nada. Una nada diferente a su nada actual o a esa otra nada que la martirizaba a ella con la pesadilla de la monotonía creciente apoderándose de todo su entorno, como ahora se apoderaba ella misma del cuchillo mientras su corazón, como rinoceronte espantado por una batida incontrolable de hienas, atravesaba las paredes del pecho queriendo escapar de aquella selva de martirios.

El cuchillo es un utensilio socorrido, y silencioso, pensaba. Claro, silencioso mientras no choque contra la piedra de afilar, o haga crujir un hueso atravesado en un pedazo de carne, o caiga al piso sin haber cumplido su misión... Una mujer sin un buen cuchillo en casa es como un soldado que se va a la guerra sin un arma, o como un barco que se avienta al mar sin brújula... Si seguía allí plantada como una visión afilando aquel cuchillo, las agujas del reloj enmohecerían y el día no cobraría fuerza. Por eso dio por bueno el grado del filo alcanzado por el arma, o por la brújula, y se dispuso a levantarse para conferir a la ceremonia del afilado un remate que debía prescindir de su posición sedente.

«Con el torso inclinado sobre la herramienta carnicera que sacaba una y otra vez pavorosos silbidos a la piedra, la mujer creía más en la justeza de su propósito que en la misericordia divina.»

El último roce entre el filo de la hoja y la piedra de amolar debía ser como el acto final de una obra teatral. Ya para ese instante había envejecido la mujer todo cuanto puede ser capaz de envejecerse en una noche y le costó gran trabajo incorporarse. Pensó nuevamente en Aníbal. No debía permitir que la compasión la liberase de su plan, por lo que se apresuró a efectuarlo. Con el cuchillo envuelto en el delantal cargó con su presente, con su recua de años malgastados y su infeliz propósito hasta el galpón donde la figura de un gallo sustituyó la del pez lechoso. Supo que iba a amanecer y que tal certeza podría ser un obstáculo que pusiera en riesgo su determinación, por eso tenía que apresurarse a actuar antes de que la figura del gallo se convirtiera irreversiblemente en canto.

En la semioscuridad del cuarto en que el marido también había envejecido en un ciclo semi-vital como el de las marmotas por un período de tiempo que al hombre se le hizo imposible de calcular, acababa de suceder el milagro que la esposa ya no esperaba. Aníbal, el hombre marmota, regresaba de su viaje a la nada para instalarse en el ciclo vital de los que vuelven. Intentó gritar, llamar a su mujer, pero la voz no le salía por la garganta. Fue necesario entonces mucho tiempo y esfuerzo para lograr incorporarse sin ayuda. Débil y famélico, no pudo ponerse de pie. Usó la poca fuerza que milagrosamente encontró en sus brazos para tirarse del camastro y salir, arrastrándose, del cuarto.

Había logrado recordar quien era, quería verla, decirle que había regresado.

Encontró a su mujer en el galpón hasta donde llegó penosamente. El cuchillo de cocina ensangrentado sobresalía del tórax exánime, como el pico de un gallo que no llegó a tiempo para cantarle al alba.

© **María Eugenia Caseiro**

María Eugenia Caseiro. Narradora y poeta cubana. Reside en Miami. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas del Caribe, de la Unión Hispanoamericana de Escritores, de la Asociación Caribeña de Estudios del Caribe y Miembro Colaborador de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE). Integra la Muestra Permanente de Poesía Siglo XXI de la Asociación Prometeo de Poesía y el Consejo Editorial de La Peregrina Magazine. Ha participado como jurado en certámenes literarios. Ha obtenido reconocimientos por dedicación a la difusión de la cultura. Premio José María Heredia, Primer Premio Narrativa Artesanías Literarias, Primer Premio Poesía Carta Lírica 2011. Ha publicado *Nueve cuentos para recrear el café* en versión bilingüe, español y francés, y el libro de poemas, *ESCAPARATE, el caos ordenado del poeta*, que reúne varias épocas de su poesía.

PSIQUIÁTRICO

por Eva María Medina Moreno

Abrí los ojos. Todo blanco. El blanco se extendía del techo a las paredes y llegaba hasta la cama a través de las sábanas. Noté un picor en uno de los brazos. La vía, que trataba de ocultarse tras los esparadrapos. Cerré los ojos; quería encontrar las imágenes, pero solo había negrura.

La puerta de la habitación se abrió. Una enfermera, me traía pastillas. Me preguntó qué tal estaba y le contesté con un «estupendamente» raro. «Es-tu-pen-da-men-te». El ritmo, la aceleración de las sílabas, que se repitieron decelerándose con un tono de burla. «Es-tu-pen-da-men-te». Luego resonaba en mi cabeza en un modo interrogativo que producía risa y el acento cambiaba de una a otra sílaba y con cada cambio el significado variaba. Y yo frente a la palabra dicha, como si la hubiera pronunciado otra persona, sacada de una conversación de la calle o de una escena de alguna película en blanco y negro.

Necesitaba ir al baño. ¡Qué coñazo! Con el suero auestas. Era un castigo, ese trozo de plástico que se agarraba al brazo. Parecía succionarme; quitar en vez de dar. Me levanté de la cama. Los músculos como si hubieran sido apaleados; me costaba moverlos sin que doliesen. Con la mano derecha agarré el suero por la barra de metal que lo sujetaba y fui arrastrando los pies hasta llegar al baño. Me bajé los pantalones con lentitud. Una imagen me vino a la mente. Una mujer se acercaba, parecía decirme algo al oído. Debía de ser gracioso porque no paraba de reírme. Sentí dolor, bajé los ojos y vi

«Llevaba un rato en el comedor. Miraba la comida. Trozos de carne grisácea, con grasa, y unas patatas fritas que parecían de cera; rígidas como cadáveres.»

su mano enroscada en mi pene. Me echaba hacia atrás, dolía pero me reía; me hacía tanta gracia. Yo, contra la pared, sin calzoncillos, los pantalones en el suelo. De la mujer solo recordaba su pelo negro alborotado y unos labios carnosos de un rojo fuerte que se extendía por toda la cara. Seguía en el váter. Antes de subirme los pantalones del pijama, me fijé en el pene; estaba morado. Tiré de la cadena y cogí el suero. Al pasar por el espejo, el reflejo de mi cara me inmovilizó. Unos ojos saturados, como si lo visto se fuera derramando por los bordes y ya no pudieran o no quisieran ver más. Las cuencas de los ojos muy hundidas, las ojeras casi negras y unos pómulos hacia dentro, que resaltaban la mandíbula. Me alejé, arrastrando unos pies que parecían ir sobre raíles en una vía de tren abandonada. Fui hacia el otro lado de la cama. Dejé el suero a la derecha y me senté en el sillón negro. Miré el líquido incoloro. Me asaltó la imagen de una lavadora y mi cuerpo, diminuto, acurrucado, dentro. Y la lavadora daba vueltas y vueltas, y yo repetía los mismos movimientos, veía la misma ropa y un exterior tan irreal, tan alejado. En esta imagen alargaba la mano, como si quisiera tocar algo de ese exterior. ¿Saldré de aquí?, me preguntaba. Y una voz me contestaba que no, pero otra me decía, cuando te recuperes. Cerré los ojos apretando los párpados con fuerza; intentaba acallar las voces. Las voces se fueron alejando, pero ese «¿saldré?» zumbaba en mi mente.

Llevaba un rato en el comedor. Miraba la comida. Trozos de carne grisácea, con grasa, y unas patatas fritas que parecían de cera; rígidas como cadáveres. Me fijé en los demás; tampoco comían. Las caras, nunca olvidaría esas caras. Los ojos, como si los hubiesen vaciado, recubriéndolos con una capa de cemento transparente; ya estaban seguros, allí nada podían temer. Y esas muecas histriónicas que simulaban sonrisas. Esas muecas me producían ganas de vomitar, como si en la pared de enfrente hubiera un espejo y constataste que yo también participaba en ese juego diabólico. Un toque en mi hombro derecho me recordó que estaba allí para comer. Contesté con un movimiento de cabeza y el tenedor se introdujo en la carne escarchada de una patata. Me vi trepando una pared. Después, mi cuerpo en el suelo. Encima del tejado un gato. Me daba rabia no acordarme

bien de lo ocurrido, tener huecos. El plato de carne y patatas seguía allí, como si se burlara de mi suerte. Tengo que irme, me dije, pero ¿adónde?

Salí al pasillo. Lo recorrí de arriba abajo. Luego entré en una sala pequeña, al lado de los servicios. Había un hombre con barba sentado al borde de una silla, balanceándose como si acunase a un bebé. No hablaba. Ya me había fijado en él. Todas las tardes, a la misma hora en la misma silla. Si alguien se había sentado allí, pataleaba hasta que le dejaran su sitio. Me acordé de la mujer del mango de paraguas y el marco sin foto. Los llevaba siempre. En el comedor trataban en vano de guardárselos; comía con ellos sobre la falda.

Me fui de la sala. Pasé al lado de la escalera y un grupo de hombres y mujeres me pidieron tabaco. «Un cigarrillo, un cigarrillo». Manos, muchas manos. Grandes, pequeñas, oscuras, más claras. Ese agarrar y soltar. Las marcas del pasado. Lo que estaba escrito en esas manos. Me apoyé en la pared, cerré los ojos. Cuánta necesidad había allí de que les diesen; que les dieran y, cuánto más, mejor. ¿Soy yo así? Preferí no contestar y seguir caminando como si nada hubiese ocurrido. Me alejé, yendo hacia el otro extremo del pasillo. Al volver, algunos de ellos se apoyaban en las paredes con desesperación. Los veía como si fueran bolos esperando la inercia de una esfera que les hiciera caer; que la caída de uno provocase la del otro, y, aunque supieran lo que iba a ocurrirles, esperasen con indiferencia ese final.

Fui a mi cuarto, cerré la puerta y me senté en el sillón. Mi cabeza giraba. Las ideas iban y venían. Las imágenes, diapositivas de un viaje diabólico; un viaje en el que nunca pensé que participaría. «¡Dios mío, qué hago aquí!», dije mientras me cogía la cabeza entre las manos, apretando para que todo aquello muriera. Pero ahora los dementes daban vueltas alrededor, como perros sabuesos en busca de su presa. Unos ojos vacíos me miraban. Un hombre gritaba, «mi silla, mi silla». Manos, muchas manos intentando agarrarme. Y yo, apretaba con fuerza para que esas imágenes desaparecieran. Fuerte, cada vez más fuerte.

© Eva María Medina Moreno

Eva María Medina Moreno (Madrid, 1971). Escritora. Licenciada en Filología inglesa y diplomada en Profesorado de Educación General Básica, por la Universidad Complutense de Madrid. Con el título del Ciclo Superior en Inglés de la Escuela Oficial de Idiomas de Madrid, y The Certificate of Proficiency in English, por la Universidad de Cambridge. Tras el Período de Docencia del Doctorado en Filología Inglesa de la UNED, investiga en el campo de la Literatura Inglesa del siglo XX y Contemporánea, trabajo que compagina con la escritura de su primera novela. Premiada en el I Certamen Literario Ciudad Galdós por su relato «Tan frágil como una hormiga seca» (Editorial Iniciativa Bilenio S.L. 2010). Finalista en el Premio Orola 2011, en cuya antología se incluyó su cuento «Mi bodega» (Ediciones Orola S.L.). También han publicado sus relatos en revistas literarias digitales e impresas de España, Hispanoamérica, Estados Unidos y Canadá, como Letralia, Cinosargo, Otro Lunes, Revista Ombigo, Almiar, Groenlandia, Narrativas, Solaluna o Proyecto Sherezade. Su relato «La náusea» fue publicado en la web oficial del escritor Antonio Muñoz Molina. La revista de creación literaria La Ira de Morfeo ha editado un número especial con algunos de sus relatos. Coautora del libro de la Editorial Letralia: *Letras Adolescentes. 16 años de Letralia* (Colección Especiales, mayo de 2012).

LA CORTESANA

por Enrique García Díaz

Paris, 14 de Julio de 1789

El clamor crecía como una tormenta. Aquellas voces denotaban el malestar del pueblo de París contra el rey Luis XVI y sus órdenes de situar tropas en los alrededores de la ciudad. Los ciudadanos, cansados por la transformación de los Estados Generales en Asamblea Nacional, decidieron amotinarse y dirigirse hacia la prisión de la Bastilla para tomarla. Uno de los muchos presos que había se despertó atónito por la marabunta de gente que tomaba la prisión.

—Eh, ¿qué ocurre? Estoy aquí —gritó a pleno pulmón deseando que alguien se percatara de su presencia.

Un par de ciudadanos armados con mosquetes se presentaron ante él.

—Apártate —le dijo apuntando con su fusil a la cerradura—. Venga, sal de ahí, ciudadano; ya eres libre.

Salió corriendo escaleras abajo hacia la calle para contemplar atónito como los ciudadanos se alzaban en armas dispuestos a terminar con el absolutismo. Todo París era un hervidero de gente ansiosa por matar a todo aquel que se identificara con la nobleza. Cuatro hombres rodeaban a una persona empujándola y golpeándola sin cesar mientras ella se cubría de los golpes. El extraño se acercó hasta ellos indignado por su comportamiento y sobrecogido por la mirada de una mujer. Sí. Aquellos cuatro individuos estaban maltratando a una mujer. Sabía que no debía inmiscuirse, pero no pudo evitarlo.

—¿Puedo saber qué ha hecho para que la estéis tratando de esa manera?

—Métete en tus asuntos, amigo —le espetó levantando el puño para golpearla.

—Quiero saber qué ha hecho —repitió en tono más serio sujetándolo por la muñeca.

—Es una cortesana —le aclaró señalándola.

—Yo veo a una mujer —dijo centrando la mirada en ella—. Y a cuatro cobardes, que en vez de enfrentarse con los verdaderos culpables de toda esta situación se ensañan con los más débiles.

El tipo al que sujetaba por la muñeca extrajo un cuchillo con su otra mano intentando acabar con aquel extraño. Sin embargo, el grito de la mujer lo puso en sobre aviso. Se lo arrebató y colocándose en la garganta miró a los demás.

—Marcharos de aquí u os señalaré como aristócratas ante la gente, y veremos qué os hacen —les dijo retándolos con su mirada.

Durante unos segundos todos se miraron, hasta que uno de ellos dio orden de alejarse.

—Vámonos. ¿Qué puede importarnos una vulgar cortesana?

El extraño percibió los ojos de la mujer brillaban de rabia, y su rostro reflejaba amargura por la situación que ahora le tocaba vivir. Si era cierto que era una cortesana, no le cabía la menor duda que habría conocido tiempos mejores.

—Convendría marcharnos cuanto antes —le sugirió cogiéndola de la mano.

—Soltadme. No necesito vuestra ayuda —le espetó furiosa rechazando su mano.

—Vaya, a mi me ha parecido todo lo contrario —le comentó mientras ella lo contemplaba con su mentón alzado en tono desafiante—. Como queráis, pero yo me marcho de París. Ahora mismo es un

«Salió corriendo escaleras abajo hacia la calle para contemplar atónito como los ciudadanos se alzaban en armas dispuestos a terminar con el absolutismo.»

polvorín.

La mujer se enfureció aún más cuando reconoció que aquel apuesto extraño tenía razón. Se tragó el orgullo y lo siguió.

—Supongo que tendréis un nombre

—Sandrine. —Ella, la más famosa cortesana de París, ante la que todos los hombres se rendían, ahora parecía una mujer vulgar mientras avanzaba por las calles de París temiendo ser ultrajada—. ¿Cuál es el vuestro?

—Roderick ¿Decidme, sois una cortesana?

—¿Os importa mucho si lo soy? —La mirada de ella le advirtió que no siguiera por ese camino.

—Deberíamos conseguir un caballo. Viajaríamos más rápido —sugirió cambiando el tema de conversación.

—En ese caso, seguidme —le ordenó ella con voz autoritaria. Se detuvo delante de una cuadra como si buscara un animal acorde a sus gustos.

—¿Pensáis robarlo?

—¿Pensáis pagarlo? ¿A quién? —le preguntó con ironía mientras penetraba en la cuadra para coger la rienda de un ejemplar asustado por el bullicio. Montó con gran destreza y aguardó a que él lo hiciera en la grupa. Sandrine azuzó a la bestia y juntos salieron galopando por las calles de París.

—¿Y ahora? —preguntó Roderick rodeándola por la cintura y provocando una extraña sensación en ella. Algo jamás antes experimentado.

—Deberíamos encontrar un sitio donde pudiéramos descansar

«Ella, la más famosa cortesana de París, ante la que todos los hombres se rendían, ahora parecía una mujer vulgar mientras avanzaba por las calles de París temiendo ser ultrajada.»

—Conozco una posada no lejos de París —le comentó Roderick.

—Por cierto, no os he dado las gracias por lo que hicisteis —le dijo mirándolo por encima de su hombro, mientras sentía como las manos de él habían adueñado de las suyas.

—No tenéis porqué. Consideré una injusticia lo que os estaban haciendo.

Llegaron a la posada y al entrar Roderick se percató de las miradas que despertaba su bella acompañante en la clientela. A él no se le había pasado por alto que Sandrine era hermosa, con un cuerpo esculpido para pecar.

—Sólo me queda una habitación —le informó el posadero.

Sandrine asintió antes de fijarse en Roderick, quien no dejaba de mirarla con un brillo especial en sus ojos y una sonrisa burlona. Aceptó la oferta y pidieron algo de comer. Roderick no dijo ni una sola palabra mientras atacaba su ración hasta que vio a Sandrine, como devoraba el contenido de su plato sin ningún recato. Roderick la contemplaba atónito hasta que ella se dio cuenta.

—¿Qué miráis?

—Pensé que las cortesanas teníais mejores modales.

Sandrine se quedó con la boca abierta mirándolo como si fuera a matarlo. Frunció el ceño mientras soltaba la cuchara y apretaba sus puños por la rabia que le había producido aquel comentario. Se levantó, cogió el plato de comida y lo volcó sobre la cabeza de Roderick.

—Tal vez ahora sean de vuestro agrado —le espetó rechinando sus dientes.

Se marchó a la habitación mientras Roderick supo al instante que había cometido un error, y tenía que repararlo. Salió a la calle para lavarse en el pozo con el que contaba la posada y regresó en su busca. Abrió la puerta de golpe para encontrarla desvistándose, dejando al descubierto sus hombros redondos

y suaves, así como parte de su espalda. Roderick fue incapaz de articular una sola palabra mientras avanzaba hacia ella. Sandrine se volvió con una mirada de furia. Sus cabellos ocultaban la mitad de su rostro al mismo tiempo que formaban remolinos sobre su hombro desnudo.

—Podíais llamar antes de entrar —le sugirió a modo de saludo.

—¿No sabía que...?

—¿Por qué me miráis de esa manera? —Su tono era irónico, frío. Buscaba provocarlo. Que apartara su mirada de ella ya que le provocaba una sensación agradable a pesar de sus comentarios. Una sensación que nunca había conocido.

—Por lo que veo no soy bienvenido. Imagino que no compartiremos la cama que hay —comentó resuelto mientras hacía una señal en aquella dirección. De manera inconsciente sus dedos le rozaron el brazo. Al momento, un latigazo recorrió su espalda al sentir el contacto, y de inmediato se apartó.

—Hace un momento me habéis recordado quien soy. Pues sabed que para disfrutar de mi compañía, primero tendréis que mostrar vuestro dinero, y después ya veré si os acepto. No olvidéis que *yo* elijo. Y dado que no tenéis dinero, me quedo la cama. Vos dormiréis en el suelo.

—Os ha molestado mi comentario y ahora me hacéis pagarlo.

Sandrine lo fulminó una vez más con la mirada antes de responder.

—¿Creéis que me convertí en cortesana por placer? ¿Que me gustaba que me exhibieran como un trofeo en recepciones y bailes? ¿Que los hombres babearan ante mí y posaran sus manos en mi cuerpo? —le preguntó encendida mientras lo miraba y seguía sintiendo esa extraña calidez en sus ojos mientras ella parecía derrumbarse. Incluyó la cabeza ocultando su rostro tras sus cabellos.

Roderick deslizó su mano bajo su mentón obligándola a mirarlo. Qué hermosa era. Qué rostro tan fino, pensó al verla de cerca y con detenimiento

—¿Podríamos empezar de nuevo? —sugirió esbozando una sonrisa.

—Aunque lo hagamos, siempre me consideraréis una cortesana. —Lo miró unos segundos con los ojos entrecerrados y sonrió—. Ya entiendo, tal vez pensáis que debo pagaros lo que hicisteis por mí en París. ¿Os apetece que os satisfaga en pago a ello? —le preguntó de repente mientras comenzaba a desabrochar su vestido para mostrarle sus encantos. Pero Roderick posó su mano sobre la suya para que no siguiera adelante y negó con la cabeza.

—No soy de esa clase de hombres.

—¿Os creéis distinto a los demás? —le preguntó con un toque burlón en su voz, mientras arqueaba una ceja y fruncía los labios en claro gesto seductor.

—Sabed que yo no pago a una mujer por lograr un poco de cariño. —Aquella respuesta pareció dulcificar el semblante de Sandrine—. No me debéis nada, ya os lo dije. Y si surgiera algo entre nosotros, será porque ambos lo deseamos

Roderick se giró y salió de la habitación dejándola a solas presa de un genio incontrolable. Pese a sus comentarios, era el primero que no se había querido aprovechar de ella por su pasado. ¿Podría confiar realmente en él?

Cuando regresó horas más tarde a la habitación la encontró durmiendo plácidamente. Se acercó hasta ella para poderla contemplar mejor, y sus dedos rozaron su frente para apartarle un mechón. Pensó en todo lo que había sucedido en las últimas horas y el descanso y un nuevo día serían lo mejor que podía sucederle.

A la mañana siguiente la luz que entraba por la ventana despertó a Sandrine. Sentía que su cuerpo había descansado después de tantos días de revueltas en París. Se incorporó lentamente buscándolo

«Cuando regresó horas más tarde a la habitación la encontró durmiendo plácidamente. Se acercó hasta ella para poderla contemplar mejor, y sus dedos rozaron su frente para apartarle un mechón.»

con su mirada. Lo encontró tumbado en el suelo sobre el jergón. Se deslizó fuera de la cama y con paso sigiloso se aproximó hasta él. Alarmada se llevó la mano a la boca ahogando un grito. Lentamente se acercó hasta aquella parte de su cuerpo desnuda. Lo miró con detenimiento y se sobresaltó. Roderick se volvió para quedar de frente a ella. Abrió los ojos y la miró con una amplia sonrisa en sus labios.

—Sois toda una aparición —dijo soñoliento mientras se estiraba.

—¿Quién sois? —le preguntó con un gesto de curiosidad mientras su mirada era hielo y él no parecía comprenderla. Agarró una silla como si fuera a defenderse de él. ¿Por qué? Le había salvado la vida el día anterior.

—¿A qué viene vuestro comportamiento?

—Atrás u os juro que os parto la silla en la cabeza.

—Y yo os juro que no os he tocado un pelo en toda la noche.

—Soy consciente de ello. Pero me refiero a que lleváis la marca de los condenados a muerte —susurró.

—Sí —respondió pasando su mano por la flor de lis impresa en su hombro.

—¿Quién sois? Y esta vez no me mintáis.

—Os suena el nombre *La bruja del mar*.

Sandrine se quedó pensativa recordando. Lo había oído pronunciar en varias ocasiones y no con muy buenos calificativos.

—Era el nombre de un barco inglés. ¿Tenéis relación con este? —Roderick volvió a asentir—. Entonces sois... sois... un pirata —exclamó sin salir de su asombro mientras la silla volvía al suelo—. Sois el causante de que el comercio de Francia perdiera tanto dinero.

«*Sandrine se quedó pensativa recordando. Lo había oído pronunciar en varias ocasiones y no con muy buenos calificativos.*»

Ella había oído hablar de su navío y de las hazañas de su capitán, quien siempre lograba burlar a los barcos de la armada francesa. Había llegado a admirarlo por sus actos. Lo había admirado por su libertad y su decisión. Y ahora estaba justo delante de ella.

—¿Os complace la compañía de un pirata, *madame*? —le preguntó haciendo una reverencia.

Sandrine sintió que se burlaba de ella una vez más pero se calló. En vez de eso quiso saber cuáles eran sus planes a partir de ese momento.

—¿Qué pensáis hacer ahora?

—Volver a Inglaterra —respondió mientras se ponía su camisa—. ¿Y vos? ¿Dónde iréis? —le preguntó observándola dudar a ese respecto así que Roderick se lo propuso—. Venid conmigo

—No puedo, ¿qué haría yo en Inglaterra?

—Ser mi invitada —le dijo tendiéndole la mano.

—¿La de un corsario? —le preguntó contrariada mientras pensaba en aquel giro del destino. Percibió en Roderick un brillo especial en su mirada mientras asentía. ¿Era una locura la que estaba dispuesta a hacer?

—La de un amigo —le corrigió provocando un revuelo en ella. Un amigo, pensó. Nunca antes había tenido uno, y menos que fuera un hombre—. ¿Por cierto cómo vamos a pagar la cuenta?

—Ya la he pagado. Y si estáis pensando lo que creo que estáis pensando será mejor que no digáis una sola palabra —le advirtió posando su dedo índice sobre el pecho de Roderick a modo de advertencia. Sandrine no pudo evitar sonreír mientras en la palma de su mano descansaba una pequeña bolsa de cuero repleta de monedas—. Nunca salgo sin mis ganancias —comentó en voz baja mientras abría la bolsa para darle unas pocas monedas para el pasaje—. Tomad en pago a vuestra acción.

—No quiero dinero. Quiero que vengáis conmigo —insistió mientras ella sacudía su cabeza.

—Es una completa locura —le dijo observando como él no parecía dispuesto a rendirse. Pero por otra parte, ¿qué tenía que perder junto a él?

Varios días después embarcaron rumbo a Inglaterra. Estaba nerviosa por la nueva vida que iba a emprender, aunque nunca había tenido miedo. Cuando llegaron a Swinton, un pueblecito con casas de tejados de pizarra, Sandrine se dio cuenta de la casa delante de la cual se había detenido el coche. Miró a Roderick con gesto de asombro.

—Bienvenida a mi casa.

—¿Vives aquí? —le preguntó sin salir de su asombro.

—Más tarde te lo contaré —le prometió mientras le cedía el paso

Instantes después de llamar una mujer de rostro simpático los recibió.

—Señor Roderick, estábamos preocupados por su tardanza. —Después se quedó petrificada al ver que una mujer le acompañaba. Miró a Roderick esperando una explicación.

—La señorita es una vieja amiga de París. Por favor encárguese de alojarla en una de las habitaciones libres. Y de proporcionarle algo de ropa —le pidió dejándolas a solas.

—Debe ser usted muy buena amiga del señor para que le permita quedarse en su casa.

—¿Por qué lo dice?

—Porque es usted la primera mujer a la que aloja en esta casa.

Sandrine buscó con la mirada a Roderick, pero él ya había desaparecido.

Por la noche después de la cena Sandrine se recostó en la alfombra que había junto a la chimenea del salón. Roderick la contemplaba con otros ojos.

—Prometiste aclararme todo. No puedes ser un caballero y un pirata a la vez.

—Mi vida ha sido siempre la mar. Fui capitán de navío muy joven. Después oficial, y por último corsario al servicio del rey de Inglaterra.

—¿Un corsario al servicio del rey? Pero, y ¿qué les dices al servicio cuando regresas? —le preguntó extrañada por esa doble vida.

—Piensan que soy un comerciante. Nada más —respondió encogiéndose de hombros.

Durante unos segundos ambos se miraron hasta que Sandrine le hizo la pregunta.

—¿Qué planes tienes conmigo? ¿Pretendes que me quede contigo?

—Si quieres quedarte lo harás porque tú lo deseas, y no porque debas hacerlo —le explicó mirándola a los ojos. Unos ojos negros como la noche en los que no le importaría perderse. Su cuerpo era perfecto, sensual y provocativo. Hubiera deseado armarse de valor e ir hacia ella para tomarla. Pero no iba a forzarla. No quería hacerla revivir su pasado. Un pasado del que él estaba dispuesto a ayudarla a dejar atrás.

—Creo que es mejor que me vaya a descansar —dijo incorporándose de la alfombra y acercándose a Roderick. La vio avanzar con una mirada cargada de deseo. Apoyó sus manos sobre los brazos del sillón dejando ver su escote. Unos pechos redondos y turgentes asomaban por este. Roderick no pudo evitar bajar la vista hacia ellos. Subían y bajaban por la respiración. Sandrine lo miró una última vez antes de inclinarse sobre su rostro y rozar sus labios con los suyos. Fue un instante nada más. Pero a Roderick les gustó el sabor que destilaban. Un beso suave y corto pero suficiente para encenderlo y

«Varios días después embarcaron rumbo a Inglaterra. Estaba nerviosa por la nueva vida que iba a emprender, aunque nunca había tenido miedo.»

hacer que la deseara aún más. Sentía un calor recorriendo su cuerpo, pero sus manos permanecieron sobre los brazos del sillón. Sandrine se retiró susurrando—. Gracias.

Debía tener cuidado con aquella mujer. No en vano conocía a la perfección a los hombres.

Pasado un tiempo Roderick celebró una recepción en su casa. Quería que Sandrine estuviera presente. Le halagaba últimamente su compañía. Descubrió en ella a una mujer culta e inteligente. Parecía haberse olvidado de su pasado hasta esa noche. Todos los invitados la contemplaban y murmuran sobre su relación con Roderick.

—Caballeros, permítanme que les presente a una amiga mía recién llegada de París.

Todos los que rodeaban a Roderick inclinaron sus cabezas complacidos.

—¿Sois de París? Yo he acudido en muchas ocasiones allí por negocios.

Sandrine apretó la mano de Roderick en un acto reflejo pero él la tranquilizó acariciándosela.

—¿Y qué os parece la ciudad? —le preguntó armándose de valor.

«A la mañana siguiente antes de que saliera el sol Sandrine descubrió que Roderick se había marchado. Una angustia afligió su pecho al temer que algo malo pudiera sucederle.»

—Encantadora sobre todo por sus atracciones. ¿Decidme, no nos conocemos? Juraría haberos visto antes —le dijo un invitado señalando con su mano.

—Creo que no —intervino Roderick desviando su atención.

—Claro, ya recuerdo. Una noche en una fiesta en casa de Fabrice. Vos estabais con aquel hombre pequeño y calvo. Como se llamaba... si Dormant. Pero él me dijo que erais — el hombre enmudeció de repente y sonrió mirando a Roderick—. Vaya, vaya, querido amigo, así que ahora os da por dar cobijo a las cortesanas.

Aquellas palabras levantaron el clamor de los asistentes. Sandrine enmudeció ante aquella acusación. Mientras, Roderick golpeaba a aquel hombre por haberla insultado.

—Lo pagaréis caro, Roderick.

—Decid el sitio y la hora. Allí estaré —respondió enfurecido.

Cuando se hubieron quedado a solas Roderick se asomó a la pequeña terraza para despejarse la cabeza.

—Es la segunda ocasión en que sales en mi ayuda.

—Tal vez porque me guste meterme en líos —comentó viendo como se acercaba a él decidida. Sus labios se encontraron pero en esta ocasión no fue un beso tímido sino un beso de pasión. Dos bocas hambrientas buscándose en la quietud de la noche. Roderick la atrajo hacia él para que sus labios recorrieran su cuello haciéndola gemir. Sandrine sentía un calor subiendo por sus piernas hacia arriba hasta provocarle un deseo incontenible. Roderick la tomó en sus brazos y la llevó a su habitación. Sandrine se estremecía con el suave tacto de sus manos, de sus labios que buscaban los suyos sin descanso. Acarició y besó sus pechos turgentes haciéndola sentirse deseada y amada. Se recostó en la cama junto a ella y se entregaron a los placeres más exquisitos en una noche que Sandrine deseó que nunca terminara.

A la mañana siguiente antes de que saliera el sol Sandrine descubrió que Roderick se había marchado. Una angustia afligió su pecho al temer que algo malo pudiera sucederle. Decidió permanecer recostada sobre la almohada hasta que se abriera la puerta de la habitación. Pero se precipitó de la cama a medio vestir con una bata echada por encima, cuando escuchó voces en el piso inferior. Se asomó a la balaustrada de la escalera con el corazón latiendo desbocado en su pecho. Entonces lo vio. Estaba en la entrada de pie respirando hondo. Levantó la vista hacia ella y sonrió. Sandrine bajó corriendo las

escaleras para abrazarlo ante la mirada de la señora Westenra, quien por fin veía a su señor interesado en una mujer.

—¿La señorita se quedará mucho tiempo en la casa? —preguntó con ironía viendo como lo besaba.

—Sólo si ella quiere. Por mí puede quedarse toda la vida —dijo Roderick mirándola a los ojos.

—Pero, ¿y mi pasado? Nos perseguirá siempre. ¿Te batirás en duelo cada vez que me insulten? —le preguntó mientras su sentimientos le decían que se quedara con él.

—Qué me importa tu pasado o el mío. Lo que me importa es tu presente y tu futuro. Te dije en una ocasión que yo no te pediría nada a cambio de salvarte la vida en París, pero lo he pensado mejor.

—¿Y qué quieres? —le preguntó intrigada.

—Quiero que te quedes conmigo —le pidió mientras la estrechaba en sus brazos y la besaba.

—Eso es un sí —dijo el ama de llaves retirándose para dejarlos solos.

© Enrique García Díaz

Enrique García Díaz, Autor de *La Guardiania del manuscrito* (Mundos Épicos 2012); *El Rudio* (Lulú, 2012) y varias novelas románticas bajo seudónimo en la editorial Vestales.

UN AÑO DE MI VIDA * (Capítulo I)

por María Dubón

¡Riiing! Comienza un nuevo día. La alarma del despertador atruena como un martillo neumático, penetra por mis oídos y me perfora el cerebro. Hoy me siento sin fuerzas para conjurar la ráfaga de timbrazos malignos. Cada mañana se repite la misma historia, esta maldita campana me arranca de los brazos de Morfeo con su sonido agudo y apocalíptico.

Alargo la mano para alcanzar a tientas el reloj y al fin recupero el silencio que precisa mi cabeza después un par de horas escasas de sueño. Tras abrir los ojos, localizo el paquete de cigarros encima de la mesilla y lo miro con entusiasmo. Me incorporo y me siento en el borde del colchón, meto dos dedos en la cajetilla y el solitario cigarrillo me parece un premio al formidable esfuerzo que acabo de realizar. Apoyándome en la cama, consigo levantarme y me encamino al cuarto de baño, una buena ducha y un tremendo dolor de cabeza. Me preparo para afeitarme, el espejo me devuelve una imagen lejanamente familiar y poso las manos en el lavabo, me urge una taza de café bien cargado.

Vaya ojeras, compruebo escrutando meticuloso mi cara, y mi sorpresa es mayúscula cuando descubro en la sien derecha mi primera cana. De repente me siento viejo, terriblemente decrepito y cansado, a mis treinta y cuatro años. Daniel, amigo, estás acabado, me digo. La soledad se me hace ostensible, necesito a alguien que mitigue el vacío que me acompaña desde hace un par de años. Los derroteros de mi vida se han torcido malévolamente, me casé y el matrimonio terminó en desastre, abandoné la universidad licenciado en Filosofía y Letras para sepultarme como administrativo en una mutua de accidentes laborales, también mis anhelos literarios han corrido irregular fortuna y me he convertido en autor de artículos y relatos que ven la luz en revistas de mala muerte. La felicidad y la alegría de vivir han quedado atrapadas en el pasado y las esperanzas de escapar del anonimato literario, de ser una persona normal, son ya remotas. El miedo al futuro me acongoja y la soledad es un túnel sin salida para el que no encuentro remedio. Me parece alarmante la facilidad con la que el destino puede desplomar el cielo sobre la cabeza de un hombre y destruirlo, pero hay que tener coraje y empezar todos los días, aunque uno no quisiera comenzar una y otra vez, al final lo que importa es no rendirse.

«Alargo la mano para alcanzar a tientas el reloj y al fin recupero el silencio que precisa mi cabeza después un par de horas escasas de sueño. Tras abrir los ojos, localizo el paquete de cigarros encima de la mesilla y lo miro con entusiasmo.»

Me visto y me tomo a pequeños sorbos una taza de café concentrado mientras sueño despierto con mi casa frente al mar, con una hermosa mujer que sacia mi hambre de amor, con mi hija, con mi pequeña Sofía correteando descalza por la arena, con el olor a salitre que trae hasta mí el viento húmedo, y pienso que aún es posible la dicha.

Barcelona se mueve agitada y bulliciosa, respiro hondo hasta notar que mis pulmones se llenan de monóxido de carbono y contaminaciones diversas y cuando considero haber cubierto mi cuota de masoquismo, entro en el coche para ser engullido por el tráfico matutino de la hora punta y acudir al nido de víboras, traduzco, a la mutua donde me gano el sustento. Es lunes, y los lunes son terribles, de hecho, todos los días de la semana lo son, aunque los lunes se llevan la palma. Josep llega con su tradicional resaca, todo un fin de semana de peregrinaje por coctelerías, terrazas y carpas trae consigo estas inevitables consecuencias, tiene veinticuatro años y seguro que desde el viernes por la noche no ha dormido; las discotecas, el alcohol y las mujeres no le permitirán llegar a anciano. Pere Cousteau ha ido, como de costumbre, al chalé que sus suegros tienen en Blanes y nos hace un relato

* Publicada originalmente en 2002, va a ser reeditada en formato digital por eBooks Literaturame.

profuso y pormenorizado de sus hazañas subacuáticas, el Mediterráneo ha perdido varios kilos de mejillones y algún pulpo, y las *guiris* han tenido oportunidad de admirar su *portentoso* cuerpo embutido en goma. Montse viene sofocada y refunfuñando porque ha dado mil vueltas antes de aparcar, lo suyo es protestar y lamentarse por todo. Francesc aparece petulante, con su traje de lino gris, corbata de seda azul, zapatos italianos, pelo engominado y haciendo sonar las llaves de su *Audi4*, es su forma de recordarnos al resto de los miserables mortales lo afortunado que es, casado con una abogada de renombre, viviendo en un dúplex de lujo, con unos hijos *pijautas*, su reloj de oro, el móvil, la televisión por cable...

Puntual entra el señor Artigas, alias *el bwana*, alto y arqueado igual que un plátano gigante, con su sempiterno ducados colgando en la comisura de los labios, nos mira sonriente y mueve la cabeza para saludarnos, luego se encierra en su despacho, un cubículo acristalado, dirige una mirada asqueada a cuanto le rodea y se sienta en el sillón. Según él, todos sus siervos estamos alienados por un trabajo rutinario, carecemos de aspiraciones y nos conformamos con vegetar. Es cierto, mis compañeros encajan perfectamente con su definición, pero yo sí tengo ilusiones, algún día la literatura me rescatará de las fauces de la inmundicia que me circunda y perderé de vista este repelente lugar. Tan magna esperanza, me alienta a seguir adelante.

En ocasiones, sentado en este escritorio, me asalta una terrible duda poco *hameltiana* entre la dignidad y las lentejas: o esto o el paro. Y la verdad es que engrosar esas largas listas de desocupados que esperan que les llueva un subsidio, no me atrae lo más mínimo. Así que me resigno y me contento pensando que tengo un empleo fijo por el que muchos matarían, que estoy de suerte al recibir cada final de mes una limosna con la que puedo subsistir sin privaciones, y me pongo a trabajar para no darle motivos de queja al *bwana*.

«Hoy sueño más que nunca con ser escritor y me enfrasco en mi novela, en esa crónica de amor, de odio, de felicidad y de frustración, a la que todavía le falta título.»

Preparo las fichas de los empleados de un matadero avícola que vienen a hacerse la revisión médica anual, atiendo el teléfono, inscribo datos en el registro del ordenador y me voy a comer a casa. Calles atestadas de autos, gente que camina apresurada, semáforos obstinadamente rojos, tres vueltas a la manzana intentando aparcar y al fin de vuelta en mi dulce hogar.

Con el café bailándome en el estómago vacío, inspecciono el congelador, las mismas porquerías de siempre. Abro el frigorífico y descubro la patética soledad en la que se hallan dos huevos, posiblemente antediluvianos, y recupero un chusco de pan que dormía el sueño de los siglos en el fondo del armario. En un poco de aceite con olor a restos de misteriosas fritangas frío los huevos y después los coloco desparramados en un plato, el pan solo sirve para romperse los dientes, de manera que lo dejo a un lado y me concentro en los huevos. Qué falta me hace una mujer. Me recaliento un trozo de pizza, abro una lata de cerveza y me dispongo a escribir un rato.

Hoy sueño más que nunca con ser escritor y me enfrasco en mi novela, en esa crónica de amor, de odio, de felicidad y de frustración, a la que todavía le falta título. En un grueso bloc guardo incontables anotaciones: recuerdos entrañables, algunas de mis obsesiones, mis emociones perdidas, sensaciones imperecederas o ideas que cruzan por mi mente sin ser requeridas. Todo esto compone un buen material para incorporarlo a mi obra, para concluir una historia conmovedora que trata de pasados tiempos felices.

Regreso al trabajo. Más visitas, pacientes que acuden a rehabilitación, partes de altas o bajas laborales y a las siete un preludeo de libertad, *el bwana* se marcha a esta hora y nos deja sesenta minutos de relax, sin la omnipresencia de su ojo avizor eternamente vigilante. Aprovecho que no hay ningún paciente y me acerco al estéreo para poner una cinta de *Status Quo*, seis horas de música ambiental le destrozan los nervios a cualquiera. Montse protesta alegando que prefiere escuchar a Julio Iglesias, pero Josep secunda mi elección, gano adeptos para mi causa y consigo que suene *In the army now*.

Carlos, el médico de guardia, y la ATS, Marta, se van a *la oficina*, o sea, al bar de enfrente, a tomarse la cerveza de cada tarde. Estamos a punto de echarle la persiana al garito y viene un peón de la construcción que se ha rebanado la mano con la arista de una baldosa, sangra abundantemente y yo telefono a *la oficina* para que Carlos y Marta interrumpan su caña y regresen de inmediato. Lo que son las casualidades de la vida, todos mis compañeros han hecho hoy planes inaplazables y me toca a mí quedarme para cerrar. Tres cuartos de hora he de esperar, hasta que acaban de efectuarle las curas pertinentes al accidentado, relleno el impreso que debe presentar en la empresa y anoto la fecha de su próxima visita. Me despido de Marta y de Carlos y salgo a la calle con un cabreo impresionante. Esta tarde quería volver pronto a casa para avanzar en mi novela, pero no me queda humor para cuentos, me apetece relajarme y me meto en un bar a tomar algo.

Martes, miércoles y jueves, más de lo mismo. El viernes llega la euforia, la perspectiva de estar dos días sin vernos las caras nos pone a todos de buen humor. Josep se pasa la mañana pegado al teléfono, concretando citas con sus colegas para irse de marcha. Francesc se va a Cadaqués, a un apartamento que ha alquilado para alejarse del estrés que le provoca el mundanal ruido. Pere mejorará su apnea con nuevas inmersiones submarinas. Y yo me quedaré contando los días que faltan para largarme de vacaciones. Este año voy a ir a Madrid, a visitar a mi hija. Hace diez meses que no la veo, Soffa no desea saber nada de mí, su madre ha conseguido predisponerla en mi contra con el veneno de falsas acusaciones y yo prefiero reconcomerme con recuerdos y añoranzas antes que obligarla a pasar las vacaciones conmigo, tal y como estipula el acuerdo concerniente al régimen de visitas. La imposición no es un buen método para recuperar el afecto perdido de un hijo, por eso no la forzaré a hacer algo en contra de su voluntad.

Viernes por la noche, hace un bochorno sofocante y después de sumarle un par de páginas a mi obra decido salir a refrescarme. Parece que la ciudad entera haya tenido la misma iniciativa y las terrazas están hasta los topes, sin una triste silla vacía, así que opto por la artificial frescura del aire acondicionado y entro en un pub. Todas las mesas se hallan ocupadas por noctámbulos convocados por citas amorosas o amistosas y los rayos ambarinos de los focos tiñen la atmósfera de una calidez grata. El jazz clásico suena demasiado agudo para mi gusto y me sorprende que el camarero con cara de zombi que me atiende se haya enterado de que le he

«Hablamos durante un buen rato, su conversación es amena e inteligente, su voz suave y armoniosa enfatiza con la modulación adecuada cada palabra que pretende destacar.»

pedido un cubata, ha debido desarrollar la capacidad de leer en los labios. A la hora de servirme, el *muerto viviente* deposita un posavasos en el mostrador de aluminio y coloca delante de mí algo semejante a un zumo de tomate; lo que intuyo es mi cubata va a parar a una destinataria que se encuentra un metro más allá. La chica se queda mirándome, ha adivinado que yo tengo su bebida y viceversa, se inclina sobre el mostrador con un movimiento calculado que me enseña parte de sus pechos y con una agradable sonrisa me alarga el vaso de tubo. Le tiendo su copa y le sonrío también. Lleva un vestido corto y ajustado de tirantes color marrón y zapatos de tacón alto. Es guapa, piernas satinadas interminables, aceptable trasero, sus ojos castaños y almendrados son espectaculares, profundos, y me subyugan en el acto.

Salvo la distancia que nos separa y me presento, ella se llama Lara, ha quedado con una amiga, pero, al parecer, le ha dado plantón. Hablamos durante un buen rato, su conversación es amena e inteligente, su voz suave y armoniosa enfatiza con la modulación adecuada cada palabra que pretende destacar. La miro, no me canso de admirarla, hacía mucho que no me encontraba tan bien con una mujer. En la pequeña pista circular de madera, varias parejas se han decidido a bailar; la invitación de la música es demasiado evidente y quizás por eso me atrevo cuando Lara, de pie delante de mí, me dice.

—Vamos.

Son la melodía romántica que suena, el baile, el suave roce de nuestros cuerpos, su aroma y la soledad enquistada en mi corazón, los ingredientes que auspician el primero de los besos en una noche hecha para el amor. Le acaricio el pelo que tiene un tacto sedoso y Lara roza mi nuca con la punta

de sus dedos, un estremecimiento incontrolado me recorre la espalda. Volvemos a besarnos en los labios, en la boca, y su sensualidad produce en mí un efecto devastador.

Lara me invita a pasar lo que queda de noche con ella, vive en un apartamento pequeño y acogedor al que no le falta detalle, cada objeto ocupa su lugar específico y la limpieza es esmerada, me gusta este hogar que parece calcado de las páginas de una revista de decoración. Estamos en el sofá, la urgencia del amor me avasalla con intensidad y entonces derivo nuestra conversación hacia cuestiones más personales, Lara es de ese tipo de mujeres que prefieren una aproximación sutil, que reclaman cariño, y la intimidad progresa lenta. Yo me adapto a su ritmo, nos acostamos sobre unas sábanas muy limpias que huelen a primavera y exploro su cuerpo sin prisas, recreándome en cada surco, en cada relieve, ella reacciona con ternura, su piel se adhiere a la mía en una promesa del más ansiado encuentro y los deseos más ocultos fluyen a borbotones y nos arrastran hasta la cima del éxtasis.

Nos quedamos abrazados el uno al otro. Lara me explica que su padre eligió este nombre para ella porque se enamoró del personaje de *Doctor Zhivago*, y yo la escucho hablar soñoliento. Desde hace un tiempo tengo un sueño recurrente, vivo en una casa aislada en una playa perdida, es una casa de aluminio y enormes cristaleras, desde la cama puedo contemplar el mar a contraluz, dorado y sereno, a mi lado hay una mujer sin rostro, una mujer hermosa de senos redondos y mirada brillante, cada noche nos amamos sin tregua hasta quedar agotados, entonces nos dormimos y compruebo, igual que ahora, que la felicidad existe, que no es una quimera de mi corazón dolido.

«Nos sentamos en la mesa de la cocina, Lara viste una camisola de seda gris abierta hasta el nacimiento mismo de los pechos, que cae vaporosa acabándose en la mitad de sus muslos, y yo me he enrollado una toalla a la cintura.»

Trato de imaginar cómo sería levantarme por la mañana habiendo desterrado de mi existencia la tristeza, la soledad y, sobre todo, la terrible sensación de vacío que últimamente me acompaña. La depresión me pesa en exceso y me deja sin fuerzas para rebelarme, mi depresión solo tiene una cura y yo la conozco, necesito una mujer. Mis escapes literarios carecen de sentido y ni siquiera el alcohol es una buena opción para el olvido; he llorado más de la cuenta y ya no quiero recordar, no puedo pasarme la vida recordando. Recuesto mi cara pegada al pecho de Lara, el calor de sus

senos me proporciona la seguridad de un buen cobijo, el mejor para sumergirme en los abismos negros del sueño.

Busco en el bolsillo de mi camisa el paquete de tabaco y es un gesto vano porque Lara me prohíbe fumar.

—No soporto que mi casa huela a humo —alega.

Y yo devuelvo los cigarrillos a su lugar de origen, sé que no podré vencer la ansiedad, ya que llevo medio día sin fumar, aunque quizás el aroma de un buen café supla momentáneamente mis ansias de nicotina. Pero en casa de Lara, una amante incondicional de la vida sana, no hay ninguna substancia que perjudique siquiera mínimamente la salud.

Nos sentamos en la mesa de la cocina, Lara viste una camisola de seda gris abierta hasta el nacimiento mismo de los pechos, que cae vaporosa acabándose en la mitad de sus muslos, y yo me he enrollado una toalla a la cintura. Delante de nosotros hay preparado un desayuno para los dos: zumo de naranja recién exprimido, cruasanes integrales elaborados con grasa vegetal y endulzados con fructosa, muesli, mermelada sin azúcar y leche de soja. Estoy hambriento y me comería una piedra, por lo cual no le hago ascos al desayuno, seguramente un poco de comida saludable no me matará y tampoco es cuestión de ser grosero despreciando la amable hospitalidad de Lara.

Desayunamos y, entre tanto, conversamos acerca de nuestras respectivas vidas. Lara tiene treinta y un años, trabaja en el departamento de contabilidad de una empresa de importaciones, practica *footing*, natación y *tai-chi*, es vegetariana y su alimentación excluye todo lo que no sea natural o de cultivo biológico, le gusta el cine, la poesía del Romanticismo y los atardeceres en la playa. Me comenta que hace año y medio rompió una relación sentimental porque su novio resultó ser un

egoísta inmaduro que nunca encontraba el momento de comprometerse, y mucho menos para fijar la fecha de la boda, y luego me confiesa que es muy hogareña y que le encantaría formar una familia. Lara es una mujer inteligente y sensible, su personalidad emana serenidad y una dulzura maternal y posee la gran cualidad de saber escuchar. Cualquier hombre juicioso desearía construir un futuro junto a ella, sin embargo, sus pretensiones me excluyen a mí de la posible lista de candidatos, porque yo no me planteo un nuevo matrimonio ni aunque la aspirante a consorte sea la hija del sultán de Brunei.

Lara me pide que le hable de mí y yo le hago un resumen sucinto de mi mediocre existencia, le sorprende que teniendo acabada la carrera de Filosofía y Letras ejerza de administrativo, cómo he caído en algo tan remoto a mis expectativas es un misterio incluso para mí. Yo tenía in mente mejorar el mundo con mis ideas, partir cual caballero cruzado en pos de la Verdad, dedicarme a enseñar a pensar a los demás desde alguna cátedra, y, tras dos años de gestiones infructíferas destinados a encontrar un empleo acorde con mis conocimientos y ambiciones, me vi abocado a realizar un curso que me convirtió en individuo productivo, porque de las ideas no se come y de la literatura tampoco, estos son los motivos determinantes que me condujeron al *nido de víboras*.

Los dos nos encontramos a gusto charlando, tan grata se me hace la compañía de Lara que empiezo a experimentar cierto miedo e irremediamente pienso en la decepción del fracaso y en la melancolía. Soy un hombre ante la nada. Actualmente siento demasiada autocompasión por mí mismo, el amor pesa todavía como un riesgo sobre la balanza de un equilibrio necesario: el de mi vida. ¡Al diablo con la nostalgia!, me digo. Estoy con una mujer y me siento bien, ¿no es esto lo que deseo cada minuto del día? Ella puede ser la compañera que busco, pienso, y me olvido de la soledad, del desaliento, y la sorprendo con un beso y un cuerpo que se une al suyo deseoso de nuevos placeres.

¡Mierda de lunes! Salgo de casa con el tiempo justo y me encuentro con que algún desgraciado me ha rajado las dos ruedas laterales izquierdas del coche, me aplaca el consuelo de los tontos, no haber sido la única víctima del indeseable de turno, todos los vehículos estacionados en la acera han corrido idéntica suerte. Otro damnificado por la gamberrada blasfema contra lo divino y lo humano, yo no tengo un segundo que perder, corro a coger el metro y llego con veinte minutos de retraso al trabajo.

Me encuentro a *las víboras* revueltas, *el bwana* les acaba de leer la cartilla, se ha extraviado el historial de un paciente y su compañía aseguradora espera el expediente desde hace una semana. Montse revuelve en los archivos, Francesc registra el ordenador, Pere lucha contra una montaña de papeles, Josep no reconocería ni a su madre si la tuviera delante y yo me pongo manos a la obra, ayudo a Montse, que resopla en uno de sus habituales ataques de sofocos premenopáusicos.

Después de aproximadamente una hora de infructuosa búsqueda, topo de chiripa con la dichosa ficha, se halla archivada en un lugar que no le corresponde, alguien cometió el error de interpretar alterado el orden de los números del año y estaba guardada con los expedientes del ochenta y nueve en vez de con los del noventa y ocho. La letra inculpa a Francesc, pero él es de los que no cometen equivocaciones, así que le carga el muerto a Pere. Los dos discuten acalorados atribuyéndole al otro la autoría del desliz, hasta que *el bwana*, alertado por los gritos más propios de un mercado ambulante que de un dispensario médico, sale de su despacho y nos amonesta a todos; antes de regresar a su guarida averigua la causa de mi demora y yo le narro lo ocurrido. El señor Artigas menea sucesivamente la cabeza de un lado a otro con un ademán inescrutable, que no sé si es de comprensión o de contrariedad por haberle robado unos valiosos minutos de productividad a la empresa, y se marcha.

Las víboras me han escuchado referir el percance que he sufrido y se interesan por los detalles. Francesc aprovecha la oportunidad para explicarme las ventajas que reporta tener el auto encerrado en el garaje de casa: la pintura no padece la intemperie, el motor no acusa el frío invernal, dura más

«Los dos nos encontramos a gusto charlando, tan grata se me hace la compañía de Lara que empiezo a experimentar cierto miedo e irremediamente pienso en la decepción del fracaso y en la melancolía.»

limpio y está protegido de ladrones y desaprensivos. Será cretino el tío, ni que yo dejase por gusto el coche en medio de la calle y expuesto al primer vándalo que pase.

© María Dubón

María Dubón. Ha publicado la antología de relatos eróticos *Cuentos para leer con una sola mano* (Sabara Editorial, 2012) y las novelas *Un año de mi vida* (Jamais, 2002) (que va a ser reeditada en formato digital por eBooks Literatúrame) y *Las tres caras del triángulo* (eBooks Literatúrame, 2013). Fue finalista del Premio Novela Corta *El Carro del Sol* (Barcelona, 2001). Ha obtenido las siguientes distinciones: *Primer Premio Internacional de Lectura Literaria* por la reseña del libro Wilde en España, 2011; *Premio Limonada* concedido al blog *Cierzo* por su contenido filosófico. Otorga el premio Miguel Santa Olalla, profesor de Filosofía, 2009. Es colaboradora literaria de Suplemento *Artes & Letras* del diario Heraldo de Aragón, Zaragoza, desde 2008 y miembro del consejo de redacción de la revista digital *Narrativas*, Zaragoza, desde 2008. Fue directora de la revista digital literaria *Pro-scrito*, 2004-2007 y del taller literario digital *El tintero*, 2004-2007.

Olga Bernad

Zaragoza (España), 1969

<http://cariciasperplejas.blogspot.com.es>

* * *

Olga Bernad es licenciada en Filología Hispánica en la especialidad de literatura por la Universidad de Zaragoza. Ha publicado las novelas *El buen amor* (2013) y *Andábata* (2010) y los poemarios *El mar del otro lado* (2012), *Nostalgia armada* (2011) y *Caricias perplejas* (2009). En breve aparecerá el libro de prosas titulado *Algunos cisnes negros*, donde se recogen algunos de los textos publicados en su blog durante el periodo mayo 2008-mayo 2013, editado por La Isla de Sintolá. Ha sido incluida en las antologías *YIN. Poetas aragonesas 1960-2010* (2010), seleccionada por Ángel Guinda para Olifante Ediciones, *Poesía para niños de 4 a 120 años* (Antología de poetas contemporáneos, 2010), *Poesía a la frontera. Antología de poetas en llengua catalana, aragonesa i castellana* (2011) y traducida al griego para la antología de poesía española de la editorial Vaxkikon (2013). Así mismo, ha participado en varios libros colectivos y revistas literarias, entre ellas *Turia*, *Rolde*, *Revista de Humanidades Kafka*, *Narrativas* e *Isla de Siltolá*. Colabora en el suplemento cultural del diario *Heraldo de Aragón* —la revista *Artes & Letras*— y forma parte del consejo de edición de la revista de poesía *Isla de Siltolá*.

* * *

Entrevista

NARRATIVAS: *¿Cómo resumirías tus comienzos literarios y el camino recorrido hasta ahora?*

OLGA BERNAD: Mis comienzos literarios se remontan a los ocho años, momento desde el cual escribo con regularidad. El camino consistió en leer, escribir y procurar formarme. Lo de publicar vino mucho después, más de treinta años después. Quizá por eso ha sido posible que en los últimos cinco años hayan salido a la luz seis libros: tres de poesía, dos novelas y un libro de prosas, además de algunas colaboraciones en volúmenes conjuntos. Pero el camino que veo por delante está hecho de lo mismo: leer, escribir, formarme.

N.: *Hasta el momento has publicado fundamentalmente novela y poesía, con alguna incursión en el relato. ¿Qué diferencias encuentras entre las distintas formas de expresarse? ¿En tu caso puede decirse que la forma determina el fondo?*

OB.: Para mí todo forma parte de la misma búsqueda, creo que se es escritor y que, con ello, se acepta una especie de asunto inevitable. Todo lo demás es contingente, no sé por qué a veces elijo expresar determinadas cosas a través de una historia en una novela y otras a través de un poema. Sé que las prosas se me llenan a veces de endecasílabos y algunos poemas pueden volverse narrativos (o no). Yo no planeo a priori qué voy a hacer, empiezo a escribir y procuro seguir atentamente lo que me dicta el pensamiento. Sé que la forma determinará al final muchas cosas: determinará, en cierta medida, incluso al lector; determinará la recepción de lo escrito. Pero yo procuro que la forma mantenga siempre a salvo el fondo que pretende emerger y esa ocupación no me permite preocuparme demasiado de lo demás.

N.: *Acabas de publicar un libro que se mueve entre la reflexión, la narración, la memoria e incluso el aliento poético, donde das cabida a diversas entradas publicadas en tu blog "Caricias perplejas" a lo largo de los últimos años. ¿Qué ha supuesto para ti como escritora el hecho de escribir con cierta constancia en un blog?*

OB.: La creación del blog no cambió mis hábitos de constancia, yo escribía con constancia desde siempre. Mis dos novelas ya estaban escritas cuando abrí el blog. Lo que supuso un cambio radical para mí fue el hecho de que, por primera vez en mi vida, compartía lo escrito. Los textos no estaban pensados para Internet, pero sí fueron incorporando, por las características del continente, algunas normas de cortesía: procuraba que no fuesen muy largos y que los temas varían; el blog se convirtió en una especie de lenta bitácora de pensamientos, batallas, memorias y ficciones. La interacción con el lector fue en algunos momentos muy importante para mí. Guardo un enorme cariño a algunos de los lectores que luego se convirtieron en amigos. También la posibilidad de publicar mis primeros libros llegó a través del blog. Ha sido, por tanto, toda una experiencia, aunque ahora lo tengo un poco abandonado. El hecho de publicar esta recopilación de prosas que he llamado "Algunos cisnes negros" porque así se titula una de las entradas es también una oportunidad de agradecer y celebrar esa compañía del lector, aquello que el blog me trajo.

N.: *Aunque has publicado más libros de poesía que de narrativa, al principio escribías sobre todo prosa. ¿Cuándo y por qué vino el salto a la expresión poética?*

OB.: Creo que siempre fui poeta y que soy sobre todo poeta, pero la palabra me venía grande. A veces me sorprende la ligereza con la que se usa. La poesía me parece tan condenadamente difícil que una especie de exceso de respeto me impedía darme permiso para encararla. Impregnaba todo lo que escribía y estuvo siempre en mi manera de mirar, pero tardé a escribir lo que objetivamente llamamos "un poema". Tardé a darme permiso, eso fue todo.

N.: *Tu primera novela publicada, "Andábata", a pesar de que gira en torno a un personaje ficticio llamado Marta, plantea muchas cuestiones y preocupaciones que en buena medida podrían tomarse como autorreferencias personales o como reflexiones nacidas de tu propia experiencia. ¿Cómo describirías, sobre todo en el terreno de la narración, la relación entre lo personal, incluso lo íntimo, y la ficción sin más?*

OB.: Uno jamás podrá escribir sobre lo que no conoce pero, a medida que nuestro conocimiento se llena de contenidos, crecen también sus posibilidades de combinación. Creo que toda ficción es una suerte de sinestesia. No hablo de mí en mis libros, aunque sólo puedo hablar desde mí. En los textos vuelco una especie de percepción combinada que busca sugerirle muchas cosas al lector, es la capacidad de "tocar" la vida del lector lo que importa, la vida del escritor no es lo importante. Yo no soy Marta, pero indudablemente ella tiene mucho de mí. Mis personajes y mis poemas son mi vida y, sin embargo, mi biografía está generalmente fuera de ellos (salvo alguna excepción puntual).

N.: *En tu novela "El buen amor" abordas un tema bastante alejado de lo que habían sido tus otros trabajos, como es el relato en primera persona de los sentimientos y los pensamientos de un hombre mayor que se enamora de una chica muy joven. ¿Cómo te planteaste la escritura de esta novela?*

OB.: Como un reto. Fue un reto. Meterte en un personaje que nada tiene que ver contigo, meterte en su cabeza y hacerle hablar desde allí. Llegar realmente a oírlo e intentar que los demás puedan también escuchar esa voz. Técnicamente fue muy complicado para mí porque no podía salvar un solo capítulo agarrándome a lo que yo sabía hacer: contar cosas. Sólo podía hablar él y yo no tenía que traducirlo sino dejarlo hablar. Quería crear un personaje, conseguir que estuviese vivo. Quería ver si era capaz.

N.: *¿Qué hay en la cabeza de Olga Bernad antes de ponerse frente a una hoja en blanco? ¿Cómo concibes tus historias?*

OB.: Vaya usted a saber. Más que cosas concretas, la inminencia de la escritura viene precedida por un estado mental muy difícil de explicar. Se mezcla una extraña ansiedad con una especie de alegría. Planifico muy pocas cosas, me pongo a ello y todo va tomando forma. Es para mí una actividad de profunda concentración y de una atención total, me siento aislada del mundo. Puedo (y generalmente prefiero) escribir en lugares públicos siempre que no haya ningún conocido cerca. A veces, en esa fase, la escritura tiene algo de sonámbula. Si todo va bien, no hay nada que me guste tanto. Hay otras fases menos bonitas, me refiero a la corrección, etc. Cada día me da más pereza, lo dejaría siempre para otro momento. Mis editores saben que soy un desastre

con las pruebas, me aburre tanto ir a la caza de la errata que suelo entregarlas siempre tarde y mal. En fin.

N.: Como lectora, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en castellano y tus autores favoritos?

OB.: Me gusta más la novela que el cuento, aunque la lectura de los cuentos de algunos autores leídos en mi adolescencia tuvo una importancia fundamental en mi vocación de escritura. Me gustaron mucho los hispanoamericanos: Cortázar y Borges, sobre todo. También Alejo Carpentier. De los actuales, me ha sorprendido gratamente hace poco Juan Cárdenas. Hay tantos que una no sabe qué decir, cada época de mi vida añade algunos: Marsé, Antonio Muñoz Molina, algunas novelas de Lorenzo Silva, Luis Landero; Eduardo Mendoza, algunos ya medio olvidados como Luis Martín-Santos.

N.: Por último, ¿en qué proyectos literarios está ahora trabajando Olga Bernad?

OB.: Después de la publicación de las prosas del blog, y habiendo aparecido hace unos meses "El buen amor", me voy a tomar las cosas con mucha calma. Estoy trabajando desde hace un par de años en un nuevo poemario que se titulará "La vida extrema". No creo que se publique antes de 2015. Sigo escribiendo prosas y relatos. Sigo escribiendo.

* * *

Relato

PROSAS *

por Olga Bernad

LA TERRIBLE VIRTUD DE SER INOLVIDABLE

Noches hubo en que me creí tan seguro de poder olvidarla que voluntariamente la recordaba. Lo cierto es que abusé de esos ratos; darles principio resultaba más sencillo que darles fin.

Jorge Luis Borges, *El Zahir*

Moneda o ser amado, poema o canción, tigre rayado o sable poderoso, el sujeto que atrapa nuestro pensamiento juega con nosotros. Somos su presa y nuestra mente el lago azul o negro en que su imagen, su concepto, su voz o sus palabras se repiten y doblan, se reflejan como si fueran ciertos mil veces, vuelven a ser y siguen siendo hasta convertirse en obsesiones. La cordura, los horarios, las frases hechas y la filosofía, todo lo razonable, solo son piedras lanzadas inútilmente contra la superficie del lago, intentos infantiles de hacer desaparecer la imagen impresa en el deseo o en el alma. Solo es cuestión de tiempo que el agua lisa vuelva a reflejar lo que quiere y sepa ser espejo de nuestros pensamientos.

A veces el camino es perderse en ellos, zambullirse desnuda en el estanque ciego, repetir un nombre hasta que no signifique nada. *Gastar el Zahir a fuerza de pensarlo*, decía el maestro. Pero el Zahir es lo inolvidable, y lo inolvidable puede hacerte enloquecer. Detrás de cada ser inolvidable (*el notorio, el visible*) Borges intuía la existencia de Dios, quizá para consolarse. Por eso al decir «Zahir» pronunciamos uno de sus noventa y nueve nombres.

* Estos textos forman parte del libro *Algunos cisnes negros*, de próxima publicación por la editorial La Isla de Sintolá dentro de su colección Álogos.

Cada obsesión es un trozo de amor destartado, el reflejo imperfecto y tenaz de una arquitectura que sabemos perfecta, un barco que se hunde para siempre, una caricia o un zarpazo de inmensidad que no cabe en la cabeza. Pero es un poco de inmensidad, la sombra de la rosa.

* * *

MARIPOSAS A SUS ÓRDENES

(ANDÁBATA XXVI)

Acababa de cumplir trece años y empezaba la primavera. En ese preciso instante, aún no sabía qué cruel es abril. Fue un abril frío, pero yo estaba jugando a baloncesto y tenía calor. El baloncesto es un juego rápido y te envuelve, te hace pensar y, a la vez, no te lo permite. Sigues sin pausa el balón deseado, te enreda la voluntad si sabes entregarte: fuerza y reflejos, aguante y rapidez, engaños, las ágiles cinturas, el salto hacia delante, el lanzamiento y esa gloriosa manera de acertar, el ruido del balón venciendo el hueco de la red y, luego, el breve aplauso que es como una tregua. El balón para el otro y continuar; más lucha, diversiones, enfados, el dolor del cansancio y la alegría del partido. Yo me concentraba tanto que me olvidaba de mí misma. Alguna vez paré y me di cuenta de que el agotamiento estaba a punto de hacerme vomitar, pero nunca le oía acercarse porque siempre jugaba con los cinco sentidos, porque íbamos perdiendo y eso puede cambiarse, porque íbamos ganando y eso es frágil hasta el final.

Llevaba aquellos pantalones de las niñas de antes, los azules de espuma, cortos y ajustados, la camiseta blanquísima, las medias largas hasta la rodilla y las John Smith que me daban suerte. Llevaba el pelo suelto y la sangre alborotada, y el esfuerzo hacía que me ardiesen los ojos y los labios y la punta de los dedos. Tenía mucho calor.

Logré rozar el balón en un pase muy torpe, la mano surca el aire y lo consigue, rompe la voluntad del contrario; toqué la piel rugosa de aquel balón pero no pude atraparlo. El silbido del árbitro sonó a la vez que mi fastidio, y yo corrí a recuperar el balón perdido, lo lancé con rabia contra el suelo antes de devolverlo con un golpe violento hasta la pista. Entonces le miré. Y él me miraba. Me miraba desde hace mucho tiempo, estaba claro. Aquel hombre me miraba de cerca y desde lejos. Me miraba. Era alto y me miraba en silencio, con una calma rara, quieto y

«No sabía entonces que en los breves segundos que pasaron mientras mi respiración se recuperaba y yo volvía a levantar la cabeza, se me estaba escapando la inocencia»

callado en el margen de la cancha. Recuerdo la cazadora verde con la cremallera subida hasta arriba, las manos en los bolsillos, la tensión felina que sostenía sus hombros completamente inmóviles. Mirada interceptada. Fue como una exigencia y una súplica, y un ejército de mariposas a sus órdenes se metió en mis pulmones y llegó hasta mi estómago, un golpe de sangre me inundó las mejillas y no tenía nada que ver con el rubor, pero también, y también con un extraño orgullo. El corazón me latió debajo del ombligo. Me incliné ante él, apoyé las manos en las rodillas como una jugadora más, lo que ya no era, y recé por mi aliento.

No sabía entonces que en los breves segundos que pasaron mientras mi respiración se recuperaba y yo volvía a levantar la cabeza, se me estaba escapando la inocencia. Seguí jugando a baloncesto, seguí jugando en las conversaciones de mis amigas a tenerles miedo a ellos, y seguía temiéndoles, pero ya sabía que el deseo se iba a burlar del miedo cualquier tarde y que yo era capaz. Esa mirada llamó a todas las puertas, con su ritmo nuevo de selva antigua aparecida en medio de un campo de baloncesto. Tambores para mí, vibraciones sin ruido, olor de pólvora, y yo con un sabor metálico en la boca de boticaria inquieta que acaba de chuparse un dedo envenenado. Supe lo que quería: quería más. Esa conciencia clara, y la conciencia de que no podía decirlo, me hizo sentir mayor y sucia. Fuerte y débil. La fuerza que nos da lo que aprendemos, la que nos quita una pureza que nunca tiene dos oportunidades en la misma persona.

Después fueron cayendo las miradas de los hombres como la lluvia sobre un campo mojado.

Dejé de jugar a baloncesto, niñas nuevas formaron el equipo del colegio mientras yo paseaba, camino al Instituto, con novios y carpetas. Luego la Facultad y las oficinas y todas esas cosas que nos pasan. Alguna vez le veo caminar por el barrio. Me observa y me recuerda, pues ya nos conocíamos. Pasará los cincuenta. Yo subo al autobús con mis dos hijos, uno en los brazos, el otro de la mano. Hola, guapa.

Creo que no sabe nada.

* * *

PERFECCIÓN SENTIMENTAL

*Fabrícate, en secreto, una ciudad sagrada,
y equilibra en su centro la rosa primitiva.*

Efraín Huerta, *La rosa primitiva*

Muchas veces me pregunto dónde reside la magia de lo exacto, o al menos su razón, de aquello a lo que no le cambiaríamos ni una coma, de esas palabras que leemos y hacemos nuestras y siempre son de otros. Sospechamos que nuestro propio espíritu confuso debió intuirlos una vez en algún breve momento de claridad que más tarde olvidamos como un sueño o como un capítulo más del desconcierto.

No es algo al alcance del artesano ni del que ha interiorizado simplemente, aun con honestidad y dedicación, las normas de una lengua, afiladas a través de los siglos por la inteligencia, el material sensible, el sentido común y ese enfrentamiento con la realidad que supone hablar todos los días. Es eso y algo más que eso, es recoger toda la herencia que arrastran las palabras, resumirla y hacerla crecer, elegir las adecuadas, expresar algo que nace de nosotros y va más allá de cada uno. El pensamiento certero que da en el blanco de otras memorias.

Lo genial. Concebir y mostrar de una forma precisa su delicado equilibrio, su rara perfección sentimental.

* * *

NOCHES DE ABRIL

Las noches de abril son apropiadas para leer libros de alguna filosofía estricta que entreteña el rumor de las venas con el consuelo de vislumbrar esquemas bajo las letras serias y formales de la edición más sobria. Pero no lo soportaré, lo sé; sé que tiraré el libro otra vez por la ventana y, cuando todos estén dormidos, iré a mirar la luna con la misma impaciencia de otros años.

No tengo mal de amores, tengo algo parecido al hambre y no sirvo para ninguna filosofía; sirvo para las noches, noches para el descuido en las que el hambre se convierte en sed, la dueña tenaz que te secuestra y no sabes si sí —considerémoslo una cuestión natural— o si no, ésta es mi sed: nada poético, una querencia de voz animal que me obliga a gastar el tiempo haciendo algo parecido a saciarla. No lo sé.

Pero sed de qué, si nunca nada ha sido suficiente.

No sé si esto es glorioso. Sé que estoy viva. No sé lo que espero; sin embargo, en abril, siempre tengo la sensación de que se acerca.

* * *

DE PARTE DE LOS SUEÑOS

Llegué allí por la tarde, después de subir una cuesta muy larga; al final, de repente, una suave meseta iluminada, un curioso poblado que casi hacía arder la hora del crepúsculo, con sus calles y

casas tan blancas y desiertas. La cal de las paredes lanzó toda la luz contra la oscuridad de mis pupilas, amigas íntimas del dolor de cabeza; la luz me acuchilló. No había nadie. Al doblar una esquina, una muchacha árabe me señaló hacia el norte (con esa indiferencia que tienen los fantasmas, su manera de acribillar mi frente con preguntas) y, mientras yo avanzaba, una bandada de papeles almagres voló sobre las casas y las calles. Los imaginé llenos de recados antiguos y románticos, los vi entregados al viento de poniente —aquella poderosa respiración azul que barrió el cielo— hasta irse bien lejos. El pueblo estaba muerto. Y la luz era hermosa, sí, pero imposible. Un perro negro, enorme, parecía esperarme acostado sobre la tumba blanca que cuidaba.

No le miré a los ojos ni me acerqué a la tumba, ya no caigo en las trampas de los sueños: sé que a veces escriben tu nombre sobre piedra para meterte dentro. Pensé, en voz muy baja, con la esperanza no muy convencida que ponemos en algún sortilegio, como si pronunciar los pensamientos pudiera convertirlos en conjuro: «Esclavo de la tumba, mi nombre se largó con los papeles, andará lejos ya, se habrá perdido y tú, tú no sabes leer».

Crucé la rambla abierta. Me sentí a salvo y sola. ¿De qué sirve estar a salvo si estás sola? Allí no había nadie ni nada que esperar. Reconocí ese frío cargado de tristeza, lo respiré despacio. Pero no desperté, soñaría otras cosas esa noche y olvidé todo aquello.

Hube de recordarlo algún tiempo después. Entre las hojas de una gramática inglesa de Thompsom y Martinet encontré unas fotos viejas de un pueblo inmaculado en Lanzarote, los restos de un verano que tal vez me inventé. Un perro tumbado sobre una piedra blanca me miró fijamente desde el sueño. Por fortuna, la inscripción en la piedra es ilegible.

© Olga Bernad

RÉQUIEM POR UN CAMPESINO ESPAÑOL, 60 AÑOS (Parábola social o moral)

por Pedro M. Domene

La inagotable riqueza de sus escritos no bastaría para definir a Ramón J. Sender: sus docenas de novelas, las más extensas y las más breves, unas más consagradas que otras, los casi dos mil artículos de crítica literaria, política y social, constatados por Jesús Vived Mairal¹, o los inmejorables y penetrantes ensayos pseudo-filosóficos que apenas son conocidos por el público lector, sino la vastedad de su personalidad y el talante humano que lo caracterizó mientras vivió en España y su posterior y extenso exilio norteamericano. «Soy un campesino altoaragonés que come pan, bebe vino y dice la verdad», se definiría el mismo Sender, cuya hirsuta sencillez velaba, sin embargo, una inagotable curiosidad intelectual, además de una compleja espiritualidad. La bibliografía hasta el momento sobre Sender y su universo literario es amplia, a veces no excesivamente exhaustiva, y tampoco podemos afirmar que el corpus de una visión completa resulte satisfactoria, y esto, sin duda, por las circunstancias inherentes al exilio del escritor y las numerosas publicaciones de estudiosos norteamericanos, tanto tesis doctorales como textos ilocalizables o sin ver la luz. Sin embargo, Francisco Carrasquer y Elisabeth Espadas, establecen una bibliografía documentada en un apéndice su libro, *La verdad de Ramón J. Sender*², para estudiosos e interesados en el prolífico escritor.

En los primeros días de marzo de 1939, Sender se embarcaría con sus dos hijos en el *U.S. Manhattan* rumbo al exilio en dirección a los Estados Unidos. En el mismo barco viajan, Erich Maria Remarque, el autor de *Sin novedad en el frente* (1929), que huía del régimen nazi, y el filólogo español, Tomás Navarro Tomás. Una vez instalado, en su hotel en la ciudad de Nueva York recibió la visita de Federico de Onís, profesor de Columbia University, y Julia Davis, una escritora norteamericana, que había leído algunas obras del autor traducidas al inglés y deseaba conocerlo. La joven quiso llevarse enseguida a su casa a los hijos de Sender, a Ramón de cuatro años y medio, y a Andrea, de tres. Cuando más tarde fue a recogerlos, la norteamericana le pidió que los dejara con ella hasta que se prepara para su viaje a México, y algunos días más tarde, le rogó que se los dejara hasta Navidad; en realidad, la vinculación de esta dama con los dos niños se prolongaría durante años. «Los meses se convirtieron en años, escribiría Ramón Sender Barayón, hasta que quedó tácitamente entendido que nos criaría como a sus propios hijos».

En México D.F. Sender no vivió, precisamente, una situación económica boyante y durante algún tiempo malviviría con las liquidaciones de una editorial londinense, y otras dos norteamericanas. El novelista siempre se quejó de la falta de ayuda y de protección en tierras mexicanas, sobre todo porque siempre se mantuvo alejado de los comunistas, y siempre se negó a colaborar con algunos de sus órganos, como *Romance*, revista cuyo primer número apareció en febrero de 1940 y *España peregrina*, que dirigía José Bergamín. Aunque sí asistió algunas de las tertulias que empezaban a gestarse sobre todo por exiliados españoles, como la destacada «Séneca» y otras que se celebran en algunos conocidos domicilios entre los que podía verse a León Felipe, José Moreno Villa, incluso el poeta Pablo Neruda y su esposa Delia del Carril.

Sender creó en México D.F. una editorial que bautizó con el nombre de «Quetzal», en homenaje al dios del aire y del resto de fenómenos atmosféricos de la época precolombina; le ayudó Miguel Ángel Asturias, exiliado voluntariamente en México, a quien había conocido circunstancialmente, y que aportaría la parte económica y las cuestiones de adquisición de papel. Entre otros, la editorial publicaría, *Proverbio de la muerte* (1939), una novela reelaborada posteriormente como *La esfera* (1947), *El lugar del hombre* (1939), reelaborada, también, como *El lugar de un hombre* (1958), *Hernán Cortés* (1940) y *Mexicayolt* (1940), los últimos proyectos del propio Sender, y *Cervantes*

¹ Jesús Vived Mairal, *Ramón J. Sender. Biografía*; Madrid, Páginas de Espuma, 2002; págs., 9-13.

² Leiden, Ed. Cinca, 1982; pp. 125-177.

(1939), de Jean Cassou y *Darwin* (1939), de Marcel Prenant. La aventura duró poco, por el creciente deseo del autor de abandonar México, aunque señalaría como por «primera en mi vida no hago sino escribir. En este país bronco y generosos de México, sobre una tierra quemada y bajo un cielo de maravilla, escribir tiene la delicia de un juego infantil». A los tres meses de su estancia en tierras mexicanas, hizo gestiones para volver a Estados Unidos, y pronto Federico de Onís, el 23 de junio de 1939, le contestaba que no podía garantizarle nada para el mes de septiembre, aunque estaría atento a tal eventualidad. Aun debió pasar mucho tiempo hasta que Sender pudo finalmente instalarse en Estados Unidos, esto ocurrió en agosto de 1942, cuando consiguió una beca Guggenheim y un visado de entrada.

Ramón J. Sender escribiría *Mosén Millán* en apenas una semana, una obra que estaba destinada a formar parte de un proyecto de novelas cortas que los profesores Mulvihill y Sánchez, iban a publicar en Madison (Wisconsin), pero no se llevó a cabo y finalmente la obra terminó interesando a José Ramón Arana, director de la colección Aquelarre, en México D.F., que lo publicaría en 1953. El escenario, según Sender, se sitúa en «una aldea imaginaria hecha con memorias líricas y dramáticas de dos pueblos, Chalamera y Alcolea de Cinta, y de Tauste y de tantos otros pueblos donde viví (siempre en Aragón)». El título de la novela se cambió cuando se preparó la edición en inglés porque eso de Mosén Millán no sonaba a nada, y se optó mejor por *Réquiem por un campesino español*³. La obra ha sido considerada, desde siempre, como una pieza maestra, porque Sender ha sabido mantener en ella un tono clásico, apoyado ese tono por los robustos pilares que sustentan sus mejores obras, con un lenguaje directo y sencillo y una envolvente estructura. Para Sender, la obra «es simplemente el esquema de toda la Guerra Civil nuestra», con una dimensión social muy acusada. No pensó sino en «la expresión literaria directa de un problema en torno a una aldea. El problema tiene derivaciones sociales, que se desprenden solas como se desprende la neblina de un paisaje húmedo, esta vez húmedo de sangre». En realidad, el autor pretendía otorgar cierta unidad formal a las contradicciones y a las agitaciones de la posguerra que se habían quedado en España, una situación viciada, tan a menudo, por el miedo, la venganza y otras catástrofes morales, y curiosamente este relato no se mueve en una atmósfera de pesadilla y terror. Por el contrario, entre las intenciones del escritor hay una posible esperanza: la restauración del mito que, de alguna manera, infunde cierta belleza a los grandes gestos humanos.

Mosén Millán —señala Juan Luis Alborg⁴— «es una novela de muy distinta especie (...) Sender vuelve a vestir sus armas de escritor combativo y ardoroso». Es, añade el crítico, un acierto de construcción y ritmo. Muy breve, apenas rebasa la condición de novela corta. Mosén Millán es el cura del pueblo, que bautizó, dio la comunión y casó a Paco el del Molino. La figura del párroco está trazada con amor, con gran respeto y con una intensa profundidad y humanidad. El sacerdote se dispone a ofrecer una misa de réquiem por ese hombre a quien él había querido tiernamente desde el día en que le abrió en la pila bautismal las puertas de la iglesia; y mientras el cura se viste en la sacristía y aguarda el momento de empezar la ceremonia y de los asistentes, mosén Millán reconstruye en su mente los acontecimientos que condujeron a la muerte de Paco. A propósito del cambio del título de la obra, en esa especie de culpa que experimenta el sacerdote y la tragedia de Paco, Gemma Mañá y Luis A. Esteve⁵ señalan dos planos fundamentales en la obra: un primer plano mientras mosén Millán espera en la sacristía, y un segundo cuando empieza a recordar la historia de Paco y el triste final del que el sacerdote es testigo y, además, el causante involuntario. Estos recuerdos se ven interrumpidos por la continua presencia de los ricos del pueblo que, irónicamente, se prestan a pagar la misa por el muchacho, por le propio Mosén que pregunta al monaguillo si ya hay feligreses y, finalmente, un potro entra en el recinto inesperadamente.

José Carlos Mainer⁶ coordinó en 1983 un voluminoso homenaje a Sender que había fallecido en enero de 1982 en su casa de San Diego (California), donde se recoge una amplia muestra del corpus

³ Nueva York, Las Américas, 1960.

⁴ Juan Luis Alborg, *Hora actual de la novela española II*; Madrid, Taurus, 1962 (reimpr., 1968), págs., 52-53.

⁵ Gemma Mañá Delgado y Luis A. Esteve Juárez, «Nueva aproximación a *Réquiem por un campesino español*»; *Alazet. Revista de Filología*, nº 4 (1992), Instituto de Estudios Altoaragoneses; págs., 163-179.

⁶ *Ramón J. Sender. In Memoriam. Antología crítica*; edición al cuidado de José-Carlos Mainer; Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1983; 499 págs.

crítico que estudiosos le han dedicado a la obra del aragonés desde los primeros testimonios de Valle-Inclán, Cansinos Assens o Pedro Salinas, temas y estilos en su prosa, con trabajos de Francisco Yndurain, Charles L. King, o el propio Mainer, y una amplia visión sobre la obra representada por los mejores especialistas de la talla de Ressayre, Obstad, King, Palley, Carrasquer, Godoy Gallardo, Bonet o Peñuelas.

Eduardo Godoy Gallardo⁷ habla de la «nueva dimensión que el exilio ha otorgado a la obra de Sender, si bien ha conservado la orientación realista de su primera época». En el mismo sentido, escribe sobre el sentido de su justicia, la búsqueda de la dignidad, la culpa y la expiación, la delación de la esencia de ser hombre y su condición humana frente al mísero entorno, que bien puede aplicarse a su *Réquiem por un campesino español*, una novela que ocupa, según Godoy Gallardo, un lugar preponderante, y está dentro de una perspectiva trascendente en la obra de Sender. Breve y densa, como ha sido calificada, se nutre de la propia calificación del autor, «... (Tengo) una tendencia mixta a la pereza y a la aventura. Al ensueño y al más crudo realismo...»; en realidad, la trama argumental se ciñe, exclusivamente, en torno a la trágica historia de Paco el del Molino en que Sender aprehende una realidad y la transforma en materia poética; y por otro, desciende hasta la más pura condición humana del campesino español y su dignificación humana. La novela, como ya hemos señalado, fluctúa estructuralmente entre pasado y presente, y en esa fluctuación queda establecido un futuro que tiende a la recuperación de una dignidad, sin duda, y sobre todo a que esta permanezca de una forma permanente. Este contrapunto, siguiendo a Godoy Gallardo, contribuye a delinear a los dos personajes protagonistas, mosén Millán, de un lado, y Paco el del Molino, de otro; y, entre ambos, los tres caciques del pueblo que se convierten en el centro del dramatismo de ambos. El autor mueve a sus personajes mediante continuos movimientos temporales que, de alguna manera, explican el contorno final de toda la historia que comienza, precisamente, cuando el sacerdote espera en la capilla para empezar la misa de réquiem que ofrecerá por la memoria de su antiguo monaguillo; la soledad se impone en estos momentos, el cura contempla la iglesia, y entonces recuerda. Y el novelista nos sumerge en el mundo interior del sacerdote para escuchar su confesión, mientras piensa que con la misa de réquiem pagará una deuda del pasado.

Un segundo momento de la narración se sitúa en el presente, que viene marcado por la aparición de don Valeriano, el alcalde del pueblo y uno de los que más influyeron en el triste final de Paco, y acude a esta misa porque hay que olvidar, y además se ofrece a pagar los servicios religiosos. Mosén Millán no acepta la proposición; entonces entra en escena otro personaje, don Gumersindo, quien también le ofrece un par de duros para pago de la misa; el sacerdote, vuelve a negarse. Y don Cástulo, el tercer cacique en discordia, pretende, también, lo mismo, hecho que vuelve a rechazar el sacerdote. Los tres culpables ejemplifican la hipocresía y el sentido de culpabilidad que les lleva a acallar su conciencia con el donativo de la misa, y a hacer acto de presencia en las exequias, a las que nadie del pueblo ha venido (por miedo), y cuando finalmente comienza la misa, mosén Millán, comparte su culpabilidad con los otros.

Laureano Bonet⁸ habla de un ángulo ideológico social de *Mosén Millán*, cuando alude a sus más ostensibles contenidos: la guerra civil, la lucha de clases y la postura de la Iglesia ante el conflicto bélico y humano. Aunque el propio Sender huía de esa dimensión social y más que compartir esta característica, se mostraba partidario de exponer el cuadro de la vida campesina, tan fuerte en sí mismo, tan conmovedor, que cubre todas las intenciones de tipo humano y artístico. El acierto de la novela oscilaría entre ese crecimiento del mito, desde el punto de vista narrativo, y la idealización, del resto del breve texto, y el equilibrio que, según Bonet, ha alcanzado entre ambas partes, rehuendo de la tentación de ese cegador pasado que se mueve entre la bondad y la maldad que presupone la inocencia en ambos bandos.

Mair José Bernadete⁹ comenta que «para los españoles que prefirieron vivir en el extranjero a la

⁷ «Problemática y sentido de *Réquiem por un campesino español*»; *Letras de Deusto*, 1 (1971), pp. 63-74.

⁸ «Ramón J. Sender, la neblina y el paisaje sangriento: Una lectura de Mosén Millán»; *Ínsula*, núm., 424 (1982), pp., 1, 10 y 11.

⁹ «Ramón J. Sender, cronista y soñador de una nueva España»; apud, *Réquiem para un campesino español*; México, Editores Mexicanos Unidos, S.A., 1971 (1ª ed., 1968); págs., 97-122.

espera del siempre esperado milagro, la derrota y el exilio significaron una nueva oportunidad de construir el futuro conforme a la imagen de sueños y profecías (...) Ramón J. Sender ha procurado empeñosamente poner en orden sus ideas y sentimientos. En el extenso relato titulado *Réquiem por un campesino español*, alcanzó al fin la perseguida serenidad de visión, sin olvidar por ello el objetivo de crear una España. En este cuento, que tienen las cualidades clásicas y bíblicas de sencillez y sublimidad, no hay lugar para los obvios y baratos trucos retóricos».

La guerra estuvo presente en numerosas novelas de la época, de una forma primaria o secundaria, señala Gonzalo Sobejano¹⁰ cuando habla de «novelistas intérpretes» en cuya obra se recorre una escala muy variada: autobiografía, epopeya moral o social, incluso esperpento; con un denominador común que consiste en una mayor generalidad o ejemplaridad humana, y señala a Francisco Ayala y Ramón J. Sender porque ambos han preferido abordar la guerra mediante el procedimiento de la parábola que muestra, «la narración de un suceso fingido, de que se deduce, por comparación o semejanza, una verdad importante o una enseñanza moral».

© Pedro M. Domene

Pedro M. Domene. Nació en Huércal Overa (Almería) en 1954. Profesor de Lengua y Literatura. Colabora asiduamente en publicaciones literarias especializadas de España, México y Estados Unidos. Crítico literario en el suplemento Cuadernos del Sur del diario Córdoba y en las revistas Mercurio, Turia y Literal, Latin American Voices (Houston). Autor de varias antologías y publicaciones sobre narrativa contemporánea, *Narradores españoles de hoy* (1997), *Lo que cuentan los cuentos* (2001), *Microrrelato en Andalucía* (2008) y *Disidencias (en la literatura española del siglo XX)* (2010). Ha reunido sus ensayos en el volumen *Imposturas* (2000) y publicado obras de ficción para jóvenes como *Después de Praga nada fue igual*, II Premio de Narrativas Juvenil Los Pedroches, *Conexión Helsinki* (2009) y *Las ratas del Titanic*.

¹⁰ *Novela española de nuestro tiempo (En busca del pueblo perdido)*; Madrid, MareNostrum, 2005; págs., 37-50.

NOSTALGIAS DE MACHADO

por José Vaccaro Ruiz

Estoy sentado frente a la chimenea, un tiznado enrejado de cobre colocado delante me protege de cualquier chispa que pudiera escaparse de los troceados y ardientes troncos de encina. Hace rato que no he añadido ningún leño más y el fuego va languideciendo, cada vez más su llama parece un indolente rizo brotando de su corteza, un lamido amarillento que va consumiendo años de lluvia, viento y sol de su interior, al tiempo que los transforma en calor y temblor luminoso. Da la impresión de que los en un principio recios y resinosos leños, de los que manaban enfuriadas llamaradas, finalmente se han conformado con su destino de ser devorados sin remisión, y ya solo aspiran a dilatar unos minutos, pocos, su agonía antes de convertirse en ceniza. De la cresta que da fe de su estertor se eleva un humo apenas perceptible, una voluta gris y perezosa que se introduce sin prisa por la negra garganta del hogar para subir, fiel cumplidora de las leyes de la termodinámica, caracoleando por la chimenea, se supone que con igual desinterés, hasta la boca de salida situada en la planta piso, y de allí al aire libre y al frío exteriores. De vez en cuando, hace decenios que nadie se ha descolgado por ese oscuro tubo para limpiarlo, de sus paredes caen grumos de hollín que ni avivan ni apagan el fuego, son despojos inertes que se mezclan con los rescoldos sin aportar otra cosa que un chisporroteo y un leve y breve chasquido que apenas rompe el silencio de la estancia. Tengo la atención fija en la pira viendo como, poco a poco, la leña se va adelgazando hasta desaparecer, un placer con reminiscencias ancestrales de cuando el fuego era, en la profundidad de una gruta o al cielo raso, sinónimo de compañía, protección y comida. Mis ojos se recrean en el espectáculo que ofrece un débil fulgor que de tiempo en tiempo, aunque cada vez más dilatadamente, asoma de un resto teoso aún no consumido, acompañado de un silbido menguante y casi inaudible. A cualquier espectador que pudiera verme, aunque he de decir que me encuentro solo, mi quietud casi absoluta mostrada en la última hora y el color blanco que enseño mis sienes, junto a las profundas arrugas de mi entrecejo y a las manchas que muestran mis manos le permitirían situar mi edad, cercana a los setenta años. El ocaso de la vida.

La luz que hasta hace poco llegaba del exterior es ya una claridad mortecina que apenas sirve para perfilar los muebles de la estancia. Destaca una biblioteca que, como una enredadera de yedra trepa por las paredes hasta el techo, en ella los lomos de los libros parecen ladrillos colocados a sardinel o matojos de mala o buena yerba, con el añadido aquí y allá de algún ejemplar plano dejado encima rompiendo la secuencia vertical, desordenada y anárquica en lo que hace a títulos, temas o autores. Un totum revolutum donde la «Guerra de las Galias» de Julio César se codea con la «Crítica de la Razón Pura» de Kant, que a su vez no le hace ascos a «El español y los Siete Pecados Capitales» de Díaz Plaja. A un lado de la reticulada y emparrada estantería hay adosada una escalerilla de madera para alcanzar los últimos niveles, en ángulo con la librería un bufete de pino con una encimera de mármol blanco, en la pared de enfrente dos óleos con paisajes primaverales que veinte años de invierno y de hollín del hogar han enlutado, y delante del que yo ocupo otro sillón vacío, separados ambos por una mesa baja con varias ampollas de licor y un vaso en el que sobrenadan unos cubitos de hielo en un mar del color siena procedente de la botella de Macallan. A su lado varios libros de tapa dura con coloristas portadas de héroes blandiendo espadas o cabalgando en briosos corceles, y rematando la pila un modesto volumen de bolsillo como si fuera un pisapapeles. Su título: «Las Poesías Completas» de Antonio Machado, apenas cuatrocientas páginas que abarcan desde 1899 hasta 1939. Si Litz dijo del segundo de los movimientos de la sonata Claro de Luna de Beethoven que era una flor entres dos abismos, algo parecido puede decirse de la obra de Machado, a caballo de la crisis del 1898 y la postguerra del 1936.

Antes de elegirlo he sacado de los anaqueles y hojeado algunos ejemplares —qué bonita esa palabra, ejemplar, aplicada a los libros—, que tenía casi olvidados, y que con solo abrirlos me han llenado de recuerdos y añoranza. «Los viajes de Marco Polo», «Los tres mosqueteros» de Alejandro Dumas,

«El capitán Blood» y «El cisne negro» de Rafael Sabatini. ¡Cuántas horas de mi adolescencia robadas al estudio y al sueño hay en sus páginas! Leyendo estirado en mi cama de cinco palmos, sentado en el inodoro o camino de la escuela de los Hermanos de La Salle, en el barrio de Gracia de Barcelona. Identificado con Viernes más que con Robinsón Crusoe, ¡qué cosas!, pero sobre todo deseando encarnarme en Dick Sand, el capitán de quince años de la novela de Julio Verne que leí un mínimo de cuatro veces. En ella aprendí el significado de palabras tan exóticas como cangreja mesana, contrafoque o estay, y cosas tan fundamentales como que la mosca tsé-tsé solo vive en África. Aparte, faltaría más, de que el bien siempre triunfa sobre el mal. Lástima que luego, como tantas otras cosas, lo olvidara —lo del bien y el mal quiero decir, no lo de la mosca tsé-tsé—. Pronto hará de eso sesenta años. Dios mío, *qué pronto se pasa la vida y como se viene la muerte, tan callando, cuan pronto se va el placer...* Quizá tenga la culpa de mi estado de ánimo este día gris y húmedo de invierno y la hora, poco más de las seis, que invita a la melancolía, un sentimiento hecho a la vez que de remembranza también de lamento, ambas cosas unidas que suelen acompañar como su sombra a la ancianidad.

Dejo de lado los ilustrados y potentes tomos de la editorial Bruguera de mi infancia y abro el modesto libro de poesía de la Colección Austral, su deformado y manoseado lomo parece protestar de tantas y tantas veces como lo doblé, las páginas con pliegues y anotaciones, desalineadas y descosidas, incluso en algún espacio en blanco un verso mío, escrito, borrado y reescrito con lápiz de mina dura y letra microscópica, la misma que empleaba para tomar apuntes en la clase de Análisis Matemático de Pi Calleja. Como título: Para María, Mercedes o Ángeles. ¿Dónde estarán ellas ahora?, ¿vivas, muertas? ¿acaso alguna conservará, olvidada y ajada en un viejo libro de Matemáticas de quinto de bachillerato, llena de ácaros y desatendida, la media cuartilla donde escribí aquel poema?: *Yo sé que detrás de mía alguien vendrá. Y sé también que tus ojos, hoy tristes, de nuevo a la luz de otros ojos revivirán cuando te juren con palabras solemnes unos labios hinchados de pasión, y otras manos estrechen tus manos de cristal..* Así empezaba. No hace falta saber más para deducir acertadamente que, a los catorce años, su autor se consideraba un perdedor.

Voy al índice. La poesía de Machado fue, desde mis tiempos de universitario, el breviario donde busqué, y a veces encontré, luz, quietud y sentido en momentos de dificultad, duda y desesperanza. La poesía aspira a captar en cada palabra, en cada puntuación, en cada letra, lo absoluto. Así lo decía el mismo Machado: *distinguir la voz viva de los ecos inertes, mirando hacia adentro, vislumbrar las ideas cordiales, los universales del sentimiento.* Y añadido yo, no hay ninguna otra manifestación artística —música, teatro, pintura, escultura—, que con la sencillez de medios de la poesía —unas pautadas manchas de tinta parecidas a cagadas de mosca sobre un papel en blanco— pueda hacernos llorar, reír o simplemente pensar. La poesía es lo más próximo a la creación pura —hacer surgir algo de la nada—, y el poeta lo más cerca que el hombre puede estar de ser Dios.

Allí está, subrayada la estrofa, la búsqueda primera del amor presentido y no vivido, la esperada y anhelada plenitud de mis quince años envuelta en el envoltorio de celofán de unas palabras adoptadas de otro y hinchidas de melancolía:

*Amada, el aura dice
tu pura veste blanca...
No te verán mis ojos;
¡mi corazón te aguarda!*

No puedo dejar de esbozar una sonrisa ante aquel subrayado, heredado de los lasallistas. Hecho con regla, cuando llegaba a las letras que tenían un apéndice bajo —la ge, la jota o la pe— la línea se interrumpía para no cortarlo. Un grafólogo sacaría jugosas y trascendentes consecuencias de esa caligrafía impuesta por el colectivo que hizo voto de castidad perpetua al tonsurarse y vestirse de negro.

Luego llegaría el tiempo de abrirme camino como arquitecto con mi flamante título de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Diagonal, una cartulina hinchida de cenefas y de firmas —*Su Excelencia el Jefe del Estado Español, y en su nombre el Ministro de Educación...*—, enmarcado y colgado en el comedor de la casa materna para envidia de propios y extraños. Y por mi parte, la pedantería de pretender organizar la vida de los demás, levantando paredes y distribuyendo espacios

donde comer, dormir o aliviarse, diseñando plazas y parques para que otros fueran a pasear, tomar el sol o cobijarse bajo la sombra de una arboleda. Siendo uno de tantos y a la vez distinto, celoso de mí mismo y de mi intimidad, mis secretos, mis fantasías y mis fantasmas:

*Aunque me ves por la calle,
también yo tengo mis rejas,
mis rejas y mis rosales.*

El primer desengaño amoroso, el que más duele porque nos deja más desvalidos y más solos, el que marca el paso del amor y el deseo a la indiferencia, al rencor o al despecho, el que nos priva de la inocencia y nos ciñe la primera, impermeable y gruesa piel de galápago. Y como vacuna para el futuro, la búsqueda en uno mismo de un asidero donde apoyarse, levantarse y volver a caminar cuando se produzca la siguiente e inevitable caída:

*Late corazón... No todo
se lo ha tragado la tierra.*

Y de repente la muerte de mi madre. Impensada, inesperada a pesar de una enfermedad larga y penosa, como decía la esquela en La Vanguardia —en su sección de necrológicas me pidió ella poco antes de expirar que fuera escrito su adiós definitivo de este mundo—. Un texto de despedida que el trajeado funcionario de la empresa municipal de pompas fúnebres tenía fotocopiado a modo de valor seguro y donde, a demanda, se añadía aquello de *nos ha dejado en paz y confortada por los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica*. Qué curiosa expresión esa, *larga y penosa enfermedad*, como si cualquier prólogo de la muerte no fuera así, largo, porque comienza cuando nacemos, y penoso porque no hay lágrima capaz de devolver la vida. Un vacío allí donde antes había plenitud, luto y negrura donde hubo alegría y luz, la palpada certeza de que nadie ni nada es eterno. El mismo desespero que Machado sintió ante el cuerpo sin vida de su esposa Leonor, reflejado con cuatro aldabonazos, cuatro versos profundos y rotundos que te dejan sin aliento. La expresión breve y cortante, un *bisturí de cuatro filos*, como diría su amigo Federico García Lorca, de la soledad y la desesperanza ante lo irrecuperable:

*Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.*

Machado, al dibujar su retrato: *Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla...*, tiene una precisión infinita cuando define y acota lo que la mujer —madre o compañera— es para el hombre, unas pocas palabras que lo dicen todo: *amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario*. Es imposible decir más en tan poco, como inútil querer glosar el sentido ahí contenido porque, a lo inefable, cualquier explicación lo rebaja, lo parcela y lo que es peor, lo degrada y ensucia. De pronto lo *hospitalario* se yergue como un demiurgo abarcando el universo entero —amistad, amor, maternidad, carnalidad— de las relaciones entre una mitad de la humanidad con la otra media.

Mi pensamiento vuelve a mí, a aquellos *yo* que fui y que un poco continuo siendo. El cinismo que acompaña a la madurez cuando uno, revestido con la sexta piel de galápago, alcanza saber cómo es el hombre y el mundo que lo rodea, y que esa parte del ser humano que nos enaltece, irrita o envilece forma parte también de nosotros mismos. Arrinconar o empequeñecer la ética para engrandecer la ambición de poder, de dinero, de conquista, con la hinchada y vacua apariencias de un pavo real cuyo plumaje colorista esconde una dermis sobrecargada de folículos pilosos sensibles al miedo y a la inseguridad en eso que llamamos «piel de gallina». Y bajo esa superficie, la acechadora avidez de un ave de rapiña. El éxito profesional, la riqueza, la vanidad, y con ellas como peaje necesario la adscripción a personajes, intereses y grupos tribales ya sean profesionales, políticos o económicos. Complicidades, conspiraciones y silencios, sintiendo que sumamos indiferencia año a año, mes a mes, como el árbol que para blindarse del viento y del frío va añadiendo círculos en torno a un núcleo primigenio cada vez más constreñido, más ahogado e insensible. Y de tanto en cuando, aunque ciertamente con menos frecuencia, recordando las palabras del poeta que son la viva y cruda imagen de uno mismo:

*De lo que llaman los hombres
virtud, justicia y bondad,
una mitad es envidia,
y la otra no es caridad.*

Me recreo en cada verso que leo como quien mira un álbum de fotografías familiares desde la distancia de lo que ha sido mi existencia, desgranando las otras vidas que he personificado, los atuendos que han cubierto mi desnudez, las poses que han tapado y disfrazado mis íntimos gestos y pensamientos. A un tiempo me reconozco y me desconozco en aquel estudiante becado, en el imberbe que acudía tocado con un lustroso y acerado casco blanco, trajeado y encorbatado a las visitas de obra para ocultar la bisoñez de sus veinticinco años, con el ustedeo por trinchera e idioma tratando de convertir lenguaje en autoridad; en la figura del consejero-delegado de la inmobiliaria al que no le temblaba el pulso si tenía que despedir a cualquiera, en el seguidor de una licencia de obras o la aprobación de un plan urbanístico que no se ajustaban a la legalidad. Ningún escrúpulo para llenar los bolsillos de quien fuera si ese era el camino:

*Y podrás conocerte recordando
del pasado soñar los turbios lienzos,
en este día triste en que caminas
con los ojos abiertos.*

Me pregunto el porqué hoy, precisamente hoy, he retomado la lectura de aquel libro que hacía tal vez diez años que no abría. Durante ese tiempo, y hasta esta tarde, mi vista pasando por encima de su estriado lomo sin verlo, ahogado, podría decirse, entre las algorítmicas tramas policíacas de Elizabeth George, Andreu Martín o John Grisham como si no existiera, ignorándolo.

Cojo un par de leños, separo el enrejado y al colocarlos sobre los rescoldos avivo el fuego del hogar que, agradecido porque no lo dejo fenecer, al poco me ofrece luz y calor.

Escucho el rumor del viento invernal que llega del jardín. Imagino el caer lento y oscilante de las últimas hojas de los pimenteros, de la parra y el granado alfombrando el pavimento de gres, llevadas por el ventarrón en todas direcciones una vez carentes de las ramas y del tronco que les daba soporte y fuerza, faltas de la savia que en primavera las coloreaba de un verde intenso. De tanto en tanto la hojarasca se levanta en remolino un metro por encima del suelo para caer al poco un poco más lejos, más rota, más seca y más muerta.

El sol lanza sus últimos rayos, es una claridad rojiza que entra por la ventana bajando en intensidad segundo a segundo, como algo que agoniza y se va en busca del amanecer, fatalmente lejos y sin remedio, hacia otro lugar y otras gentes. La oscuridad va ganando espacio allí donde no alcanza la llama del hogar. La negritud empieza por los rincones y va extendiéndose poco a poco por toda la estancia, preludio de la noche. La cuadrícula de la biblioteca se aparece ahora, a mis ojos, como la fachada de las agrupaciones de los cementerios: In memoriam, te recordaremos siempre, tu desconsolada esposa... Mi vista se adapta hasta donde puede a las tinieblas, lo hace hasta ser incapaz al poco de reconocer a mi alrededor cualquier forma o color, solo el foco de energía de la lumbre del hogar. Vuelvo a tomar el libro de poesías y busco el índice. Página 207:

*Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en la mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas verdes le han salido.
¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.*

Detengo la lectura y suspiro. Cierro los ojos buscando dentro de mí mismo la esencia del hombre que dejé atrás en cada una de las estaciones —niñez, adolescencia, juventud, madurez— que antes desfilaron ante mí. De todos ellos, a cuál más distinto, ¿quién era mi *yo* más propio?, ¿quién, qué y para qué quería ser?, ¿qué esperaba?, ¿qué dejé por el camino y a cambio de qué y para qué ser?

¿Cuánto de lo que hice fue un puro reflejo condicionado y cuánto de ello mi voluntad? ¿Cuál es el poso decantado en el fondo de mi alma tras tantas entradas y salidas, subidas y bajadas, afirmaciones y negaciones?

Me levanto, me acerco a la ventana y miro a la noche que me rodea, negra como boca de lobo. La farola de la calle tiene la bombilla fundida, de eso hace varias semanas, pero el Ayuntamiento no se ha dado aun por enterado, no se distinguen los árboles ni la valla del jardín. Un volumen rápido e indefinido pasa entre las sombras, alguien, hombre o mujer, tiene prisa por llegar a su casa. Busco más allá, en el cielo, un átomo de luz que no encuentro, la luna la ocultan las nubes. Intento, de pie frente al cristal, leer el final de la poesía pero no puedo. No quiero encender la luz, me parece que su claridad repentina sería una afrenta al poeta, porque quebraría ese hilo invisible que me une a él y a mi pasado. Vuelvo a sentarme junto al hogar, me inclino y a la trémula claridad de la llama leo los últimos versos del poema:

*Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.*

Al hacerlo siento que era eso lo que buscaba esta tarde, desde el primer momento y sin yo saberlo. Cuando recordaba mis deseos de ser Dick Sand, Viernes, o D'Artagnan y tenía toda la vida por delante para poder lograrlo, cuando sentía el reflujo del whisky subir esófago arriba canalizando la queja de mi estómago, que con siete decenios a cuestas de calvados, vodka y caipirinhas es incapaz de fagocitar sus cuarenta grados de alcohol, cuando mis manos se apoyaban en la arista de la mesa para poder así incorporarme.

Otro milagro de la primavera, un aliento de vida, aunque fuera un amanecer tardío y gélido de invierno, la esperanza de una última estación, siquiera un apeadero, antes de que el convoy llegue al término del viaje y los pasajeros lo abandonen. Un mañana soleado que poder llenar con lo imprevisible y lo nuevo.

Un espacio en blanco para poder caminar *hacia la luz y hacia la vida*.

Cierro el libro y lo vuelvo al estante, tanteando hasta encontrar un hueco, estoy seguro de que a don Antonio no le molestará cualquier compañía que le haya caído en suerte. Antes he buscado en la última página el postrero de los versos que escribió en Colliure antes de morir el 22 de febrero de 1939 —bautizado como *Tercer Año Triunfal* por los vencedores luego de una guerra cainita a la que alguien llamó Cruzada—. Viejo, cansado y desengañado de este mundo, un huérfano de patria y de familia en una tierra inhóspita, húmeda y fría —*profeta ni mártir quiso Antonio ser, y un poco de todo lo fue sin querer*—. Francia fue su desasillado postrer refugio, un país cuya lengua él conocía a la perfección y que había enseñado a leer y hablar en las antípodas de donde ahora se encontraba. En su soleada Sevilla natal, en Baeza —*andaluces de Jaén, aceituneros altivos, decidme en el alma, ¿quién, quien levantó los olivos?*, preguntaría Miguel Hernández, otra víctima como él de la violencia *triumfal*—, y en el cincel de su Soria adoptiva. Quizá buscando en el pasado el vigor, la inocencia y las ilusiones perdidas:

Estos días azules y este sol de la infancia.

Un solo y único verso.

Me pregunto: ¿Puede una poesía estar formada por un solo verso?, ¿no es necesaria la rima, cuanto menos un pareado para hablar de poesía?, ¿no tiene que haber un hilo conductor, un discurso, un principio y un final para que haya poesía?, ¿no es la musicalidad de las terminaciones y las sílabas algo consustancial y necesario para poder hablar de poesía?, ¿no nos enseñó eso Rubén Darío?: *Ya se oyen los claros clarines, la espada se anuncia con vivo reflejo*. No encuentro respuesta porque no la hay. Lo que sí surge en mi mente es la fantaseada imagen de un Antonio Machado enfermo, desilusionado y demacrado, embutido en un deshilachado pijama de rayas, parecido al que pronto servirá de sudario a los habitantes de Treblinka o Dachau, una mortaja de la que sobresale cada uno de sus huesos descarnados —los hombros, las rodillas, las costillas—, desnortado y falto de fuerza, inclinado sobre una mesa, e incapaz de ultrapasar y alentar más allá de *estos días azules y ese sol de la infancia*.

Ese es su último pensamiento, lo único que puede aportarle, aunque se sepa ya un cadáver imposible de resucitar, algo de felicidad.

Después vendrán hombres —tal vez yo mismo— que echados sobre ese único verso lo intenten desnudar de su luto de ignoto: *Palabra mía, hoy tan desnuda, tan clara. Un hombre que te crea sombra hecha de murmullo raro. A ti, voz mía, agua de luz sencilla*. Perdóname, Juan Ramón Jiménez, por tomar prestada tu voz.

Estos días azules y este sol la infancia.

¿Cómo he ido a parar, fatal y finalmente, a esa última página del libro de poemas de Machado? El subconsciente escribe recto en los reglones torcidos del consciente, como diría Jacques Lacan. Dejo volar la imaginación, una ingrátida pluma al viento, receptivo, sumiso y dócil, me abandono allí donde ella me quiera llevar.

En una pantalla de cine de barrio, frente a cientos de espectadores, se proyecta una película en blanco y negro. En ese momento alguien está echando al fuego cantidad de objetos viejos, desde muebles a libros y juguetes. En el interior de una cabaña contigua un periodista reniega y se queja de la búsqueda infructuosa que ha realizado por medio mundo para encontrar el sentido de la última palabra pronunciada antes de morir por el multimillonario Charles Foster Kane, cuya vida hemos ido conociendo en la hora y media pasada. Y esa palabra es *Rosebud*. ¿Se trata de una amante, de una mina de oro, de un amigo?, ¿acaso un conjuro, una oración, un adiós dicho en un raro idioma? No le ha sido posible esclarecerlo. La cámara abandona los lamentos del reportero por no haber conseguido la información que le hubiera dado fama y dinero, y un zoom nos acerca a la tarea del individuo que sigue alimentando la pira crematoria. El incendiario toma con gesto mecánico, del montón de cosas que aguarda turno para convertirse en humo, una tabla de madera, un desvencijado trineo infantil lleno de golpes y ralladuras. En uno de los primeros planos del film un mozalbete de apenas diez años, que luego se convertirá en el todopoderoso Ciudadano Kane, estaba jugando con él en la nieve el mismo día en que, unos hombres vestidos de negro llegados de la gran ciudad, lo arrancaron de su familia y de la pequeña aldea que había sido su cuna y su hogar y se lo llevaron con ellos para que se criara, educara y medrara entre rascacielos, teletipos bursátiles y limusinas. Y mientras las llamas devoran el pequeño trineo, un segundo antes de que se convierta en ceniza, y cinco segundos antes de que en la pantalla aparezca el rótulo *The End* y se enciendan las luces, advertimos una palabra escrita en la mellada superficie del rectángulo de madera: *Rosebud*.

Estos días azules y este sol la infancia.

Tu *Rosebud*, Antonio Machado Ruiz.

© José Vaccaro Ruiz

José Vaccaro Ruiz. Arquitecto y abogado. Es autor de las novelas *Ángeles negros* (Atlantis, 2009), *La vía láctea* (Neverland, 2010) y *La granja* (Ediciones Atlantis, 2011).



LA RIDÍCULA IDEA DE NO VOLVER A VERTE, de Rosa Montero

Editorial Seix Barral
Colección: Biblioteca Breve
237 páginas
Fecha de publicación: 2013
ISBN 973-84-322-1548-3

* * *

La periodista y escritora Rosa Montero (Madrid, 1951) no necesita más carta de presentación que su dilatado currículum profesional y su larga y exitosa carrera literaria. Desde *Crónica del desamor* (1979) hasta *Lágrimas en la lluvia* (2011), Montero es autora de títulos inolvidables, merecedora de numerosos premios y en la actualidad colaboradora habitual del periódico *El País*.

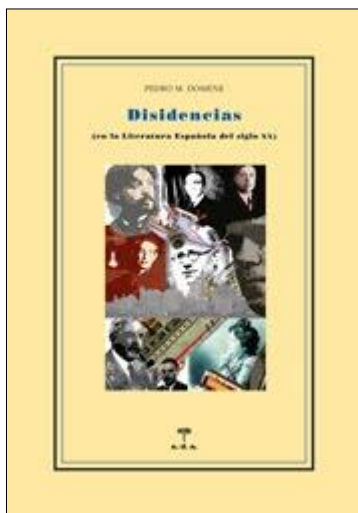
Con el propósito de renovarse en cada novela, su última entrega, *La ridícula idea de no volver a verte*, es original y diferente, nada que ver con lo anterior. Además, en cierta manera se trata de un intento de catarsis, suscitada por la dolorosa experiencia de la pérdida de un ser querido. Tras la muerte de su pareja, después de veinte años de convivencia, Rosa Montero da a luz este libro no como superación del duelo —algo así nunca se supera— sino como una forma de reinención, para demostrarse a ella misma sobre todo que ha aprendido a vivir sin Pablo. Como nada sucede por casualidad e incluso a veces las cosas pasan de una manera tan evidente, tan oportuna, el diario de Marie Curie cayó en manos de la escritora y fue como una revelación. Una mujer extraordinaria, con una vida digna de ser contada —pues su historia se conoce a la sombra de la de su marido— y marcada por la viudez. A partir de este último punto en común, Rosa Montero desarrolla una amena narración en la que se van intercalando episodios biográficos de Madame Curie con vivencias y puntos de vista de la propia autora.

Abordar la figura de una científica de la talla de Marie Curie —no solo desde la óptica vital sino también profesional— y plasmarla de una manera grata es lo que ha conseguido Rosa Montero en esta novela inclasificable cuyo trasfondo es la vida misma, una novela sentimental a la vez que burlona, tan rigurosa como divertida, en la que la escritora incluso se permite el uso de los conocidos *hashtag* para etiquetar los temas de los que habla. No en vano Rosa Montero es una asidua de las redes sociales, donde tiene miles de seguidores.

Con la prosa fluida y hábil, directa, a la que nos tiene acostumbrados, Montero conjuga la narración de la trayectoria de Marie Curie con sus sentimientos más íntimos. Algo que sin duda debió de resultar difícil a una escritora que ha confesado en numerosas ocasiones que no se siente cómoda escribiendo sobre ella misma, si bien de alguna manera siempre se muestra en sus novelas. En ninguna como en esta. Sin embargo, lo hace de una forma sutil y natural, tamizando lo personal a través de una amplia visión sobre la época que le tocó vivir a Curie. Temas como el papel de la mujer, abordando las limitaciones que sufría, las debilidades del ser humano, la coincidencia, el amor, la culpa y el dolor toman protagonismo, dejan en un segundo plano lo propio, aunque la autorreflexión y la anécdota permanecen en la memoria del lector. Las fotos que acompañan al texto tampoco tienen desperdicio, son la guinda perfecta para hacer de este un libro singular, auténtico. Al final, la autora incluye el pequeño diario de Curie para dar voz a la historia que nos acaba de contar. Una vida dedicada a la ciencia, luchando por el descubrimiento que había logrado junto a su marido, en precarias condiciones, con dos hijas, un aborto, y la sombra de la enfermedad acechando entre las probetas del laboratorio. Pero no hay lugar en este libro para lo dramático, sí para la admiración, la sonrisa, la curiosidad, la reflexión. La superación.

© Cristina Davó Rubí

<http://geminisatipica.blogspot.com.es>



DISIDENCIAS, de Pedro M. Domene

Editorial E.D.A.
Colección: Lecciones de cosas
156 páginas
Fecha de publicación: 2010
ISBN 9788492821143

* * *

El libro *Disidencias*, de Pedro M. Domene, es un acto de justicia hacia todos los escritores españoles del siglo XX que por una u otra razón, ajena a sus méritos literarios, han carecido del reconocimiento que por su obra les corresponde.

Trece escritores y dos escritoras conforman esta antología. Aunque dispares entre sí, estos autores tienen en común que la Guerra Civil afectó a sus carreras literarias, que la dictadura franquista intentó silenciarlos y que su obra, pasado el tiempo, va adquiriendo relevancia. Gracias a la reedición de sus obras y a las reivindicaciones de estudiosos de la literatura española, conocemos más a fondo la vida y la carrera de Silverio Lanza, Alejandro Sawa, Carmen de Burgos, Francisco Villaespesa, Enrique Díez Canedo, José Gutiérrez Solana, Benjamín Jarnés, José Bergamín, Arturo Barea, Rafael Dieste, Esteban Salazar Chapela, Samuel Ros, Francisco Ayala, Mercè Rodoreda y Dionisio Ridruejo.

No están todos, aún faltan más nombres que deberían tener mayor espacio en las letras españolas. Es el caso de Miguel Sawa, siempre a la sombra de su talentoso hermano Alejandro, y de quien recientemente se ha reeditado su antología de cuentos *Historia de locos*, prologado por Sergio Constan. O el de José García-Vela, rescatado del olvido por Manuel Neila. Aun así, hay que agradecerle a Pedro M Domene que haya realizado esta imprescindible exhumación literaria.

© María Dubón

<http://dubones.blogspot.com.es>



EL GENERAL Y LA MUSA, de Román Piña Valls

Editorial Sloper
Colección: La noche polar
Páginas: 216
Fecha de publicación: 2013
ISBN 978-84-940204-5-2

* * *

El general y la musa es la última novela publicada por Román Piña Valls. Desvelaré dos datos porque con ello no destrippo ningún secreto: el general es Francisco Franco y la musa, Patricia Conde. A partir de aquí surge una trama endiablada, trepidante y divertida que nos presenta a unos personajes pasados de rosca en situaciones disparatadas.

Es el mes de marzo de 1933, Franco tiene 41 años y se encuentra en la isla de Mallorca junto con su mujer, Carmen, y su hija. Está harto de ser el general más joven de Europa, siente que ya ha cumplido su deber con la patria y piensa en dedicarse a lo que más le gusta: la música. Intenta pasar desapercibido y lleva una vida bohemía y sin sobresaltos adquiriendo la identidad de Marco Brindisi. Al mismo tiempo, persigue la estela de una mujer a la que no conoce, que no sabe quién es, pero que le obsesiona hasta el punto de tatuarse su efigie en el pecho.

Poco a poco, Franco se desvincula de la vida militar y se convierte en un percusionista de renombre internacional, gracias a sus actuaciones en una banda de jazz que ameniza las veladas del club

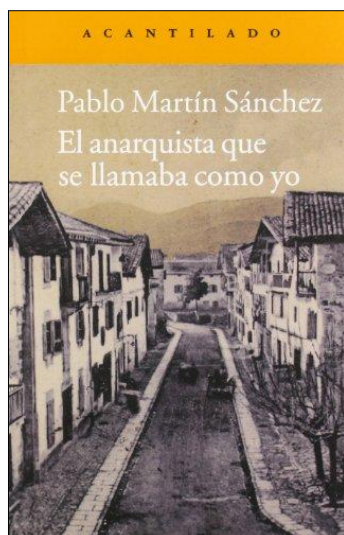
Honolulu. Un día, presionado por Carmen, visita Valldemossa. Acudir al reclamo de la Cartuja es inevitable y visitar la celda en la que se alojaron Chopin y George Sand originará dudas sobre su autenticidad. ¿Ocupó realmente la famosa pareja las habitaciones convertidas en pequeño museo? ¿El piano que se muestra es el que utilizaba el compositor polaco? Franco, metido a detective, indaga sobre el asunto hasta descubrir la verdad.

El general y la musa es un delirante cuadro de hechos ficticios y personajes reales fuera de contexto: Robert Graves poseído por el espíritu del emperador Claudio y obligado por este a escribir su biografía. Borges dejando sus poemas en un burdel mallorquín. Largo Caballero pidiéndole a Franco que se presente como diputado por el PSOE en las próximas elecciones... También hay guiños al lector, alusiones cinematográficas o literarias: *Casablanca* interpretada por Lorenzo Villalonga y Conchita Piquer. *El abanico de Lady Windermere* transmutada en *El abanico de lady Di* y representada en un teatro de El Ferrol. *El planeta de los simios* y *Ben-Hur* fundidas como un único argumento... Con todos estos ingredientes, el autor construye una trama alucinante.

Román Piña nos presenta a un Franco que desbarra, tiene sueños inquietantes, desprecia las armas, ha perdido su afición por la caza y ya no sabe ni quién es. Su Franco es otro, es el suyo, y se le agradece esta nueva y alocada visión del *generalísimo*, que le quita sangre al original y es capaz de provocarnos más de una sonrisa.

© María Dubón

<http://dubones.blogspot.com.es>



EL ANARQUISTA QUE SE LLAMABA COMO YO, de Pablo Martín Sánchez

Editorial Acantilado
624 páginas
Fecha de publicación: 2012
ISBN 978-84-15689-18-8

Sorprende comprobar tanto buen hacer en un autor relativamente joven (35 años) y más en la que es hasta ahora su primera novela, ya que con anterioridad solo había publicado un libro de relatos (*Fricciones*, EDA, 2011).

Pablo Martín Sánchez nace en 1977 cerca de Reus (Tarragona). Y a poco que indagemos en su vida nos damos cuenta de que siempre ha estado ligado al mundo editorial (pese a que también hiciera sus incursiones como atleta o actor). De hecho, ha trabajado como lector, corrector, traductor y librero. Y su formación es totalmente literaria: Graduado superior en Arte Dramático, licenciado en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada y con un Master en su haber en Humanidades. Además, fue fundador de la revista *Verbigracia*, redactor en la revista digital *La Siega* y colaborador habitual en la revista *Rinconete* (del Centro Virtual Cervantes). Y como anécdota pasó un año completo de su vida en París, siguiendo los pasos de su admirado escritor Georges Perec. Por todo ello, podemos considerar a Pablo Martín Sánchez un joven de formación humanista, con un amplio bagaje cultural a sus espaldas, lo que explica que esta novela, de corte histórico, publicada por primera vez en noviembre del año pasado (o sea en noviembre de 2012), en Acantilado, vaya ya por su tercera edición.

Y por si no fuera suficiente con lo anterior la avala una sólida editorial. Acantilado nació en 1999 gracias al profesor de literatura de la Universidad Pompeu Fabra, Jaume Vallcorba (que acumulaba tras de sí veinte años en la editorial catalana Quaderns Crema), quien enseguida inició la publicación de obras imprescindibles de la literatura como *Memorias de Ultratumba* de Chateaubriand o *Las Conversaciones con Goethe* de Eckermann o *Los ensayos* de Montaigne.

Así que no es tan extraño que esta novela haya recibido ya un premio, el premio a la mejor ópera prima 2012, otorgado por la revista *El Cultural*. Y es que son, además, muchos los factores que han influido en ello.

Por ejemplo, este libro posee una cuidada estructura. Consta de un prólogo en el que se nos cuenta que la historia se creó a partir de una coincidencia onomástica, ya que al autor se le ocurrió un día teclear su nombre completo en el Google y entonces se dio cuenta de que había habido un militante anarquista vasco con su mismo nombre, el cual había participado en una incursión revolucionaria (en 1924), gestada en París por los exiliados españoles, promovida a fin de derrocar a Primo de Rivera, pero que al final fracasó. En aquellos sucesos de Vera murieron dos guardias civiles y algún rebelde y terminó con el apresamiento de la mayor parte de los insurrectos y la condena a muerte de tres de los inculpados, uno de ellos era Pablo Martín Sánchez y los otros dos: Julián Santillán Rodríguez y Enrique Gil Galar, no obstante, Pablo nunca llegó a pisar el patíbulo porque justo antes de ser ejecutado se precipitó por una ventana al vacío.

Luego viene el cuerpo central de la historia que se divide en tres partes y, finalmente, cerrarán el libro el epílogo que (junto al prólogo y la adenda) volverá a sorprendernos. Y es que el escritor habla en todos ellos con un lenguaje muy directo y confidencial, haciéndonos partícipes de sus dudas y de sus esfuerzos a la hora de realizar este trabajo. Y, concretamente, en la adenda aprovecha incluso para advertirnos de que el final de la historia podría haber sido otro al recogido por la versión oficial.

Otro gran acierto es que la historia esté contada a dos tiempos, ya que este hecho la dotará de un gran dinamismo y agilidad. Ya desde el principio se alternan siempre y hasta el final dos historias (que en realidad son diferentes momentos de la misma). Los capítulos más históricos o de trama tienen numeración arábiga y suelen ir precedidos por unas entradillas que son citas textuales, extraídas de diarios o textos de la época, lo que otorga mayor verosimilitud en general a todos los hechos que aquí se recogen, y los capítulos de biografía tienen numeración romana y son más personales correspondiéndose con la infancia, adolescencia o juventud del protagonista.

En cuanto al tema, arranca el libro con la historia principal, que es la que da comienzo en 1924 cuando Pablo tiene 25 años y se encuentra trabajando en la imprenta La Fraternelle de París. Hasta allí se desplaza su amigo, Robinsón, para convencerle de que participe activamente en una conspiración que se está fraguando para derrocar al general Primo de Rivera. Pese a que Pablo se muestre al principio reticente, acabará participando en los sucesos de Vera de Bidasoa (Navarra), junto a otros compañeros, como Robinsón, que terminarán con una condena a muerte para él y otros dos de sus compañeros. Y en la otra parte de la línea argumental que corre paralela se nos narran los orígenes de su familia y el nacimiento del protagonista en 1890 en Baracaldo, además de su infancia, adolescencia y juventud, como decíamos antes.

Pero lo mejor de todo va llegando conforme va acercándose el final del libro cuando ambas líneas argumentales convergen en el último capítulo. Y es que estamos llegando a uno de los puntos culminantes de libro y se llegan incluso a repetir párrafos enteros, lo que contribuye a acentuar más si cabe ese dramatismo final.

Es un hecho encomiable que el escritor Pablo Martín a partir de un personaje casi desconocido ha dado vida a toda una historia. Lo más fascinante es el despliegue de datos históricos que ha sabido manejar. Y es que detrás de este libro se esconde una ardua labor de investigación que duró casi cinco años. Una de las primeras cosas que hizo fue consultar el *Diccionario Internacional de Militantes Anarquistas*, pero aún no había llegado a la letra que andaba buscando, por otro lado, consultó los diarios de la época en la Biblioteca Nacional y viajó a Vera de Bidasoa y a París, y leyó con atención *La familia de Errotacho* de Pío Baroja que se hacía eco de los sucesos de Vera y donde aparecían ya Pablo y Robinsón, y visitó una residencia de ancianos en Durango a la sobrina de Pablo Martín Sánchez, todo ello en busca de la información necesaria para sentar las bases reales de este libro.

La acción principal transcurre en el París de los años veinte porque París en esos momentos era un hervidero de exiliados, sobre todo españoles. Gracias a este retrato de época, asistimos a los pilares y posterior desarrollo del movimiento anarquista y no solo en España sino también en Francia, EE.UU. y Argentina:

«(...) París es ahora mismo el epicentro del anarquismo español, pero también había gran número de comunistas, de republicanos y de catalanistas, de sindicalistas y de intelectuales, incluso de prófugos y de desertores; en definitiva, de todos aquellos que por un motivo u otro han tenido que refugiarse en Francia, huyendo de las palizas y las torturas de la Guardia Civil española. No faltaron algunas de las grandes figuras políticas del momento, como Marcelino Domingo o Francesc Macià; o incluso Rodrigo Soriano (...)» (Pág. 21).

Pero, no será este el único paisaje, sino que serán muchos y muy variados los escenarios que desfilarán por estas páginas, reflejando momentos capitales del devenir de las primeras décadas del siglo veinte, en España y en el resto del mundo, con el nacimiento del cine de los hermanos Lumière; el movimiento anarquista en París o Buenos Aires; la vida de intelectuales de renombre como José Ortega y Gasset, Unamuno o el propio Blasco Ibáñez, exiliados en Francia; la Semana Trágica de Barcelona; la batalla de Verdún durante la I Guerra Mundial (en la que nuestro protagonista trabajó como corresponsal); la guerra de estado; la olimpiada, y otros escenarios menos importantes pero que aportan su granito de arena a la hora de dotar de colorido costumbrista a toda la novela como son Béjar, Salamanca, Baracaldo y Vera.

Los personajes son otro elemento importantísimo de esta obra porque están muy bien contruidos. Uno de los mejor logrados es Robinsón (es a través de él, su mejor amigo, que conoceremos mejor a Pablo). Además, lo encontraremos al igual que a Pablo en ambas líneas argumentales, de hecho, de estos dos personajes acabaremos sabiéndolo prácticamente casi todo, que Robinsón es vegetariano, que le gusta llevar el pelo largo, que le gustan los perros y es naturista. Y de Pablo que no lloraba casi de pequeño o al menos eso decían, que aprendió a hablar tarde, que no podía oler nada (porque padecía anosmia), que tenía el corazón en el lado derecho en vez de en el izquierdo (*situs inversus*), que su primer y gran amor fue Ángela. Y todos y cada uno de estos detalles nos los harán sentir como cercanos y entrañables.

El siguiente fragmento es una buena muestra de cómo cada uno de estos detalles por insignificante que sea cumple su cometido, en este caso, adelantarnos que era diferente al resto, que era valiente, que era poco o nada creyente, etc.

«Ya al día siguiente, sin tiempo que perder, Pablo Martín Sánchez era bautizado en la iglesia de San Vicente Mártir, la misma donde sus padres se habían casado nueve meses antes. Y tampoco le dio por llorar esta vez, ni siquiera cuando el joven párroco don Ignacio Beláustegui le echó en la cabeza el agua purificadora, acompañando el gesto de tres inoportunos y sustanciosos estornudos que vinieron a consolidar la ceremonia bautismal» (Págs. 32 y 33).

Por otra parte, resulta interesante comprobar cómo el autor ha sabido plasmar los dos tipos de revolucionarios que existían en la época, los de pistola y acción como pueden ser Francisco Ascaso y Buenaventura Durruti y los de discurso y salón como eran más bien Ortega y Gasset y Vicente Blasco Ibáñez, y también las diferencias y suspicacias que existían entre los dos grupos.

En realidad, son muchos los personajes y actúan como una especie de mosaico para recrear toda una época y nuestro autor lo hace con gran acierto consiguiendo a la vez una mezcla entre novela histórica (ya que, por una parte, es muy rigurosa y fiel a los hechos) y novela de aventuras (ya que los huecos históricos son complementados por las historias humanas, que al fin y al cabo son quizá las más importantes y con las que al final nos quedamos todos).

Y a medida que vamos avanzando en nuestra lectura, nuestro interés como lectores va aumentando, ya que vamos conociendo mejor a los personajes y a los hechos en los que estuvieron involucrados, por lo que vamos implicándonos nosotros también cada vez más en los acontecimientos y en sus destinos, además, todo nos llega a través de un lenguaje sencillo, fluido y de una alta calidad literaria. Y es en los momentos más emotivos cuando el lenguaje alcanza su mayor esplendor. Es sobre todo cuando se enlazan las dos historias, porque han llegado al mismo punto y tenemos próximo el dramático final, cuando tenemos el lenguaje más poético:

«—Disculpe —paró un anciano que pasaba por la calle—, ¿podría decirme la hora?
El hombre le miró a través de unos gruesos anteojos y se limitó a decir, antes de continuar su camino:
—Ahí en el fondo del reloj está la muerte. Pero no tenga miedo, joven.
Entonces sonó un trueno y comenzó a llover a gritos todo el cielo» (Pág. 561).

O tan solo unas páginas más adelante tenemos este otro fragmento de increíble belleza:

«Era un domingo lluvioso y triste, de esos domingos que parecen estar hechos para los suicidas y los sepultureros» (Pág. 568).

Por último, esta novela nos recuerda a las grandes novelas de otros tiempos, de hecho, no le falta ninguno de los ingredientes de las grandes novelas realistas y naturalistas de la segunda mitad del siglo XIX, tenemos una novela muy extensa, como aquellas, de seiscientas y pico páginas, un amor imposible y folletinesco con duelo y todo incluido, una infancia y una juventud bastante duras del

protagonista, guerras, revueltas, luchas de los sindicatos por mejorar las condiciones laborales de los trabajadores... Y el narrador es, como también solía ocurrir en aquellas grandes novelas, un narrador omnisciente.

Con todos estos ingredientes: emoción, suspense, intriga, guerra, amor... y un estilo narrativo claro, sencillo y conciso, la novela tiene la virtud de ir conquistando, poco a poco, al lector. Una obra que nos sorprenderá sobremanera porque parece casi salida de otra época en algunos aspectos y de esta, por supuesto, en otros muchos. Y lo más importante y destacable es que consiga a todas luces dos objetivos fundamentales en cualquier escrito: entretenernos y emocionarnos.

© Javier Úbeda Ibáñez



CLUB LA SORBONA, de Luis Artigue

Alianza Editorial
Colección 13/20
Fecha de publicación: 2013
Páginas: 315
ISBN 978-84-206-7527-5

* * *

Lo he dicho varias veces, pero lo repito: el género humorístico, tanto en cine, teatro o literatura, es uno de los más complejos y delicados que existen, porque hacer reír a un espectador o lector requiere una conexión directa entre el emisor y el receptor que difícilmente se produce, y en eso del humor lo que hace gracia un día puede no hacerlo al día siguiente, o le que hace gracia a algunos puede no hacerlo a otros. Si la apreciación de las artes, y en especial la literatura, es tremendamente subjetiva, la del humor lo es más todavía.

Valga este inciso para recordar que en la literatura española pretérita hay escasos ejemplos de humor como no nos remontemos al Siglo de Oro con los impagables poemas satíricos de Quevedo, o el anónimo Lazarillo de Tormes, o incluso pasajes del Quijote, y que más recientemente hay algunos autores patrios cuyas lecturas nos siguen produciendo francas sonrisas como Wenceslao Fernández Flórez, Enrique Jardiel Poncela o Pedro Muñoz Seca, todos ellos coetáneos, por cierto, y que si nos remetimos al rabioso presente el nombre del bilbaíno Juan Bas, con su humor cruel y descacharrante, es todo un referente muy valioso a tener en cuenta cuando precisemos de una ración de risoterapia.

El escritor Luis Artigue (León, 1974), con tres obras anteriores en su haber, *El viajero se ha ido, como es lógico* (2002), *Las perlas del loco Ventura* (2007) y *La mujer de nadie* (2008), nos sorprende con un artefacto literario, *Club La Sorbona*, que German Gullón define como una novela negra, psicológica y de alterne.

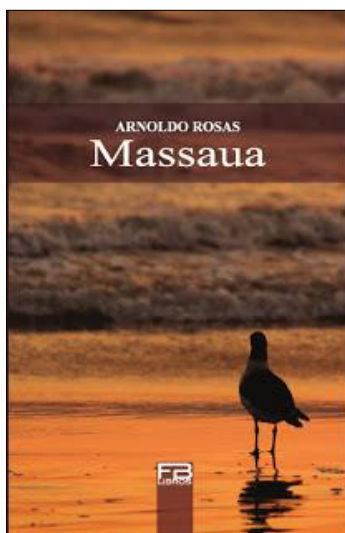
Extraordinariamente bien escrita, ingeniosa, juguetona, esta delirante narración que Artigue ubica en Violincia, urbe famosa por sus burdeles, y el Club La Sorbona es el más afamado de ellos, sigue las pesquisas de un investigador británico, Mr. Tatel, que intentará recuperar la flauta pipa que le fue robada al compositor Mozart, pero la intriga le sirve como excusa a Artigue para hacer desfilar ante el lector una variedad de personajes estrambóticos que viven, aman o son asesinados a un ritmo sincopado en Violincia y adentrarle en una laberíntica sucesión de subtramas.

¿Tanto virtuosismo literario para hacer reír? Pues sí, y bienvenido sea. El escritor leonés concibe la literatura como un juego y lo lleva hasta las últimas consecuencias, hasta ese epílogo, añadido sin permiso del autor, que es el broche de oro de esta irreverente novela con la que Luis Artigue ha ganado el premio Miguel Delibes de narrativa.

Artigue se ríe de todos y de todo, y de sí mismo, por supuesto, y de *Club La Sorbona*. Miel sobre hojuelas.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



MASSAUA, de Arnaldo Rosas

Editorial FB Libros
Fecha de publicación: 2012
490 páginas
ISBN 9789807375177

* * *

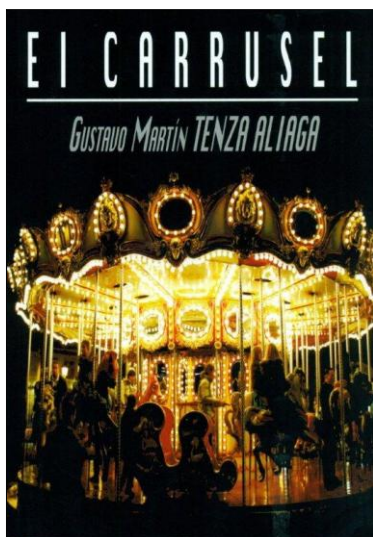
El 24 de julio de 1934 sale del puerto de la isla Margarita (Venezuela) un grupo de dieciocho pescadores dispuestos a hacer fortuna recogiendo perlas en el mar Rojo.

La novela *Massaua*, del escritor venezolano Arnaldo Rosas, narra la epopeya de estos hombres y nos suma a una expedición de héroes que no saben que lo son. *El Roblero* es el personaje principal de la obra y habla en primera persona de las vicisitudes que el grupo tuvo que superar, del trabajo duro y extenuante que realizaron para arrancarle las ostras al mar, de cómo se torcieron las cosas y el sueño se hizo añicos que les cortaron el alma y cercenaron sus ilusiones. Pero hay un final feliz, un ejemplo impagable de superación humana, de espíritu de lucha y de solidaridad en la desgracia.

Arnaldo Rosas sombrea la realidad con ficción para darle relieve a una historia que mantiene en vilo, deseando por momentos la resolución de una trama plagada de localismos margariteños, de olor a salitre y sol.

La fuerza de la narración recae en un lenguaje sencillo y vivaz, un excelente vehículo para transmitir emociones intensas y dejar un recuerdo duradero en el lector.

© María Dubón
<http://dubones.blogspot.com.es>



EL CARRUSEL, de Gustavo Martín Tenza Aliaga

Editorial Aguaclara
Colección: Anaquel Narrativa
Fecha de publicación: 2012
179 páginas
ISBN 9788480183581

* * *

Quien se esconde tras el seudónimo en esta primera novela que publica, el granadino afincado en Elche Jesús Requena, es un escritor de largo aliento, aunque me temo que pocos habrán sido los que hayan disfrutado de su literatura en un país en donde se lee poco y mal y no existe diversificación a la hora de escoger los libros a leer: todos directos al *best-seller* cuya calidad es inversamente proporcional al número de ejemplares que vende. *El carrusel*, título muy adecuado al contenido de este libro, no es propiamente lo que se entiende debe ser una novela, no hay una narración al uso, sino una serie de retratos encadenados de personajes, trazados con maestría, que habitan una pequeña ciudad de provincias innostrada y entran y salen de la narración para contarnos su realidad y vivencias. Fermín, el de la negra; Rogelio, el policía; Josema, el Escuchimizado; Sergio, el Bocazas; Gabriel, el Perito Putero; Pepe, el Cabrero; Juan Carlos, el Cartero; Esteban, el otro Policía; Blas, el expolítico; Tono, el que se quiso colgar; Ángel, el chiquilicuatre...son los zánganos desarraigados de esa colmena urbana que Tenza Aliaga dibuja con descripciones físicas impagables y un finísimo oído para el lenguaje de la calle que se evidencia en sus espléndidos diálogos. Y digo colmena porque el libro de este autor anónimo, que espero persevere en su escritura, no es ajeno a una de las mejores novelas del nobel Camilo José Cela.

Hay humor desternillante en alguno de los momentos de la novela, como el del impotente que se inyecta una sustancia estimulante en el pene para follar y tanto se excita que termina masturbándose, pero hay también mucha tristeza y ternura en todos esos retratos de perdedores, gente seguramente cercana, a los que el autor da la palabra en su carrusel literario en donde hay instantes, también, para la lírica.

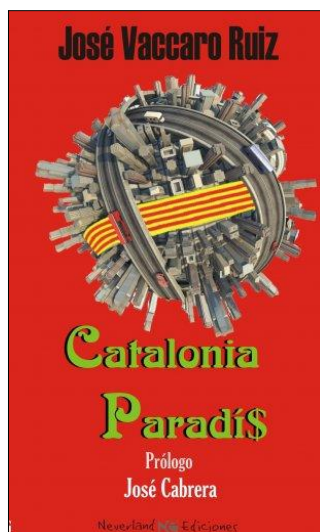
La tarde está sedienta, hambrienta de amor. El día ya se ha alargado y la luz inunda los corazones primaverales de los parroquianos sentados en las terrazas de las cafeterías, de los viandantes que siempre llevan prisa, de las muchachas jóvenes y guapas tocadas con sus camisetitas ceñidas y sus vaqueros y sus taconcitos, de los porreros que las miran con un deseo íntimo y único y ancestral, de los ancianos picarones que deslizan sus ojos de refilón hacia esas mismas muchachas...

El carrusel es una novela costumbrista fuera de modas, es un pedazo de realidad atrapado en 179 páginas bien escritas y sin alharacas literarias innecesarias, los sonajeros de los que habla siempre Juan Marsé, que sería tan injusto como imperdonable que no tuviera los lectores que sin duda merece.

En tiempos de imposturas sorprende toparse con textos tan auténticos y libres como el presente.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



CATALONIA PARADÍS, de José Vaccaro Ruiz

Neverland Ediciones
Colección: Espacio 1
Fecha de publicación: 2011
361 páginas
ISBN 978-84-939043-1-9

* * *

Como en cualquier novela negra, en *Catalonia Paradís* hay buenos y malos. Los personajes malos son unos políticos corruptos y chanchulleiros; los buenos, un investigador privado y sus aliados, que despejarán las incógnitas que provoca en su viuda el suicidio del director de urbanismo de la Generalitat catalana.

Carles Granells se metió el cañón de su Astra 300 en la boca hasta tocar con él el velo del paladar y apretó el gatillo. Unos instantes después, su vida acababa y empezaba la pesadilla para su viuda, incapaz de asimilar que un devoto cristiano como su marido se hubiera quitado la vida. Por recomendación de su abogado, encarga averiguar las causas de la muerte del finado a Juan Jover, un ex policía metido a «conseguidor», un especialista en el manejo de información confidencial, comisiones y prebendas, aunque en la placa de su oficina figure como investigador privado.

José Vaccaro Ruiz, arquitecto y abogado, además de escritor, nos mete de lleno en una trama que, con su ritmo constante y sabio reparto de la información facilitada, mantiene en vilo al lector hasta el final de la historia. Por un entresijo de funcionarios manipulables y corruptos, subvenciones amañadas a cambio de suculentas comisiones y un plan urbanístico bestial bautizado por sus promotores como «Catalonia Paradís», cuya materialización pasa por la recalificación de unas cuantas hectáreas de terreno, conoceremos más de cerca el funcionamiento del lado oscuro de la administración catalana. Plusvalías, comisiones y sobres con dinero, es decir, especulación en estado puro, es este proyecto en el que desde el honorable presidente de la Generalitat hasta sus más cercanos colaboradores integran una maquinaria destinada a obtener beneficios a costa de lo que sea.

El lector queda advertido de que los hechos, personajes y situaciones de *Catalonia Paradís* son solo fruto de la imaginación del autor. Aunque ni él, ni nadie, pueda afirmar o negar que cualquier semejanza de la realidad con cuanto en el libro sucede sea o no una coincidencia.

© María Dubón

<http://dubones.blogspot.com.es>



LA SEÑORA BERTA GARLAN, de Arthur Schnitzler

Marbot Ediciones
Colección: Ficción
Fecha de publicación: 2010
197 páginas
ISBN 978-84-92728-10-7
Traducción: **María Esperanza Romero**

* * *

Con cuentagotas, y gracias al empeño de pequeñas editoriales que apuestan por la calidad literaria al margen de las modas, van llegando las traducciones de este gran escritor austriaco del siglo pasado y contemporáneo de Sigmund Freud, hasta el punto de que es considerado como el doble literario del padre del psicoanálisis. Judío, como el psiquiatra vienés, y médico de profesión, las novelas de Schnitzler se caracterizan por ser agudos retratos psicológicos de sus atormentados personajes, buena parte de ellos femeninos, que radiografía con precisión.

La señora Berta Garlan gira en torno al reencuentro de la protagonista femenina que da nombre a la novela, una viuda de treinta y pocos años y con un hijo a su cargo, que da clases de música, con un antiguo amor de juventud, que es ahora un afamado compositor y director de orquesta, con el que tuvo una relación apasionada que ni ella misma sabe razonar cómo terminó.

¿Por qué había sido esta la última carta? ¿Cómo terminó? ¿Cómo podía ser que hubiera terminado? ¿Cómo era posible que ese gran amor hubiera desaparecido? Nunca hubo ruptura, nunca pelea, y, sin embargo, se terminó. ¿Cuándo?...No lo sabía.

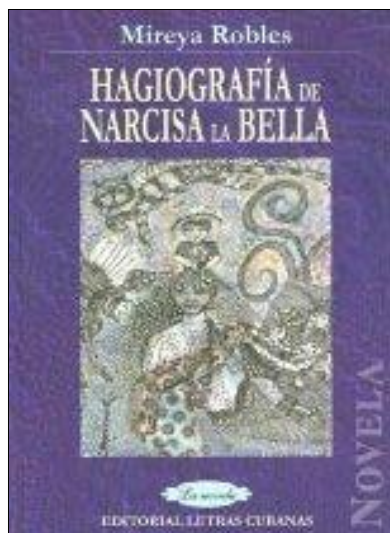
Berta Garlan viajará de su pequeña ciudad de provincias austriaca a la cosmopolita Viena con la ilusión de reiniciar una relación que quedó suspendida en el tiempo, pero se topará con una realidad que no querrá aceptar. Si la pasión de ella no ha decrecido, sino que se ha reavivado por la ilusión de ese reencuentro, por parte de él no hay más que un discreto afecto.

El tren parecía correr cada vez más raudo hacia su meta. Ya se levantaba, como emergiendo de las profundidades, el vaho de la gran ciudad. El corazón empezó a latirle con fuerza. Sentía como si le estuvieran esperando, como si le aguardara algo indefinido que no habría atinado a nombrar, algo dotado de cien tentáculos listos a atraparla.

La señora Berta Garlan es la historia de un amor no correspondido y Arthur Schnitzler, a través del diálogo interior, recurso que domina a la perfección, muestra al lector el proceso de autoengaño de la protagonista renuente a aceptar que esa historia sentimental terminó y que es imposible resucitar de nuevo lo que ya murió. El regreso de la señora Garlan a su ciudad de provincias, frustrante, resulta desolador, evidencia su fracaso vital, pero Schnitzler huye de una dramatización extrema.

Escrita con suma elegancia y con cierto distanciamiento, como toda su obra, con la muerte como subrayado de la vida —la defeción de la amiga de Berta Garlan, cuyo marido es paralítico, que se produce en las últimas páginas y golpea el ánimo de la protagonista— la novela de Arthur Schnitzler adolece, sin embargo, de un desenlace que no está a la altura del relato, pero su lectura satisfará sin duda al lector exigente ávido de descubrir la obra de este singular narrador austriaco que inspirara con su *Relato soñado* la obra póstuma de Stanley Kubrick, una de sus películas más inquietantes de ese genio del cine que seguía milimétricamente el texto del austriaco aunque el director de *Barry Lyndon* se tomara la libertad de trasladarla de Viena a un Nueva York que resultaba vienés.

© José Luis Muñoz
<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



HAGIOGRAFÍA DE NARCISA LA BELLA, de Mireya Robles

Editorial Letras Cubanas
Colección La Novela
Fecha de publicación: 2002
155 páginas
ISBN 959-10-0707-8

* * *

Afortunadamente los libros me han acompañado en momentos en que de no ser por ellos el tiempo hubiera sido menos digerible. Esta vez sucedió con una novela, *Hagiografía de Narcisa la bella*, que la escritora y amiga Mireya Robles tuvo la gentileza de obsequiarme incluida en un lote que contiene gran parte de su obra impresa.

En *Hagiografía de Narcisa la bella*, Mireya Robles despliega la tremenda autoridad de su cosmovisión ontogénica. Es ésta una de esas novelas que puede catalogarse por su particular originalidad. Una historia que no cuenta, sino que da cuenta de lo verdaderamente perdurable en su memoria cosmogónica y esto es producto del simbolismo más puro, el que proviene de las transformaciones como única causa de las aseveraciones que otorga asumir un protagonismo impuesto desde la prehistoria misma, la propia y la universal. *Hagiografía de Narcisa la bella* cuenta además con una narrativa que sume al lector en su arrolladora marcha impuesta por su único, intencionalmente prolongado capítulo que ha sido salpicado con una especie de inventario cronológico constante franqueador, que no flanqueador, de las asechanzas que impone la modularidad propia de la novela, haciendo de este alucinante engranaje, un registro de la historicidad cotidiana del momento en que su autora sitúa la trama incorporado a un escenario capaz de retratar la esencia de lo perentorio, o de lo urgente dentro de un marco seglar que no escapa a la idea de un tiempo autónomo, concebido únicamente en sus circunstancias más íntimas que, encarando el tema de la homosexualidad, fluyen vinculadas a ese cómputo de anuncios que dan soporte al escenario en que la autora escoge las manifestaciones epocales antes que las descripciones corpóreas de las escenas.

Los personajes son la denuncia viva de un mundo que presume la propensión antagónica ante lo ineludible, o lo ligado a la conciencia y el desdoblamiento fatal de lo representativo que lleva a traducir la carencia en voz de constantes desdoblamientos y en factor de resistencia a la metamorfosis «ideal» conferida a lo indestructible. Es de esta forma que Narcisa, quien escapó de ser la sin nombre, y su hermano, quien por capricho de la casualidad, no llegó a ser llamado como su progenitor, son los únicos seres capaces de una búsqueda. El resto queda encadenado a la perenne decadencia de sus acciones y reacciones, no sin que la autora exprese todo este marco procesal, su atmósfera de embotamientos, y logre la atención indisoluble del lector hasta el final pasmoso.

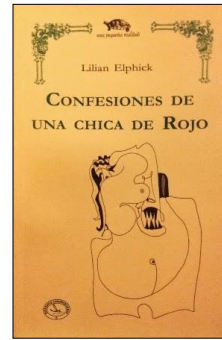
© **María Eugenia Caseiro**

Confesiones de una chica de rojo

Lilian Elphick

Mosquito Comunicaciones, 2013

«Lilian Elphick ocupa a ratos el sitio de la narradora; y a ratos largos, que se van transformando en una parcial eternidad, la piel de los lectores. ¿Y entonces? Entonces sus personajes balbucean, se alzan, se mofan, cuentan historias de inverosímil realismo que terminamos por creer a pie juntillas. Luego, ¿qué hace que Elphick metamorfosee hasta su nombre y apellido y se cubra las espaldas al amparo de frases que nos sacuden y nos obligan a mentir, a desconfiar, a quedarnos en silencio o a, sencillamente, desear no haber nacido o haber nacido de otro modo, con otra epidermis, con otro apodo, o probablemente, sin otro título que nuestra humanidad? Irónica, mordaz, lúdica, soñadora, vital, bullente, escalofriante a veces, inteligente siempre, sensitiva y perdurable, la narrativa de Lilian Elphick burbujea como espuma incandescente, abrasa como un líquido corrosivo que nos deja desnudos, abrazándonos en lo que resta de nuestros huesos; y desde allí, pálidos y ojerosos, desgañitándonos después de leerla, sentimos que estas confesiones enrojecidas equivalen a la sangre extraviada, y por el milagro de su lenguaje insurrecto, intentamos recuperar nuestra primigenia condición para ver al mundo que intuimos, ese mundo que aquí se alza como un naufrago aferrado a lo que queda de sus palabras esperando —todavía— por su salvación.» (Juan Mihovilovich).



Partículas en suspensión

Lola Sanabria

Editorial Talentura, 2013

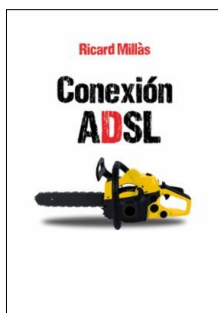
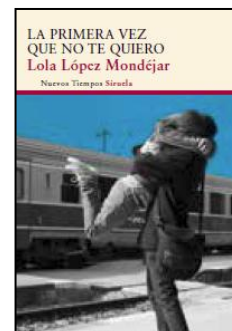
Partículas en suspensión es un libro de pequeñas historias como esas partículas que flotan en el aire y que con la luz del sol puedes ver aunque no atrapar, que remueven y provocan emociones. Historias que raspan la piel y escuecen, pero que también, como ocurre en la que da nombre al libro, llevan un mensaje de rebeldía y esperanza. La mayoría nace del día a día, de lo que pasa a nuestro alrededor, de las alegrías, desencantos, luchas, tristezas y dramas que conlleva nuestra condición de seres sociales. Los microrrelatos de *Partículas en suspensión* hay que beberlos a sorbos cortos, paladearlos poco a poco, evitando la saturación para no acabar con una borrachera de letras. Disfrútenlo o súfránlo. Seguro que no les dejará indiferentes.

La primera vez que no te quiero

Lola López Mondéjar

Editorial Siruela, 2013

La primera vez que no te quiero cuenta la historia de una afirmación personal que se inicia con un No. Su protagonista, Julia (Lía, Giulietta), emprende una investigación íntima de la que se desprende un fresco e incisivo tratado de geología interior. ¿En qué consiste ser mujer? ¿Qué es ser una auténtica revolucionaria? ¿Sirve el conocimiento para cambiar el mundo? De mirada desprejuiciada e inocente, Julia observa, indaga, aprende el vocabulario del mundo y explora en carne viva las heridas y alegrías de la vida. Milán, París, Creta, una cálida ciudad mediterránea, un estimulante tren a Portbou, son algunos de los escenarios por los que transcurre su viaje. Lola López Mondéjar narra el proceso de una búsqueda de identidad que pugna por descifrar el misterio que liga a Julia a la tristeza, y el desamor que le devuelven los hombres



Conexión ADSL

Ricard Millàs

Editorial Enxebrebooks, 2013

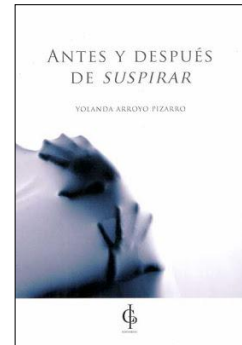
Conexión ADSL reúne dentro del imaginario del autor un mundo repleto de cine negro, zombis, escritores malditos, posesiones infernales y retazos de una vida dedicada al noble arte de la escritura. La mezcla entre ficción y realismo tiene lugar en las páginas de este primer libro de narrativa que seguramente no dejará a nadie indiferente. *Conexión ADSL* es una sierra eléctrica segmentando la realidad.

Antes y después de suspirar

Yolanda Arroyo Pizarro

Instituto de Cultura Puertorriqueña, 2013

«Yolanda Arroyo Pizarro explora esa brecha mítica entre lo puro y lo peligroso en su libro de cuentos *Antes y después de suspirar*, al colocar el cuerpo femenino como campo de batalla entre la civilización y la barbarie. Un gesto resulta privilegiado: suspirar, que oscila entre el silenciamiento y la resistencia triunfal. Los primeros cuentos ("Antes") narran mitos "africanos" que gobiernan los cuerpos de las mujeres secuestradas como esclavas destinadas al Nuevo Mundo. Enfocan el apego a regímenes de pureza, y la violencia con la cual ellas los defienden en actos de solidaridad colectiva aunque secreta. A la violencia del hombre occidental esclavizador, ellas responden pervirtiendo el rito occidental purificador, devolviéndole al opresor su propia inmundicia como veneno. Trabajando juntas a escondidas, ellas echan a perder la semilla de estos hombres, sea su progenie, sea su alimento.» (Lilliana Ramos Collado)



La conquista de la Tierra

Juan Janer

LcLibros.com, 2013

Estamos en el año 5310. Hace casi un milenio que la mayoría de los habitantes de la Tierra, debido a una glaciación en el planeta, tuvieron que emigrar a una luna de Júpiter, donde han estado aguardando, pacientemente, a que el viejo globo azul volviese a ser habitable. Ahora parece que ha llegado el momento, y son cada vez más las naves que aterrizan cargadas de pioneros, tipos de diversa calaña dispuestos a explorar el planeta renovado y a hacer fortuna en ese mítico lugar de promisión. Pero no va a ser tarea fácil la de estos aventureros. Aparte de los peligros provenientes de la fauna y la flora, bastante distinta a la que se conocía en el año 4000, les aguarda la presencia alrededor de los «antiguos», de aquellos que en su día no emigraron y que ahora, algo modificados genéticamente, observan con suspicacia el paso de los colonos.

Santa

Federico Gamboa

Editorial Drácena, 2013

Desde su publicación, en 1903 —curiosamente en Barcelona—, *Santa* se convirtió en un éxito rotundo entre los lectores mexicanos, tanto como para considerarse una de esas novelas que marcan un jalón en la literatura y en la mentalidad de una nación. Y tanto nos da ahora que su éxito se debiera a la destreza de su autor por trasladar a México los postulados realistas de Zola, o por su acierto en la elección del ambiente y de su protagonista, una joven arrojada por la desventura a un burdel, donde quedará atrapada por una sórdida tragedia, porque su valor literario y su denuncia de un tiempo y unos prejuicios permanecen en sus páginas incólumes. Por lo demás, resultó una novela tan ineludible en la vida mexicana que la primera película hablada fue, precisamente, una adaptación cinematográfica de *Santa*.



40 cuentos incompletos

Miguel Borgas

Editorial Amarante, 2013

40 cuentos incompletos son 40 pinturas, o 40 fotografías del cerebro de Miguel Borgas. ¿Incompletos? Acaso apuntes, bocetos, garabatos afinadísimos de un artista que está insatisfecho con la mera fotografía realista y desea adentrarse en la cloaca urbana, en la nave espacial que nos orbita o tal vez y casi siempre en la escondida e inquietante materia gris, su propia materia; porque Miguel Borgas investiga con la palabra su propio yo, y nos despacha sus analectas más fantásticas que horadan su pensamiento y le quitan el sueño. Estamos ante el proyecto de un escritor que dibuja la ciudad y sus moradores como las líneas de trazo rápido y afilado de la portada del libro. Impresiones también de un joven comprometido con su tiempo y su sociedad, pero sin renunciar a la fantasía y lo onírico.

El alba sin espejos

Sergio Borao Llop

eBooks Literatúrame, 2013

17 años (1984-2001) separan el primero de estos cuentos del más reciente. Lo que los hermana es el estado de sus personajes, despiertos de repente a una realidad para la que no están preparados, inmersos en un mundo sin referencias, sin un espejo donde poder mirarse. Sergio Borao Llop, narrador y poeta, nació en Mallén (Zaragoza). Es miembro activo de varios grupos literarios nacionales e internacionales, colaborador habitual en diferentes medios de la red y radiofónicos. Ha sido finalista de los premios de poesía y relatos Ciudad de Zaragoza, y administró el blog Al Andar.



La misma ciudad

Luisgé Martín

Editorial Anagrama, 2013

El día 10 de septiembre de 2001, Brandon Moy se encontró en Nueva York con un antiguo amigo que le hizo recordar todos aquellos sueños que habían compartido en la juventud y que él nunca había cumplido. Moy tenía una esposa a la que amaba, un hijo ejemplar, un apartamento envidiable en Manhattan y un trabajo de éxito, pero al recordar todo lo que había querido hacer en la vida sintió que había fracasado. A la mañana siguiente de ese encuentro, mientras él iba camino de su trabajo en las Torres Gemelas, los aviones de Al Qaeda las derribaron. Brandon Moy creyó que el destino le ofrecía una segunda oportunidad. La misma ciudad es la historia de esa segunda oportunidad.

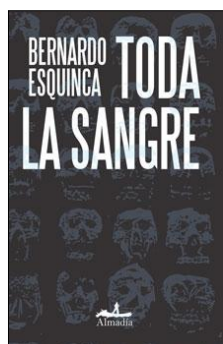
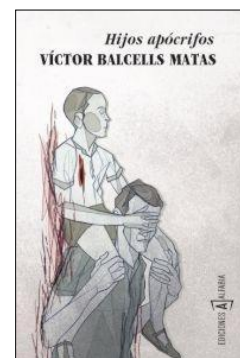
La historia de Brandon Moy en busca de sí mismo a lo largo de una geografía a veces tenebrosa. Un viaje a través de lo ilusorio de los sueños y del valor de la aventura como fuente de riqueza existencial. La misma ciudad, con un protagonista de muchas caras, es una novela brutal y refinada al mismo tiempo, que reúne la quintaesencia del mundo narrativo de Luisgé Martín.

Hijos apócrifos

Víctor Balcells Matas

Ediciones Alfabia, 2013

Padres e hijos: es difícil para el pez amar a su pescador. Pablo Scarpa, biógrafo de profesión, recibe el encargo de redactar la biografía de Ricardo Iglesias, personaje huidizo y difícil de rastrear. Tras toda clase de peripecias, lo único que consigue sacar en claro es que Ricardo ha dejado embarazada a una mujer. Años más tarde, asistimos a la adolescencia de este hijo no reconocido, punto de partida de una epopeya coral en la que la búsqueda y el desencuentro serán elementos clave. Un caleidoscopio a través del cual el lector encontrará espacio para la reflexión y para la risa a partes iguales; un completo fresco de la condición humana y sus pasiones más básicas: el amor, la ambición y el anhelo en plenitud.



Toda la sangre

Bernardo Esquinca

Editorial Almadía, 2013

En el siglo XIX, la capital de la Nueva España tiembla ante un monolito desenterrado por accidente, representación de la diosa azteca de la muerte. Casi tres siglos antes, la gran Tenochtitlan fue asolada y la colonia construida sobre ruinas. Fuerzas ocultas se empeñan en traer al presente esta herencia de sangre y destrucción, y es así como la Ciudad de México actual se ve asolada por un demente que recrea antiguos ritos prehispánicos en sus asesinatos. Casasola, reportero del Semanario Sensacional, debe investigar el caso de los corazones humanos encontrados en el Museo del Templo Mayor. Elisa Matos, arqueóloga, rehén de una vida amorosa impulsiva y caótica, se

convierte en aliada indispensable durante sus pesquisas, pero también en el objeto de sus deseos. Dioses desterrados que se niegan a morir, personajes empeñados en entender un pasado enigmático y lejano, autoridades que sospechan de todos. Esta novela reúne elementos históricos, policíacos y fantásticos para entregarnos una trama que avanza in crescendo, un thriller pleno de emoción y sorpresa. Desde su primer libro, Bernardo Esquinca dejó claras sus tareas narrativas: sorprendernos con su forma de renovar los subgéneros, aterrados con sus pesadillas, pero, sobretodo, fascinarnos con alta calidad de su escritura.

El secreto del náufrago

José Luis Muñoz

Ediciones del Serbal, 2013

La seguridad con la que Colón emprendió su viaje a las Indias y descubrió el Nuevo Mundo abre un cúmulo de elucubraciones. ¿Cómo pudo estar tan convencido el Almirante de la ruta a seguir? Hay, al respecto, una serie de teorías, nunca demostradas, porque todo lo que rodea al descubridor aparece siempre sumido en el misterio y el ocultamiento, que apuntan a que durante su estancia en la isla de Madeira, cuando estaba casado con Felipa Moniz de Perestrello, la hija del gobernador, el marino genovés, cuya obsesión era ya trazar un camino por mar más corto que el que por tierra hiciera Marco Polo, albergó a un náufrago que venía de aquellas latitudes y que lo que le confesó resultó crucial para el éxito de la posterior expedición. Con un lenguaje cuidado, que retrotrae a esa época de la historia, José Luis Muñoz completa con esta novela lo que ya había escrito sobre el tema del Descubrimiento en la trilogía épica «La pérdida del Paraíso», y ofrece al lector un apasionante relato de aventuras que también es una novela de amor.



El libro de los pequeños milagros

Juan Jacinto Muñoz Rengel

Editorial Páginas de Espuma, 2013

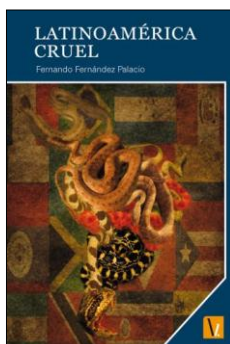
Hay sucesos microscópicos que, sin que nadie llegue a saberlo, pueden transformar el universo por completo. Y hay renombrados acontecimientos históricos tan fortuitos que habrían sido otros apenas hubiera cambiado la dirección del viento. *El libro de los pequeños milagros* es un muestrario de estos hechos grandiosos y minúsculos. Es un por-menorizado catálogo de prodigios. Es un recorrido desde el fondo de nuestros cajones, desde debajo de nuestras camas, desde el falso techo de nuestro dormitorio hasta las galaxias más remotas. Es un bestiario, compruébenlo, miren el índice de las últimas páginas: es un bestiario. O, lo que es lo mismo, es un manual de teología. O, para ser aún más exactos, es un tratado de micro-ciencia-ficción. O quizá no sea nada de esto en absoluto. Desde luego, eso seguro, no es el libro que usted espera. Pero sí el libro con el que estaba soñando.

La muchacha de Catulo

Isabel Barceló Chico

Editorial EVOHÉ, 2013

¿Puede el amor ser letal? Los romanos de finales de la república (s. I a.C.) no habían descubierto aún la ardiente pasión amorosa que, pocos años después, llevaría a las matronas romanas a tener un amante tras otro. Sin embargo, como suele ocurrir, hay personas que se adelantan a su tiempo o, si preferimos llamarlo así, se convierten en precursoras. Ese fue el caso de Clodia, una aristócrata de la mejor estirpe, poco amiga de los convencionalismos y con una decidida inclinación por vivir según su propia voluntad, sin otras sujeciones que las autoimpuestas. Por azares del destino, su vida se cruzó con la de otro adelantado: el poeta Cayo Valerio Catulo, más joven que ella y con una inusual capacidad de amar y de expresar sus sentimientos a través de los versos. La poesía es un arma. Las palabras acarician o hieren. Perduran. Y tienen tanto poder, que pueden hundir una reputación para siempre.



Latinoamérica cruel

Fernando Fernández Palacio

Ediciones oblicuas, 2013

El protagonista y narrador de la obra consigue ver la luz y abandonar su mala vida de ciudadano al servicio del poder tras conocer a Joseda, un hombre capaz de haberse liberado del yugo de la envidia, la sumisión y el egoísmo que campan a sus anchas en las sociedades de la América latina. A merced de este encuentro, y gracias también a los cuentos que este último le narra, el protagonista inicia un nuevo camino de sabiduría que lo hará sentirse más feliz consigo mismo y con las personas intelectuales que lo rodean. Un polémico libro que, sin duda, despertará muchos debates a raíz de su lectura.

Por si se va la luz

Lara Moreno

Editorial Lumen, 2013

A un pueblo casi abandonado, situado en algún lugar de este país, llegan Martín y Nadia, una pareja de treintañeros urbanitas que han decidido romper con todo para intentar sobrevivir lejos del complejo sistema urbano y neoliberal en decadencia en el que se han convertido las ciudades. Ambos se enfrentan al pequeño pueblo como si hubiesen retrocedido un siglo: hay luz eléctrica y hay agua corriente, pero no mucho más. Desde hace mucho tiempo lo habitan tan solo tres personas. La llegada de los nuevos habitantes traerá luces y sombras a la comunidad, hasta llegar a un sorprendente final.



Mentiras aceptadas

José María Guelbenzu

Ediciones Siruela, 2013

Gabriel, un guionista de televisión de mediana edad, divorciado y padre de un hijo preadolescente, presencia en una calle de Madrid un accidente de tráfico que le cuesta la vida a un niño. Justo ese mismo día, la muerte del actor protagonista de la exitosa serie original de Gabriel desencadena un cambio en su vida. Poco tiempo después, un oscuro asunto conmueve la cúpula del banco del que es consejero el actual esposo de su exmujer, Isabel; es un asunto en el que ella se embarca por ambición y que acaba redundando en beneficio de su nuevo amante, un magnate hecho a sí mismo que cubre todas las ambiciones de ascenso social de Isabel. Gabriel, preocupado por la educación de su hijo, tantea la posibilidad de hacerse con la guarda y custodia del chico para evitar que se eduque en un ambiente que considera nocivo. Esta es la historia de un variopinto mundo de personas que vive en un medio en el que se confunde la realidad con la conveniencia, lo que convierte la vida de todos ellos en una suerte de mentira general, aceptada y consentida.

El plan

Ignasi Vidal

Bartleby Editores, 2013

Tres amigos se reúnen para ejecutar un plan, no sabemos cuál hasta el final y, mientras esperan que se arregle la avería de un coche, asistimos a la caída de sus máscaras, a su último carnaval juntos. Los personajes de *El plan* podrían parecer de una película de Woody Allen, por su neurosis apenas disimulada en constantes sarcasmos, pero los diálogos me recuerdan más a Tarantino: de la pequeña intrascendencia se crea una bola, en un segundo, que amenaza con desbaratar la precaria armonía entre los protagonistas. Y ante eso, la hecatombe; nos preguntamos si somos nosotros la causa o el efecto de tanta desgracia. ¿Somos ejecutores o víctimas de nuestro destino?



La piel de Mica

Paloma Bravo

Plaza & Janés, 2013

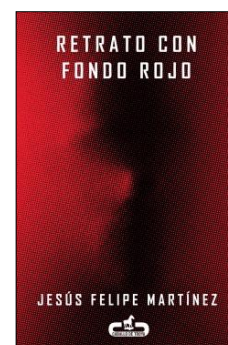
Redactar el currículum cuando acabas de ser despedida, no tienes pareja estable y sólo hace seis días que murió tu madre exige un optimismo inalcanzable, por mucho sentido del humor que se tenga. En ello anda Micaela Salazar, Mica, 38 años, periodista, divorciada, sin hijos y... huérfana. Especializada en solucionar los problemas de los demás, e incapaz de resolver los propios, con buen criterio para elegir amigos y muy malo para los amantes, está empeñada en cambiar un mundo en el que no han dejado de mandar los de siempre. Con ironía, ternura y un punto de desgarrar, Mica hace autocrítica del pasado para evitar antiguos errores y poder estrenar alguno nuevo. En primera línea de revista, su ex, sus mejores amigos, sus hermanos, sus jefes y una colección de amantes propios e hijos ajenos. Y así, palabra a palabra, va dejándose la piel y enseñando sus ilusiones, sus deseos, sus contradicciones y su única certeza: que no va a rendirse.

Retrato con fondo rojo

Jesús Felipe Martínez

Editorial Caballo de Troya, 2013

Ya sabemos que una cosa es el narrador y otra cosa el yo del autor, pero lo que no está tan claro es la condición real o ficticia desde la que habla ese narrador que toma la voz y se nombra en plan retrato, memoria, herencia, crónica, acusación o prueba de descargo, que algo así es lo que viene a suceder en este *Retrato con fondo rojo*, en el que el yo personal y propio de un militante antifranquista alcanza a ser memoria de una generación y de una época. ¿Qué quiere este libro de nosotros? ¿Cantar la cólera de Aquiles? ¿Ser crónica de una muerte anunciada? ¿Recordarnos aquello del *ubi sunt* las indignaciones de antaño? ¿O acaso pretende, qué ingenuo, que nosotros, tan posmodernos, nos manchemos las manos y emitamos un juicio final sobre una generación que vivió la llegada de la píldora anticonceptiva, la tele en blanco y negro, y vio morir a Franco en su cama mientras sonaba aquella canción de adelante hombre del seiscientos la carretera nacional es tuya? ¡Señor! ¡Señor! ¡La de cosas que hemos visto!



Nueva York a diario

Hilario Barrero

Impronta Editorial, 2013

Hilario Barrero ha sido capaz, con esta nueva entrega de su diario, de construir un libro que es otro y es el mismo, utilizando idénticos materiales que en los cinco precedentes. Asistimos otra vez en *Nueva York a diario* al inagotable espectáculo de contrastes (climáticos, cromáticos, culturales, humanos) que configuran la esencia misma de esta ciudad inabarcable. Tampoco han variado gran cosa los hábitos y rutinas de su autor (las clases, los trayectos en metro, los paseos...), ni sus aficiones (la música, la poesía, la fotografía, los viajes) y obsesiones (el peso del tiempo, la fugacidad de las vidas). Se observa, sin embargo, un mayor predominio del tono elegíaco en las

notas de estos dos años, que incluyen el dulce remanso de uno sabático. En su transcurso y en el ánimo del autor muchas son las corrientes enfrentadas, no solo las mareas de Nueva Escocia. Desde Baudelaire sabemos que los ojos de nuestra ciudad son el mejor espejo en el que podemos mirarnos.

El pantano de las mariposas

Federico Axat

Editorial Destino, 2013

Las desapariciones de personas en confusos episodios se suceden año tras año en Carnival Falls. Pero donde algunos ven tragedias sin conexión, otros aseguran que existe un patrón común, y que detrás de ellas hay algo más oscuro que simples accidentes. En 1985, Sam y Billy tienen doce años y se preparan para lo que suponen será un verano grandioso: excursiones por el bosque, largos paseos en bicicleta y la postergada construcción de la casa del árbol. Sin embargo, la llegada a la ciudad de una niña de clase alta llamada Miranda, cuya belleza no les dejará indiferentes, lo trastocará todo. Juntos transitarán ese intrincado paso de la niñez a la adolescencia, un camino de aprendizaje y revelaciones, y se embarcarán, casi sin proponérselo, en una aventura que podría llevarlos a conocer la verdad detrás de las desapariciones. Un pacto de amistad los guiará en un verano imborrable, un tiempo de metamorfosis que marcará el inicio de muchas cosas, y también el final de su infancia.



Y Matarazo no llamó...

Elena Garro

Mardulce Editora, 2013

Centrada en un caso policial, la novela narra la historia de un pobre tipo llamado Eugenio Yañez, y de un crimen político ejecutado por el Estado. Como en *Andamos huyendo Lola*, Garro logra un clima de opresión y de asfixia, no exento de poesía y un sentido del humor finísimo, para desembocar en una aguda reflexión literaria sobre los efectos devastadores de la violencia política. El estilo de Garro es único, y probablemente no haya como ella otra narradora latinoamericana que haga uso de los silencios como recurso estilístico y como metáfora política.

Sembré los muertos

Arnoldo Rosas

Suburbano ediciones, 2013

Sembré los muertos es una antología personal de textos publicados en los primeros libros del autor: *Para enterrar el puerto*, *Igual*, *Olvidate del tango* y *La muerte no mata a nadie*. Veintinueve relatos donde la cotidianidad, la muerte y el duelo son los elementos unificadores del contexto narrativo. Arnoldo Rosas perteneció al Taller de Narrativa del Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos" (1981-1982). Ha publicado los libros de relatos *Para enterrar al puerto*, *Olvidate del tango* y *La muerte no mata a nadie*; la novela corta *Igual*, y las novelas *Nombre de mujer*, *Uno se acostumbra* y *Massaua*. Textos suyos están presentes en importantes antologías de narrativa venezolana y varios de ellos han sido premiados en concursos de relevancia.



2020

Javier Moreno

Lengua de trapo, 2013

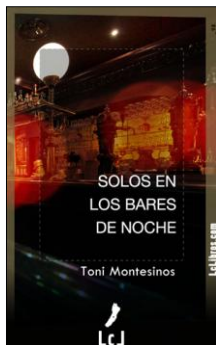
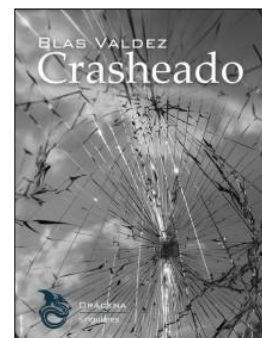
Año 2020, víspera de Navidad, reciente la inauguración de Eurovegas. La crisis económica sigue golpeando con fuerza a España. Un grupo de personas malviven alojadas en los aviones abandonados junto a la terminal de carga de Barajas. Bruno Gowan, director de una multinacional de telecomunicaciones, desaparece sin aparente motivo. Lázaro, un detective privado a sueldo de PricewaterhouseCoopers, su hija Josefina, Carlos, trader en PwC... todos buscan a Gowan o, como poco, lo añoran. En realidad Gowan ha elegido a Nabil, uno de los residentes en los aviones con un historial antisistema a sus espaldas, como compañero de viaje y confidencias. Gowan impone su doctrina en el interior de taxis y edificios abandonados. El insurrecto y el magnate cohabitan, se necesitan, encarnan la paradoja. Gowan dicta su Evangelio, su particular *Arte de la guerra* en un mundo en descomposición.

Crasheado

Blas Valdez

Editorial Drácena, 2013

Crasheado no es otra cosa que una rendición de cuentas de la conciencia, disfrazada de carta de amor. Tras esta primera argucia, su lectura nos descubre que *Crasheado* es mucho más; es (en o por su tumultuoso ciclorama de nombres, imágenes y secuencias, televisivas y filmicas, comunes a cada uno de nosotros), un daguerrotipo tan desbocado como exacto de la conciencia universal del ciudadano en los albores del s. XXI. ¿De qué se trata con ello? Muy simple, demostrar hasta que punto hemos sido despojados de nuestra intimidad por los *Mass Media*. Por tanto, *Crasheado* se convierte en una implacable denuncia de nuestra condición de meros espectadores, ante un mundo servido tan constante y devastadoramente por los múltiples artilugios mediáticos que ha abolido los últimos rincones de nuestra intimidad y, con ella, cualquier rescoldo de nuestros sentimientos, hasta que éstos no sean otra cosa que un reflejo de aquello prescrito y servido por los *Media*.



Solos en los bares de noche

Toni Montesinos

LcLibros.com, 2013

Historia de desarraigos, de penas y soledades, *Solos en los bares de noche* narra la historia de Diego, un español que, huyendo de Barcelona en busca de su lugar en el mundo, ha terminado en Irlanda, rodeado de buenos —y borrachos— amigos en el Johnnie Fox's Pub, una taberna de Dublín donde intenta ahogar su melancolía en las brumas del alcohol. De pronto, un telegrama le hace plantearse el regreso a Barcelona, la ciudad de la que ha escapado incitado por una mujer, huyendo de un pasado con el que tarde o temprano debe ajustar cuentas. Ya en Barcelona, el escenario es otro, pero la pena es la misma. Deambula por los bares masticando venganza, con su soledad a cuestas como una obsesión. En ese recorrido nocturno, Diego puede reconstruir la cartografía personal de una ciudad que abandonó y que ahora, tiempo después, es comparable a Dublín. Nada ha cambiado: los bares son todos iguales cuando la soledad es inmensa.

Los años del coma

Marisol Torres

Canalla Ediciones, 2013

«Delicadeza y crueldad, sensibilidad y barbarie se dan la mano en esta la primera novela de Marisol Torres (Navaltoril, 1959), seguramente como en la vida misma, donde cualquiera de nosotros es capaz de experimentar un profundo sentimiento de piedad cinco minutos antes o después de cruzar indiferente ante un paisaje patético. Nadie está hecho de una sola pieza, y eso lo saben mejor que nadie las protagonistas de *Los años del coma*, capaces de llorar hasta el infinito y sentirse estremecidas por una honda compasión apenas unas páginas antes de ejecutar, con la mayor frialdad, lo que ellas, asimismo fríamente, han considerado que es de justicia; o capaces de aniquilar imperturbablemente a una persona indefensa aun sabiendo que casi al momento van a verse asaltadas por un remordimiento de conciencia feroz. Se diría que leer esta novela es tener justo bajo tus pies esa "delgada línea roja" tantas veces mencionada que separa el amor del odio, la caricia del zarpazo, la caridad de la sevicia.» (Miguel Baquero).



Equilibrio/Entre cuatro paredes una sábana invisible

Alberto García Salido

Editorial Talentura, 2013

Equilibrio es una novela corta, de estructura y voz original, ritmo trepidante y que tiene como principal virtud encontrar en la brevedad un espacio para una profundidad temática y psicológica y un sinfín de matices impensables en tan pocas páginas. La casualidad ejerce de balanza en las vidas de sus protagonistas. *Entre cuatro paredes una*

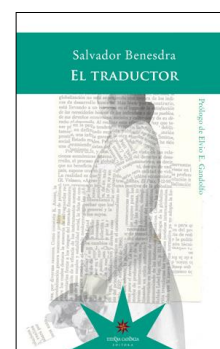
sábana invisible es una colección de relatos donde el lector será el niño que crece a una realidad extraña y cierra sus manos diminutas, descubrirá que hay cárceles que te privan de lo necesario para seguir mirando por la ventana, sentirá el daño por los cambios que no quiere y el miedo de unas articulaciones lentas en un cuerpo que respira su cuenta atrás, viajará a ninguna parte y pasará páginas en una vida que se asfixia en cada punto y seguido.

El traductor

Salvador Benesdra

Editorial Eterna Cadencia, 2013

Políglota autodidacta, psicólogo de avanzada, analista de política internacional y periodista especializado en economía, Benesdra fue una de las mentes más brillantes que se dedicaron a la literatura en la Argentina. De estilo monumental, que busca en cada frase una idea (política, estética, sintáctica), *El traductor* pertenece al gran realismo: una novela sobre una experiencia social que cuenta el espíritu de su época en su infinidad de matices y recovecos. *El traductor* fue y sigue siendo la mejor novela escrita durante los años 90, que retrató la crisis ideológica y sentimental de la izquierda en la última década infame argentina, ante el avance del liberalismo rampante. Una deuda saldada con la historia de nuestra literatura. Una novela extraordinaria que con una prosa de tono lírico y una fuerza abrumadora retrata y reflexiona acerca del mundo del trabajo, el desbande sindical y la crisis de la izquierda en tiempos de ajuste neoliberal y menemismo, pero también acerca de las posibilidades e ironías del amor en medio de la desesperación y la impotencia.



Ladrilleros

Selva Almada

Mardulce Editora, 2013

Luego de *El viento que arrasa*, su primera novela, verdadero acontecimiento literario debido a la gran aceptación de público y crítica, con *Ladrilleros* Almada se consolida como una de las escritoras ineludibles de la literatura argentina contemporánea. Vuelve a poner en escena su mundo propio: personajes cinematográficos atrapados por un aire de violencia latente, por el clima del Litoral, por el habla popular de una lengua que es, al mismo tiempo, realista y poética, por la destreza para contar una historia y dejarnos sin aliento hasta el desenlace.

El héroe discreto

Mario Vargas Llosa

Editorial Alfaguara, 2013

El héroe discreto narra la historia paralela de dos personajes: el ordenado y entrañable Felícito Yanaqué, un pequeño empresario de Piura, que es extorsionado; y de Ismael Carrera, un exitoso hombre de negocios, dueño de una aseguradora en Lima, quien urde una sorpresiva venganza contra sus dos hijos holgazanes que quisieron verlo muerto. Ambos personajes son, a su modo, discretos rebeldes que intentan hacerse cargo de sus propios destinos, pues tanto Ismael como Felícito le echan un pulso al curso de los acontecimientos. Mientras Ismael desafía todas las convenciones de su clase, Felícito se aferra a unas pocas máximas para sentar cara al chantaje. No son justicieros, pero están por encima de las mezquindades de su entorno para vivir según sus ideales y deseos. Viejos conocidos del mundo vargasllosiano aparecen en estas páginas: el sargento Lituma y los inconquistables, don Rigoberto, doña Lucrecia y Fonchito, todos moviéndose ahora en un Perú muy próspero.



No es lo que parece

José Sanclemente

Roca Editorial, 2013

¿Y si resultara que nada de lo que sucede durante la investigación de varios crímenes fuera como aparenta ser? ¿Y si la corrupción política y económica se considerara necesaria para mantener la esencia del sistema y preservarlo? ¿Y si un gran premio literario obedeciera a intereses ocultos? ¿Y si un gabinete de prensa se utilizara para modificar la realidad? En el marco de una crisis económica con recortes en los servicios básicos y con continuas protestas en la calle del personal sanitario por la privatización de los hospitales, de los funcionarios de justicia, educación y cientos de colectivos en general, el inspector Julián Ortega, de la brigada de investigación criminal de

Barcelona, se enfrentará al asesinato de un prestigioso psiquiatra mientras pasaba consulta a uno de los principales banqueros del país. No será el único homicidio que deba investigar.

Ciudades en fragmento

Ernesto Baltar

Impronta Editorial, 2013

El barrio de San Lorenzo en Roma, los parques y museos de Londres, los paseos infinitos por Madrid, las huellas de Kafka en Praga, el otoño en Berlín, la decadencia sublime de Lisboa, el París de los escritores, las sensaciones contradictorias en Nueva York, el caos y la miseria de Nápoles... Entre el diario de viajes, el ensayo literario y el retrato impresionista de lugares y personas, este libro propone un recorrido íntimo, a veces descreído, a veces emocionado, por algunas de las ciudades más bonitas del mundo. «Andar con el cuaderno en la mano y escribirlo todo. Escribirlo todo con la mayor sencillez posible. Caminar con los ojos bien abiertos y el ánimo tranquilo, dejándose llevar por las cosas. No busca uno nada en concreto. Una bolsa de plástico enganchada en un árbol, la melena batiente de una chica, las manchas de óxido en una pared. Lo que le vaya saliendo al paso». Un *collage* de imágenes, sensaciones, detalles, momentos.



Esquinas

Pepe Pereza

Ediciones Lupercalia, 2013

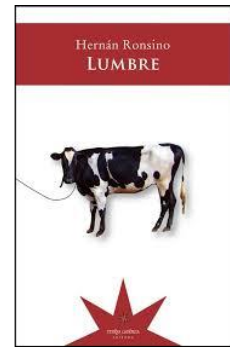
Pepe Pereza (Guijuelo, Salamanca, 17 de Julio de 1964), que ya publicó *Relatos del humo (y hachís)* en 2012, ha escrito ahora, *Esquinas*, un libro de relatos sobre mujeres; mujeres duras, mujeres tiernas, mujeres apaleadas y humilladas, mujeres fuertes, mujeres-puta, y los hombres que las rodean. La jodida condición humana. Y nada como el sexo crudo para ver esa condición. El libro cuenta con ilustraciones de: Julia D Velázquez, Pedro Espinosa, José M^a Lema, Pablo Gallo, Marina Hernáez, Luis F Sanz, Toño Benavides, Enrique Cabezón, Valle Camacho, Gsús Bonilla, Andrés Casiani, Bruno G Valencia, Óscar M. Salomón, Raúl Barbolla (LeRaúl), Velpister, Mónica Carretero, Lady Marrana, Antonio Lorente, El niño de las pinturas, Mik Baro, Omar Figueroa (Turcios).

Lumbre

Hernán Ronsino

Editorial Eterna Cadencia, 2013

Federico Souza vuelve a Chivilcoy por unos días. Su padre lo llamó para contarle que se murió Pajarito Lernú y que, unas horas antes de morir, le regaló, a él, Federico, una vaca. Hernán Ronsino regresa así al mundo de La descomposición y Glaxo, a ese pueblo sumido en la pampa húmeda, en el que las cosas se dicen a medias, se saben a medias. El motivo del viaje, la muerte de Pajarito, se tiende como un hilo tenue del que se desprenden historias. «Recordar es construir un camino que, a fuerza de insistencia, es decir, de pisadas, va quedando grabado en la tierra». Siguiendo la huella de sus recuerdos, los personajes versionan la historia del pueblo, buscando cada uno su lugar en ella, y la del propio pueblo en una historia mayor. Ese pueblo atravesado por las cicatrices del ferrocarril; el pueblo de Sarmiento; el del poeta Carlos Ortiz —modernista, amigo de Lugones y Darío—; el de la película *La sombra del pasado*, sobre el asesinato del poeta y héroe local en 1910, filmada con actores locales.



El Alcalde de Floridsdorf

Miguel Usabiaga

Ediciones Irreverentes, 2013

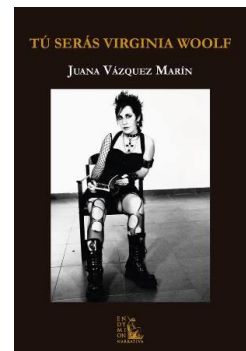
Año 1949. Una historia basada en hechos reales, una acción llena de peligros y emociones de una aventura. Tres presos extranjeros, tres guerrilleros que habían entrado en España con el maquis para combatir a Franco, planean su evasión de la prisión de Burgos mediante la excavación de un túnel subterráneo, minando muros y cimientos. Son un polaco, un alsaciano, y un austriaco, «el alcalde de Floridsdorf». Junto a ellos un catalán. A lo largo de esta obra, durante el tiempo de construcción del túnel, se retrata la vida en una cárcel franquista en la posguerra. La difícil vida, los castigos, el hambre, las torturas que padecen los prisioneros; pero también la dignidad, la solidaridad que reina entre los presos políticos, que son mayoría en la prisión, y que es capaz de construir intramuros una sociedad justa, igualitaria. Sin embargo, la nueva actitud servil de los fuguistas, adoptada por las necesidades de la evasión, hace que afloren las incomprensiones, el odio, el sectarismo más cruel. Tiempos duros, que no permitían matices.

Tú serás Virginia Woolf

Juana Vázquez Marín

Ediciones Endymion, 2013

La familia Atienza vive en un barrio de Madrid y eso al padre, director de una agencia bancaria del extrarradio, le traumatiza. Él es un soñador-patético que, a sus cerca de cincuenta años, desea ser un alto ejecutivo en una agencia del centro de la capital. Anhela, sobre todo, que una de sus hijas sea una gran escritora, reconocida y prestigiosa; Irena, una gótica-punk, a la que desde pequeña ha llegado a convencer de que goza de un don que no debe desaprovechar. Errática y desorientada, sume a la familia en el caos, pero no a su padre, que seguirá con sus obsesiones visionarias. Mientras, en este desorden y desconcierto, la vieja criada Matilde, recrea la Arcadia de su pueblo y trata de encaminar a Irena por los lugares de ese hipotético Paraíso.



¿Quién mató a la Cantante de Jazz?

Tatiana Goransky

Suburbano Ediciones, 2013

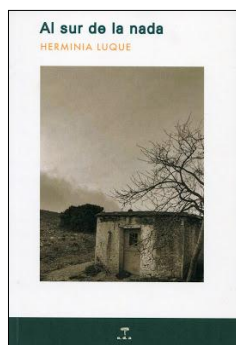
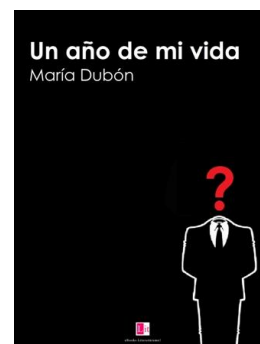
La Cantante de Jazz fue asesinada. Tenía el hígado destruido por la cirrosis, una pierna de palo, una madre que quería intervenir en las decisiones sobre su carrera, varios amantes, competidoras, una envidiosa hermana gemela y un manager al que sólo le pagaba el diez por ciento. ¿Quién mató a la Cantante de Jazz? Un policial delirante, inspirado en el juego de misterio Clue, que explora el mundo del jazz porteño a partir de la trágica muerte de una de sus protagonistas. Tatiana Goransky nació en Buenos Aires en 1977. Es escritora y cantante de jazz. Comenzó trabajando para Uol redactando reseñas de libros eróticos y películas pornográficas. Hace diez años que escribe la columna de culto *Séxodo* que se publicó en varios medios de Internet y gráficos, fue traducida a diferentes idiomas, y hoy sigue vigente en el blog del mismo nombre.

Un año de mi vida

María Dubón

eBooks Literatúrame, 2013

Un año puede dar mucho de sí en la vida de cualquiera. En la de Daniel Garcés, protagonista de la novela, el año que se relata es clave. El destino le llevará por caminos impensados obligándole a tomar decisiones cruciales y a afrontar situaciones muy duras. Deberá luchar cuando más débil se siente y marcarle un nuevo rumbo a su destino. «Ninguna noche es eterna», escribió Shakespeare, y para Daniel Garcés amanecerá un día trágico, será el final que le pondrá principio al futuro. María Dubón ha publicado la antología de relatos eróticos *Cuentos para leer con una sola mano* (Sabara Editorial, 2012) y las novelas *Un año de mi vida* (Jamais, 2002) (que acaba de ser reeditada en formato digital por eBooks Literatúrame) y *Las tres caras del triángulo* (eBooks Literatúrame, 2013).



Al sur de la nada

Herminia Luque

e.d.a. Libros, 2013

El libro *Al sur de la nada* está formado por tres historias diferentes. Tres relatos protagonizados por mujeres distintas; las tres, sin embargo, repasan sus vidas ante la cercanía de la muerte. En el relato que da nombre al volumen, Herminia Luque ha imaginado los posibles sentimientos de una joven (Anica en la ficción) seducida por un escritor (Gerald Brenan quizá) del que queda embarazada. En el segundo relato, Un féretro naranja, una antigua reina de la belleza (Amparo Muñoz) encara con lucidez la recta final de su enfermedad. Y en el tercero, La cabra, una anciana Virginia Woolf escribe sus memorias, incluido el episodio de un intento de suicidio al que

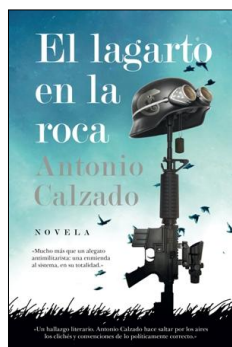
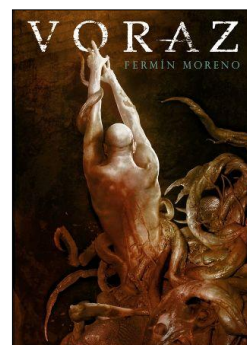
sobrevivió milagrosamente. Aunque radicalmente distintas, entre las vidas de estas mujeres se crearán sutiles pasadizos, casi invisibles pero reales como las materias de sus vidas.

Voraz

Fermin Moreno

Editorial Dolmen, 2013

En *Voraz* se recrean, a lo largo de tres actos (ambientados en el 2020, el 2044 y el 2064 respectivamente), especies humanas nuevas que se entremezclan y cohabitan en permanente pugna por la supervivencia. El Homo sapiens es tan solo otro eslabón más de la cadena, que lucha sin esperanza por continuar existiendo, en tanto que las nuevas van ganando terreno paulatinamente y marcan con sangre su propio territorio sin perder ni un solo instante su fin último: sobrevivir. Sobrevivir a los muertos. La novela «copula con las diferentes especies y del esperma de noches interminables van surgiendo poco a poco vertientes nuevas y alternativas de coexistencia que justifican de alguna manera los dementes pactos que habrán de sellarse, las treguas temporales y los saltos a través de varios estadios por donde trasiegan la vida y la muerte, olisqueándose mutuamente, a la espera del momento propicio para atacar... o morir», señala el autor.



El lagarto en la roca

Antonio Calzado

Editorial Almuzara, 2013

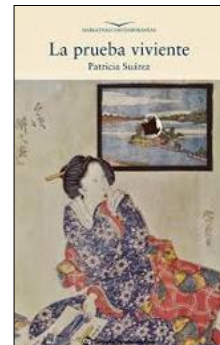
«La guerra contra China comenzó en 2037, pero yo no fui movilizado hasta 2040». Así arranca la última novela de Antonio Calzado, el autor de *El Círculo del Lobo*, *Umbría* y *Noviembre*, en la que es sin duda su obra más insólita y audaz hasta la fecha. La Roca es una suerte de hospital para heridos de guerra, y el Lagarto uno de ellos. Convaleciente de sus heridas, que le han dejado gravemente lisiado, echa la vista atrás y rememora cómo ha llegado hasta allí; los orígenes del conflicto mundial que ha anegado de sangre el planeta, y también su propia peripecia personal, la de un joven como cualquier otro que busca su lugar en la vida en medio de un océano de incertidumbres. Un libro valiente, que no deja títere con cabeza y hurga con rara inteligencia en los recovecos más profundos e intrincados del ser humano.

La prueba viviente

Patricia Suárez

Editorial Fundación Ross, 2013

Era evidente que alimentaba en él a dos personas; él y el otro que él hubiera sido si seguía con una vida normal y no se le hubieran cruzado cuatro vacas en la vía de un tren. Dejándolo clavado para siempre en la parte alta del camino, la parte de las curvas peligrosas, del risco. Se tomó dos tazas de café chico, muy negro y borroso. Específicamente se sirvió el café en dos tacitas con pelícanos azules pintados y se sintió tentado, al acabar las dos tazas, de volverlas boca abajo unos segundos y después observar atentamente cuál dibujo formaba la borra en ellas para leer ahí su destino y su futuro. ¿Coincidirían las figuras de una con otra?



La habitación oscura

Isaac Rosa

Seix Barral, 2013

Un grupo de jóvenes decide construir una «habitación oscura»: un lugar cerrado donde nunca entra la luz. Al principio la utilizan para experimentar nuevas formas de relacionarse, para practicar sexo anónimo sin consecuencias, por una mezcla de juego y transgresión. A medida que van enfrentándose a la madurez con sus decisiones, deengaños y reveses, la oscuridad se convierte para ellos en una forma de alivio. Con el paso del tiempo, la incertidumbre social y la vulnerabilidad personal se instalan en sus vidas y la habitación oscura aparece entonces como un refugio. La realidad se va filtrando cada vez más al interior, mientras algunos piensan que no son tiempos de esconderse sino de contraatacar, aunque con sus decisiones pongan en riesgo al resto

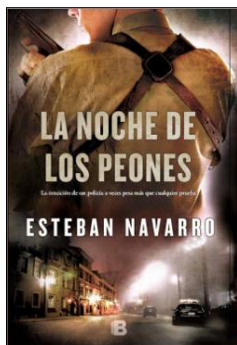
del grupo. *La habitación oscura* es una exploración de las posibilidades literarias de la oscuridad pero también, una mirada generacional: un retrato de quienes crecieron confiados en la promesa de un futuro mejor que ahora ven alejarse. A través de las vidas de quienes a lo largo de quince años entran y salen de ella, vemos el duro despertar a la realidad de una generación que se siente estafada.

Una muchacha muy bella

Julián López

Editorial Eterna Cadencia, 2013

Con exquisita destreza poética, Julián López recrea en su primera novela no solo el mundo de la infancia en los años setenta sino también la particular y aguda percepción de una época oscura en la que también los niños aprendieron que un secreto vale muchas vidas. Un niño cuenta cómo era su madre y en ella encuentra el abrazo cariñoso y el deseo de crear para su hijo una vida mejor, pero también encontrará el ímpetu y la fuerza de una mujer sola en el mundo, la sensualidad de la juventud, el misterio de quienes tienen una misión y andan con el rastro a cuestas. La experiencia histórica y social libra su conflicto con la experiencia individual de la pérdida en esta novela, y sus consecuencias generan una figura original para la narrativa argentina actual: la del hijo quebrado. Una primera novela absolutamente conmovedora que sitúa al lector frente a un conflicto moral novedoso y actual.



La noche de los peones

Esteban Navarro

Ediciones B, 2013

En el turno de noche de una comisaría de Huesca, Andrés se entera de la muerte de un antiguo amigo al que no ha visto en veinte años, pero que por algún motivo ha ido hasta su ciudad para decirle algo. Con la ayuda de Diana, una joven policía en prácticas, el veterano policía emprenderá una investigación que lo obligará a viajar al pasado para averiguar qué los une después de tanto tiempo... La noche de los peones es una novela policíaca diferente. Con una trama profundamente realista gracias a la propia experiencia del autor, policía desde hace más de 20 años, el relato es una historia de intriga además de una reflexión: sobre las contradicciones que nos hacen

ser quienes somos y sobre la imparable marea que nos obliga, día a día, a seguir hacia adelante, como peones en un tablero de ajedrez.

De un lector que cuenta

Robert Saladrigas

Editorial Menoscuarto, 2013

Este libro reúne una cuidada selección de artículos, críticas y ensayos escritos por Robert Saladrigas a lo largo de treinta años. *De un lector que cuenta* es un panorama personal de la narrativa extranjera moderna y contemporánea, con el que abarca más de un siglo y donde aparecen nombres imprescindibles, como Thomas Mann, William Faulkner y Elias Canetti, pero también autores notables tan recientes como W. G. Sebald, Don DeLillo, Alice Munro y Cormac McCarthy. Considerado uno de los críticos literarios más respetados de las últimas décadas, Saladrigas nos propone además cómo orientar el comentario literario en la prensa diaria actual, de modo que combine información, rigor y amenidad, como sucede en esta obra.



En medio de extrañas víctimas

Daniel Saldaña París

Editorial Sexto Piso, 2013

Rodrigo es un burócrata joven que fácilmente podría pertenecer a lo que Strindberg llamó «el club de los jóvenes viejos». Sus días pasan sin mayores aspavientos en un museo de la Ciudad de México hasta que Cecilia, la secretaria que le hacía la vida imposible, le desliza una nota que simplemente dice «Acepto». Esa tarde Rodrigo se enterará de que alguien le ha propuesto matrimonio a Cecilia en nombre suyo, y la inercia que rige sus días no le deja más opción que casarse. A partir de ahí se desencadena una siniestra odisea en la que pierde su trabajo y pasa el rato espiando a una gallina que deambula por el terreno baldío contiguo a su departamento. De manera

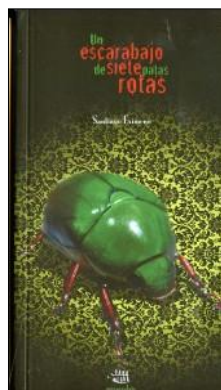
paralela un académico y escritor español, Marcelo Valente, viaja a una pequeña comunidad situada en México, llamada Los Girasoles, para pasar un sabático investigando sobre Richard Foret, un misterioso escritor, boxeador y artista, que encontró en México aquello que buscó durante toda su vida: un trágico desenlace «a la altura de su megalomanía». Los Girasoles se convierte en un centro neurálgico en el que las vidas de los personajes encuentran su destino entre «los más absurdos accidentes» y situaciones tan esotéricas como las sesiones hipnóticas —inducidas mediante la ingesta de orina de una hermosa adolescente— en las que un grupo de aventureros definirá «el futuro del arte».

Leche

Marina Perezagua

Editorial Libros del Lince, 2013

Una víctima de Hiroshima revela el obscuro modo en que Little Boy hizo justicia a su identidad sexual. Tras escenificar su propia muerte, una especialista en inmersiones a pulmón descubre en su velatorio a un invitado inesperado. En un mundo donde la raza humana está a punto de desaparecer, un hombre y una mujer sienten la agónica llamada de la carne. Un padre de familia descubre los peligros que puede esconder un espejismo playero. La promesa del orgasmo mantiene con vida a una muchacha que aguarda un trasplante de corazón...



Un Escarabajo de Siete Patas Rotas

Santiago Eximeno

Editorial Amargord, 2013

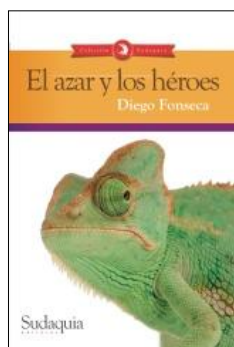
Dicen que el amor mueve el mundo. Tú y yo sabemos que no es cierto. Lo que mueve el mundo es el miedo. Miedo a perder el amor, a perder la juventud, a perder a tus seres queridos. Miedo a perder la vida. Cuando pierdes todo aquello que querías, todo aquello que necesitabas, sólo te queda una cosa: la tristeza. Y si hay una certeza escondida entre las piezas de ficción mínima que forman las siete patas rotas de este escarabajo es, sin duda, la tristeza. «Prima la melancolía, cierta tristeza elegante y hermosa que, al mismo tiempo, encoge el alma. No son meras historias ingeniosas que sorprenden al lector con sus giros, aunque sin duda van sobradas de este ingenio, sino textos que transmiten, que resultan muy humanos, cercanos e implacables.» (Juan Ángel Laguna Edroso).

Técnicas de iluminación

Eloy Tizón

Editorial Páginas de Espuma, 2013

¿Qué ocurrió realmente en la fiesta celebrada anoche? ¿Hubo alguna víctima? ¿Qué contiene la caja que nuestro jefe nos entrega en secreto, pidiéndonos que no la abramos, y dentro de la cual se detecta una agitación, un mínimo llanto? ¿Será un ser vivo o un mecanismo de relojería? ¿Quién es «esa otra persona que no nos interesa», que suele aparecer en las relaciones de pareja casi siempre adosada al ser amado y de la que es imposible librarse? ¿De qué clase de apocalipsis huye esa familia que abandona la ciudad con lo puesto y termina vagando perdida por el bosque? En todos estos relatos hay un reverso de sombra, un vértice de silencio, algo que no se nombra directamente pero que es una invitación al lector para que se sumerja y participe en la construcción del sentido. Para que intervenga en la extraña normalidad de estos diez sueños, y pueda encontrar un poco de claridad o un lapicero contra la desdicha. Páginas que resplandecen con luz propia. Técnicas de iluminación.



El azar y los héroes

Diego Fonseca

Sudaquia Editores, 2013

Un banquero comunista, la lucha contra el líquido que sale de un vaso de Coca Cola roto, los problemas de familia encapsulados en un obstáculo de plomería, y otros escenarios que atraviesan las líneas de este libro encuentran una dimensión épica en las esquinas minúsculas de la vida cotidiana. Fonseca muestra en esta colección un ojo clínico para identificar en la vida diaria las tensiones existenciales de los trancursos marginales de sus personajes. Una colección cargada de humor e irreverencia que nos dejará buscando en nuestra propia cotidianidad esos destellos y microcosmos tragicómicos de los que Fonseca ha logrado destilar la sustancia más prístina.

Pronto serás mía

José Antonio Prades

eBooks Literatúrame, 2013

Cuenta su autor, José Antonio Prades, que esta novela no tiene ninguna relación con la «Lolita» de Nabokov, sino con una historia que escuchó en Buenos Aires, acerca del enamoramiento incontinente de una profesora y su alumno de quince años. Dice además que, aunque el tema es peligroso por literariamente frecuentado, quiso asumir el riesgo precisamente por eso y para destacar aspectos no tan usuales. Reconoce el autor que el tratamiento se aleja del análisis del enamoramiento y se acerca bastante a lo pornográfico. José Antonio Prades publicó su primer libro de cuentos, *Epistolario de un oficinista*, en Buenos Aires, en 1993. Luego vinieron tres libros más de relatos, participaciones en diferentes antologías, tres novelas y dos libros colectivos con el grupo 3d3 escritores.



Zaino

Juan Ignacio Montiano

LcLibros.com, 2013

Dos hombres aparecen asesinados en un callejón oscuro. El informe del forense resulta, cuando menos, sorprendente: ambos hombres presentan heridas por asta de toro. Para aumentar la confusión, cerca del lugar del crimen se pueden apreciar huellas en la arena, huellas que, a primera vista, parecen corresponder a una res. Entre las especulaciones que se hacen en torno al suceso, una, la más obvia, se antoja del todo descabellada... sin embargo, el inspector García Otwen no la descarta del todo y piensa que quizás podría seguirse hasta el final. Segunda entrega del protagonista de *El cadáver de Porqueriza*, en *Zaino* nos volvemos a encontrar con algunos de los personajes de aquella historia, personajes que hábilmente han conseguido mantenerse en la sombra y que desde ella parecen acechar el momento de hacer su aparición...